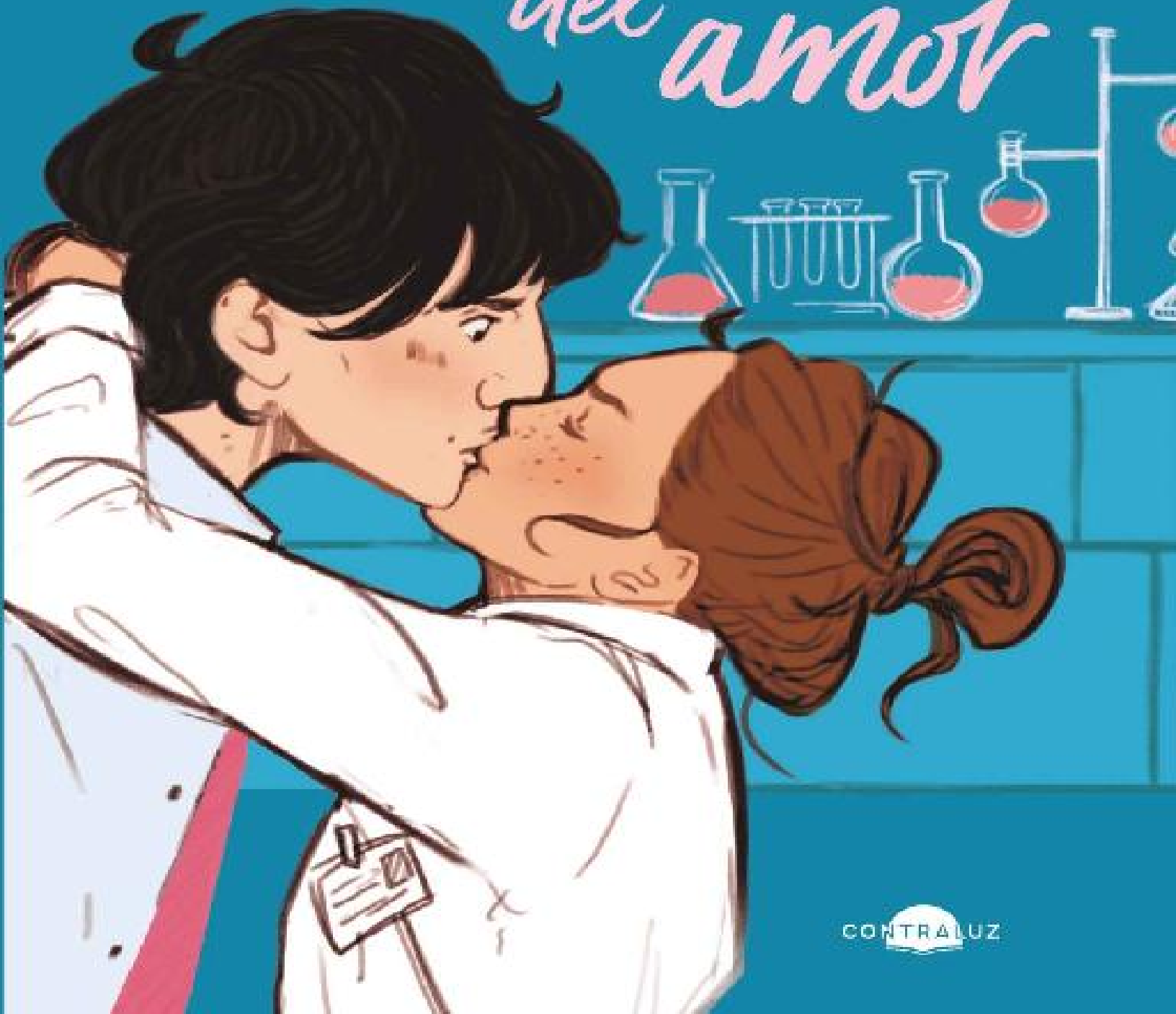
La novela romántica más esperada del año que ha causado sensación en TikTok

ALI HAZELWOOD

La hipótesis del amor



CONTRALUZ

ALI
HAZELWOOD

La hipótesis del amor

Traducido del inglés por Ana Isabel Sánchez

CONTRALUZ

A mis mujeres CTIM: Kate, Caitie, Hatun y Mar.
Per aspera ad aspera

hi-pó-te-sis (sustantivo)

Suposición o propuesta de explicación basada en pruebas limitadas que sirve como punto de partida para una investigación posterior.

Ejemplo: «Basándome en la información disponible y en los datos recogidos hasta el momento, mi hipótesis es que, cuanto más alejada me mantenga del amor, mejor me irá».

Prólogo

Sinceramente, Olive estaba un poco indecisa con todo aquel asunto de la escuela de posgrado.

No porque no le gustara la ciencia. (Sí le gustaba. Le *encantaba* la ciencia. La ciencia era *lo suyo*.) Ni tampoco por la carretada de evidentes señales de alarma. Era muy consciente de que comprometerse con años de semanas laborales de ochenta horas poco valoradas y mal pagadas tal vez *no* fuese bueno para su salud mental. De que pasarse las noches trabajando hasta la extenuación frente a un mechero Bunsen para descubrir un segmento de conocimiento trivial quizá *no* fuera la clave de la felicidad. De que probablemente dedicarse en cuerpo y alma a las actividades académicas, con solo algún que otro descanso esporádico para robar unos bocadillos que alguien hubiera dejado desatendidos, *no* fuese una elección sabia.

Era muy consciente y, sin embargo, nada de todo aquello la preocupaba. O tal vez sí, un poco, pero podía sobrellevarlo. Era otra cosa lo que la refrenaba de entregarse sin reservas al círculo más notorio y amargavidas del infierno (a saber, un programa de doctorado). La refrenaba, esto es, hasta que la invitaron a hacer una entrevista para el Departamento de Biología de Stanford y se topó con El Tío.

El Tío cuyo nombre nunca llegó a saber.

El Tío al que conoció tras entrar dando trompicones, a ciegas, en el primer baño que encontró.

El Tío que le preguntó:

—Por curiosidad, ¿hay alguna razón concreta para que estés llorando en mi baño?

Olive soltó un chillido. Intentó abrir los ojos a pesar de las lágrimas y lo consiguió a duras penas. Todo su campo de visión estaba desenfocado. Lo

único que distinguía era una silueta acuosa: alguien alto, de pelo oscuro, vestido de negro y… ya. Nada más.

—Pues… ¿no es el baño de mujeres? —tartamudeó.

Nada. Silencio. Y luego:

—No.

La voz de El Tío era profunda. Muy profunda. Realmente profunda. Profunda como un sueño.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿De verdad?

—Bastante, teniendo en cuenta que este es el baño de mi laboratorio.

Vale. Ahí la había pillado.

—Lo siento mucho. ¿Tienes que…?

Señaló hacia el urinario, o hacia donde creía que estaban los urinarios. Le escocían los ojos, incluso manteniéndolos cerrados, y tenía que apretarlos con fuerza para aliviar el picor. Intentó enjugarse las mejillas con la manga, pero la tela de su vestido era barata y demasiado fina, ni la mitad de absorbente que el algodón de verdad. ¡Ah, las alegrías de la pobreza!

—Solo tengo que tirar este reactivo por el desagüe —contestó él, pero Olive no lo oyó moverse. Quizá porque ella le estuviera bloqueando el lavabo. O tal vez porque El Tío la hubiera tomado por un bicho raro y estuviese contemplando la posibilidad de echarle encima a la policía del campus. Eso pondría un final despiadadamente abrupto a sus sueños de doctorarse, ¿no?—. No lo utilizamos como baño, solo para tirar los residuos y lavar los utensilios.

—Vaya, perdón. Pensé…

Sin atinar. Había pensado sin atinar, como era su costumbre y maldición.

—¿Estás bien?

Debía de ser muy alto. Su voz le llegaba como de tres metros más arriba.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás llorando. En mi baño.

—Ah, no estoy llorando. Bueno, un poco sí, pero solo son las lágrimas, ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

Olive suspiró y se dejó caer contra la pared de azulejos.

—Son las lentillas. Caducaron hace un tiempo, y tampoco es que antes fueran de muy buena calidad. Me han destrozado los ojos. Me las he quitado, pero… —Se encogió de hombros. Con un poco de suerte, mirando hacia donde se encontraba El Tío—. Tardan un rato en mejorar.

—¿Te has puesto unas lentillas caducadas?

Parecía personalmente ofendido.

—Solo un poco caducadas.

—¿Qué es «un poco»?

—No sé. ¿Varios años?

—*¿Qué?*

Pronunció aquella palabra de una forma tajante y precisa. Definida. Agradable.

—Solo un par, creo.

—¿Solo un par de *años?*

—No pasa nada. Las fechas de caducidad son para los cobardes.

Un ruido brusco, una especie de bufido.

—Las fechas de caducidad son para que no te encuentre llorando en un rincón de mi baño.

Salvo que aquel tipo fuera el mismísimo señor Stanford, tenía que dejar de llamarlo *su* baño.

—No es nada. —Olive le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano. Habría puesto los ojos en blanco si no hubiera sido porque le ardían —. Por lo general, el escozor dura solo unos minutos.

—O sea, ¿que ya lo has hecho más veces?

La joven frunció el ceño.

—¿El qué?

—Ponerte lentillas caducadas.

—Por supuesto. Las lentillas no son baratas.

—Los *ojos* tampoco.

Hum. Buen argumento.

—Oye, ¿nos hemos visto antes? A lo mejor anoche, en la cena de presentación de los futuros doctorandos.

—No.

—¿No fuiste?

—No me van esos rollos.

—Pero ¿y la comida gratis?

—No compensa las charlas triviales.

A lo mejor estaba a dieta, porque ¿qué clase de alumno de doctorado decía algo así? Y Olive estaba *segura* de que El Tío estaba haciendo el doctorado; el tono altivo y condescendiente lo delataba. Todos los doctorandos eran así: se creían mejores que todos los demás solo porque tenían el dudoso privilegio de masacrar moscas de la fruta en nombre de la ciencia por noventa céntimos la hora. En el lúgubre y oscuro infierno del mundo académico, los alumnos de posgrado eran las criaturas más humildes y, por lo tanto, debían convencerse de que eran las mejores. Olive no era psicóloga clínica, pero le parecía un mecanismo de defensa bastante de manual.

—¿Has hecho la entrevista para incorporarte al programa? —quiso saber El Tío.

—Sí. Para la hornada de Biología del próximo curso. —Dios, cómo le quemaban los ojos—. ¿Y tú? —preguntó mientras se los apretaba con la palma de las manos.

—¿Yo?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Aquí? —Un silencio—. Seis años. Más o menos.

—Ah. ¿Te queda poco para doctorarte, entonces?

—Pues…

Olive se percató de que El Tío vacilaba y se sintió culpable al instante.

—Espera, no tienes por qué contestar. La primera regla de la escuela de posgrado: no preguntes por los plazos de presentación de las tesis de otros alumnos.

Un segundo. Y luego otro.

—Cierto.

—Lo siento. —Ojalá hubiera podido verlo. Las interacciones sociales ya eran bastante complicadas de por sí; lo último que necesitaba era contar con menos pistas por las que guiarse—. No pretendía imitar a tus padres en Acción de Gracias.

El Tío dejó escapar una risa suave.

—No podrías ni aunque quisieras.

—Vaya. —Olive sonrió—. ¿Padres insufribles?

—Y Acciones de Gracias aún peores.

—Eso os pasa a los estadounidenses por abandonar la Commonwealth. —Tendió la mano hacia donde, más o menos, esperaba que estuviera su interlocutor—. Soy Olive, por cierto. Casi como el árbol.

Empezaba a preguntarse si no acabaría de presentarse al desagüe cuando lo oyó dar un paso hacia ella. La mano que se cerró en torno a la suya estaba seca, y caliente, y era tan grande que podría haberle rodeado el puño entero. Todo lo de aquel hombre debía de ser enorme. La altura, los dedos, la voz.

No le resultó del todo desagradable.

—¿No eres estadounidense? —le preguntó él.

—Canadiense. Oye, si por casualidad hablas con alguien del Comité de Admisiones, ¿te importaría no mencionarle mi percance con las lentillas? Creo que no me haría parecer una aspirante precisamente estelar.

—¿Eso crees? —dijo en tono socarrón.

Lo habría fulminado con la mirada si hubiera podido. Aunque a lo mejor no se le estaba dando tan mal conseguirlo, porque El Tío se echó a reír; no fue más que un resoplido, pero ella adivinó que era una risa. Y tampoco le resultó desagradable.

Cuando El Tío la soltó, Olive se dio cuenta de que se había quedado agarrada a su mano durante más tiempo del debido. Uy.

—¿Tienes pensado matricularte? —preguntó El Tío.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que no me ofrezcan la plaza.

Pero había hecho muy buenas migas con la profesora que la había entrevistado, la doctora Aslan. Olive había tartamudeado y mascullado mucho menos que de costumbre. Además, su puntuación en el examen de acceso a la escuela de posgrado y la nota media de su expediente eran casi perfectas. A veces no tener vida resultaba útil.

—Vale, ¿tienes pensado matricularte si te ofrecen la plaza?

Sería tonta si no lo hiciera. A fin de cuentas, se trataba de Stanford, que tenía uno de los mejores programas de Biología. O, al menos, eso era lo que Olive se remachaba para ocultar la petrificante verdad.

Que era que, sinceramente, estaba un poco indecisa con todo aquel asunto de la escuela de posgrado.

—Pues… quizá. Debo decir que la línea que separa una excelente elección de carrera profesional y una cagada vital crítica se me está

volviendo un poco borrosa.

—Parece que te inclinas más hacia la cagada.

Le dio la sensación de que El Tío estaba sonriendo.

—No. Bueno… Solo es que…

—¿Solo es que qué?

Olive se mordió el labio.

—¿Y si no soy tan buena? —le soltó.

¿Por qué, Dios, *por qué* estaba desnudándole los miedos más profundos de su secreto corazoncito a aquel tipo desconocido del baño? ¿Y qué sentido tenía, además? Cada vez que les exponía sus dudas a sus amigos y conocidos, todos le repetían automáticamente las mismas expresiones de ánimo trilladas y vacías. «Te irá bien. Puedes hacerlo. Yo creo en ti.» Seguro que aquel tío hacía lo mismo.

No tardaría mucho.

Estaba a punto.

En cualquier momento…

—¿Por qué quieres hacerlo?

¿Eh?

—¿Hacer… qué?

—Doctorarte. ¿Cuál es tu razón?

Olive carraspeó.

—Siempre he tenido una mente inquisitiva y la escuela de posgrado es el entorno ideal para estimularla. Me aportará importantes destrezas transferibles…

El hombre resopló.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—No me sueltes la frase que has encontrado en un libro de preparación de entrevistas. ¿Por qué quieres *tú* ser doctora?

—Es cierto —insistió ella en un tono algo débil—. Quiero perfeccionar mis habilidades de investigación…

—¿Es porque no sabes qué otra cosa hacer?

—No.

—¿Porque no has encontrado trabajo en la industria?

—No… Ni siquiera he buscado trabajo en la industria.

—Ah.

Se movió, una figura grande y borrosa que se colocaba a su lado para tirar algo por el desagüe del lavabo. Olive captó un tufillo a eugenol, a detergente para la ropa y a piel masculina limpia. Una combinación extrañamente agradable.

—Necesito más libertad de la que puede ofrecerme la industria.

—En el mundo académico no tendrás mucha libertad. —Su voz le llegó desde más cerca, como si aún no se hubiera apartado—. Deberás financiar tu trabajo mediante becas de investigación ridículamente competitivas. Ganarías más dinero en un trabajo normal y corriente que te permita tomar en consideración el concepto de fin de semana.

Olive frunció el ceño.

—¿Intentas convencerme de que rechace la plaza? ¿Es una especie de campaña contra los que usamos lentillas caducadas?

—No. —Olive oyó su sonrisa—. Voy a hacer la vista gorda y a confiar en que solo haya sido un traspiés.

—Las uso *muchísimo* y casi nunca…

—En una larga línea de traspiés, claro está. —Suspiró—. A ver, la situación es la siguiente: no tengo ni idea de si eres lo bastante buena, pero esa no es la pregunta que deberías hacerte. El mundo académico es muchísimo esfuerzo a cambio de muy poca recompensa. Lo que importa es si tu *razón* para entrar en él es lo bastante buena. Así que, ¿por qué el doctorado, Olive?

La joven lo pensó, y lo pensó, y lo pensó todavía más. Y entonces habló con cautela.

—Tengo una pregunta. Una pregunta específica que quiero investigar. Quiero averiguar una cosa. —Listo. Se acabó. Esa era la respuesta—. Una cosa que me temo que nadie más descubrirá si no lo hago yo.

—¿Una pregunta?

Olive notó un cambio en el entorno y se dio cuenta de que ahora El Tío estaba apoyado en el lavabo.

—Sí. —Sentía la boca seca—. Algo que es importante para mí. Y… no confío en que lo haga nadie más. Porque nadie lo ha hecho hasta ahora. Porque…

«Porque ocurrió algo malo. Porque quiero hacer cuanto esté en mi mano para que no vuelva a suceder.»

Pensamientos intensos para tener en presencia de un extraño, en la oscuridad de sus párpados cerrados. Así que los abrió; seguía teniendo la vista borrosa, pero el ardor había desaparecido casi por completo. El Tío la estaba mirando. Quizá tuviera los contornos borrosos, pero estaba muy *presente*, esperando pacientemente a que ella continuara.

—Es importante para mí —repitió—. La investigación que quiero hacer.

Olive tenía veintitrés años y estaba sola en el mundo. No quería fines de semana ni un sueldo decente. Quería retroceder en el tiempo. Quería estar menos sola. Pero, como eso era imposible, se conformaría con arreglar lo que pudiera.

Él asintió, pero no dijo nada; se enderezó y dio unos cuantos pasos hacia la puerta. No cabía duda de que se iba.

—¿Mi razón es lo bastante buena como para que me matricule en la escuela de posgrado? —le preguntó, a pesar de que odiaba lo ansiosa de aprobación que debía de parecer. Quizá estuviera en medio de una especie de crisis existencial.

Él se detuvo y se volvió para mirarla.

—Es la mejor. —Estaba sonriendo, pensó Olive. O algo parecido—. Buena suerte con lo de la entrevista, Olive.

—Gracias. —El Tío ya casi había salido por la puerta—. Quizá nos veamos el año que viene —balbuceó ella, un poco sonrojada—. Si consigo entrar. Y si no te has graduado.

—Quizá —lo oyó decir.

Y, sin más, El Tío se fue. Y Olive nunca llegó a saber su nombre. Pero, unas semanas después, cuando el Departamento de Biología de Stanford le ofreció una plaza, la aceptó. Sin dudarlo.

Capítulo uno

❤ HIPÓTESIS: Cuando se me da a elegir entre A (una situación algo incómoda) y B (un desastre colosal con consecuencias devastadoras), inevitablemente acabaré eligiendo B.

Dos años y once meses después

En defensa de Olive, al hombre no pareció importarle demasiado el beso.

Tardó un momento en adaptarse, algo del todo comprensible dado lo repentino de las circunstancias. Fue un minuto raro, incómodo y algo doloroso en el que Olive se sorprendió aplastando los labios contra los de él y, al mismo tiempo, empinándose cuanto le permitían los dedos de los pies para mantener la boca al nivel de la cara del hombre. ¿En serio tenía que ser tan alto? El beso debió de parecer un cabezazo torpe, así que se puso nerviosa pensando que no iba a ser capaz de salir airosa de la situación. Su amiga Anh, a la que Olive había visto dirigirse hacia ella hacía unos segundos, iba a echarle un solo vistazo a todo aquello y a darse cuenta de inmediato de que era imposible que Olive y El Tipo Del Beso fueran dos personas en plena cita.

Luego aquel instante agonizantemente lento pasó y el beso se volvió… distinto. El hombre inhaló con fuerza, bajó un poco la cabeza, cosa que hizo que Olive se sintiera menos parecida a un mono ardilla trepando a un árbol baobab, y le rodeó la cintura con unas manos grandes y que transmitían una calidez agradable en contraste con el aire acondicionado del pasillo. Después las deslizó unos centímetros hacia arriba para rodear la caja torácica de Olive y atraerla hacia sí. Ni demasiado, ni demasiado poco.

Lo justo.

Fue un pico prolongado, más que otra cosa, pero resultó bastante agradable y, durante un lapso de unos pocos segundos, Olive se olvidó de un gran número de cosas, incluido el hecho de que estaba apretada contra un tipo desconocido y aleatorio. De que apenas había tenido tiempo de susurrar «¿Puedo besarte, por favor?» antes de posar los labios sobre los suyos. De que lo que en un principio la había llevado a montar todo aquel espectáculo era la esperanza de engañar a Anh, su mejor amiga en el mundo.

Pero un buen beso tiene esas cosas: hace que una chica se olvide de sí misma durante un rato. Olive se descubrió fundiéndose con un pecho ancho y sólido que no cedía en lo más mínimo. Desplazó las manos desde una mandíbula bien definida hasta un pelo asombrosamente grueso y suave y luego… Luego se oyó suspirar, como si ya se hubiera quedado sin aliento, y fue en ese momento cuando cayó en la cuenta —y fue como si le dieran con un ladrillo en la cabeza— de que… No. No.

No, no, *no*.

No tendría que estar disfrutando de esa situación. Del tipo desconocido y todo el rollo.

Olive jadeó y se apartó de él mientras buscaba a Anh frenéticamente con la mirada. En el resplandor azulado de las once de la noche del pasillo de los laboratorios de biología, no se veía a su amiga por ninguna parte. Qué raro. Olive estaba segura de haberla visto unos segundos antes.

El Tipo Del Beso, por otro lado, seguía de pie justo delante de ella, con los labios separados, el pecho agitado y una extraña luz titilándole en los ojos, y fue justo entonces cuando Olive se percató de la enormidad de lo que acababa de hacer. De *a quién* acababa de…

«Me cago en mi vida.»

«Me. Cago. En. Mi. Vida.»

Porque el doctor Adam Carlsen era un reputado imbécil.

No se trataba de un hecho destacable en sí mismo, ya que en el mundo académico todos los puestos de trabajo situados por encima del nivel de doctorando (el nivel de Olive, por desgracia) requerían de cierto grado de imbecilidad para poder mantenerse en el tiempo, y el profesorado titular ocupaba la cúspide de la pirámide de la imbecilidad. El doctor Carlsen, sin embargo, era excepcional. Al menos si lo que decían los rumores era cierto.

Él era la razón de que Malcolm, el compañero de piso de Olive, hubiera tenido que desechar por completo dos proyectos de investigación y de que tal vez acabase doctorándose con un año de retraso; el que había hecho vomitar de ansiedad a Jeremy antes de sus exámenes del primer año; el único culpable de que la mitad de los alumnos del departamento se vieran obligados a posponer su defensa de tesis. Joe, que antes formaba parte de la hornada de Olive y la llevaba a ver películas europeas desenfocadas con subtítulos microscópicos todos los jueves por la noche, había sido ayudante de investigación en el laboratorio de Carlsen, pero al cabo de seis meses había decidido dejarlo por «razones». Seguro que había sido lo mejor para él, porque la mayoría de los ayudantes doctorales que le quedaban a Carlsen tenían las manos perennemente temblorosas y a menudo parecía que no hubieran dormido en un año.

Puede que el doctor Carlsen fuera una joven estrella del rock en el mundo académico y el niño prodigio de la biología, pero también era mezquino e hipercrítico, y resultaba evidente en su forma de hablar, en su manera de comportarse, que se creía el único que hacía ciencia decente de todo el Departamento de Biología de Stanford. De todo el mundo, quizá. Era un gilipollas con fama de tener mal genio y ser odioso y aterrador.

Y Olive acababa de besarlo.

No tenía claro cuánto había durado el silencio, solo sabía que fue él quien lo rompió. Estaba de pie frente a Olive, absurdamente intimidante, con los ojos oscuros y el pelo aún más oscuro, mirándola con fijeza desde quién sabe cuántos centímetros por encima del metro ochenta; debía de ser más de una cabeza más alto que ella. Tenía el ceño fruncido, una expresión que Olive reconoció de cuando lo veía en el seminario del departamento; una mirada que por lo general precedía al momento en que levantaba la mano para señalar algún defecto fatal detectado en el trabajo del orador.

«Adam Carlsen. Destructor de carreras investigadoras», había oído Olive decir una vez a su directora de tesis.

«No pasa nada. Todo va bien. Más que bien.» Iba a fingir que no había pasado nada, a hacerle un educado gesto de despedida con la cabeza y a marcharse de puntillas de allí. «Sí, es un buen plan.»

—¿Acabas…? ¿Acabas de besarme?

Parecía perplejo y quizá algo jadeante. Tenía los labios carnosos y gruesos y… Dios. Besados. Era imposible que Olive negara lo que acababa

de hacer.

Aun así, valía la pena intentarlo.

—No.

Para su sorpresa, pareció funcionar.

—Ah. Vale.

Carlsen asintió y se dio la vuelta con aire de andar algo desorientado. Avanzó unos cuantos pasos, hasta la fuente, adonde tal vez se dirigiera en un principio.

Olive empezaba a creer que conseguiría irse de rositas cuando él se detuvo y se volvió con una expresión escéptica en la cara.

—¿Estás segura?

«Porras.»

—Pues… —Olive se tapó la cara con las manos—. No es lo que parece.

—Vale. Eh… Vale —repitió él despacio. Tenía una voz profunda y grave que sonaba como si estuviera a punto de enfadarse. Quizá como si ya estuviera enfadado—. ¿Qué está pasando aquí?

No había manera sencilla de explicarlo. A cualquier persona normal, la situación de Olive le habría parecido extraña, pero Adam Carlsen, que a todas luces consideraba que la empatía era un error del sistema y no un rasgo de humanidad, no la entendería jamás. La joven dejó caer las manos a los costados y respiró hondo.

—Uf… Oiga, no se lo tome a mal, pero esto no es asunto suyo.

Se la quedó mirando un momento y luego asintió.

—Ya. Claro. —Carlsen debía de estar recuperando su compostura habitual, porque su tono de voz había perdido parte de la sorpresa y volvía a ser como de costumbre: seco. Lacónico—. Entonces, volveré a mi despacho y empezaré a trabajar en mi denuncia del Título IX.

Olive exhaló aliviada.

—Sí. Eso estaría muy bien, porque… Un segundo. ¿Su qué?

El doctor Carlsen ladeó la cabeza.

—El Título IX es una ley federal que protege contra la mala praxis sexual en los entornos académicos…

—Sé lo que es el Título IX.

—Entiendo. Así que has decidido ignorarlo de forma voluntaria.

—No… ¿Qué? No. No, ¡qué va!

Él se encogió de hombros.

—Debo de haberme equivocado, entonces. Habrá sido otra persona la que me ha agredido.

—Agredirle… No le he «agredido».

—Me has besado.

—Pero no era *en serio*.

—Sin contar con mi consentimiento.

—¡Le he *preguntado* si podía besarle!

—Y lo has hecho sin esperar a que te contestara.

—¿Qué? Ha dicho que sí.

—¿Cómo dices?

Olive frunció el ceño.

—Le he preguntado si podía besarle y ha contestado que sí.

—Incorrecto. Me has preguntado si podías besarme y yo he resoplado.

—Estoy *bastante segura* de que le he oído decir que sí.

Carlsen enarcó una ceja y, durante un instante, Olive se permitió soñar despierta con ahogar a alguien. Al doctor Carlsen. A ella misma. Ambas opciones le parecían maravillosas.

—Oiga, lo siento mucho. Ha sido una situación extraña. ¿No podemos olvidarnos sin más de lo que ha pasado?

El hombre la estudió durante un momento eterno, con el rostro anguloso, serio y algo más, algo que Olive no llegó a descifrar del todo porque estaba demasiado ocupada fijándose de nuevo en lo alto y ancho de hombros que era. Es que era enorme. Olive siempre había sido flaca, casi demasiado, pero las chicas que miden 1,75 no suelen sentirse diminutas. Al menos hasta que se encontraban de pie junto a Adam Carlsen. Ya se había fijado en que era alto, por supuesto, cuando lo había visto por el departamento o paseando por el campus, o cuando habían compartido el ascensor, pero nunca habían interactuado. Nunca habían estado tan cerca.

«Excepto hace un segundo, Olive. Cuando casi le metes la lengua en la…»

—¿Te pasa algo? —Parecía casi preocupado.

—¿Qué? No. No me pasa nada.

—Porque —prosiguió él con calma— besar a un desconocido a medianoche en un laboratorio de ciencias podría ser señal de que te pasa algo.

—No.

Carlsen asintió, pensativo.

—Muy bien. Entonces recibirás la notificación en los próximos días.

Echó a andar dejándola atrás y Olive se volvió para gritarle a la espalda:

—¡Ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo!

—Estoy convencido de que cualquiera podrá averiguarlo, porque debes de haber pasado la tarjeta para entrar en la zona de los laboratorios fuera de horario. Buenas noches.

—¡Espere!

Olive se acercó a él y lo frenó agarrándolo por la muñeca. Carlsen se detuvo de inmediato, aunque estaba claro que no le habría costado nada zafarse, y clavó una mirada incisiva allá donde los dedos de la joven le rozaban la piel, justo por debajo de un reloj de pulsera que debía de haberle costado la mitad de lo que ella ganaba en un año como doctoranda. O todo.

Olive lo soltó de inmediato y dio un paso atrás.

—Lo siento, no quería…

—El beso. Explícate.

Olive se mordió el labio inferior. La había cagado de verdad. Y ahora tenía que contárselo.

—Anh Pham. —Miró a su alrededor para asegurarse de que, en efecto, Anh no estaba—. La chica que pasaba por aquí. Es alumna de doctorado en el Departamento de Biología.

Carlsen no dio muestras de saber quién era Anh.

—Anh me ha… —Olive se metió un mechón de pelo castaño detrás de la oreja. Ahí era donde la historia se volvía embarazosa. Complicada y un poco infantiloide—. Empecé a salir con un chico del departamento. Con Jeremy Langley, que es pelirrojo y trabaja con el doctor… Da igual. Quedamos un par de veces y luego lo llevé a la fiesta de cumpleaños de Anh, y el caso es que congeniaron y…

Olive cerró los ojos. Pero no fue buena idea, porque entonces lo vio todo pintado en el interior de los párpados: a su mejor amiga y el chico con el que había quedado esa noche cotorreando en la bolera como si se conocieran de toda la vida; los temas de conversación que jamás se les agotaban, las risas y, luego, al final de la noche, a Jeremy siguiendo con la mirada hasta el último movimiento de Anh. Había quedado dolorosamente claro en quién estaba interesado. Olive sacudió una mano e intentó sonreír.

—Resumiendo: cuando Jeremy y yo cortamos, él le pidió salir a Anh. Ella le dijo que no por… el código de las chicas y todo ese rollo, pero sé que Jeremy le gusta *mucho*. Le da miedo hacerme daño, así que, aunque le he dicho un montón de veces que estoy bien, no me cree.

«Y eso por no hablar de que el otro día la oí confesarle a nuestro amigo Malcolm que Jeremy le parecía increíble, pero que jamás me traicionaría saliendo con él, y me pareció que estaba hecha polvo. Decepcionada e insegura, nada que ver con la Anh valiente y extraordinaria a la que estoy acostumbrada.»

—Así que le he mentido y le he dicho que ya estaba saliendo con otra persona. Porque es una de mis mejores amigas y nunca la había visto tan colgada de un chico, y quiero que tenga todo lo bueno que se merece, y estoy segura de que ella haría lo mismo por mí, y… —Olive se dio cuenta de que estaba divagando y de que a Carlsen todo aquello no podría importarle menos. Se quedó callada y tragó saliva, aunque tenía la boca seca—. Esta noche. Le he dicho que *esta noche* había quedado con él.

—Ah.

La expresión de aquel hombre era indescifrable.

—Pero no es verdad. Así que he decidido venir a trabajar en un experimento, pero Anh también se ha presentado aquí. Se suponía que no iba a venir. Pero ha venido. Y se dirigía hacia aquí. Así que me entró el pánico… Bueno. —Olive se pasó una mano por la cara—. No lo he pensado muy bien.

Carlsen no dijo nada, pero se le veía en los ojos que estaba pensando: «Eso es obvio».

—Necesitaba que Anh creyera que estaba en una cita.

Él asintió.

—Así que has besado a la primera persona que has visto en el pasillo. Todo muy lógico.

Olive esbozo una mueca de dolor.

—Ahora que lo dice así, tal vez no haya sido mi mejor momento.

—Tal vez.

—¡Pero tampoco ha sido el peor! Estoy bastante convencida de que Anh nos ha visto. Ahora pensará que había quedado con usted y, con suerte, se sentirá libre de salir con Jeremy y… —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Oiga, siento mucho lo del beso.

—Ah, ¿sí?

—Por favor, no me denuncie. De verdad que me pareció oírle decir que sí. Le prometo que no era mi intención…

De repente, Olive asumió de una vez por todas la enormidad de lo que acababa de hacer. Acababa de besar a un tío cualquiera, a un tío que daba la casualidad de ser el miembro más desagradable de todo el claustro del Departamento de Biología. Había confundido un *resoplido* con su consentimiento, básicamente lo había agredido en el pasillo, y ahora él la miraba de esa manera extraña y pensativa, tan alto y tan concentrado y tan cerca de ella y…

«Mierda.»

Tal vez fuera lo avanzado de la noche. Tal vez fuera que hacía dieciséis horas que no se tomaba un café. Tal vez fuera Adam Carlsen mirándola de *aquella forma*. De pronto, toda la situación era demasiado.

—En realidad, tiene toda la razón. Y lo siento mucho. Si se ha sentido acosado por mí de cualquier manera, debería denunciarme, porque es lo justo. Ha sido algo horrible, aunque lo cierto es que no quería… No es que mis intenciones importen; es más bien su percepción de… —«Joder, joder, joder.»—. Ahora voy a marcharme, ¿de acuerdo? Gracias y… lo siento mucho mucho *mucho*.

Olive se dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo.

—Olive —lo oyó llamar tras ella—. Olive, espera…

No se detuvo. Bajó corriendo las escaleras hasta la planta baja y luego salió del edificio y cruzó los caminos del escasamente iluminado campus de Stanford; dejó atrás a una chica que paseaba a su perro y a un grupo de alumnos que reían ante la biblioteca. Continuó hasta llegar frente a la puerta de su apartamento, paró solo para abrirla y siguió a toda prisa hacia su habitación con la esperanza de evitar a su compañero de piso y a quienquiera que se hubiera llevado a casa esa noche.

Hasta que se desplomó en su cama y miró las estrellas que tenía pegadas en el techo y brillaban en la oscuridad no se dio cuenta de que había olvidado comprobar cómo estaban sus ratones de laboratorio. También se había dejado el portátil en la mesa y la sudadera en algún lugar, además de que se le había pasado por completo ir a la tienda a comprar el café que había prometido a Malcolm que le llevaría para el día siguiente por la mañana.

«Mierda. Menudo desastre de día.»

A Olive ni siquiera se le pasó por la cabeza pensar que el doctor Adam Carlsen —reputado imbécil— la había llamado por su nombre.

Capítulo dos

❤ HIPÓTESIS: Cualquier rumor sobre mi vida amorosa se difundirá a una velocidad directamente proporcional a mi deseo de mantener dicho rumor en secreto.

Olive Smith era una alumna prometedora de tercer año de doctorado en uno de los mejores departamentos de biología del país, un departamento que albergaba a más de cien doctorandos y lo que a menudo parecían varios millones de estudiantes de grado. No tenía ni idea de cuál era el número exacto de profesores, pero, a juzgar por los buzones de la sala de fotocopias, diría que una buena suposición era: demasiados. Por lo tanto, llegó a la conclusión de que, si nunca había tenido la desgracia de interactuar con Adam Carlsen en los dos años anteriores a La Noche (solo habían pasado unos cuantos días desde el incidente del beso, pero Olive ya sabía que durante el resto de su vida pensaría en el viernes anterior como La Noche), era muy posible que consiguiera acabar la tesis sin volver a cruzarse con él nunca más. De hecho, estaba bastante convencida de que Adam Carlsen no solo no tenía ni idea de quién era ella, sino que tampoco tenía ninguna gana de enterarse… y seguro que ya se había olvidado de todo lo sucedido.

A menos, por supuesto, que Olive estuviera catastróficamente equivocada y aquel hombre terminara presentando una denuncia basada en el Título IX. En cuyo caso supuso que *sí* volvería a verlo, cuando tuviera que declararse culpable ante el tribunal federal.

Olive pensó que podía perder el tiempo preocupándose por los honorarios de los abogados o centrarse en cuestiones más urgentes. Como en las alrededor de quinientas diapositivas que tenía que preparar para la clase de Neurobiología que debía impartir en el semestre de otoño, que empezaba en menos de dos semanas. O en la nota que Malcolm le había

dejado esa mañana, diciéndole que había visto una cucaracha escabullirse bajo el aparador a pesar de que ya tenían el apartamento lleno de trampas. O en la más crucial: el hecho de que su proyecto de investigación había alcanzado un punto crítico y Olive necesitaba desesperadamente encontrar un laboratorio más grande y con mucho más dinero para llevar a cabo su experimento. De lo contrario, lo que bien podría convertirse en un estudio innovador y relevante desde el punto de vista clínico quizá acabase languideciendo en un puñado de placas de Petri apiladas en el cajón de las verduras de la nevera.

Abrió el portátil medio convencida de buscar en Google «Órganos sin los que se puede vivir» y «Cuánto dinero por ellos», pero se distrajo con los veinte correos nuevos que había recibido mientras se ocupaba de sus animales de laboratorio. Casi todos procedían de revistas académicas poco fiables, de aspirantes a príncipes nigerianos y de una empresa de brillos de labios a cuyo boletín se había suscrito hacía seis años para que le enviaran uno gratis. Olive los marcó enseguida como leídos, impaciente por volver a sus experimentos, y entonces se dio cuenta de que uno de los mensajes era en realidad una respuesta a algo que ella había enviado. Una respuesta de… «Hostia. *Hostia*.»

Clicó en él con tanta fuerza que casi se hizo un esguince en el dedo índice.

Hoy, 15:15
DE: Tom-Benton@harvard.edu
PARA: Olive-Smith@stanford.edu
ASUNTO: Re: Proyecto de detección del cáncer de páncreas

Olive:

Tu proyecto tiene buena pinta. Iré a Stanford dentro de un par de semanas. ¿Por qué no hablamos entonces?

Gracias,
TB

Doctor Tom Benton
Profesor titular
Departamento de Ciencias Biológicas, Universidad de Harvard

Le dio un vuelco el corazón. Luego se le desbocó. Luego se le ralentizó y empezó a ir a paso de tortuga. Y entonces notó que la sangre le latía en los párpados, cosa que no podía ser sana, pero… *Sí*. ¡Sí! Tenía un comprador. Casi. ¿Probablemente? Tal vez. Sin duda, tal vez. Tom Benton había dicho «buena». Había dicho que tenía «buena» pinta. Tenía que ser una «buena» señal, ¿no?

Frunció el ceño y se desplazó hacia abajo por la pantalla para releer el correo electrónico que ella le había enviado varias semanas antes.

7 de julio, 8:19
DE: Olive-Smith@stanford.edu
PARA: Tom-Benton@harvard.edu
ASUNTO: Proyecto de detección del cáncer de páncreas

Doctor Benton:

Me llamo Olive Smith y soy alumna de doctorado en el Departamento de Biología de la Universidad de Stanford. Mi investigación se centra en el cáncer de páncreas, en particular en la búsqueda de herramientas de detección no invasivas y asequibles que permitan iniciar un tratamiento temprano y aumenten las tasas de supervivencia. He trabajado con biomarcadores sanguíneos y los resultados son prometedores. (Puede leer sobre mi trabajo preliminar en el artículo revisado por pares que le envío en este correo. También he enviado una solicitud para presentar mis hallazgos más recientes, aún sin publicar, en el congreso de la Society for Biological Discovery de este año; todavía está pendiente de aceptación, pero véase el resumen adjunto.) El siguiente paso sería llevar a cabo estudios adicionales para determinar la viabilidad de mi kit de pruebas.

Por desgracia, mi actual laboratorio (el de la doctora Aysegul Aslan, que se jubila dentro de dos años) no cuenta ni con la financiación ni con los equipos necesarios para permitirme seguir adelante. La doctora Aslan me ha animado a buscar un laboratorio de investigación oncológica más grande donde pueda pasar el próximo año académico recogiendo los datos que necesito. Después volvería a Stanford para analizarlos y redactar las conclusiones. Soy una gran admiradora del trabajo sobre el cáncer de páncreas que ha publicado y me preguntaba si existiría la posibilidad de que continuara con mi investigación en su laboratorio de Harvard.

Estaré encantada de hablarle más en detalle sobre mi proyecto en caso de que le interese.

Un cordial saludo,

Olive

Olive Smith

Doctoranda

Departamento de Biología, Universidad de Stanford

Si Tom Benton, investigador oncológico sin igual, fuera a Stanford y le dedicara a Olive diez minutos de su tiempo, ¡podría convencerlo de que la ayudara con sus dificultades para seguir investigando!

Bueno… A lo mejor.

A Olive se le daba mucho mejor la investigación en sí que venderles lo que hacía a los demás. La comunicación científica y la oratoria en todas sus vertientes eran sin duda sus grandes debilidades. Pero tenía la oportunidad de demostrarle a Benton lo prometedores que eran sus resultados. Podía enumerar los beneficios clínicos de su trabajo y explicar lo poco que necesitaba para convertir su proyecto en un éxito enorme. Lo único que necesitaba era una mesa tranquila en un rincón de su laboratorio, un par de centenares de ratones y acceso ilimitado a su microscopio electrónico de veinte millones de dólares. Benton ni siquiera se daría cuenta de que estaba allí.

Olive se dirigió a la sala de descanso mientras escribía mentalmente un apasionado discurso sobre lo dispuesta que estaba a utilizar las instalaciones del laboratorio de Benton solo por la noche y a limitar su consumo de oxígeno a menos de cinco respiraciones por minuto. Se sirvió una taza de café pasado y, cuando se dio la vuelta, se encontró a alguien con el ceño fruncido justo delante.

Se sobresaltó tanto que casi se quemó.

—¡Ostras! —Se llevó una mano al pecho, respiró hondo y se aferró con más fuerza a su taza de Scooby-Doo—. Anh. Me has dado un susto de muerte.

—Olive.

Era una mala señal. Anh nunca la llamaba Olive; nunca, salvo que estuviera regañándola por morderse las uñas hasta hacerse sangre o por cenar gominolas de vitaminas.

—¡Hola! ¿Cómo te ha ido…

—La otra noche.

«Porras.»

—… el fin de semana?

—El doctor Carlsen.

«Porras, porras, porras.»

—¿Qué pasa con él?

—Os vi juntos.

—Ah. ¿En serio?

La sorpresa de Olive le sonó dolorosamente fingida incluso a ella misma. A lo mejor en el instituto le habría convenido apuntarse a teatro en lugar de practicar todos y cada uno de los deportes que se ofrecían.

—Sí. Aquí, en el departamento.

—Ah. Genial. Vaya, no te vi, de lo contrario te habría saludado.

Anh frunció más el ceño.

—Ol. Te vi. Te vi con Carlsen. Tú sabes que te vi y yo sé que tú sabes que te vi, porque desde entonces has estado evitándome.

—Qué va.

Anh le lanzó una de sus formidables miradas de «déjate de gilipolleces». Seguro que era la que utilizaba como presidenta del consejo estudiantil, como jefa de la Asociación de Mujeres Científicas de Stanford, como directora de divulgación de la Organización de Científicas Negras,

Indígenas y De Color. No había lucha que Anh no fuera capaz de ganar. Era temible e indomable y a Olive le encantaba ese rasgo suyo… Aunque no en ese preciso momento.

—Llevas dos días sin responderme a ningún mensaje. Por lo general, nos escribimos cada hora.

Era cierto. Y varias veces. Olive se pasó la taza a la mano izquierda, sin más motivo que el de ganar algo de tiempo.

—He estado… ¿ocupada?

—¿Ocupada? —Anh enarcó una ceja—. ¿Ocupada besando a Carlsen?

—Ah. Ah, *eso*. Eso no fue más que…

Anh asintió como si quisiera incitarla a terminar la frase. Cuando se hizo evidente que Olive no iba a ser capaz de hacerlo, su amiga continuó por ella:

—Eso no fue más, sin ánimo de ofender, Ol, que el beso más raro que he visto en mi vida.

«Calma. Mantén la calma. Anh no lo sabe. No puede saberlo.»

—Lo dudo —replicó Olive sin mucho convencimiento—. Por ejemplo, el beso al revés de Spiderman fue mucho más raro que…

—Ol, me dijiste que esa noche tenías una cita. No estarás saliendo con *Carlsen*, ¿no?

Anh contrajo la cara en una mueca de disgusto.

Habría sido muy sencillo confesar la verdad. Desde que habían empezado el doctorado, tanto Anh como Olive habían hecho un montón de tonterías, juntas y por separado; aquella vez que Olive se dejó llevar por el pánico y besó nada menos que a Adam Carlsen podía convertirse en otra más, en una estupidez de la que se reían durante sus noches semanales de cervezas y chucherías.

O no. Cabía la posibilidad de que, si Olive reconocía en ese momento que estaba mintiendo, Anh no volviera a confiar en ella. O de que nunca saliese con Jeremy. Y, por más que la idea de que su mejor amiga mantuviera una relación con su ex le diese unas poquitas de ganas de vomitar, la de que dicha mejor amiga fuera algo menos que feliz le provocaba muchas más ganas de vomitar.

La situación era tan simple que resultaba deprimente: Olive estaba sola en el mundo. Llevaba mucho tiempo así, desde el instituto. Se había ejercitado para no convertirlo en un drama; estaba convencida de que en el

planeta había muchas más personas que estaban solas y se veían obligadas a escribir nombres y números de teléfono inventados en sus formularios de contacto de emergencia. Durante la universidad y el máster, centrarse en la ciencia y la investigación había sido su forma de lidiar con ello, así que siempre había estado más que preparada para pasar el resto de su vida escondida en un laboratorio, con apenas un matraz y unas cuantas pipetas como fieles compañeros, hasta… Anh.

En cierto modo, había sido amor a primera vista. Primer día de la escuela de posgrado. Orientación de la nueva hornada de Biología. Olive entró en la sala de conferencias, miró a su alrededor y ocupó el primer asiento libre que encontró, petrificada. Era la única mujer de la sala, estaba prácticamente sola en un mar de hombres blancos que ya se habían puesto a charlar de barcos, de cualquiera que fuese el deporte que habían emitido en la televisión la noche anterior y de las mejores rutas para ir en coche a los sitios. «He cometido un error terrible —pensó—. El Tío del baño se equivocaba. No tendría que haberme matriculado. No voy a encajar jamás.»

Y entonces una chica con el pelo oscuro y rizado y una cara preciosa y redonda se dejó caer en la silla contigua a la suya y murmuró:

—Pues vaya con el compromiso con la inclusividad de los programas CTIM, ¿eh?

Ese fue el momento que lo cambió todo.

Podrían haber sido solo aliadas. Al ser las dos únicas alumnas que no eran hombres cis blancos de su curso, podrían haber encontrado consuelo la una en la otra cuando fuera necesario quejarse un poco e ignorarse en el resto de las ocasiones. Olive tenía muchos amigos así: todos ellos, en realidad, conocidos circunstanciales en los que pensaba con cariño, pero no muy a menudo. Anh, sin embargo, había sido diferente desde el principio. Tal vez porque no tardaron en descubrir que a las dos les encantaba pasar la noche de los sábados comiendo comida basura y quedándose dormidas mientras veían series cómicas. Tal vez porque Anh había insistido en arrastrar a Olive a todos los grupos de apoyo para las «mujeres CTIM» del campus y los había dejado a todos asombrados dando siempre en el clavo con sus comentarios. Tal vez fuera que se había sincerado con Olive y le había explicado lo difícil que le había resultado llegar hasta donde estaba. Que, cuando era pequeña, sus hermanos mayores se reían de ella y la llamaban empollona por lo mucho que le gustaban las matemáticas a una

edad en la que ser una empollona se consideraba de todo menos guay. Que, en cierta ocasión, el primer día del semestre, un profesor de Física le había preguntado si se había equivocado de clase. Que, a pesar de sus notas y su experiencia en investigación, incluso su orientador académico se había mostrado escéptico cuando Anh decidió cursar estudios CTIM superiores.

Olive, cuyo camino hacia la escuela de posgrado había sido duro, pero no tanto, se sintió desconcertada. Luego enfurecida. Y después absolutamente pasmada cuando comprendió que Anh había sido capaz de convertir toda aquella inseguridad en pura valentía.

Y, por alguna razón inimaginable, a Anh también parecía caerle bien Olive. Cuando Olive no conseguía estirar el dinero de la beca hasta fin de mes, Anh compartía con ella su ramen instantáneo. Cuando a Olive se le había estropeado el ordenador sin tener copias de seguridad, Anh se había quedado despierta toda la noche con ella para ayudarla a reescribir su trabajo de cristalografía. Cuando Olive no tenía adónde ir en vacaciones, Anh se llevaba a su amiga a casa, a Michigan, y dejaba que su numerosa familia la embutiera de comida deliciosa mientras hablaban vietnamita a toda velocidad a su alrededor. Cuando Olive se había sentido demasiado tonta para seguir en el programa y se había planteado abandonarlo, Anh la había convencido de que no lo hiciera.

El día en que Olive conoció a Anh, en el momento en que esta puso los ojos en blanco por el tema de la inclusión, nació una amistad que le cambió la vida. Poco a poco, habían empezado a incluir a Malcolm y a convertirse en una especie de trío, pero Anh… Anh era *su persona.* Su familia. A Olive ni siquiera se le habría ocurrido pensar que algo así fuera posible para alguien como ella.

Anh rara vez pedía algo para sí misma y, aunque eran amigas desde hacía más de dos años, Olive jamás la había visto mostrar interés en salir con alguien… hasta Jeremy. Fingir que había tenido una cita con Carlsen era lo mínimo que Olive podía hacer para asegurar la felicidad de su amiga.

Así que hizo acopio de fuerzas, sonrió y trató de mantener un tono razonablemente calmado al preguntarle:

—¿Por qué lo dices?

—Lo digo porque hablamos cada minuto de cada día y nunca me has mencionado a Carlsen. ¿Esto va de que mi amiga más íntima está saliendo con el profesor superestrella del departamento y por alguna razón yo no me

he enterado? *Conoces* su reputación, ¿verdad? ¿Es algún tipo de broma? ¿Tienes un tumor cerebral? ¿Tengo yo un tumor cerebral?

Eso era lo que pasaba siempre que Olive mentía: acababa teniendo que decir aún más mentiras para cubrir la primera, algo que se le daba fatal, de modo que cada embuste era peor y menos convincente que el anterior. Era imposible que lograra engañar a Anh. Era imposible que lograra engañar a *nadie*. Anh iba a enfadarse, luego se enfadaría Jeremy y después también Malcolm, y al final Olive se quedaría sola por completo. La pena haría que dejara el doctorado. Perdería el visado y su única fuente de ingresos y se mudaría de nuevo a Canadá, donde nevaba a todas horas y la gente comía corazón de alce y…

—Hola.

La voz, profunda y tranquila, provenía de algún lugar indefinido situado a espaldas de Olive, pero esta no necesitó darse la vuelta para saber que se trataba de la de Carlsen. Al igual que tampoco necesitó volverse para saber que el peso vasto y cálido que la estabilizó de repente, una presión firme pero apenas perceptible aplicada en el centro de la parte baja de la espalda, era la mano de Carlsen. Unos cinco centímetros por encima del culo.

«Hostia.»

Olive levantó el cuello y miró hacia arriba. Y hacia arriba. Y hacia arriba. Y un poco más hacia arriba. No era una mujer baja, pero es que él era *enorme*.

—Ah. Eh, hola.

—¿Todo bien?

Lo preguntó mirándola a los ojos, en un tono bajo e íntimo. Como si estuvieran solos. Como si Anh no estuviese allí. Lo dijo de una manera que tendría que haber incomodado a Olive, pero no tuvo ese efecto. Por alguna razón inexplicable, la presencia de Carlsen en la habitación la tranquilizó pese a que hasta hacía un segundo estaba a punto de perder los nervios. ¿Sería que dos tipos de inquietud distintos se neutralizaban entre sí? Parecía un tema fascinante. Digno de ser investigado. Quizá Olive debiera abandonar la biología y pasarse a la psicología. Quizá debiera excusarse y marcharse a hacer una búsqueda bibliográfica. Quizá debiera fallecer en el acto para evitar enfrentarse a la mierda de situación en la que se había metido.

—Sí. Sí. Todo va *genial*. Anh y yo solo estábamos… charlando. Sobre el fin de semana.

Carlsen miró a Anh como si hasta ese momento ni siquiera se hubiese dado cuenta de que estaba en la sala. Reconoció su presencia con una de esas breves inclinaciones de cabeza que los tíos utilizan para saludar a los demás. Bajó la mano por la columna de Olive y Anh abrió los ojos como platos.

—Un placer conocerte, Anh. He oído hablar mucho de ti —dijo Carlsen, y Olive tuvo que reconocerle que aquello se le daba muy bien, porque estaba segura de que, desde la perspectiva de Anh, parecía que la estaba manoseando, pero, en realidad…, no era así: Olive apenas sentía la mano con la que la tocaba.

Solo un poco, tal vez. El calor y una ligera presión y…

—El placer es mío. —Anh parecía atónita. Como si estuviera a punto de desmayarse—. Bueno, yo ya me iba. Ol, te mandaré un mensaje cuando… Bueno.

Salió de la habitación antes de que a Olive le diera tiempo a responder. Y eso era bueno, porque así no tendría que inventarse más mentiras. Pero también era un poco menos bueno, porque ahora solo quedaban Carlsen y ella. Demasiado cerca el uno del otro. Olive habría incluso pagado por poder decir que fue ella quien interpuso algo de distancia entre ambos, pero la vergonzosa verdad era que fue Carlsen quien se apartó primero. Lo suficiente como para darle el espacio que necesitaba y un poco más.

—¿Todo bien? —volvió a preguntarle.

Su tono seguía siendo suave. Algo que Olive no se habría esperado de él.

—Sí. Sí, solo es que… —Olive hizo un gesto con la mano—. Gracias.

—De nada.

—¿Ha oído lo que me ha dicho? Lo del viernes y…

—Sí. Por eso…

La miró y luego se miró la mano, la que hacía solo unos segundos estaba calentándole la espalda a Olive, y la chica lo entendió de inmediato.

—Gracias —repitió. Porque quizá Adam Carlsen fuera un reputado imbécil, pero en ese preciso instante Olive le estaba muy agradecida—. Por otro lado, no he podido evitar fijarme en que en las últimas setenta y dos horas no ha venido ningún agente del FBI a arrestarme.

La comisura de la boca de Carlsen se curvó. Mínimamente.

—¿De verdad?

Olive asintió.

—Lo que me hace pensar que tal vez no haya presentado la denuncia. Aunque habría estado en todo su derecho. Así que gracias. Por eso y… y por intervenir hace un momento. Me ha ahorrado muchos problemas.

Carlsen se la quedó mirando un buen rato; de repente había adoptado la misma expresión que durante el seminario cuando la gente confundía la teoría con la hipótesis o admitía haber utilizado la eliminación de datos en lugar de la imputación.

—No deberías necesitar que interviniera nadie.

Olive se tensó. Claro. «Reputado imbécil.»

—Bueno, tampoco es que le haya pedido que hiciera nada. Iba a ocuparme yo so…

—Y no deberías tener que mentir sobre tu estado sentimental —continuó—. Y menos para que tu amiga y tu novio puedan salir juntos sin sentirse culpables. La amistad no funciona así, al menos en mi mundo.

Vaya. O sea, que sí la había escuchado el día que Olive le había vomitado la historia de su vida.

—No es eso. —Carlsen arqueó una ceja y Olive levantó una mano para defenderse—. En realidad, Jeremy no era mi novio. Y Anh no me ha pedido nada. No soy una especie de víctima, solo… quiero que mi amiga sea feliz.

—Y por eso le mientes —añadió él con sorna.

—Bueno, sí, pero… Ella cree que estamos saliendo, usted y yo —soltó Olive.

Dios, lo que aquello implicaba era demasiado ridículo como para soportarlo.

—¿No era ese el objetivo?

—Sí. —Asintió y se acordó del café que tenía en la mano, así que bebió un sorbo. Todavía estaba caliente. La conversación con Anh no podía haber durado más de cinco minutos—. Sí, supongo que sí. Por cierto, soy Olive Smith. Por si sigue interesado en presentar la denuncia. Estoy haciendo el doctorado en el laboratorio de la doctora Aslan.

—Sé quién eres.

—Ah. —Debía de haberla buscado en internet, entonces. Olive trató de imaginárselo escudriñando la sección de Nuestros Alumnos de Doctorado en la página web del departamento. La secretaria del programa le había

sacado la foto a Olive durante su tercer día de doctorado, mucho antes de que la joven se hubiera dado cuenta del todo de dónde se había metido. Se había esforzado por salir bien: se había domado el pelo castaño ondulado, se había aplicado rímel para resaltar el verde de los ojos e incluso había intentado taparse las pecas con una base de maquillaje prestada. Eso había sido antes de que se percatara de lo despiadado, de lo feroz que podía ser el mundo académico. Antes de la sensación de incompetencia, antes del miedo constante a no llegar a conseguir nada en ese campo aunque se le diese bien la investigación. Salía sonriendo. Una sonrisa auténtica, de verdad—. Vale.

—Yo soy Adam. Carlsen. Soy profesor de…

Olive estalló en carcajadas delante de sus narices. Y se arrepintió en cuanto notó su expresión de confusión, como si de verdad aquel hombre hubiera pensado que Olive podría no saber quién era. Como si no fuera consciente de ser uno de los investigadores más destacados de su campo. La modestia no le pegaba nada a Adam Carlsen. Olive se aclaró la garganta.

—Ya. Hum, yo también sé quién es usted, doctor Carlsen.

—Creo que deberías llamarme Adam.

—Oh. Oh, no. —Eso sería demasiado… No. Las cosas no funcionaban así en el departamento. Los doctorandos no llamaban a los profesores por su nombre de pila—. No podría…

—Cuando Anh esté cerca.

—Ah. Claro. —Tenía lógica—. Gracias. No lo había pensado. —Ni eso ni ninguna otra cosa, en realidad. No cabía duda de que el cerebro había empezado a fallarle hacía tres días, cuando Olive había decidido que besar a aquel hombre para salvarse el culo era una buena idea—. Si está… Si usted está de acuerdo. Voy a irme a casa, porque todo este lío ha sido un poco estresante y…

«Iba a hacer un experimento, pero lo que necesito ahora mismo es sentarme en el sofá y ver *American Ninja Warrior* durante cuarenta y cinco minutos mientras como Doritos Cool Ranch, que saben mucho mejor de lo que cabría esperar.»

Él asintió.

—Te acompañaré al coche.

—No estoy *tan* alterada.

—Por si Anh sigue por aquí.

—Ah. —Olive tuvo que admitir que era un ofrecimiento amable. Sorprendentemente amable. Sobre todo porque venía de Adam *Soy Demasiado Bueno Para Este Departamento* Carlsen. Olive sabía que aquel tipo era gilipollas, así que no entendía por qué ese día… no lo parecía. Quizá pudiera achacárselo a su propio comportamiento, que había sido tan atroz que, en comparación, cualquiera habría quedado bien—. Gracias. Pero no es necesario.

Olive se dio cuenta de que Carlsen no quería insistir, pero no podía evitarlo.

—Me sentiría mejor si me dejaras acompañarte al coche.

—No tengo coche.

No se molestó en añadir: «Soy una alumna de posgrado que vive en Stanford, California. Gano menos de treinta mil dólares al año. El alquiler se lleva dos tercios de mi sueldo. Llevo el mismo par de lentillas desde mayo y asisto a todos los seminarios en los que se ofrecen aperitivos para ahorrar en comidas». No tenía ni idea de cuántos años tenía Carlsen, pero no podía haber pasado mucho tiempo desde que él mismo se hubiera encontrado en esa misma situación.

—¿Coges el autobús?

—Voy en bici. Y la tengo aparcada justo a la entrada del edificio.

Carlsen abrió la boca y luego la cerró. Y luego volvió a abrirla.

«Has besado esa boca, Olive. Y fue un buen beso.»

—No hay carriles para bicis en esta zona.

Olive se encogió de hombros.

—Me gusta vivir al límite. —«Sin gastar», quería decir en realidad—. Y llevo casco.

Se volvió para dejar la taza en la primera superficie plana que encontró. Ya la recuperaría más tarde. O no, si se la robaba alguien. ¿Qué más daba? Además, a ella se la había dado un posdoc que había dejado el mundo académico para convertirse en DJ. Por segunda vez en menos de una semana, Carlsen le había salvado el culo. Por segunda vez, Olive no soportaba estar a su lado ni un minuto más.

—Ya nos veremos, ¿vale?

A Adam Carlsen se le hinchó el pecho al respirar hondo.

—Sí. Vale.

Olive salió de la habitación lo más rápido que pudo.

—¿Es una broma? Tiene que serlo. ¿Estoy saliendo en la tele? ¿Dónde están las cámaras ocultas? ¿Estoy guapa?

—No es una broma. No hay cámaras. —Olive se ajustó la correa de la mochila sobre el hombro y se hizo a un lado para evitar que la atropellara un universitario con un patinete eléctrico—. Pero, ahora que lo dices, estás muy guapa. Sobre todo teniendo en cuenta que son las siete y media de la mañana.

Anh no llegó a sonrojarse, pero casi.

—Anoche me puse una de las mascarillas faciales que Malcolm y tú me regalasteis por mi cumpleaños. La que parece un panda. Y me he comprado un protector solar nuevo que se supone que te aporta un poco de brillo. Y me he puesto rímel —añadió apresuradamente y en voz baja.

Olive podría haberle preguntado por qué se había esforzado tanto en ponerse guapa un martes por la mañana, pero ya sabía la respuesta: los laboratorios de Jeremy y Anh estaban en la misma planta y, aunque el Departamento de Biología era grande, los encuentros fortuitos eran muy posibles.

Reprimió una sonrisa. Por rara que pudiera parecer la idea de que su mejor amiga saliera con su ex, se alegraba de que Anh empezara a permitirse pensar en Jeremy de forma romántica. Y, sobre todo, le resultaba agradable saber que la humillación a la que Olive se había sometido con Carlsen en La Noche estaba dando sus frutos. Eso, junto con el más que prometedor correo electrónico de Tom Benton sobre su proyecto de investigación, había llevado a Olive a pensar que al fin las cosas podrían estar empezando a mejorar.

—Vale. —Anh se mordió el labio inferior, muy concentrada—. O sea, que no es una broma. Así que debe de haber otra explicación. Tengo que encontrarla.

—No hay que encontrar ninguna explicación. Solo…

—Madre mía, ¿estás intentando conseguir la nacionalidad? ¿Van a deportarte a Canadá porque hemos compartido la contraseña de Netflix de Malcolm? Diles que no sabíamos que era un delito federal. No, espera, no

les digas nada hasta que te consigamos un abogado. Y, Ol, me casaré contigo. Te conseguiré una tarjeta de residencia y no tendrás que…

—Anh. —Olive le apretó la mano con más fuerza a su amiga para que se callara un segundo—. Te prometo que no van a deportarme. Solo he salido una vez con Carlsen.

Anh frunció el rostro, arrastró a Olive hasta un banco que había a un lado del camino y la obligó a sentarse. Olive obedeció mientras se decía que, si los papeles estuvieran invertidos, si ella hubiera sorprendido a Anh besando a Adam Carlsen, seguro que habría tenido la misma reacción. Qué narices, seguro que habría movido cielo y tierra para buscarle a Anh una cita con un psiquiatra que le hiciera una evaluación completa.

—Oye —empezó Anh—, ¿te acuerdas de la primavera pasada, cuando te sujeté el pelo mientras vomitabas a propulsión los dos kilos de cóctel de gambas en mal estado que te habías comido en la fiesta de jubilación del doctor Park?

—Uf, sí. Claro que me acuerdo. —Olive ladeó la cabeza, pensativa—. Tú comiste más que yo y no te sentó mal.

—Porque estoy hecha de una pasta mucho más dura, pero eso no viene a cuento ahora. El caso es: puedes contar conmigo ahora y siempre, pase lo que pase. Da igual cuántos kilos de cóctel de gambas en mal estado vomites a propulsión: puedes confiar en mí. Somos un equipo, tú y yo. Y Malcolm, cuando no está liado con su objetivo de follarse a toda la población de Stanford. Así que, si Carlsen es en realidad una forma de vida extraterrestre secreta que planea invadir la Tierra para que, en última instancia, unos jefes supremos malvados con pinta de cigarras esclavicen a la humanidad y la única manera de detenerlos es salir con él, puedes decírmelo e informaré a la NASA…

—Por Dios. —Olive tuvo que reírse—. ¡Solo fue una cita!

Anh puso cara de sufrimiento.

—Es que no consigo entenderlo.

«Porque no tiene sentido.»

—Ya, pero no hay nada que entender. Solo… tuvimos una cita.

—Pero… ¿por qué? Ol, eres guapa, inteligente, divertida y tienes un gusto excelente para los calcetines altos, ¿por qué ibas a salir con Adam Carlsen?

Olive se rascó la nariz.

—Porque es… —Le costaba decir aquella palabra. Oh, cómo le costaba. Pero tenía que hacerlo—. Majo.

—¿Majo? —Anh enarcó tanto las cejas que casi se le enterraron en el pelo.

«Es verdad que hoy está guapísima», reflexionó Olive satisfecha.

—¿Adam *el Imbécil* Carlsen?

—Bueno, sí. Es… —Olive miró a su alrededor, como si los robles o los alumnos de grado que corrían hacia sus clases de verano pudieran ayudarla. Puesto que no parecía que nadie fuera a ir en su auxilio, terminó sin mucha convicción—: Es un imbécil *majo*, supongo.

La expresión de Anh pasó directamente a la incredulidad.

—Vale, o sea, que has pasado de salir con alguien tan guay como Jeremy a salir con Adam Carlsen.

Perfecto. Aquella era justo la brecha que Olive estaba esperando.

—Sí. Y estoy contenta, porque tampoco es que sintiera gran cosa por Jeremy. —Por fin algo de sinceridad en aquella conversación—. No me ha costado mucho pasar página, si te soy sincera. Por eso… Por favor, Anh, termina con el sufrimiento de ese chico. Se lo merece y, sobre todo, te lo mereces *tú*. Seguro que hoy está en el campus. Tienes que pedirle que te acompañe a ese festival de cine de terror para que yo no tenga que ir contigo y dormir con las luces encendidas durante los próximos seis meses.

Esta vez Anh se sonrojó bien sonrojada. Se miró las manos, se hurgó las uñas y luego empezó a juguetear con el dobladillo de los pantalones cortos antes de decir:

—No sé. A lo mejor. Es decir, si en serio crees que… —Empezó a sonarle una alarma en el bolsillo y Anh se enderezó para sacar el móvil—. Mierda, tengo una tutoría de Diversidad CTIM y después tengo que montar dos pruebas. —Se levantó y recogió la mochila—. ¿Quieres que comamos juntas?

—No puedo. Tengo una reunión de profesores ayudantes. —Olive sonrió—. Pero a lo mejor Jeremy está libre.

Anh puso los ojos en blanco, pero las comisuras de los labios se le curvaron hacia arriba. Aquello hizo muy feliz a Olive. Se alegró tanto que ni siquiera le enseñó el dedo corazón a su amiga cuando esta se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Te está chantajeando?

—¿Eh?

—Carlsen. ¿Te está chantajeando? ¿Se ha enterado de que eres una aberración y meas en la ducha?

—En primer lugar, es eficiente para ahorrar tiempo. —La fulminó con la mirada—. En segundo lugar, me resulta curiosamente halagador que pienses que Carlsen llegaría a esos extremos tan ridículos para obligarme a salir con él.

—Cualquiera haría cualquier cosa por salir contigo, Ol. Porque eres increíble. —Anh esbozó una mueca antes de añadir—: Excepto cuando meas en la ducha.

Jeremy se estaba comportando de una forma extraña. Aunque tampoco era algo muy significativo, ya que Jeremy siempre había sido un poco peculiar; que acabara de romper con Olive para empezar a salir con su mejor amiga no iba a hacer que lo fuese menos. Pero aquel día parecía aún más raro que de costumbre. Entró en la cafetería del campus, unas horas después de la conversación de Olive con Anh, y procedió a mirarla fijamente durante dos minutos largos. Luego tres. Luego cinco. Nunca le había prestado tanta atención a Olive; no, ni siquiera en sus citas.

Cuando la situación empezó a rayar en lo ridículo, Olive levantó la mirada del portátil y lo saludó con un gesto de la mano. Jeremy se sonrojó, cogió su café con leche de la barra y se buscó una mesa. Olive releyó su correo electrónico de dos líneas por septuagésima vez.

Hoy, 10:12

DE: Olive-Smith@stanford.edu

PARA: Tom-Benton@harvard.edu

ASUNTO: Re: Proyecto de detección del cáncer de páncreas

Doctor Benton:

Gracias por su respuesta. Charlar en persona sería fantástico. ¿Qué día estará en Stanford? Dígame cuándo le va mejor que nos reunamos.

Un cordial saludo,
Olive

Apenas veinte minutos más tarde, un doctorando de cuarto año que trabajaba con el doctor Holden Rodrigues en Farmacología entró y fue a sentarse junto a Jeremy. Ambos empezaron a susurrar de inmediato entre ellos y a señalar a Olive. Cualquier otro día, la joven se habría preocupado y se habría enfadado un poco, pero el doctor Benton ya había respondido a su correo electrónico y eso tenía prioridad sobre… cualquier otra cosa, en realidad.

Hoy, 10:26
DE: Tom-Benton@harvard.edu
PARA: Olive-Smith@stanford.edu
ASUNTO: Re: Proyecto de detección del cáncer de páncreas

Olive:

Este semestre estoy de sabático en Harvard, así que estaré por allí varios días. A un colaborador de Stanford y a mí acaban de concedernos una beca sustanciosa y nos reuniremos para hablar de la organización, etc. ¿Te va bien si improvisamos una vez que esté allí?

Gracias,
TB
Enviado desde mi iPhone

«¡Sí!» Tenía varios días para convencerlo de que aceptara su proyecto y eso era mucho mejor que los diez minutos que había previsto en un principio. Olive levantó el puño en señal de victoria… lo que provocó que Jeremy y su amigo la miraran de manera aún más extraña. ¿Qué les pasaba? ¿Tenía pasta de dientes en la cara o algo así? ¿Qué más daba? Iba a conocer

a Tom Benton y a convencerlo de que la contratara. «Cáncer de páncreas, voy a por ti.»

Estuvo de un humor excelente hasta dos horas más tarde, cuando entró en la reunión de profesores ayudantes de Biología y se hizo un repentino silencio en la sala. Unos quince pares de ojos se volvieron hacia ella… Una reacción que no estaba acostumbrada a provocar.

—Eh… ¿Hola?

Un par de personas le devolvieron el saludo. La mayoría desvió la mirada. Olive se dijo que estaba imaginándoselo todo. «Debe de ser una bajada de azúcar. O una subida. Una de las dos cosas.»

—Hola, Olive. —Un alumno de séptimo año que hasta entonces jamás le había dirigido la palabra apartó la mochila y liberó el asiento contiguo al suyo—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Se sentó con cautela, tratando de impedir que se le notara la desconfianza en el tono—. Hum, ¿y tú?

—Genial.

La sonrisa de aquel tío tenía algo raro. Algo lascivo y falso. Olive estaba planteándose preguntarle por ello cuando el jefe de profesores ayudantes consiguió hacer funcionar el proyector y avisó de que iba a empezar la reunión.

Después, las cosas se volvieron aún más extrañas. La doctora Aslan se pasó por el laboratorio solo para preguntarle a Olive si necesitaba hablar de algo; Chase, un doctorando de su laboratorio, le permitió usar la máquina de PCR primero, aunque en circunstancias normales la acaparaba como haría un niño de tercero de primaria con su último caramelo de Halloween; el gerente del laboratorio le *guiñó el ojo* a Olive al entregarle un paquete de folios para la impresora. Y luego se encontró con Malcolm en el baño unisex, por absoluta casualidad, y de pronto todo cobró sentido.

—Zorra escurridiza —le siseó su compañero de piso. Tenía los ojos negros y casi cómicamente estrechos—. Llevo todo el día mandándote mensajes.

—Ah. —Olive se palpó el bolsillo trasero de los vaqueros, y luego el delantero, mientras intentaba recordar la última vez que había visto su móvil—. Creo que me he dejado el teléfono en casa.

—Es increíble.

—¿El qué?

—*Lo tuyo* es increíble.

—No sé de qué estás hablando.

—Creía que éramos amigos.

—Lo somos.

—Buenos amigos.

—Lo somos. Anh y tú sois mis mejores amigos. ¿Qué…?

—Está claro que no, porque he tenido que enterarme por Stella, que se había enterado por Jess, que se había enterado por Jeremy, que se había enterado por Anh…

—¿Enterarte de qué?

—… que se había enterado por no sé quién. Y yo que pensaba que éramos amigos.

Algo gélido comenzó a treparle a Olive por la espalda. ¿Podía ser…? No. No podía ser.

—¿Enterarte de qué?

—Se acabó. Voy a dejar que se te coman las cucarachas. Y voy a cambiar la contraseña de Netflix.

«Oh, no.»

—Malcolm. ¿Enterarte de qué?

—De que estás saliendo con *Adam Carlsen*.

〰〰〰〰〰〰

Olive no había estado nunca en el laboratorio de Carlsen, pero sabía dónde encontrarlo. Era el área de investigación más grande y funcional de todo el departamento, codiciada por todos y una fuente inagotable de resentimiento hacia Carlsen. Tuvo que pasar su tarjeta identificativa una vez, y luego otra, para acceder a él (puso cara de hastío las dos veces). La segunda puerta daba directa al espacio del laboratorio; quizá fuera porque era tan alto como el Everest y sus hombros eran igual de anchos, pero Carlsen fue lo primero en lo que Olive se fijó. Estaba observando una hibridación Southern junto a Alex, una doctoranda que iba un año por delante de Olive y que se volvió hacia la entrada en cuanto ella entró.

La joven le sonrió con debilidad, más que nada por el alivio de haberlo encontrado.

Todo iba a salir bien. Iba a explicarle lo que Malcolm le había dicho y, sin duda, Carlsen tildaría la situación de categóricamente inaceptable y la solucionaría por ambos, porque Olive *no* podía pasarse los tres próximos años rodeada de gente que pensaba que estaba saliendo con el puñetero Adam Carlsen.

El problema era que Carlsen no había sido el único en fijarse en la presencia de Olive. Había más de doce mesas en el laboratorio y al menos diez personas trabajando en ellas. La mayoría de ellas —t*odas*— tenían la mirada clavada en Olive. Seguro que porque la mayoría de ellas —t*odas*— se habían enterado de que Olive estaba saliendo con su jefe.

«Me cago en mi vida.»

—¿Puedo hablar un minuto con usted, doctor Carlsen?

A nivel racional, Olive sabía que el laboratorio no estaba amueblado de una forma que posibilitara el eco. Aun así, tuvo la sensación de que sus palabras rebotaban contra las paredes y se repetían unas cuatro veces.

Carlsen asintió, sin inmutarse, y le pasó la hibridación Southern a Alex antes de encaminarse hacia ella. Aparentaba no haberse dado cuenta o no darle importancia al hecho de que alrededor de dos tercios de los miembros de su laboratorio lo miraban boquiabiertos. Los restantes parecían estar al borde de un derrame cerebral.

Guio a Olive hacia una sala de reuniones situada justo a la salida del espacio principal y ella lo siguió en silencio, intentando no mortificarse por la idea de que un laboratorio lleno de gente que pensaba que Carlsen y ella estaban saliendo acababa de verlos entrar en una sala privada. A solas.

Aquello era lo peor. Lo peor de lo peor.

—Todo el mundo lo sabe —soltó ella en cuanto la puerta se cerró a su espalda.

Él la observó durante un instante con cara de desconcierto.

—¿Estás bien?

—Todo el mundo lo sabe. Lo nuestro.

Él adoptó una expresión pensativa y se cruzó de brazos sobre el pecho. Apenas había pasado un día desde la última vez que habían hablado, pero, por lo visto, había sido suficiente para que Olive se hubiera olvidado de su… su presencia. O de lo que fuera que hacía que se sintiera pequeña y delicada cada vez que estaba cerca de él.

—¿Lo nuestro?

—Lo nuestro.

Parecía confuso, así que Olive se lo explicó con más detalle.

—De lo nuestro, de que estamos saliendo… Que no es que estemos saliendo, pero está claro que Anh se lo ha creído y se lo ha dicho a… —Se dio cuenta de que estaba hablando a borbotones y se obligó a frenar—. Jeremy. Y él se lo ha contado a todo el mundo y ahora todo el mundo lo sabe. O creen que lo saben, porque no hay *nada* que saber. Como usted y yo sabemos.

Carlsen dedicó unos momentos a asimilarlo y luego asintió despacio.

—¿Y cuando dices todos…?

—Quiero decir *todos*. —Señaló hacia el laboratorio—. ¿Esas personas? Lo saben. ¿Los demás doctorandos? Lo saben. ¿Cherie, la secretaria del departamento? Lo sabe más que de sobra. En este departamento los chismes son lo peor. Y todos creen que estoy saliendo con un *profesor*.

—Entiendo —dijo él, que parecía extrañamente despreocupado ante aquel puñetero desastre.

Su actitud debería haber tranquilizado a Olive, pero en realidad no hizo sino aumentar su pánico.

—Lamento que haya sucedido todo esto. Lo siento *mucho*. Es todo culpa mía. —Olive se pasó una mano por la cara—. Pero no pensé que… Entiendo que Anh se lo dijera a Jeremy, porque, a ver, el objetivo de toda esta farsa era precisamente que esos dos acabaran juntos, pero… ¿Por qué iba Jeremy a contárselo a nadie?

Carlsen se encogió de hombros.

—¿Y por qué no?

Ella levantó la vista.

—¿A qué se refiere?

—Que una alumna de doctorado esté saliendo con un miembro del claustro es un dato interesante que compartir.

Olive negó con la cabeza.

—Pues no es para tanto. ¿Por qué iba a interesarle a la gente?

Carlsen enarcó una ceja.

—Alguien me dijo una vez que «en este departamento los chismes son lo pe…».

—Vale, vale. Entendido. —Olive respiró hondo y empezó a pasearse de un lado a otro con nerviosismo mientras intentaba hacer caso omiso de

cómo la estudiaba Carlsen, de lo relajado que parecía estar, apoyado contra la mesa de conferencias con los brazos cruzados sobre el pecho. Se suponía que no iba a estar tranquilo. Se suponía que iba a indignarse. Era un reputado imbécil con fama de arrogante: la idea de que la gente pensara que estaba saliendo con una doña nadie debería humillarlo. El peso de la histeria no tendría que haber recaído solo sobre Olive—. Esto es… Tenemos que hacer algo, por supuesto. Tenemos que decirle a la gente que no es cierto y que nos lo hemos inventado todo. Aunque pensarán que estoy loca, y tal vez que usted también, así que tenemos que irles con alguna otra historia. Sí, vale, tenemos que decirle a la gente que ya no estamos juntos…

—¿Y qué harán Anh y como-se-llame?

Olive dejó de pasearse.

—¿Eh?

—¿Tus amigos no se sentirán mal por estar juntos si creen que nosotros no lo estamos? ¿O que les has mentido?

No había caído en eso.

—Pues… Quizá. Lo mismo sí, pero…

Era cierto que aquella mañana Anh parecía feliz. A lo mejor ya había invitado a Jeremy a acompañarla al festival de cine… Seguro que justo después de contarle lo de Olive y Carlsen, la muy puñetera. Pero eso era justo lo que Olive había querido desde el principio.

—¿Vas a decirle la verdad?

Olive dejó escapar un gemido de pánico.

—No puedo. *Ahora* no. —Dios, ¿por qué narices había accedido Olive a salir con Jeremy? Ni siquiera le gustaba. Sí, el acento irlandés y el cabello pelirrojo eran monos, pero no compensaban todo aquello—. ¿Y si le decimos a la gente que yo he roto con usted?

—Qué halagador —contestó el doctor Carlsen en tono inexpresivo.

Olive no fue capaz de distinguir si lo decía en broma.

—Vale. Podemos decir que me dejó usted.

—Porque eso resulta muy creíble —replicó él con sorna y una voz casi inaudible.

Olive no tenía claro si lo había oído bien y tampoco tenía ni idea de lo que habría querido decir, pero empezaba a enfadarse en serio. Cierto, ella había sido la que lo había besado (Dios, había *besado* a Adam Carlsen; esa era su vida; esas eran sus elecciones), pero, sin duda, la manera de actuar

del profesor en la sala de descanso el día anterior no había ayudado. Al menos podía mostrar algo de preocupación. Era imposible que le pareciera bien que todo el mundo pensara que se sentía atraído por una chica cualquiera con un total de una publicación y media; sí, ese artículo que había revisado y vuelto a enviar hacía tres semanas contaba como media.

—¿Y si le decimos a la gente que fue una ruptura de mutuo acuerdo?

Él asintió.

—Me parece bien.

Olive se animó.

—¿En serio? ¡Pues genial! Diremos que…

—Podríamos pedirle a Cherie que lo añada al boletín informativo del departamento.

—¿Qué?

—¿O crees que sería mejor anunciarlo públicamente antes del seminario?

—No. No, es…

—Entonces, podríamos pedirles a los de informática que lo pongan en la página de inicio de la web de Stanford. Así la gente sabría…

—¡Vale, vale, de acuerdo! Ya lo pillo.

Carlsen la miró con tranquilidad durante un momento y, cuando habló, lo hizo con una sensatez que Olive jamás habría esperado de Adam *el Imbécil* Carlsen.

—Si lo que te molesta es que la gente ande hablando de que estás saliendo con un profesor, me temo que el daño ya está hecho. Decirle a todo el mundo que hemos roto no va a cambiar que crean que hemos estado saliendo juntos.

A Olive se le hundieron los hombros. Odiaba que tuviera razón.

—Vale, muy bien. Si tiene alguna idea de cómo arreglar este lío, por supuesto que estoy abierta a…

—Podrías dejar que siguieran pensándolo.

Durante un segundo, creyó que no lo había oído bien.

—¿Có...? ¿Cómo?

—Puedes dejar que la gente siga pensando que estamos saliendo. Eso te resuelve el problema de tu amiga y como-se-llame y tampoco tienes mucho que perder, ya que parece que…, desde el punto de vista de la reputación —pronunció la palabra «reputación» con cierta expresión de hartazgo, como si

el concepto de preocuparse por lo que piensan los demás fuera la mayor estupidez desde los antibióticos homeopáticos—, las cosas no pueden irte peor.

Eso estaba… Fuera de todo… Olive nunca *nunca* en su vida había…

—¿Cómo? —volvió a preguntar sin fuerzas.

Carlsen se encogió de hombros.

—A mí me parece que todos salimos ganando.

Olive *no* opinaba lo mismo, ni por asomo. Le parecía que todos salían perdiendo y que luego volvían a perder y que después perdían un poco más. Le parecía una locura.

—¿Se refiere a… para siempre?

Le dio la sensación de que hablaba con voz quejumbrosa, pero quizá fuera solo a consecuencia de la sangre que le latía en la cabeza.

—Puede que eso sea excesivo. ¿Qué tal hasta que tus amigos dejen de salir? ¿O hasta que su relación esté más asentada? No lo sé. Lo que te vaya mejor, supongo.

Lo decía en serio. No estaba de broma.

—¿No está…? —Olive no tenía ni idea de cómo preguntarlo—. ¿Casado o algo así?

Carlsen debía de tener poco más de treinta años. Tenía un trabajo fantástico, era alto, tenía el pelo moreno, espeso y ondulado, no cabía duda de que era inteligente e incluso atractivo; estaba *bueno*. Sí, era un capullo malhumorado, pero eso les daría igual a algunas mujeres. Puede que a algunas mujeres incluso les gustara.

Volvió a encogerse de hombros.

—A mi mujer y a los gemelos no les importará.

«Uf, mierda.»

Olive sintió que una ola de calor la recorría de arriba abajo. Se puso colorada como un tomate y casi se murió de vergüenza, porque… Dios, había obligado a un hombre casado, a un *padre*, a besarla. Ahora la gente pensaba que Carlsen tenía una aventura. Seguro que su esposa estaba llorando en la cama. Sus hijos crecerían con terribles problemas relacionados con la figura paterna y se convertirían en asesinos en serie.

—Yo… Ay Dios, no… Lo siento muchísimo…

—Era broma.

—De verdad que no sabía que estuviera…

—Olive. Estaba de broma. No estoy casado. No tengo hijos.

La invadió una oleada de alivio. Seguida de otra de rabia.

—Doctor Carlsen, no es un tema como para hacer bromas…

—En serio, tienes que empezar a llamarme Adam. Porque por ahí dicen que llevamos saliendo un tiempo.

Olive exhaló despacio mientras se pellizcaba el puente de la nariz con los dedos.

—¿Por qué iba…? ¿Qué sacarías de esto?

—¿De qué?

—De fingir que estás saliendo conmigo. ¿Por qué te interesa? ¿Qué ganas con ello?

El doctor Carlsen —Adam— abrió la boca y, durante un instante, Olive tuvo la impresión de que iba a decir algo importante. Pero entonces apartó la mirada y lo único que dijo fue:

—Te ayudaría. —Dudó un momento—. Y tengo mis motivos.

Olive entornó los ojos.

—¿Qué motivos?

—Motivos.

—Si son delictivos, prefiero no involucrarme.

Adam sonrió ligeramente.

—No lo son.

—Si no me los dices, no me quedará más remedio que dar por hecho que implican un secuestro. O un incendio provocado. O malversación de fondos.

Adam pareció abstraerse un segundo mientras se daba golpecitos con las yemas de los dedos en un bíceps enorme que hacía que la camisa le apretara bastante.

—Si te lo cuento, no puede salir de aquí.

—Creo que ambos estamos de acuerdo en que *nada* de lo que ha pasado en esta habitación debe salir de ella.

—Buen argumento —convino él. Se quedó callado. Suspiró. Se mordió el interior de la mejilla un segundo. Volvió a suspirar—. De acuerdo —dijo al final, y su voz sonó como la de un hombre que sabía que iba a arrepentirse de haber hablado en cuanto abriera la boca—. Consideran que mi riesgo de fuga es alto.

—¿Riesgo de fuga? —Ostras, era un delincuente en libertad condicional. Un jurado formado por sus pares lo había condenado por crímenes contra los alumnos de doctorado. Seguro que había golpeado a alguien en la cabeza con un microscopio por etiquetar mal las muestras de péptidos—. O sea, que sí es algo delictivo.

—¿Qué? No. El departamento sospecha que tengo planeado dejar Stanford y trasladarme a otra institución. En circunstancias normales, no me molestaría, pero Stanford ha decidido congelarme los fondos de investigación.

—Ah. —Vaya, aquello no se parecía en nada a lo que Olive había pensado. En nada—. ¿Pueden hacerlo?

—Sí. Bueno, pueden congelarme hasta un tercio. El razonamiento es que no quieren financiar la investigación e impulsar la carrera de alguien que, según creen, va a marcharse de todos modos.

—Pero si solo es un tercio…

—Son millones de dólares —dijo él sin alterarse—. Los había destinado a proyectos que pensaba terminar en el próximo año. Aquí, en Stanford. Y eso significa que no tardaré en necesitar esos fondos.

—Ah. —Ahora que lo pensaba, Olive llevaba oyendo chismorreos acerca de que había otras universidades interesadas en Carlsen desde el primer año. Hacía unos cuantos meses incluso se había rumoreado que quizá se fuera a trabajar para la NASA—. ¿Por qué piensan que vas a marcharte? ¿Y por qué ahora?

—Por varias razones. La más relevante es que hace unas semanas me concedieron una beca, una beca muy cuantiosa, junto con un científico de otra institución. Esa otra institución intentó reclutarme en su día y Stanford ve la colaboración como un indicio de que tengo pensado aceptar. —Dudó antes de continuar—. El caso es que, en resumen, me han dejado claro que su punto de vista es que no he echado raíces aquí porque quiero marcharme de Stanford a las primeras de cambio.

—¿Raíces?

—La mayoría de mis doctorandos terminarán este año. No tengo familia en la zona. No estoy casado ni soy padre. En este momento vivo de alquiler… Tendría que comprarme una casa solo para convencer al departamento de mi compromiso con Stanford —dijo, a todas luces irritado—. Si tuviera una relación…, me resultaría muy útil.

Vale. Eso era lógico. Pero…

—¿Te has planteado echarte una novia de verdad? —Adam puso cara de no entender nada—. ¿Te has planteado salir con alguien de verdad?

—*Touché*.

Olive guardó silencio y lo observó unos instantes mientras permitía que él la observara a su vez. Era curioso que antes le tuviera miedo. Ahora Adam era la única persona en el mundo que conocía la peor cagada de su historia, así que le resultaba difícil sentirse intimidada por él, y más aún después de descubrir que Carlsen era el tipo de persona lo bastante desesperada por recuperar sus fondos de investigación como para fingir que estaba saliendo con alguien. Olive estaba segura de que ella haría lo mismo a cambio de la oportunidad de terminar su estudio sobre el cáncer de páncreas, y eso hacía que le pareciera extrañamente… fácil identificarse con él. Y, si Adam era una persona con la que se identificaba, entonces Olive podía fingir que estaba saliendo con él, ¿no?

No. Sí. No. ¿Qué? Estaba loca por planteárselo siquiera. Estaba loca de atar. Y aun así se sorprendió diciendo:

—Sería complicado.

—¿El qué?

—Fingir que estamos saliendo.

—Ah, ¿sí, eso crees? ¿Que sería complicado hacer que la gente creyera que estamos saliendo?

Uf, aquel tío era imposible.

—Vale, entiendo lo que quieres decir. Pero sería complicado hacerlo de forma convincente durante un período prolongado de tiempo.

Adam se encogió de hombros.

—Lo haremos bien, siempre y cuando nos saludemos por los pasillos y no me llames doctor Carlsen.

—No creo que la gente que está saliendo se limite a… saludarse.

—¿Qué hace la gente que está saliendo?

Aquello dejó a Olive fuera de juego. Había tenido tal vez cinco citas en su vida, incluidas las de Jeremy, y habían variado desde moderadamente aburridas hasta inductoras de ansiedad y horribles del todo (en especial cuando un tipo le había soltado un monólogo detalladísimo y espeluznante sobre la operación de reemplazo de cadera de su abuela). A Olive le habría encantado tener a alguien en su vida, pero dudaba de que el futuro le tuviera

preparado algo así. A lo mejor era imposible quererla. Quizá haber pasado tantos años sola la había deformado a un nivel fundamental y por eso era incapaz de desarrollar una verdadera conexión romántica o incluso esa atracción de la que a menudo oía hablar a los demás. Al final, eso poco importaba. De todas maneras, el doctorado y los noviazgos no solían llevarse bien, seguro que por eso el doctor Adam Carlsen, becario MacArthur y genio sin igual, estaba allí, a sus treinta y tantos años, preguntándole a Olive qué hacía la gente en las citas.

Así son los grandes científicos, damas y caballeros.

—Hum… cosas. Movidas. —Olive se devanó los sesos—. Salen y hacen actividades juntos. Como cosechar manzanas o esas clases de pintura en las que también sirven alcohol.

«Que son una idiotez», pensó Olive.

—Que son una idiotez —dijo Adam a la vez que hacía un gesto despectivo con aquellas manos enormes suyas—. Pues vas y le dices a Anh que hemos salido y pintado un Monet. Al parecer, luego ya se encargará ella de avisar a los demás.

—Vale, para empezar, fue Jeremy. Debemos estar de acuerdo en que la culpa la tiene Jeremy. Y no es solo eso —insistió Olive—. Las parejas que salen juntas… hablan. Y mucho. Aparte de saludarse en el pasillo. Se saben los colores favoritos del otro y dónde nacieron y… se agarran de la mano. Se *besan*.

Adam apretó los labios como si quisiera reprimir una sonrisa.

—*Eso* no podríamos hacerlo, claro —apuntó.

Una nueva ola de humillación se abatió sobre Olive.

—Perdón por lo del beso. Te juro que no lo pensé y…

Adam negó con la cabeza.

—No pasa nada.

La verdad era que se mostraba inusitadamente indiferente a la situación, sobre todo teniendo en cuenta que era un tipo con fama de perder los nervios cuando la gente no se sabía el número atómico del selenio. No, no se mostraba indiferente. Sino *divertido*.

Olive ladeó la cabeza.

—¿Te lo estás pasando bien con todo esto?

—Puede que «pasarlo bien» no sea la expresión adecuada, pero tienes que reconocer que es bastante entretenido.

No tenía ni idea de qué quería decir. ¿Qué gracia tenía que hubiera besado sin venir a cuento a un miembro del claustro porque era la única persona que había en el pasillo en ese momento y que, a consecuencia de esa acción tan espectacularmente estúpida, todo el mundo pensara que estaba saliendo con alguien al que había visto solo dos veces antes de…?

Estalló en carcajadas y se dobló de la risa incluso antes de concluir aquel hilo de pensamiento, abrumada por la tremenda improbabilidad de la situación. *Esa* era su vida. *Esos* eran los resultados de sus acciones. Cuando por fin consiguió recuperar el aliento, le dolían las abdominales y tuvo que enjugarse los ojos.

—Esto es lo peor.

Adam estaba sonriendo, mirándola de hito en hito con un brillo extraño en los ojos. Y fíjate bien en lo que te digo: Adam Carlsen tenía hoyuelos. Y eran monos.

—Sí.

—Y todo es culpa mía.

—Básicamente. Ayer yo también le tomé un poco el pelo a Anh, pero, sí, yo diría que la mayor parte de la culpa es tuya.

Fingir que salía con alguien. Con Adam Carlsen. Olive tenía que estar loca perdida.

—¿No supondrá un problema que tú seas profesor y yo alumna de posgrado?

Él la miró pensativo y se puso serio.

—No daría muy buena imagen, pero no creo que sea problemático, no; a fin de cuentas, no tengo ningún tipo de autoridad sobre ti y no estoy involucrado en la supervisión de tu trabajo. Aun así, puedo preguntar por ahí.

Era una idea épicamente mala. La peor idea jamás concebida en la épicamente mala historia de las malas ideas. Aunque, en realidad, a cambio de saludarlo una vez a la semana y de hacer un esfuerzo por no llamarlo doctor Carlsen, a Olive le resolvería un problema y a Adam varios de los suyos. Parecía un buen trato.

—¿Puedo pensármelo?

—Por supuesto —contestó él con calma, en tono tranquilizador.

Olive no pensaba que aquel hombre pudiera ser así. Con todas las historias que circulaban por ahí sobre él y tras verlo pasearse por el campus

con ese ceño perpetuo, de verdad que no se había imaginado que pudiera ser así. Y eso que ni siquiera tenía muy claro lo que significaba «así».

—Y gracias, supongo. Por el ofrecimiento. Adam.

Pronunció la última palabra como un añadido. Para probar cómo le quedaba en los labios. Le resultó rara, pero no demasiado.

Tras un silencio prolongado, él asintió.

—De nada. Olive.

Capítulo tres

❤ HIPÓTESIS: Una conversación privada con Adam Carlsen se volverá un 150[espacio]% más incómoda después de que se pronuncie la palabra «sexo». De que yo pronuncie la palabra «sexo».

Tres días más tarde, Olive estaba plantada ante la puerta del despacho de Adam.

Nunca había estado allí, pero no le costó encontrarlo. La alumna que salió corriendo con los ojos empañados y cara de estar aterrorizada fue una señal inequívoca, por no hablar de que la puerta de Carlsen era la única de todo el pasillo que carecía por completo de fotos de niños, mascotas o medias naranjas. Ni siquiera tenía una copia de la portada de *Nature Methods* en la que había aparecido un artículo suyo, cosa que Olive sabía porque lo había buscado en Google Scholar el día anterior. Su puerta no era más que madera marrón oscura y una placa de metal que decía: DOCTOR ADAM J. CARLSEN.

A lo mejor había una errata y la J en realidad era una G de «gilipollas».

La noche anterior, Olive se había sentido un poco acosadora mientras investigaba el perfil profesional de Adam en la web de la universidad y revisaba su lista de diez millones de publicaciones y becas de investigación; mientras miraba su foto, que sin duda le habían sacado durante una excursión a la montaña y no precisamente el fotógrafo oficial de Stanford. Sin embargo, reprimió de inmediato aquella sensación diciéndose que era lógico comprobar de forma exhaustiva los antecedentes académicos de la otra parte antes de embarcarse en una falsa relación de pareja.

Respiró hondo una vez antes de llamar a la puerta y luego otra entre el «Adelante» de Adam y el momento en el que por fin consiguió obligarse a

abrir. Cuando entró en el despacho, Carlsen no levantó la vista enseguida, sino que siguió tecleando en su iMac.

—Mi horario de atención terminó hace cinco minutos, así que…

—Soy yo.

Él dejó de mover las manos, que quedaron suspendidas a más o menos un centímetro del teclado, y luego giró la silla hacia ella.

—Olive.

Había algo especial en su forma de hablar. Quizá una especie de acento, quizá solo fuera el timbre de su voz. Olive no sabía muy bien de qué se trataba, pero estaba ahí, en la manera en que pronunciaba su nombre. Precisa. Cuidadosa. Profunda. Distinta a la de todos los demás. Familiar, imposiblemente familiar.

—¿Qué le has dicho? —preguntó para intentar que no le importara cómo hablaba Adam Carlsen—. A la chica que se ha marchado a toda prisa y sollozando.

Tardó un instante en recordar que hacía menos de sesenta segundos había habido otra persona en el despacho, alguien a quien estaba claro que había hecho llorar.

—Solo le he dado mi opinión sobre algo que ha escrito.

Olive asintió y agradeció en silencio a todos los dioses que Adam no fuera su director de tesis ni fuera a serlo nunca. Después, estudió el entorno. Tenía un despacho esquinero, por supuesto, dos ventanas que juntas debían de sumar un total de setenta mil metros cuadrados de cristal y tanta luz que el mero hecho de plantarse en medio de aquel despacho acabaría con la depresión estacional de veinte personas. Tenía lógica que, con la enorme cantidad de dinero que aportaba a la universidad gracias a sus becas, y con el prestigio del que gozaba, le hubieran asignado un buen despacho. El de Olive, en cambio, no tenía ventanas y olía raro, tal vez porque lo compartía con otros tres alumnos de doctorado, aunque estaba pensado para acoger a dos como máximo.

—Iba a enviarte un correo. He hablado con el decano hace un rato —le dijo Adam, y Olive volvió a mirarlo. Estaba señalándole la silla que había al otro lado de su escritorio. Olive la apartó y se sentó—. Sobre ti.

—Ah.

A Olive se le encogió el estómago. Habría preferido que el decano no supiera de su existencia. Pero, claro, también habría preferido no estar en

ese despacho con Adam Carlsen, que el semestre no empezara dentro de unos días, que el cambio climático no existiese. Y, sin embargo…

—Bueno, sobre nosotros —se corrigió—. Y el reglamento de socialización.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no hay nada que nos impida salir juntos, puesto que no soy tu director de tesis. —Una mezcla de pánico y alivio inundó a Olive—. No obstante, debemos tener en cuenta algunas cuestiones. No podré colaborar contigo de manera formal. Y soy parte del comité de atribuciones del programa, lo cual significa que tendré que recusarme si te nominan para becas u otras oportunidades similares.

Ella asintió.

—Comprensible.

—Y, por supuesto, no puedo ser miembro de tu tribunal de control de tesis.

Olive dejó escapar una carcajada.

—Eso no será un problema. No iba a pedirte que estuvieras en mi tribunal.

Adam entornó los ojos.

—¿Por qué no? Estudias el cáncer de páncreas, ¿no?

—Sí. La detección temprana.

—Entonces, tu trabajo se beneficiaría de la perspectiva de un modelador computacional.

—Sí, pero hay otros modeladores computacionales en el departamento. Y me gustaría llegar a doctorarme en algún momento, idealmente sin tener que irme a llorar al baño después de cada reunión del tribunal.

Carlsen la fulminó con la mirada.

Olive se encogió de hombros.

—No te lo tomes a mal. Soy una chica sencilla, con necesidades sencillas.

Ante aquellas palabras, Adam bajó la mirada hacia su escritorio, pero no antes de que a Olive le diera tiempo a ver que se le curvaba la comisura de la boca. Cuando volvió a levantar la vista, se había puesto serio.

—Entonces, ¿has tomado una decisión?

Olive apretó los labios mientras él la observaba con calma. Respiró hondo antes de decir:

—Sí. Sí… Quiero hacerlo. Es una buena idea, la verdad.

Por muchas razones. Se quitaría de encima a Anh y a Jeremy, pero también… a todos los demás. Era como si, desde que el rumor había empezado a extenderse, la gente se sintiera demasiado intimidada por Olive como para tocarle las narices tanto como de costumbre. Los demás profesores ayudantes habían dejado de intentar cambiarle sus agradables seminarios de las dos de la tarde por los horribles seminarios que ellos tenían que impartir a las ocho de la mañana, sus compañeros de laboratorio habían dejado de colársele en la cola del microscopio y dos profesores con los que Olive llevaba semanas intentando contactar al fin se habían dignado a responder a sus correos electrónicos. Le parecía un poco injusto aprovecharse de ese enorme malentendido, pero el mundo académico era un territorio sin ley y, a lo largo de los dos últimos años, la vida de Olive en él había sido nada más y nada menos que desgraciada. Había aprendido a echar mano de todo lo que pudiera. Y si alguno de los… Bueno, si la mayoría de los doctorandos del departamento la miraba con recelo porque salía con Adam Carlsen, que así fuera. Sus amigos no parecían tener ningún tipo de problema con ello, aunque sí estaban un poco desconcertados.

Excepto Malcolm. Se había pasado tres días enteros rehuyéndola como si tuviera la viruela. Pero Malcolm era Malcolm… Ya entraría en razón.

—Perfecto, entonces.

Se mostró completamente inexpresivo, casi *demasiado* inexpresivo. Como si todo aquello no tuviera importancia y le diese igual que sí o que no; como si, en caso de que Olive hubiera dicho que no, nada hubiera cambiado para él.

—Aunque he estado dándole muchas vueltas. —Adam esperó con paciencia a que continuara—. Y creo que sería mejor que estableciéramos algunas reglas básicas. Antes de empezar.

—¿Reglas básicas?

—Sí. Ya sabes, lo que podemos hacer y lo que no. Lo que debemos esperar de este acuerdo. Creo que es un protocolo bastante estándar, antes de embarcarse en una falsa relación de pareja.

La expresión de Carlsen se tornó inquisitiva.

—¿Protocolo estándar?

—Sí.

—¿Cuántas veces has hecho algo así?

—Ninguna. Pero estoy familiarizada con el cliché.

—¿El… qué?

La miró fijamente, confundido.

Olive lo ignoró.

—Bien. —Tomó una bocanada de aire y levantó el dedo índice—. En primer lugar, este acuerdo debería ser válido solo dentro del campus. No es que piense que quieras quedar conmigo fuera del campus, pero, por si tenías intención de matar dos pájaros de un tiro, no voy a ser tu repuesto de última hora si tienes que llevar una novia a casa por Navidad o…

—Hanukkah.

—¿Qué?

—Es más probable que mi familia celebre Hanukkah que la Navidad. —Se encogió de hombros—. Aunque es poco probable que yo celebre ninguna de las dos.

—Ah. —Olive reflexionó un instante—. Supongo que es algo que tu novia falsa tendría que saber.

A Adam se le dibujó el fantasma de una sonrisa en la boca, pero no dijo nada.

—Bien. Segunda regla. En realidad, podría interpretarse como una extensión de la primera. Pero… —Olive se mordió el labio mientras hacía acopio de valor para sacar el tema—. Nada de sexo.

Durante unos segundos Carlsen se quedó inmóvil por completo. No se movió ni siquiera un milímetro. Entonces separó los labios, pero no emitió ningún sonido, y fue entonces cuando Olive cayó en la cuenta de que acababa de dejar sin habla a Adam Carlsen. Y cualquier otro día le habría resultado gracioso, pero el hecho de que pareciera estupefacto por que Olive no quisiera incluir el sexo en su falsa relación de pareja hizo que se le encogiera el estómago.

¿Había dado por hecho que lo incluirían? ¿Sería por algo que Olive había dicho? ¿Debía explicarle que ella había mantenido muy pocas relaciones sexuales en su vida? ¿Que durante años se había preguntado si sería asexual y que hacía poquísimo tiempo que se había dado cuenta de que *quizá* sí fuera capaz de experimentar atracción sexual, pero solo hacia personas en las que confiaba plenamente? ¿Que si, por alguna inexplicable razón, Adam quería acostarse con ella, Olive no iba a ser capaz de hacerlo?

—Oye —hizo ademán de levantarse de la silla; el pánico le subía por la garganta—, lo siento, pero, si una de las razones por las que te ofreciste a fingir que salíamos es que pensabas que nos…

—*No*. —La palabra casi le explotó en la boca. Parecía horrorizado—. Me asombra que hayas sentido siquiera la necesidad de sacar el tema.

—Ah. —La indignación de su voz hizo que a Olive se le encendieran las mejillas. Claro. Por supuesto que Adam no se esperaba algo así. Ni quería hacer algo así con ella. Míralo bien, ¿cómo iba a querer?—. Perdón, no pretendía dar por hecho…

—No, tiene lógica que seamos claros. Solo me ha pillado por sorpresa.

—Lo sé. —Olive asintió. Sinceramente, ella también estaba un poco sorprendida. De estar sentada en el despacho de Adam Carlsen hablando de sexo… Y no del sexo tipo meiosis, sino de una potencial relación sexual entre ambos—. Perdón. No era mi intención enrarecer las cosas.

—No pasa nada. Toda esta situación es rara.

El silencio se prolongó y Olive notó que Carlsen se sonrojaba un poco. No era más que una sombra rojiza, pero le quedaba tan… Olive era incapaz de dejar de mirarlo.

—Nada de sexo —confirmó él con un gesto de la cabeza.

Olive tuvo que carraspear y forzarse a dejar de analizar la forma y el color de los pómulos del profesor.

—Nada de sexo —repitió ella—. Vale. Tercera. No es exactamente una regla, pero aquí va: no saldré con ninguna otra persona. Me refiero a tener citas de verdad. Sería un lío y lo complicaría todo y… —Olive titubeó. ¿Se lo decía? ¿Sería demasiada información? ¿Era necesario que lo supiera? Bah, a esas alturas, ¿por qué no? Al fin y al cabo, ya había besado a aquel hombre y acababa de sacar el tema del sexo en su lugar de trabajo—. De todas maneras, nunca suelo tener citas. Jeremy fue una excepción. Nunca… Nunca he tenido una relación seria hasta ahora y creo que es lo mejor. La escuela de posgrado ya es bastante estresante de por sí; además, tengo a mis amigos, mi proyecto sobre el cáncer de páncreas y, la verdad, cosas mejores en las que emplear mi tiempo.

Las últimas palabras sonaron más a la defensiva de lo que pretendía.

Adam se limitó a mirarla sin decir nada.

—Pero tú puedes quedar con quien quieras, por supuesto —añadió de inmediato—. Aunque te agradecería que no se lo dijeras a la gente del

departamento, solo para no hacerme quedar como una idiota y que no parezca que me estás poniendo los cuernos, que los rumores se descontrolen y demás barullos. También sería beneficioso para ti, si lo que quieres es aparentar que tienes una relación seria…

—No lo haré.

—Bien. Genial. Gracias. Sé que mentir por omisión puede ser un dolor, pero…

—Quiero decir que no saldré con nadie.

El dejo de certeza y rotundidad de su tono la cogió por sorpresa. No pudo sino asentir, aunque en realidad quería protestar que era imposible que supiera algo así; aunque en realidad se le ocurrieron un millón de preguntas. El noventa y nueve por ciento de ellas eran inapropiadas y nada de su incumbencia, así que las expulsó de su mente.

—Bien. Cuarta. Es obvio que no podemos alargar esto para siempre, así que deberíamos ponernos una fecha tope.

Carlsen apretó los labios.

—¿Cuál sería?

—No lo tengo claro. Supongo que con más o menos un mes bastaría para convencer a Anh de que he superado de sobra lo de Jeremy. Pero quizá no sea suficiente para *lo tuyo,* así que… Tú dirás.

Adam lo rumió unos instantes y luego asintió.

—El 29 de septiembre.

Faltaba poco más de un mes. Por otro lado…

—Es una fecha muy específica, ¿no?

Olive se devanó los sesos tratando de averiguar por qué sería tan significativa. Lo único que se le ocurrió fue que esa semana estaría en Boston para asistir al Congreso Anual de Biología.

—Es el día después de la revisión final del presupuesto del departamento. Si para entonces no han liberado mis fondos, no los liberarán nunca.

—Entendido. Vale, entonces, queda acordado que el 29 de septiembre nos separamos. Le diré a Anh que nuestra ruptura fue amistosa, pero que estoy un poco triste porque sigues gustándome. —Le sonrió—. Solo para que no sospeche que sigo colgada de Jeremy. Muy bien. —Volvió a respirar hondo—. Quinta y última. —Esa era la difícil. A la que temía que Carlsen se opusiera. Se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos y se las

colocó con firmeza sobre el regazo—. Para que esto funcione, creo que tendríamos que… hacer cosas juntos. De vez en cuando.

—¿Cosas?

—Cosas. Actividades.

—Actividades —repitió Adam en tono dudoso.

—Sí. Actividades. ¿Qué haces para divertirte?

Seguro que se dedicaba a algo atroz, como a grabarse asustando vacas o a las peleas de escarabajos japoneses. A lo mejor coleccionaba muñecas de porcelana. O era un ávido aficionado al *geocaching*. Quizá asistiera a convenciones de vapeo. Ay Dios.

—¿Divertirme? —repitió como si nunca hubiera oído esa palabra.

—Sí. ¿Qué haces cuando no estás en el trabajo?

El lapso que transcurrió entre la pregunta de Olive y su respuesta fue alarmante.

—A veces también trabajo en casa. Y hago ejercicio. Y duermo.

Olive tuvo que hacer un esfuerzo consciente por evitar que se le notara la vergüenza ajena.

—Ya, genial. ¿Alguna otra cosa?

—¿Qué haces *tú* para divertirte? —preguntó él, algo a la defensiva.

—Muchas cosas… —«Ir al cine.» Aunque no había vuelto desde la última vez que Malcolm la había arrastrado hasta allí. «Jugar a juegos de mesa.» Pero últimamente todos sus amigos estaban demasiado ocupados, así que eso tampoco. Había participado en un torneo de voleibol, pero de eso hacía más de un año—. Hum. ¿Ejercicio? —Cuánto le habría gustado a Olive borrarle aquella expresión de suficiencia de la cara. Cuantísimo—. Bueno, da igual. Tendríamos que hacer algo juntos con regularidad. No sé, ¿tomar café? Por ejemplo, ¿una vez a la semana? Serán solo diez minutos en un sitio donde la gente nos vea. Sé que parece un rollo y una pérdida de tiempo, pero será muy breve y haría más creíble lo del noviazgo falso y…

—Vale.

«Ah.»

Pensaba que le costaría más convencerlo. Mucho más. Aunque, claro, a él también le convenía. Necesitaba que sus colegas se creyeran su relación si quería engatusarlos para que liberaran los fondos.

—De acuerdo. Eh… —Se obligó a dejar de pensar en por qué Carlsen estaría mostrándose tan complaciente y trató de visualizar su horario—.

¿Qué tal el miércoles?

Adam movió la silla para mirar el ordenador y abrió una aplicación de calendario. Estaba tan atestada de cuadros de colores que Olive sintió una oleada de ansiedad vicaria.

—Me va bien antes de las once de la mañana. Y después de las seis de la tarde.

—¿A las diez?

Adam se volvió hacia ella.

—A las diez me va bien.

—De acuerdo. —Se quedó esperando a que lo escribiera, pero Carlsen no se movió—. ¿No vas a añadirlo al calendario?

—Me acordaré —contestó en tono sereno.

—Perfecto. —Se esforzó en esbozar una sonrisa y resultó relativamente sincera. Mucho más sincera que cualquier sonrisa que se hubiera creído capaz de esbozar en presencia de Adam Carlsen—. Genial: quedan establecidos los miércoles de cita falsa.

Adam frunció el ceño.

—¿Por qué no paras de repetir eso?

—¿De repetir qué?

—«Cita falsa.» Como si existiera algo así.

—Es que existe. ¿No ves comedias románticas? —Él la miró con expresión de perplejidad hasta que Olive se aclaró la garganta y bajó la mirada—. Entiendo.

Ostras, no tenían nada en común. No encontrarían ni un solo tema del que hablar. Sus citas de diez minutos para tomar café iban a ser la parte más dolorosa e incómoda de sus ya de por sí dolorosas e incómodas semanas.

Pero Anh iba a disfrutar de una hermosa historia de amor y Olive no tendría que esperar una eternidad para poder utilizar el microscopio electrónico. Eso era lo único que importaba.

Se levantó y le tendió la mano, pues supuso que todo acuerdo para mantener una relación falsa merecía al menos un apretón de manos. Carlsen la observó con aire vacilante durante un par de segundos. Luego se levantó y se la estrechó. Se quedó mirando sus dedos unidos antes de levantar la vista para mirarla a los ojos. Olive se obligó a no fijarse en el calor de su piel, ni en lo fuerte que era, ni… en ninguna otra cosa suya. Cuando Adam

al fin le soltó la mano, la joven tuvo que obligarse a no inspeccionarse la palma.

¿Le había hecho algo? Eso parecía, desde luego. Sentía un hormigueo en la carne.

—¿Cuándo quieres empezar?

—¿Qué tal la semana que viene?

Era viernes. Eso significaba que tenía menos de siete días para concienciarse de que iba a tomar café con Adam Carlsen. Sabía que era capaz de hacerlo: si, a base de trabajo, había conseguido llegar hasta el percentil 97 en la parte verbal del examen de acceso a la escuela de posgrado, podía hacer cualquier cosa. O casi… Pero seguía pareciéndole una idea horrible.

—Vale. —Iba a suceder. Ay Dios—. Quedamos en el Starbucks del campus. Es donde van a tomar café la mayoría de los doctorandos, así que seguro que alguno nos ve. —Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo un instante y se volvió hacia Adam—. Entonces, supongo que nos vemos el miércoles de cita falsa.

Él seguía de pie detrás de su escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Mirando a Olive. Estaba muchísimo menos irritado por todo ese lío de lo que ella habría esperado jamás. Estaba… bien.

—Hasta entonces, Olive.

—Pásame la pimienta.

Olive se la habría pasado, pero le pareció que Malcolm ya estaba bastante picajoso. Así que apoyó la cadera contra la encimera de la cocina y se cruzó de brazos.

—Malcolm.

—Y la sal.

—Malcolm.

—Y el aceite.

—Malcolm…

—El de girasol. No esa mierda de semilla de uva.

—Escucha. No es lo que piensas…

—Vale. Ya lo cojo yo.

Para ser justos, Malcolm tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado. Y a Olive le daba pena. Llevaba un año más que ella en la escuela de posgrado y era uno de los vástagos de la realeza CTIM. El producto de generaciones de biólogos, geólogos, botánicos, físicos y quién sabe cuántos otros eruditos que mezclaron su ADN y engendraron pequeñas máquinas científicas. Su padre era decano de no sé qué universidad estatal de la costa este. Su madre había publicado una charla TED sobre las células de Purkinje que tenía varios millones de visitas en YouTube. ¿Quería Malcolm formar parte de un programa de doctorado y encaminarse hacia una carrera académica? Tal vez no. ¿Tenía otra opción, teniendo en cuenta la presión que su familia había ejercido sobre él desde que llevaba pañales? Tampoco.

No podía decirse que Malcolm fuera infeliz. Su plan era doctorarse, encontrar un trabajo cómodo en la industria y ganar mucho dinero trabajando de nueve a cinco; técnicamente, eso cumplía los requisitos de «ser científico», de manera que no era algo a lo que sus padres pudieran oponerse. Al menos, no con demasiado afán. Mientras tanto, lo único que quería era que su experiencia durante el doctorado fuera lo menos traumática posible. De todos los participantes en el programa de Olive, era el que mejor se las arreglaba para tener vida fuera de la escuela de posgrado. Hacía cosas que eran inimaginables para la mayoría de los doctorandos, ¡como cocinar comida en condiciones! ¡Hacer senderismo! ¡Meditar! ¡Actuar en una obra de teatro! ¡Tener citas como si fuera un deporte olímpico! («*Es* un deporte olímpico, Olive. Y estoy entrenando para el oro.»)

Por eso, cuando Adam obligó a Malcolm a desestimar toneladas de datos y a rehacer la mitad de su estudio, consiguió que pasara unos meses muy muy desgraciados. Mirándolo en retrospectiva, puede que fuera entonces cuando Malcolm empezó a desear que una plaga recayera sobre la casa de los Carlsen (en ese momento estaba ensayando para *Romeo y Julieta).*

—Malcolm, ¿podemos hablarlo, por favor?

—Estamos hablando.

—No, tú estás cocinando y yo estoy aquí plantada intentando que reconozcas que estás enfadado porque Adam…

Malcolm le dio la espalda a su cacerola y sacudió el dedo en dirección a Olive.

—No lo digas.

—¿Que no diga qué?

—Ya lo sabes.

—Adam Carl…

—*No* digas su nombre.

Olive levantó las manos.

—Esto es una locura. Es todo falso, Malcolm.

Su compañero de piso volvió a concentrarse en cortar los espárragos.

—Pásame la pimienta.

—Pero ¿me estás escuchando? ¡Que no es real!

—Y la sal y el…

—La relación es falsa. No estamos saliendo de verdad. Estamos fingiendo para que la gente *crea* que estamos saliendo.

Malcolm dejó de mover las manos a medio corte.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Es en… plan de amigos con derecho a roce? Porque…

—No. Es lo contrario. No hay roce. Cero roces. Cero sexo. Cero amistad, también.

Malcolm se la quedo mirando con los ojos entornados.

—Para que quede claro: el oral y el anal también cuentan como sexo…

—Malcolm.

Su amigo dio un paso hacia ella y cogió un trapo de cocina para limpiarse las manos. Se le dilataron las fosas nasales.

—Me da miedo preguntar.

—Sé que suena ridículo. Me está echando una mano fingiendo que estamos juntos porque mentí a Anh y necesito que no se sienta mal por salir con Jeremy. Todo es falso. Adam y yo hemos hablado exactamente —decidió sobre la marcha omitir cualquier información relativa a La Noche— tres veces y no sé nada de él. Salvo que está dispuesto a ayudarme a gestionar esta situación, así que he aprovechado la oportunidad.

Malcolm estaba poniendo esa cara, la que reservaba para la gente que llevaba sandalias con calcetines blancos. A veces resultaba intimidante, eso Olive tenía que reconocerlo.

—Esto es… Qué fuerte. —Una vena le palpitaba en la frente—. Ol, eso es una estupidez como la copa de un pino.

—Puede ser. —Sí. Sí, lo era—. Pero es lo que hay. Y tienes que apoyarme en mi idiotez, porque Anh y tú sois mis mejores amigos.

—Ah, ¿no era Carlsen tu mejor amigo ahora?

—Venga ya, Malcolm. Es un imbécil. Pero conmigo se ha portado muy bien y…

—No voy ni a… —Hizo un mohín.—. No voy a hablar de esto.

Ella suspiró.

—Vale. No hables de ello. No tienes por qué hacerlo. Pero no me odies, por favor. Sé que ha sido una pesadilla para la mitad de los alumnos del programa, tú incluido. Sin embargo, a mí me está ayudando. Las únicas personas que me importa que sepan la verdad sois Anh y tú. Pero a Anh no puedo contárselo…

—… por razones obvias.

—… por razones obvias —concluyó Olive al mismo tiempo, y sonrió.

Malcolm se limitó a negar con aire de desaprobación, pero su expresión se había suavizado.

—Ol, eres increíble. Y buena, demasiado buena. Deberías encontrar a alguien mejor que Carlsen. Alguien con quien salir en serio.

—Sí, claro. —Puso los ojos en blanco—. Por eso me fue tan bien con Jeremy. Con quien, a todo esto, solo acepté salir porque *tú* me lo aconsejaste. «Dale una oportunidad al chico», me dijiste. «¿Qué podría salir mal?», me dijiste.

Malcolm le lanzó una mirada asesina y ella se echó a reír.

—Mira, está claro que las relaciones de verdad se me dan fatal. A lo mejor con las falsas es distinto. Puede que haya encontrado mi nicho.

Malcolm suspiró.

—¿Tiene que ser Carlsen? Hay mejores profesores con los que fingir que estás saliendo.

—¿Como quién?

—No lo sé. ¿El doctor McCoy?

—¿No acaba de tener trillizos?

—Ah, sí. ¿Qué hay de Holden Rodrigues? Es atractivo. Y tiene una sonrisa bonita, además. Lo sé porque… a mí siempre me sonríe.

Olive rompió a reír.

—Sería incapaz de fingir que estoy saliendo con el doctor Rodrigues, no con todo lo que has babeado por él estos últimos dos años.

—Sí, ¿verdad? ¿Te he contado alguna vez lo del flirteo gordo que hubo entre nosotros en la feria de investigación universitaria? Estoy bastante convencido de que me guiñó el ojo en varias ocasiones desde el otro lado de la sala. Bueno, hay gente que dice que solo se le había metido algo dentro, pero…

—Yo. Fui yo la que dijo que seguro que se le había metido algo dentro. Y me lo cuentas un día sí otro no.

—Vale. —Suspiró—. A ver, Ol, yo habría fingido estar saliendo contigo sin pensármelo con tal de librarte del puto Carlsen. Te habría cogido de la mano, te habría dado mi chaqueta cuando tuvieras frío y te habría regalado muy públicamente rosas de chocolate y ositos de peluche el Día de San Valentín.

Qué reparador hablar con alguien que sí había visto una comedia romántica. O diez.

—Lo sé. Pero también traes a casa a una persona diferente cada semana, y te encanta, y a mí me encanta que te encante. No quiero cortarte las alas.

—Lo entiendo.

Malcolm parecía complacido… Aunque a Olive no le quedó claro si por el hecho de que, en efecto, era bastante promiscuo o por la absoluta comprensión que Olive tenía de sus hábitos de pareja.

—Entonces, ¿puedes no odiarme, por favor?

El chico lanzó el paño de cocina hacia la encimera y se acercó a ella.

—Ol, yo nunca podría odiarte. Siempre serás mi kalamata.

La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza contra su pecho. Al principio, cuando acababan de conocerse, Olive se sentía constantemente desorientada por lo físico que era Malcolm, quizá porque hacía años que ella no experimentaba un contacto tan afectuoso. Ahora, los abrazos de Malcolm eran su lugar feliz.

Apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y sonrió contra el algodón de su camiseta.

—Gracias. —Malcolm la abrazó más fuerte—. Y te prometo que, si alguna vez traigo a Adam a casa, pondré un calcetín en mi puerta… ¡Ay!

—Criatura malvada.

—¡Era broma! Espera, no te vayas, tengo que decirte algo importante.

Malcolm se detuvo junto a la puerta con cara de pocos amigos.

—He alcanzado mi ingesta máxima diaria de conversaciones relativas a Carlsen. Aumentar la dosis sería letal, así que…

—¡Tom Benton, el investigador oncológico de Harvard, se ha puesto en contacto conmigo! Todavía no está decidido, pero podría interesarle acogerme en su laboratorio el año que viene.

—Madre mía. —Malcolm volvió a acercarse a ella, encantado—. ¡Ol, es estupendo! Creía que ninguno de los investigadores a los que habías escrito te había contestado.

—Y así ha sido durante un montón de tiempo, pero al final Benton me ha contestado y ya sabes lo famoso y conocido que es. Seguro que tiene más fondos de investigación de los que podría llegar siquiera a imaginarme. Sería…

—Fantástico. Sería realmente fantástico. Ol, qué orgulloso estoy de ti. —Malcolm le tomó las manos entre las suyas. Su sonrisa de oreja a oreja fue suavizándose poco a poco—. Y tu madre también lo estaría.

Olive apartó la mirada y parpadeó varias veces a toda velocidad. No quería llorar, esa noche no.

—No hay nada decidido todavía. Tendré que convencerlo. Implicará bastante politiqueo y pasar por todo el proceso de «véndeme tu investigación», que, como sabes, no es mi fuerte. Aún es posible que no salga bien…

—Pues claro que saldrá bien.

Ya. Sí. Tenía que ser optimista. Asintió con la cabeza e intentó sonreír.

—Pero, aun en el caso de que no saliera bien…, ella seguiría estando orgullosa de ti.

Olive volvió a asentir. Cuando una sola lágrima logró deslizársele por la mejilla, decidió dejar que siguiera su curso.

Cuarenta y cinco minutos después, Malcolm y ella estaban sentados en su minúsculo sofá, brazo con brazo, viendo reposiciones de *American Ninja Warrior* mientras comían un guiso de verduras muy poco sazonado.

Capítulo cuarto

❤ HIPÓTESIS: Adam Carlsen y yo no tenemos absolutamente nada en común, así que tomar café con él será el doble de doloroso que una endodoncia. Sin anestesia.

Olive llegó al primer miércoles de cita falsa tarde y de muy mal humor, pues se había pasado la mañana gruñendo a sus reactivos baratos, de imitación, por no disolverse, después por no precipitar, después por no hacerlo ni sonicando y después por no ser suficientes para llevar a cabo todo el ensayo.

Se detuvo ante la puerta de la cafetería y cogió aire. Necesitaba un laboratorio mejor si quería producir ciencia decente. Mejores equipos. Mejores reactivos. Mejores cultivos de bacterias. Mejores *todo*. La semana siguiente, cuando Tom Benton llegara a Stanford, Olive tenía que estar a tope. Debía preparar su discurso, no desperdiciar el tiempo tomándose un café que no le apetecía mucho con una persona con la que sin duda no quería hablar mientras se encontraba en pleno protocolo experimental.

Uf.

Cuando entró en la cafetería, Adam ya estaba allí, vestido con una camiseta negra con varios botones en el pecho que parecía haber sido ideada, diseñada y producida pensando específicamente en la parte superior de su cuerpo. Olive se quedó atónita un instante, no tanto por que la ropa le sentara bien, sino por que ella se hubiera fijado siquiera en lo que llevaba puesto alguien. No era propio de Olive. Al fin y al cabo, llevaba casi dos años viendo a Adam pasearse por el Edificio de Biología, y eso por no hablar de que en las dos últimas semanas habían hablado una cantidad desmesurada de veces. Incluso se habían besado, si se consideraba lo ocurrido La Noche como un beso de verdad. Cuando se pusieron en la cola

para pedir el café, Olive cayó en la cuenta de algo que le resultó desconcertante y un poco inquietante.

Adam Carlsen era guapo.

Adam Carlsen, con esa nariz alargada y ese pelo ondulado, con esos labios carnosos y esa cara angulosa que no deberían quedar bien juntos, pero que, por algún motivo, encajaban, era muy muy *muy* guapo. Olive no tenía ni idea de por qué no lo había notado antes, ni de por qué lo que la había hecho fijarse ahora era que se hubiese puesto una sencilla camiseta negra.

Se obligó a clavar la mirada en la carta de bebidas y no en el pecho del profesor. En la cafetería había un total de tres alumnos del Posgrado en Biología, un posdoc de Farmacología y un becario de investigación del último curso de la carrera mirándolos fijamente. «Perfecto.»

—Bueno, ¿cómo estás? —preguntó Olive, porque era lo que había que hacer.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

A Olive se le ocurrió que tal vez no hubiera pensado en todo aquello tan en profundidad como debería. Porque quizá su objetivo fuera que los vieran juntos, pero que estuviesen uno al lado del otro en silencio no iba a engañar a nadie para que creyeran que estaban saliendo y eran felices. Y Adam era… Bueno. Parecía poco probable que iniciara algún tipo de conversación.

—Vale. —Olive se balanceó un par de veces cambiando el peso hacia delante y hacia atrás sobre los talones—. ¿Cuál es tu color favorito?

Él la miró, confundido.

—¿Qué?

—Tu color favorito.

—¿Mi color favorito?

—Sí.

Allí estaba aquel ceño fruncido.

—Pues… no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Son colores. Son todos iguales.

—Tiene que haber uno que te guste más.

—Diría que no.

—¿El rojo?
—No sé.
—¿Amarillo? ¿Verde vómito?
Carlsen entrecerró los ojos.
—¿Por qué me lo preguntas?
Olive esbozó un gesto de indiferencia.
—Me parece que es algo que debería saber.
—¿Por qué?
—Porque sí. Porque si alguien intenta averiguar si es verdad que estamos saliendo, puede que sea una de las primeras preguntas que me haga. Estará entre las cinco primeras, seguro.
La observó durante unos segundos.
—¿Te parece un escenario probable?
—Tan probable como que yo sea tu novia falsa.
Adam asintió, como si reconociera la validez del argumento.
—Vale. El negro, supongo.
Olive resopló.
—No se podía saber.
—¿Qué pasa con el negro?
Volvió a arrugar el ceño.
—Ni siquiera es un color. Técnicamente, es la ausencia de color.
—Es mejor que el verde vómito.
—No, no lo es.
—Claro que sí.
—Ya, bueno. Se ajusta a tu personalidad de vástago de la oscuridad.
—¿Qué narices significa…?
—Buenos días. —El camarero les sonrió con alegría—. ¿Qué van a tomar?
Olive le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto a Adam para que pidiera él primero.
—Un café. —Le lanzó una mirada de soslayo a Olive antes de añadir con timidez—: Solo, bien negro.
La chica tuvo que agachar la cabeza para ocultar una sonrisa, pero, cuando volvió a mirarlo, vio que él también tenía la comisura de la boca curvada hacia arriba. Y aquella expresión, tuvo que reconocer Olive a regañadientes, no le sentaba nada mal. La joven ignoró aquel dato y pidió la

bebida más grasa y azucarada de la carta con un extra de nata montada. Aún estaba planteándose si debía intentar compensar aquello pidiéndose también una manzana o si solo debía dejarse llevar y rematarlo con una galleta cuando Adam sacó una tarjeta de crédito de la cartera y se la tendió a la cajera.

—Oh, no. No, no, no. *No*. —Olive puso la mano delante de la de él y bajó la voz—. No puedes pagar lo mío.

La miró boquiabierto.

—¿No?

—Ese no es el tipo de relación falsa que tenemos.

Pareció sorprenderse.

—¿No?

—No. —Olive negó con la cabeza—. Jamás fingiría salir con un tío que cree que tiene que pagarme los cafés solo porque es un tío.

Adam enarcó una ceja.

—Dudo que exista ningún idioma en el que lo que acabas de pedir pueda denominarse «café».

—Eh…

—Y no tiene nada que ver con que sea un «tío» —pronunció la palabra como si se sintiera dolido—, sino con que tú todavía estás haciendo el doctorado. Y con tus ingresos anuales.

Olive dudó un momento: no tenía claro si debía ofenderse. ¿Estaba comportándose como el reputado imbécil que era? ¿Estaba tratándola con condescendencia? ¿Creía que era pobre? Entonces Olive recordó que, en efecto, era pobre y probablemente él ganase cinco veces más que ella. Se encogió de hombros y añadió una galleta de chocolate, un plátano y un paquete de chicles a su café. A favor de Carlsen había que decir que no abrió la boca y pagó los 21,39 dólares resultantes sin pestañear.

Mientras esperaban a que les sirvieran las bebidas, Olive empezó a pensar sin darse cuenta en su proyecto y en si sería capaz de convencer a la doctora Aslan de que le comprara reactivos de mejor calidad lo antes posible. Echó un vistazo distraído en torno a la cafetería y descubrió que, aunque el becario de investigación, el posdoc y uno de los alumnos se habían ido, dos doctorandos (uno de los cuales daba la casualidad de que trabajaba en el laboratorio de Anh) seguían sentados a una mesa junto a la puerta y mirando hacia ellos cada pocos minutos. Excelente.

Apoyó la cadera contra el mostrador y levantó la mirada hacia Adam. Menos mal que solo iban a ser diez minutos a la semana, porque, de lo contrario, desarrollaría una contractura permanente en el cuello.

—¿Dónde naciste? —le preguntó.

—¿Es otra de esas preguntas de la entrevista para que te concedan el permiso de residencia mediante el matrimonio?

A Olive se le escapó una risita. Él reaccionó sonriendo, como si se alegrara de haberla hecho reír. Aunque seguro que se debía a otra cosa.

—En los Países Bajos. La Haya.

—Caray.

Él también se apoyó en el mostrador, justo frente a ella.

—¿Por qué «caray»?

—No lo sé. —Olive se encogió de hombros—. Creo que me esperaba que fueras de… ¿Nueva York? ¿O de Kansas?

Él negó con la cabeza.

—Mi madre fue embajadora de Estados Unidos en los Países Bajos.

—Vaya.

Le resultaba raro pensar que Adam tuviera madre. Familia. Que, antes de ser alto y aterrador e infame, hubiera sido un crío. A lo mejor hablaba holandés. A lo mejor desayunaba arenques ahumados a menudo. A lo mejor su madre quería que siguiera sus pasos y se hiciera diplomático, pero entonces la chispeante personalidad de su hijo había salido a la luz y la mujer había renunciado a ese sueño. Olive se dio cuenta de que estaba impaciente por averiguar más sobre la infancia de Carlsen y eso era… raro. Muy raro.

—Aquí tienen.

Los cafés aparecieron en el mostrador. Olive se dijo que el hecho de que la camarera rubia devorara descaradamente a Adam con la mirada cuando este se volvió para coger una tapa para la taza no era asunto suyo. También se recordó que, por mucha curiosidad que le despertaran su madre diplomática, saber cuántos idiomas hablaba y si le gustaban los tulipanes, toda esa información quedaba totalmente fuera de su acuerdo.

Varias personas los habían visto juntos. Cuando volvieran a sus respectivos laboratorios, contarían cosas increíbles sobre el doctor Adam Carlsen y la doctoranda desconocida y anodina con la que lo habían pillado. Había llegado el momento de que Olive volviese al trabajo.

Se aclaró la garganta.

—Bueno, ha sido divertido.

Adam levantó la mirada de la taza, sorprendido.

—¿Se acabó el miércoles de cita falsa?

—Sí. Buen trabajo, equipo; ahora, a las duchas. Quedáis liberados hasta la semana que viene. —Olive hundió la pajita en su café, bebió un sorbo y sintió que el azúcar le explotaba en la boca. No tenía muy claro qué había pedido, pero estaba repugnantemente bueno. Seguro que estaba desarrollando diabetes en aquel mismo momento—. Nos vemos…

—¿Dónde naciste *tú?* —preguntó Adam antes de que le diera tiempo a marcharse.

Ah. O sea, que iban a hacerse preguntas. Debía de estar intentando ser educado, así que Olive suspiró para sus adentros pensando con nostalgia en su mesa del laboratorio.

—En Toronto.

—Claro. Eres canadiense —dijo como si ya se lo hubiera imaginado.

—Sí.

—¿Cuándo te mudaste aquí?

—Hace ocho años. Cuando empecé la universidad.

Él asintió. Daba la sensación de que estuviera almacenando la información.

—¿Y por qué Estados Unidos? En Canadá hay universidades excelentes.

—Obtuve una beca completa.

Era la verdad. Aunque no toda la verdad.

Carlsen jugueteó con el portavasos de cartón.

—¿Vas mucho a casa?

—No, no mucho.

Olive lamió un poco de nata montada de la pajita. Se quedó perpleja cuando él desvió la mirada de inmediato.

—¿Piensas volver a Canadá cuando te doctores?

La joven se tensó.

—No, si puedo evitarlo.

Tenía muchos recuerdos dolorosos de Canadá y su única familia, las personas a las que quería tener cerca, eran Anh y Malcolm, ambos ciudadanos estadounidenses. Su amiga y ella incluso habían hecho un pacto por el que, si en algún momento Olive estaba a punto de perder el visado,

Anh se casaría con ella. Pensándolo bien, todo el rollo de estar fingiendo que salía con Adam iba a ser un buen entrenamiento para cuando Olive subiera de nivel y empezara a defraudar al Departamento de Seguridad Nacional en serio.

Adam pareció entenderlo y tomó un sorbo de café.

—¿Color favorito?

Olive abrió la boca para decirle cuál era su color favorito, que era mucho mejor que el de él, y entonces…

—Porras.

Él le lanzó una mirada de complicidad.

—¿A que es difícil?

—Es que hay muchos buenos.

—Ya.

—Voy a decir el azul. El azul claro. No, ¡espera!

—Hum.

—Al final me quedo con el blanco. Sí, venga, el blanco.

Adam chasqueó la lengua.

—Bueno, no me parece aceptable, el blanco no es un color de verdad. Es más bien como todos los colores juntos… —Olive le pellizcó la parte carnosa del antebrazo—. ¡Ay! —exclamó él, aunque estaba claro que no le había dolido.

Con una sonrisa socarrona, Carlsen le dijo adiós con la mano y se dio la vuelta para encaminarse hacia el Edificio de Biología.

—Oye, Adam —lo llamó Olive a su espalda. Él se detuvo y se dio la vuelta para mirarla—. Gracias por comprarme comida para tres días.

Adam dudó y luego asintió una sola vez. Eso que estaba haciendo con la boca… *Definitivamente* le estaba sonriendo. Un poco a regañadientes, pero aun así…

—Un placer, Olive.

Hoy, 14:40

DE: Tom-Benton@harvard.edu

PARA: Olive-Smith@stanford.edu

ASUNTO: Re: Proyecto de detección del cáncer de páncreas

Olive:

Mi avión sale el martes por la tarde. ¿Te va bien que nos reunamos el miércoles sobre las 15:00 en el laboratorio de Aysegul Aslan? Mi colaborador puede indicarme dónde se encuentra.

TB
Enviado desde mi iPhone

Olive también llegó tarde a su segundo miércoles de cita falsa, pero por distintos motivos, todos ellos relacionados con Tom Benton.

En primer lugar, se había despertado más tarde de lo debido porque la noche anterior había trasnochado ensayando cómo iba a venderle el proyecto. Había repetido el discurso tantas veces que Malcolm había empezado a terminarle las frases y, luego, a la una de la madrugada, le había lanzado una nectarina y le había rogado que se fuera a practicarlo a su habitación. Y eso fue lo que hizo Olive hasta las tres.

Después, por la mañana, se había dado cuenta de que, quizá, su habitual atuendo para ir al laboratorio (mallas, alguna camiseta raída de las que te regalan en las carreras benéficas y un moño muy muy despeinado) no le transmitiera al doctor Benton el mensaje de «futura colega valiosa», así que había dedicado un tiempo excesivo a buscar algo apropiado. Por lo de vestirse para triunfar y todo eso.

Por último, había caído en la cuenta de que no tenía ni idea de qué aspecto tenía el doctor Benton, que era sin duda la persona más importante de su vida en ese momento (y, sí, era consciente de lo triste que sonaba, pero decidió no regodearse en ello). Buscó una imagen suya en el móvil y descubrió que debía de rondar los cuarenta años, era rubio con los ojos azules y tenía los dientes muy rectos y muy blancos. Cuando llegó al Starbucks del campus, Olive le estaba susurrando a su foto oficial de Harvard: «Por favor, déjame ir a trabajar a tu laboratorio». Entonces vio a Adam.

Era un día inusualmente nublado. Todavía estaban en agosto, pero parecía casi de finales de otoño. Olive lo miró y enseguida supo que estaba de muy mal humor. Recordó el rumor de que había lanzado una placa de Petri contra la pared porque el experimento no le había funcionado o porque había que reparar el microscopio electrónico o porque había ocurrido cualquier otra cosa igual de intrascendente. La joven se planteó la posibilidad de esconderse bajo una mesa.

«No pasa nada —se dijo—. Merece la pena.» Todo volvía a ser normal entre Anh y ella. Mejor que normal: Jeremy y su amiga estaban saliendo de manera oficial y el fin de semana pasado Anh había ido a la noche de cervezas y chucherías vestida con unas mallas y un jersey del MIT que le quedaba enorme y que sin duda le había cogido prestado a Jeremy. Hacía unos días Olive había ido a comer con ambos y ni siquiera se habían sentido incómodos. Además, los doctorandos de primer, segundo e incluso tercer año le tenían demasiado miedo a la «novia» de Adam Carlsen como para robarle las pipetas, y eso quería decir que ya no tenía que metérselas en la mochila y llevárselas a casa el fin de semana. Para rematar, Olive estaba sacando de todo aquello bastante comida gratis y de primera calidad. Así que era capaz de aguantar a Adam Carlsen, sí, incluso a Adam Carlsen con un humor de perros. Durante diez minutos a la semana, como mínimo.

—Hola —lo saludó sonriendo. Él respondió con una mirada que destilaba mala leche y angustia existencial. Olive cogió aire para darse ánimos—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Contestó en tono cortante y con una expresión más tensa que de costumbre. Llevaba una camisa de cuadros rojos y unos vaqueros, así que su aspecto recordaba más al de un leñador que al de un erudito que reflexiona sobre los misterios de la biología computacional. Olive no pudo evitar fijarse en sus músculos y volver a preguntarse si se haría la ropa a medida. Seguía teniendo el pelo algo largo, pero menos que la semana anterior. Le pareció surrealista que Adam Carlsen y ella estuvieran en un punto en el que Olive era capaz de percatarse tanto de su estado de ánimo como de sus cortes de pelo.

—¿Te apetece tomar café? —preguntó con voz alegre.

Él asintió, distraído, sin apenas mirarla. En una mesa del fondo, un doctorando de quinto año los miraba de soslayo mientras fingía limpiar el

monitor de su portátil.

—Siento haber llegado tarde. Es que…

—No pasa nada.

—¿Qué tal te ha ido la semana?

—Bien.

«Vale…»

—Hum… ¿Qué hiciste el fin de semana, algo divertido?

—Trabajar.

Se pusieron en la cola para pedir y Olive tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no resoplar.

—Ha hecho buen tiempo, ¿verdad? El calor no es agobiante.

Adam respondió con un gruñido.

Aquello empezaba a pasar de castaño oscuro. Había un límite en lo que Olive estaba dispuesta a hacer por esa relación falsa… incluso por los *frappuccinos* de mango gratis. Suspiró.

—¿Es por el corte de pelo?

Eso llamó la atención de Adam. La miró con el ceño muy fruncido.

—¿Qué?

—El mal humor. ¿Es por el corte de pelo?

—¿Qué mal humor?

Olive hizo un gesto amplio hacia él.

—Este. El mal humor que tienes.

—No estoy de mal humor.

La joven resopló… Aunque quizá no fuese el término adecuado para lo que acababa de hacer. Fue demasiado fuerte y burlón, más bien una risa. Una carcajada.

—¿Qué? —Adam puso mala cara, la carcajada no le había gustado.

—Venga ya.

—¿Qué?

—*Rezumas* mal humor.

—No es verdad. —Parecía indignado, algo que a Olive le pareció extrañamente entrañable.

—Sí es verdad. Te he visto la cara y lo he sabido enseguida.

—No es verdad.

—Sí lo es. Es cierto. Pero no pasa nada, tienes derecho a estar de mal humor.

Les tocaba pedir, así que Olive dio un paso adelante y sonrió al cajero.

—Buenos días. Tomaré un *pumpkin spice latte*. Y ese hojaldre de queso de ahí. Sí, ese, gracias. —Señaló a Adam con el pulgar—. Él tomará una infusión de manzanilla. Sin azúcar —añadió en tono animado y, justo después, se hizo a un lado con la esperanza de evitar que Adam le hiciera daño si decidía lanzarle una placa de Petri.

Se sorprendió cuando Carlsen le entregó su tarjeta de crédito al chico de detrás del mostrador con ademán tranquilo. En realidad, no era tan malo como lo pintaban.

—Odio las infusiones —dijo—. Y la manzanilla.

Olive le sonrió con ganas.

—Qué mala suerte.

—Eres una listilla.

Carlsen continuó mirando al frente, pero Olive estaba casi segura de que estaba a punto de esbozar también una sonrisa. Podían decirse muchas cosas de él, pero no que no tuviera sentido del humor.

—Entonces…, ¿no es el corte de pelo?

—¿Eh? Ah, no. Lo tenía demasiado largo. Se me metía en la cara cuando salía a correr.

Ah. Así que le gustaba correr. Como a Olive.

—Vale. Genial. Porque no te queda mal.

«Te queda bien. Pero bien *bien*. Es probable que la semana pasada ya fueras uno de los hombres más guapos con los que había hablado en mi vida, pero ahora estás aún mejor. Aunque no es que estas cosas me importen. No me importan nada. Rara vez me fijo en los chicos y no sé por qué me fijo en *ti*, o en tu pelo, o en tu ropa, o en lo alto y fuerte que eres. De verdad que no lo entiendo. Nunca me importa. En general. Uf.»

—Pues… —Adam pareció aturullarse un segundo y siguió moviendo los labios sin emitir ningún sonido mientras intentaba dar con una respuesta adecuada. Entonces, de repente, dijo—: He hablado con el director del departamento esta mañana. Sigue negándose a liberar mis fondos de investigación.

—Vaya. —Olive lo miró con aire pensativo—. Creía que no lo decidirían hasta finales de septiembre.

—Y así es. Lo de hoy era solo una reunión informal, pero surgió el tema. Me ha dicho que sigue valorando la situación.

—Entiendo. —Esperó a que continuara. Cuando quedó claro que no lo haría, le preguntó—: Valorándola… ¿cómo?

—No está claro.

Carlsen tenía la mandíbula apretada.

—Lo siento. —Y era cierto. Lo sentía sinceramente. Si había algo con lo que podía empatizar era con los estudios científicos que se interrumpían de forma abrupta por falta de recursos—. ¿Eso quiere decir que no puedes continuar tu investigación?

—Tengo otras becas.

—O sea, que… ¿el problema es que no puedes iniciar estudios nuevos?

—Sí puedo. He tenido que reorganizar varias subvenciones, pero sí, debería permitirme iniciar nuevas líneas de investigación.

«¿Entonces?»

—Entiendo. —Olive carraspeó—. A ver… hagamos un resumen: parece que Stanford te ha congelado los fondos basándose en rumores, y estoy de acuerdo en que es una jugarreta bastante chunga, pero también parece que, de momento, puedes permitirte hacer lo que tenías planeado, así que… no es el fin del mundo.

Adam la fulminó con la mirada, como si lo hubiera ofendido; de repente pareció que estaba aún más enfadado.

«Oh oh.»

—No me malinterpretes, entiendo que es una cuestión de principios y yo también estaría enfadada, pero tienes ¿cuántas becas más? Bueno, mejor no me respondas. No sé si quiero saberlo.

Seguro que tenía quince. Además, era profesor titular y contaba con decenas de publicaciones, y luego estaban todas esas distinciones que aparecían en su página web. Por no hablar de que en su currículum había leído que tenía una patente. Olive, en cambio, tenía reactivos baratos, de imitación, y pipetas viejas que le robaban a menudo. Intentó no machacarse por la enorme ventaja que Carlsen le llevaba en lo profesional, pero no podía olvidarse de lo bien que se le daba a aquel hombre lo que hacía. De lo *irritantemente* bien que se le daba.

—A lo que me refiero —prosiguió— es a que no se trata de un problema insuperable. Y estamos trabajando de forma activa en ello. Estamos juntos en esto, mostrándole a la gente que vas a quedarte aquí para siempre porque tienes una novia increíble. —Olive se señaló a sí misma con una floritura y

la mirada de Adam le siguió la mano. Estaba claro que no era nada fan de racionalizar y gestionar sus emociones—. Aunque también podrías seguir enfadado y que fuéramos a tu laboratorio a lanzarnos tubos de ensayo llenos de reactivos tóxicos hasta que el dolor de las quemaduras de tercer grado acabe con tu humor de mierda. Suena divertido, ¿no?

Él apartó la mirada y puso los ojos en blanco, pero se le curvaron las mejillas y Olive se dio cuenta de que le había hecho gracia. Seguro que en contra de su voluntad.

—Pero qué listilla eres.

—A lo mejor, pero no he sido yo la que ha gruñido cuando te he preguntado qué tal te había ido la semana.

—No he gruñido. Y me has pedido una infusión de manzanilla.

Olive sonrió.

—De nada.

Permanecieron en silencio unos instantes mientras la joven masticaba el primer bocado de su hojaldre de queso. Cuando se lo tragó, dijo:

—Siento lo de los fondos.

Él negó con la cabeza.

—Siento el mal humor.

«Vaya.»

—No pasa nada. Eres famoso por eso.

—¿Yo?

—Sí. Es por lo que te conoce la gente.

—¿En serio?

—Ajá.

Se le curvó la boca.

—A lo mejor a ti quería ahorrártelo.

Olive sonrió, porque en realidad era agradable que le dijera algo así. Y Adam no era una persona agradable, pero con ella se portaba muy bien la mayor parte del tiempo, si no siempre. Adam casi le estaba devolviendo el gesto, mirándola de una manera que Olive no sabía muy bien cómo interpretar, pero que le provocó pensamientos extraños hasta que el camarero les dejó las bebidas en el mostrador. De repente Carlsen puso cara de estar a punto de vomitar.

—¿Adam? ¿Estás bien?

Él observó el vaso de Olive y dio un paso atrás.

—Es el olor de *eso*.

Olive inhaló profundamente. El paraíso.

—¿No te gusta el *pumpkin spice latte?*

Arrugó la nariz y se alejó aún más.

—Qué asco.

—¿Cómo puede no gustarte? Es lo mejor que ha producido tu país en el último siglo.

—Por favor, apártate. Apesta.

—Oye, si tengo que escoger entre el *pumpkin spice latte* y tú, tal vez deberíamos replantearnos el acuerdo.

Adam miró la taza de Olive como si contuviera residuos radiactivos.

—Pues a lo mejor sí.

Le sujetó la puerta mientras salían de la cafetería, con mucho cuidado de no acercarse demasiado a su bebida. Fuera empezaba a lloviznar. Los alumnos recogían a toda prisa los portátiles y los cuadernos de las mesas de la terraza para dirigirse a sus clases o trasladarse a la biblioteca. Olive estaba enamorada de la lluvia desde que tenía uso de razón. Inhaló con fuerza y se llenó los pulmones de petricor tras detenerse bajo el toldo junto a Adam. Él tomó un sorbo de manzanilla y eso la hizo sonreír.

—Oye —dijo Olive—, tengo una idea. ¿Vas a ir al pícnic de otoño de la unidad de biociencias?

Él asintió.

—No me queda otro remedio. Estoy en el Comité de Relaciones Sociales y Profesionales del Departamento de Biología.

La chica estalló en carcajadas.

—Imposible.

—Pues sí.

—¿Te presentaste voluntario?

—Es obligatorio. Tuve que ocupar el puesto cuando me tocó por rotación.

—Ah. Parece… divertido. —Hizo una mueca compasiva y casi le entró la risa de nuevo ante la expresión horrorizada de Carlsen—. Bueno, yo también iré. La doctora Aslan nos hace ir a todos, dice que refuerza el vínculo entre los compañeros de laboratorio. ¿Tú obligas a tus doctorandos a ir?

—No. Tengo maneras más productivas de amargarles la vida a mis doctorandos.

Se echó a reír. Era *divertido,* aunque a su manera extraña y oscura.

—Seguro que sí. Bueno, mi idea es la siguiente: tendríamos que pasar un rato juntos cuando estemos allí. Delante del director del departamento, puesto que está «valorando». Yo te haré ojitos; él verá que estamos casi a un paso del altar. Entonces hará una llamada telefónica rápida y mandarán un camión para que descargue tus fondos de investigación en efectivo allí mismo, delante de…

—¡Qué pasa, tío!

Un hombre rubio se acercó a Adam. Olive guardó silencio cuando este se volvió para sonreírle y ambos intercambiaron un apretón de manos, un apretón de manos de *colegas de toda la vida*. Parpadeó varias veces por si estaba teniendo visiones y bebió un sorbo de *pumpkin spice latte.*

—Pensé que te levantarías más tarde —dijo Adam.

—Me ha fastidiado la diferencia horaria, así que he pensado que mejor me venía al campus y me ponía a trabajar. Y de paso comía algo. Tío, no tienes comida.

—Hay manzanas en la cocina.

—Pues eso, que no hay comida.

Olive dio un paso atrás, dispuesta a excusarse, cuando el hombre rubio centró su atención en ella. Aquel hombre le resultaba extrañamente familiar, aunque estaba segura de que no lo había visto nunca.

—¿Y esta quién es? —preguntó con curiosidad.

Tenía los ojos de un color azul muy penetrante.

—Es Olive —contestó Adam. Se hizo un silencio después de su nombre en el que tal vez debería haber especificado *de qué* conocía a Olive, pero no lo hizo y ella pensó que no podía reprocharle que no quisiera soltarle el rollo de su relación falsa a alguien que era a todas luces un buen amigo. Se limitó a seguir sonriendo y dejó que Adam continuara—: Olive, este es mi colaborador…

—Tío. —El hombre fingió ofenderse—. Preséntame como tu amigo.

Adam puso los ojos en blanco; estaba claro que le había hecho gracia.

—Olive, este es mi *amigo* y colaborador, el doctor Tom Benton.

Capítulo cinco

❤ HIPÓTESIS: Cuanto más necesito que mi cerebro lo dé todo, mayor es la probabilidad de que me deje tirada.

—Un momento. —El doctor Benton ladeó la cabeza. Siguió sonriendo, pero su mirada se volvió más penetrante, y su manera de observar a Olive, menos superficial—. ¿No serás por casualidad…?

Ella se quedó paralizada.

La mente de Olive nunca estaba en calma ni ordenada; era más bien un revoltijo de pensamientos. Sin embargo, allí plantada, delante de Tom Benton, el interior de su cabeza se tornó inusualmente tranquilo y varias consideraciones se apilaron con pulcritud.

La primera era que su mala suerte resultaba hasta graciosa. Las posibilidades de que la persona de la que dependía para terminar su amado proyecto de investigación fuera conocida… no, fuera *amiga* de la persona de la que dependía para asegurar la felicidad romántica de su amada Anh eran tan bajas que resultaban ridículas. Pero allí estaba. Aunque, claro, la peculiar suerte de Olive tampoco era una novedad, así que pasó a la siguiente consideración.

Tenía que reconocer quién era ante Tom Benton. Habían concertado una reunión a las tres de la tarde, así que fingir ahora que no sabía de quién se trataba significaría el beso de la muerte para sus planes de infiltrarse en su laboratorio. A fin de cuentas, los académicos tenían un ego importante.

Última consideración: si se expresaba bien, quizá lograra evitar que el doctor Benton se enterara de todo el lío de la relación falsa. Adam no lo había mencionado y seguro que eso significaba que no pensaba hacerlo. Olive solo tenía que seguirle el juego.

Sí. Un plan excelente. Lo tenía todo controlado.

Olive sonrió, se aferró a su *pumpkin spice latte* y respondió:

—Sí, soy Olive Smith, la…

—¿La novia de la que tanto he oído hablar?

«*Mierda*. Mierda, mierda, *mierda.*» Tragó saliva con dificultad.

—Pues, en realidad…

—¿Quién te ha hablado de ella? —preguntó Adam con el ceño fruncido.

El doctor Benton se encogió de hombros.

—Todo el mundo.

—Todo el mundo —repitió Adam. Ahora su expresión era de enfado—. ¿En Boston?

—Sí.

—¿Y por qué hay gente hablando de mi novia en Harvard?

—Porque tú eres tú.

—¿Porque yo soy *yo?*

Adam parecía perplejo.

—Ha habido llantos. Cabellos mesados. Unos cuantos corazones rotos. No te preocupes, lo superarán.

Adam puso cara de hartazgo y el doctor Benton volvió a centrarse en Olive. Le sonrió y le tendió la mano.

—Encantado de conocerte. Estaba convencido de que todo ese asunto de la novia era solo un rumor, pero me alegro de que… existas. Perdona, no me he quedado con tu nombre… Se me dan fatal los nombres.

—Soy Olive.

Le estrechó la mano. Fue un buen apretón, ni demasiado firme ni demasiado suave.

—¿En qué departamento das clase, Olive?

«Ay la leche.»

—En ninguno. No soy profesora.

—Ah, perdón. Eso me pasa por dar las cosas por sentadas.

Sonrió, disculpándose y con humildad. Poseía un encanto tranquilo. Era joven para ser profesor titular, aunque no tanto como Adam. Y era alto, aunque no tanto como Adam. Y era guapo, aunque… bueno. No tanto como Adam.

—¿A qué te dedicas, entonces? ¿Eres investigadora?

—Pues, en realidad…

—Todavía no tiene el título —la interrumpió Adam.

El doctor Benton abrió los ojos como platos.

—De *doctora* —aclaró Adam.

Añadió un ligero tono de advertencia a sus palabras, como si estuviera deseando que el doctor Benton dejara el tema.

Y, como no podía ser de otra manera, no lo hizo.

—¿Es una de *tus* doctorandas?

Adam volvió a poner mala cara.

—No, por supuesto que no es…

Aquel era el momento perfecto.

—En realidad, doctor Benton, trabajo con la doctora Aslan. —A lo mejor todavía podía salvar la reunión—. Puede que no haya reconocido mi nombre, pero hemos cruzado unos cuantos correos. Hemos quedado más tarde. Soy la alumna que está investigando los biomarcadores del cáncer de páncreas. La que le ha pedido ir a trabajar a su laboratorio el próximo año.

El doctor Benton abrió aún más los ojos y murmuró algo que se pareció mucho a «¿Qué narices…?». Luego una sonrisa enorme, de las de enseñar los dientes, se le dibujó en la cara.

—Adam, eres *tonto de remate*. No me lo habías dicho.

—No lo sabía —masculló Adam, que tenía la mirada clavada en Olive.

—¿Cómo no ibas a saber que tu novia…?

—No se lo había contado a Adam porque no sabía que erais amigos —intervino Olive.

Y después pensó que a lo mejor no era del todo creíble. Si de verdad fuera novia de Adam, él le habría hablado de sus amigos. Puesto que, en un sorprendente giro de los acontecimientos, parecía tener al menos uno.

—Quiero decir que, a ver, bueno… que no había atado cabos y no sabía que tú eras el Tom del que siempre me hablaba. —Vale, mejor. Más o menos—. Lo siento, doctor Benton. No pretendía…

—Tom —le dijo aún con la misma sonrisa enorme en la cara. Su conmoción inicial parecía estar dando paso a una agradable sorpresa—. Por favor, llámame Tom. —Pasaron varios segundos en los que se dedicó a mirar alternativamente a Adam y Olive. Luego dijo—: Oye, ¿tienes un momento? —Señaló la cafetería—. ¿Por qué no entramos y hablamos de tu proyecto ahora? No tiene sentido esperar hasta esta tarde.

Olive tomó un sorbo de café para ganar tiempo. ¿Tenía un momento? En teoría sí. Le habría encantado salir corriendo hasta el límite del campus y gritar al vacío hasta que la civilización moderna se derrumbara, pero no

podía decirse que fuera un asunto urgente. Y quería que el doctor Benton… que Tom pensara que era lo más flexible posible. Por lo de que quien paga manda y todo eso.

—Sí, claro.

—Estupendo. ¿Y tú, Adam?

Olive se quedó paralizada. Y Adam también, durante un instante, antes de señalar:

—No creo que deba estar presente si estás a punto de entrevistarla…

—Qué va, no es una entrevista. Solo una charla informal para ver si la investigación de Olive y la mía encajan. Supongo que querrás saber si tu novia va a mudarse un año a Boston, ¿no? Venga.

Les hizo un gesto para que lo siguieran y entró en el Starbucks.

Olive y Adam intercambiaron una mirada silenciosa que, en realidad, dijo mucho. Dijo: «¿Qué narices hacemos?» y «¿Cómo leches voy a saberlo?» y «Esto va a ser incómodo» y «No, va a ser sencillamente horrible». Entonces Adam suspiró, puso cara de resignación y entró en la cafetería. Olive lo siguió y se arrepintió de sus decisiones vitales al mismo tiempo.

—O sea, que Aslan está a punto de jubilarse, ¿no? —preguntó Tom cuando encontraron una mesa apartada al fondo.

Olive no había tenido más remedio que sentarse frente a él… y a la izquierda de Adam. Como una buena «novia», supuso. Entretanto, su «novio» sorbía manzanilla a su lado con cara de pocos amigos. «Tendría que hacerle una foto —reflexionó—. Sería un excelente meme viral.»

—Dentro de un par de años —confirmó Olive.

Adoraba a su directora: siempre la había apoyado y animado. Desde el principio, le había concedido a Olive la libertad de desarrollar su propio programa de investigación, algo casi inaudito en el caso de los alumnos de doctorado. Tener una mentora que la dejaba a su aire era estupendo cuando se trataba de perseguir sus intereses, pero…

—Si va a jubilarse pronto, ya no solicitará más subvenciones… Es comprensible, ya que no continuará en la universidad el tiempo suficiente para encargarse de concluir los proyectos. Y eso significa que ahora mismo tu laboratorio no estará lo que se dice sobrado de dinero —resumió Tom a la perfección—. Bien, háblame de tu proyecto. ¿Qué es lo que mola de él?

—Pues… —comenzó Olive, que luchaba por poner orden a sus ideas—. Bueno, es… —Otro silencio. Más largo esta vez y tan incómodo que resultaba doloroso—. Hum…

Ese, justo ese, era su problema. Olive sabía que era una científica excelente, que poseía la disciplina y la capacidad de pensamiento crítico necesarias para hacer un buen trabajo en el laboratorio. Por desgracia, triunfar en el mundo académico también requería de la capacidad de exponer el trabajo propio, de vendérselo a extraños, de hablar de él en público, y… *eso* no era algo que le gustara ni en lo que destacase. Le daba miedo y hacía que se sintiera juzgada, como si estuviera atrapada en la platina de un microscopio, así que la capacidad de producir frases sintácticamente coherentes se le evaporaba del cerebro.

Como en ese momento. Olive sintió que se le calentaban las mejillas y se le trababa la lengua y…

—¿Qué clase de pregunta es esa? —intervino Adam.

Cuando Olive se volvió hacia él, Carlsen estaba mirando a Tom con el ceño fruncido. Su amigo se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué es lo que *mola* de tu proyecto? —repitió Adam.

—Sí. Lo que mola. Ya me entiendes.

—Pues no, no te entiendo, y a lo mejor Olive tampoco.

Tom resopló.

—Vale, ¿qué preguntarías *tú?*

Adam se volvió hacia Olive. Le rozó la pierna con una rodilla cálida y extrañamente tranquilizadora a través de los vaqueros.

—¿Qué problemas aborda tu proyecto? ¿Por qué crees que es importante? ¿Qué lagunas bibliográficas cubre? ¿Qué técnicas estás utilizando? ¿Qué obstáculos prevés?

Tom resopló de nuevo.

—Bueno, vale. Reflexiona sobre todas esas preguntas largas y aburridas que te han hecho, Olive.

La joven miró a Adam y vio que la estaba observando con una expresión tranquila y alentadora. Había formulado las preguntas de una forma que la ayudó a reorganizar sus ideas; darse cuenta de que tenía respuestas para todas ellas hizo que el pánico se desvaneciera casi por completo. Seguro que no había sido su intención, pero Adam le había hecho un favor enorme.

Olive se acordó de aquel tío del baño, el de hacía tiempo. «No tengo ni idea de si eres lo bastante buena —le había dicho—. Lo que importa es si tu *razón* para entrar en el mundo académico es lo bastante buena.» Aquel tipo le había asegurado que su razón era la mejor y, por lo tanto, Olive podía con aquello. Tenía que poder.

—De acuerdo —empezó de nuevo tras respirar hondo y recordar lo que había ensayado la noche anterior con Malcolm—. La cosa va así: el cáncer de páncreas es muy agresivo y mortal. Tiene muy mal pronóstico, ya que solo una de cada cuatro personas sigue con vida un año después del diagnóstico. —Su voz, pensó, sonaba menos entrecortada y más segura. Bien—. El problema es que es tan difícil de detectar que se diagnostica demasiado tarde. En ese momento, el cáncer ya está tan extendido que la mayoría de los tratamientos apenas pueden hacer nada para contrarrestarlo. Pero, si el diagnóstico fuera más temprano…

—Los pacientes recibirían el tratamiento antes y tendrían más posibilidades de sobrevivir —dijo Tom, que asintió con cierta impaciencia—. Sí, estoy bien informado al respecto. Pero ya contamos con algunas herramientas de detección. Como las técnicas de detección por imagen.

A Olive no le sorprendió que las mencionara, ya que el laboratorio de Tom se centraba en precisamente esas técnicas.

—Sí, pero son caras, requieren mucho tiempo y a menudo no resultan útiles debido a la posición del páncreas. Pero… —Volvió a respirar hondo—. Creo que he encontrado un conjunto de biomarcadores. Biomarcadores sanguíneos, no de una biopsia de tejido. Es una técnica no invasiva, la muestra es fácil de obtener. Es barata. En ratones detectan el cáncer de páncreas incluso en el estadio I.

Se quedó callada. Tanto Tom como Adam la miraban de hito en hito. Resultaba obvio que Tom estaba interesado y Adam tenía una cara… un poco rara, para qué negarlo. ¿De estar impresionado, tal vez? No, imposible.

—Vale. Eso suena prometedor. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Recoger más datos. Llevar a cabo más análisis con mejores equipos para demostrar que mi conjunto de biomarcadores merece un ensayo clínico. Pero para eso necesito un laboratorio más grande.

—Entiendo. —Asintió con expresión pensativa y luego se recostó contra el respaldo de la silla—. ¿Por qué el cáncer de páncreas?

—Es uno de los más letales y sabemos muy poco acerca de cómo…

—No —la interrumpió Tom—. La mayoría de los alumnos de tercer año de doctorado están demasiado ocupados peleándose por la centrifugadora como para elaborar su propia línea de investigación. Debe de haber una razón para que estés tan motivada. ¿Alguien cercano a ti ha tenido cáncer?

Olive tragó saliva antes de responder de mala gana:

—Sí.

—¿Quién?

—*Tom* —dijo Adam con un dejo de advertencia en la voz.

La rodilla de Carlsen seguía apoyada en su muslo. Seguía estando cálida. Y, sin embargo, Olive sintió que se le helaba la sangre. No quería contestar a aquella pregunta, de verdad que no. Pero no podía ignorarla. Necesitaba la ayuda de Tom.

—Mi madre.

Muy bien. Ya estaba hecho. Lo había dicho y ahora ya podía volver a intentar no pensar en ello…

—¿Murió?

Un silencio. Olive dudó y luego asintió sin decir nada, sin mirar a ninguno de los hombres de la mesa. Sabía que Tom no pretendía ser cruel; al fin y al cabo, la gente sentía curiosidad. Pero no era un tema que a Olive le apeteciera comentar. Casi nunca hablaba de ello, ni siquiera con Anh y Malcolm, y había evitado por todos los medios escribir sobre su experiencia en sus solicitudes para la escuela de posgrado, a pesar de que todo el mundo le había dicho que supondría una ventaja.

Es que… No podía. Sencillamente, no podía.

—¿Cuántos años tenías…?

—Tom —lo interrumpió Adam en un tono cortante. Dejó la manzanilla sobre la mesa con más fuerza de la necesaria—. Deja de acosar a mi novia.

Era más una amenaza que una advertencia.

—Vale. Sí. Soy un imbécil insensible.

Tom sonrió con aire de disculpa. Olive se fijó en que Benton le estaba mirando el hombro. Cuando siguió su mirada, se dio cuenta de que Adam había colocado un brazo en el respaldo de su silla. No la estaba tocando, pero había algo… protector en su postura. Daba la sensación de generar calor a raudales, algo en absoluto inoportuno: la ayudaba a licuar la sensación de asco que le había dejado la conversación con Tom.

—Aunque tu novio también lo es. —Tom le guiñó un ojo—. De acuerdo, Olive. A ver. —Tom se echó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa —. He leído tu artículo. Y el resumen que has presentado para el congreso de la SBD. ¿Sigues queriendo asistir?

—Si me lo aceptan.

—Seguro que te lo aceptan. Es un trabajo excelente. Pero, por lo que dices, tu proyecto ha avanzado desde que enviaste esa propuesta y necesito saber más sobre él. Si decido que trabajes en mi laboratorio el próximo año, cubriré todos tus gastos: salario, suministros, equipo, lo que te haga falta. Pero tengo que saber en qué punto estás para asegurarme de que merece la pena invertir en ti. —Olive sintió que se le aceleraba el corazón. Sonaba prometedor. Muy prometedor—. Vamos a hacer lo siguiente. Voy a darte dos semanas para que redactes un informe sobre todo lo que has hecho hasta ahora: protocolos, hallazgos, dificultades. Dentro de dos semanas, me envías el informe y tomaré una decisión basada en él. ¿Te parece factible?

Olive sonrió y asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Claro que era factible. Tendría que sacar la introducción de uno de sus artículos; los métodos, de sus protocolos de laboratorio, y los datos preliminares, de la beca que había solicitado y no le habían concedido. Y tendría que repetir algunos de sus análisis, solo para asegurarse de que el informe para Tom fuera absolutamente impecable. Sería mucho trabajo en poco tiempo, pero ¿quién necesitaba dormir? ¿O descansos para ir al baño?

—Genial. Mientras tanto, nos veremos por aquí y podremos charlar más. Adam y yo vamos a ser inseparables durante un par de semanas porque tenemos que trabajar en la beca que acabamos de conseguir. ¿Vendrás a mi charla de mañana?

Olive no tenía ni idea de que fuera a dar una charla, y mucho menos de cuándo o dónde, pero dijo:

—¡Por supuesto! ¡Tengo muchas ganas! —le imprimió la seguridad de quien se ha instalado una alarma con cuenta atrás en el móvil.

—Y me alojo en casa de Adam, así que también te veré por allí.

«Oh, no.»

—Hum… —Se arriesgó a mirar a Adam, cuya expresión le resultó indescifrable—. Claro. Aunque por lo general quedamos en mi casa, así que…

—Entiendo. No te gusta su colección de taxidermia, ¿verdad? —Tom se levantó con una sonrisa burlona—. Perdonadme un segundo. Voy a por un café y vuelvo enseguida.

En cuanto se fue, Olive se volvió de inmediato hacia Adam. Ahora que estaban a solas, había unos diez millones de temas que debían tratar, pero lo único que se le ocurrió fue:

—¿De verdad coleccionas animales disecados?

Él le lanzó una mirada feroz y le apartó el brazo de los hombros. De pronto Olive sintió frío. Se sintió abandonada.

—Perdón. No tenía ni idea de que fuerais amigos, ni de que compartierais una beca. Vuestra investigación es tan diferente que ni se me pasó por la cabeza esa posibilidad.

—Cierto, mencionaste que no crees que los investigadores oncológicos puedan beneficiarse de colaborar con modeladores computacionales.

—Tú… —Se dio cuenta de que Adam estaba medio sonriendo y se preguntó en qué momento habían llegado a la etapa de poder tomarse el pelo—. ¿De qué os conocéis?

—Era posdoc en mi laboratorio cuando yo hacía el doctorado. Hemos mantenido el contacto y colaborado desde entonces.

O sea, que debía de ser cuatro o cinco años mayor que Adam.

—Fuiste a Harvard, ¿no?

Él asintió y a Olive la asaltó un pensamiento aterrador.

—¿Y si se siente obligado a aceptarme porque soy tu novia falsa?

—Tom no es así. Una vez despidió a su primo por romper un citómetro de flujo. No es precisamente compasivo.

«Le dijo la sartén al cazo», pensó.

—Oye, siento que te estés viendo obligado a mentir a tu amigo. Si quieres decirle que todo es falso…

Adam negó con la cabeza.

—Si se lo contara, no dejaría de humillarme durante el resto de mi vida.

Olive soltó una carcajada.

—Sí, ya me he dado cuenta. Y, la verdad, tampoco daría muy buena imagen de mí.

—Pero, Olive, si al final decides que quieres irte a Harvard, necesito que lo mantengas en secreto hasta finales de septiembre.

La joven ahogó un grito al darse cuenta de lo que implicaban sus palabras.

—Por supuesto. Si la gente supiera que me voy, el director del departamento terminaría de convencerse de que tú también te vas. Ni siquiera lo había pensado. ¡Te prometo que no se lo diré a nadie! Bueno, excepto a Malcolm y Anh, pero se les da muy bien guardar secretos, nunca se…

Adam enarcó las cejas. Olive esbozó una mueca de dolor.

—Los *obligaré* a guardar el secreto. Lo juro.

—Te lo agradezco.

Olive vio que Tom volvía hacia la mesa y se acercó a Adam para susurrarle a toda prisa:

—Otra cosa: la charla que ha mencionado, esa que dará mañana…

—¿La charla de la que «tienes muchas ganas»?

Olive se mordió el interior de la mejilla.

—Sí. ¿Cuándo y dónde va a ser?

Adam se rio en silencio justo cuando Tom volvía a sentarse.

—No te preocupes. Te enviaré los detalles por correo.

Capítulo seis

❤ HIPÓTESIS: Comparado con múltiples tipos y modelos de muebles, el regazo de Adam Carlsen se situará en el percentil quinto superior en cuanto a comodidad, confort y disfrute.

En el momento en que Olive abrió la puerta del auditorio, Anh y ella intercambiaron una mirada de asombro y dijeron al unísono:

—Hostia.

En los dos años que llevaba en Stanford había asistido a innumerables seminarios, formaciones, conferencias y clases en esa sala y, sin embargo, nunca la había visto tan llena. ¿Acaso Tom iba a repartir cerveza gratis?

—Creo que la charla es obligatoria para los de Inmunología y Farmacología —comentó Anh—. Y he oído a por lo menos cinco personas diciendo por los pasillos que Benton es «un famoso científico macizo». —Miró con ojo crítico hacia el estrado, donde Tom charlaba con la doctora Moss, de Inmunología—. A ver, es mono. Aunque no tanto como Jeremy.

Olive sonrió. El ambiente de la sala estaba cargado y húmedo, olía a sudor y a demasiados seres humanos.

—No hace falta que te quedes. Aquí el riesgo de incendio debe de ser altísimo y no es ni remotamente relevante para tu investigación…

—Es mejor que trabajar de verdad. —Agarró a Olive por la muñeca y la guio a través de la marabunta de doctorandos y posdocs que se agolpaba en la entrada; luego bajaron las escaleras del lateral, que estaban igual de atestadas—. Y, si este tío va a alejarte de mí para llevarte a Boston durante todo un año, quiero asegurarme de que te merece. —Le guiñó un ojo—. Considera mi presencia como el equivalente a un padre limpiando un rifle delante del novio de su hija antes del baile de graduación.

—¡Oh, papi!

No quedaban sitios, por supuesto, ni siquiera en el suelo o en los escalones. Olive vio a Adam en un asiento junto al pasillo, a unos metros de distancia. Había recuperado su habitual camiseta negra con botones en el pecho y estaba absorto en una conversación con Holden Rodrigues. Cuando la mirada de Adam se cruzó con la de Olive, esta le sonrió y lo saludó con un gesto de la mano. Por alguna razón aún desconocida que seguramente tenía que ver con el hecho de que compartían un secreto enorme, ridículo e improbable, ahora la de Adam le parecía una cara amiga. Él no le devolvió el saludo, pero se le suavizó la mirada y la comisura de la boca se le curvó en ese gesto que Olive había aprendido a reconocer como su versión de una sonrisa.

—Es increíble que no hayan trasladado la charla a un auditorio más grande. Aquí no entra todo… Ay, *no*. No, no, no.

Olive siguió con la mirada los ojos de Anh y vio que llegaban al menos veinte personas nuevas. La multitud comenzó enseguida a empujar a Olive hacia la parte delantera de la sala. Anh soltó un grito cuando un doctorando de Neurociencia que pesaba cuatro veces más que ella le pisó el dedo del pie.

—Esto no tiene sentido.

—Lo sé. Y todavía hay más gente que…

Olive chocó contra algo… contra alguien a la altura de la cadera. Se volvió para disculparse y… era Adam. O el hombro de Adam. Seguía charlando con el doctor Rodrigues, que tenía cara de estar a disgusto y murmuraba:

—¿Por qué narices hemos venido?

—Porque es nuestro amigo —contestó Adam.

—No es amigo *mío*.

Adam suspiró y se volvió hacia Olive.

—Hola… Perdón —dijo ella. Señaló hacia la entrada—. Acaba de entrar otro montón de gente y por lo que se ve el espacio de esta sala es finito. Creo que es una ley de la física o algo así.

—No pasa nada.

—Me apartaría, pero…

En el estrado, la doctora Moss cogió el micrófono y empezó a presentar a Tom.

—Ven —le dijo Adam a Olive e hizo amago de levantarse—. Siéntate aquí.

—Uy. —Era todo un detalle por su parte ofrecerle su asiento. No tanto como fingir salir con ella para salvarle el culo, ni como gastarse veinte dólares en comprarle comida basura, pero sí un buen detalle. Olive no podía aceptarlo. Además, Adam era profesor y eso significaba que era mayor y demás. Treinta y tantos. Parecía estar en forma, pero seguro que tenía una rodilla fastidiada y le faltaban pocos años para la osteoporosis—. Gracias, pero…

—Creo que sería una idea terrible —intervino Anh, cuyos ojos iban una y otra vez de Olive a Adam—. No se ofenda, doctor Carlsen, pero usted es tres veces más grande que Olive. Si se pone de pie, el auditorio revienta.

Adam observó a Anh como si no tuviera ni idea de si acababan de insultarlo.

—Pero —continuó la joven esta vez mirando a Olive— sería maravilloso que me hicieras el favor de sentarte encima de tu novio, Ol. Para que no tenga que estar de puntillas todo el rato.

Olive la miró sin dar crédito. Y luego siguió mirándola. Y luego la miró un rato más. Junto al estrado, la doctora Moss seguía presentando a Tom:

—Se doctoró en Vanderbilt y luego obtuvo una beca posdoctoral en la Universidad de Harvard, donde fue pionero en la investigación de varias técnicas en el campo de la imagen…

Pero aquella voz le llegaba como si viniera de muy muy lejos. Tal vez porque era incapaz de dejar de pensar en lo que Anh había propuesto, que era…

—Anh, no me parece buena idea —murmuró Olive en voz baja y evitando establecer contacto visual con Adam.

Su amiga le lanzó una mirada extrañada.

—¿Por qué? Estás ocupando un espacio que no tenemos y lo más lógico es que uses a Carlsen de silla. Yo lo haría, pero es tu novio, no el mío.

Durante un segundo, Olive trató de imaginar lo que haría Adam si Anh decidía sentarse en su regazo y supuso que la situación terminaría con alguien siendo asesinado y alguien cometiendo el asesinato…, aunque no estaba segura de quién haría qué. La imagen mental era tan ridícula que casi se echó a reír en voz alta. Entonces se dio cuenta de que Anh seguía mirándola, expectante.

—Anh, *no* puedo.

—¿Por qué?

—*Porque no*. Esto es una charla científica.

—Bah. ¿Te acuerdas del año pasado, cuando Jess y Alex se pasaron la mitad de la conferencia sobre CRISPR enrollándose?

—Sí… y fue *raro.*

—No, qué va. Además, Malcolm jura que durante un seminario vio que a ese tío tan alto de Inmunología le hacía una paja a…

—*Anh*.

—El caso es que a nadie le importa. —Anh suavizó su expresión hasta convertirla en una súplica—. Y el codo de esta chica me está perforando el pulmón derecho. Me quedan unos treinta segundos de oxígeno. Por favor, Olive.

Olive se volvió hacia Adam, que, para sorpresa de nadie, la contemplaba con ese gesto que le resultaba imposible descifrar. Aunque tenía la mandíbula apretada y Olive se preguntó si al fin habría llegado. La gota que colmaba el vaso. El momento en que Adam se retiraba del acuerdo. Porque ni siquiera millones de dólares en fondos de investigación merecían tener sentada en el regazo a una chica que apenas conocía en la sala más concurrida de la historia de las salas concurridas.

«¿Te parece bien? —intentó preguntarle con la mirada—. Porque quizá sea pasarse demasiado. Es mucho más que saludarse y tomar café juntos.»

Él hizo un breve gesto de asentimiento y entonces… Olive, o al menos el cuerpo de Olive, dio un paso hacia Adam y se le sentó con gran cautela en el muslo, con las rodillas metidas entre las piernas abiertas de Carlsen. Estaba ocurriendo. Ya había ocurrido. Olive estaba ahí.

Sentada.

Encima de.

Adam.

Esta. Sí, *esta*.

Esta era su vida ahora.

Iba a asesinar a Anh. Lentamente. Y puede que también dolorosamente. La encarcelarían por mejoramiguicidio y no le importaba.

—Lo siento —le susurró a Adam. Era tan alto que la boca de Olive no le quedaba a la altura de la oreja. Notaba su olor: el aroma a madera de su champú, el de su gel de baño y el de algo más sutil, algo oscuro, bueno y

limpio. Todo el conjunto le resultaba familiar y, al cabo de unos segundos, cayó en la cuenta de que era por la última vez que habían estado tan cerca. Por La Noche. Por el beso—. Lo siento *mucho*.

No le respondió de inmediato. Tensó la mandíbula y miró hacia el PowerPoint. La doctora Moss había desaparecido, Tom estaba hablando sobre el diagnóstico del cáncer y, en circunstancias normales, Olive no se habría perdido detalle de una charla así, pero en ese momento solo necesitaba *largarse*. De la charla. De la sala. De su vida.

Entonces Adam giró un poco la cara y le dijo:

—No pasa nada.

Parecía un poco rígido. Como si en realidad pasara de todo menos nada.

—Perdón. No tenía ni idea de que fuera a sugerir esto y no se me ha ocurrido ninguna forma de…

—Chis. —Adam le pasó un brazo alrededor de la cintura y le colocó la mano en la cadera en un gesto que tendría que haberle resultado desagradable, pero que le pareció tranquilizador. Luego añadió en voz baja y profunda—: No pasa nada. —Las palabras le vibraron en el oído, intensas y cálidas—. Más material para mi denuncia del Título IX.

«Mierda.»

—Ostras, perdona, de verdad…

—Olive.

La chica levantó los ojos hacia él y se sorprendió al verlo… no sonriendo, pero sí algo parecido.

—Era una broma. No pesas nada. No me importa.

—Es que…

—Chis. Tú concéntrate en la charla. Puede que Tom te haga preguntas sobre ella.

Aquello era… En serio, todo aquel asunto era completamente, *totalmente*…

Cómodo. Resultó que el regazo de Adam Carlsen era uno de los lugares más cómodos de la Tierra. Era cálido y sólido en un sentido agradable, y tranquilizador, y a él no parecía importarle demasiado tenerla medio repantigada sobre él. Al cabo de poco rato, Olive se dio cuenta de que era cierto que la sala estaba demasiado llena para que nadie les prestara mucha atención, salvo por una rápida mirada de Holden Rodrigues, que observó a Adam durante un largo momento y luego sonrió a Olive con calidez antes

de centrarse en la charla. Ella dejó de fingir que era capaz de mantener la columna vertebral erguida durante más de cinco minutos y se permitió reclinarse sobre el torso de Adam. Él no dijo nada, pero se recolocó un poco para ayudarla a ponerse más cómoda.

Hacia la mitad de la charla, Olive se dio cuenta de que había ido deslizándose por el muslo de Adam. Aunque, siendo fieles a la verdad, fue Adam quien se dio cuenta y tiró de ella, la enderezó con un movimiento firme y rápido que hizo que se sintiera como si, en efecto, no pesara nada. Tras estabilizarla de nuevo, Carlsen no apartó el brazo de donde lo había colocado, alrededor de su cintura. La charla había empezado hacía alrededor de treinta y cinco minutos o un siglo, así que nadie podía reprocharle a Olive que se hundiera un poco más en él.

Se estaba bien. En realidad, se estaba más que bien. Se estaba de maravilla.

—No te quedes dormida —le susurró él.

Olive lo sintió mover los labios junto a los mechones de pelo que le quedaban a la altura de la sien. Tendría que haberle servido de advertencia para enderezarse, pero no pudo obligarse a hacerlo.

—No voy a dormirme. Aunque eres muy cómodo.

Adam la apretó con los dedos, puede que para despertarla, puede que para acercarla más hacia él. Olive estaba a punto de resbalarse de la silla y empezar a roncar.

—Pues tienes pinta de estar a punto de echarte una siesta.

—Es que me he leído todos los artículos de Tom. Ya me sé lo que está contando.

—Sí, me pasa lo mismo. Citamos todo este rollo en nuestra solicitud para la beca. —Suspiró y Olive notó el movimiento de su cuerpo bajo el suyo—. Menudo aburrimiento.

—Podrías hacerle una pregunta. Para animar el ambiente.

Adam se volvió ligeramente hacia ella.

—¿Yo?

Olive alzó la cabeza para hablarle al oído.

—Seguro que se te ocurre algo. Solo tienes que levantar la mano y hacer un comentario borde con ese tono tan tuyo. Fulmínalo con la mirada. A lo mejor desemboca en una divertida pelea a puñetazos.

A Adam se le curvó la comisura de la boca.

—Ya está la listilla.

Olive volvió a mirar hacia las diapositivas sonriendo.

—¿Ha sido raro tener que mentirle a Tom sobre lo nuestro?

Adam lo pensó un instante.

—No. —Dudó—. Parece que tus amigos se han creído que estamos juntos.

—Creo que sí. No se me da muy bien mentir y a veces me preocupa que Anh sospeche. Pero el otro día la pillé enrollándose con Jeremy en la sala de descanso de los doctorandos.

Se quedaron callados y escucharon los últimos minutos de la charla en silencio. Por delante de ellos, Olive veía al menos a dos profesores dormitando y a varios trabajando de tapadillo con el portátil. Junto a Adam, el doctor Rodrigues llevaba la última media hora jugando al Candy Crush en el móvil. La sala se había vaciado un poco y hacía unos diez minutos que Anh había encontrado un sitio. No había sido la única: también se habían sentado varios de los alumnos que antes rodeaban a Olive, así que, en teoría, la chica podría haberse levantado y dejado a Adam tranquilo. En teoría. En teoría, había un asiento libre en algún punto de la antepenúltima fila. En teoría.

En lugar de levantarse, acercó los labios una vez más al oído de Adam y susurró:

—Debo decir que a mí me está yendo bien. Todo este asunto de la relación falsa.

Mejor que bien. Mejor de lo que podría haberse imaginado.

Adam parpadeó una vez y luego asintió. Quizá tensara un poco el brazo con el que la rodeaba. Quizá no, quizá la mente le estuviera jugando una mala pasada a Olive. Al fin y al cabo, empezaba a hacerse tarde. Había pasado demasiado tiempo desde su último café y no estaba despierta del todo; sus pensamientos eran una maraña confusa y relajada.

—¿Y a ti?

—¿Qué? —Adam no la estaba mirando.

—¿Te está yendo bien? —Sus palabras sonaron un poco ansiosas. Olive se dijo que era solo por lo bajo que tenía que hablar—. ¿O quieres que finjamos romper antes?

Tardó un segundo en contestar. Entonces, justo cuando la doctora Moss volvía a coger el micrófono para darle las gracias a Tom y dar paso a las

preguntas del público, lo oyó decir:

—No. No quiero que finjamos romper.

En serio, qué bien olía. Y era divertido, aunque de una manera extraña, socarrona; y sí, también era un reputado imbécil, pero lo bastante simpático como para que Olive pudiera ignorar ese rasgo suyo. Además, se estaba gastando una pequeña fortuna en azúcar para ella. De verdad, no tenía ninguna queja.

Olive se recostó más cómodamente y volvió a centrarse en el estrado.

Cuando terminó la charla, Olive se planteó la posibilidad de acercarse al estrado para felicitar a Tom y hacerle una o dos preguntas cuyas respuestas ya conocía. Por desgracia, había decenas de personas esperando para hablar con él, así que decidió que no merecía la pena hacer cola para besarle el culo. De manera que se despidió de Adam, esperó a que Anh se despertara de la siesta que se estaba echando mientras contemplaba la idea de vengarse dibujándole una polla en la cara y luego cruzaron el campus juntas para volver al Edificio de Biología.

—¿Va a darte mucho trabajo el informe que te ha pedido Benton?

—Bastante. Tengo que hacer unos cuantos estudios de control para respaldar mejor mis resultados. El problema es que tengo más cosas pendientes: las gestiones de profesora ayudante y la presentación del póster para el congreso de la SBD en Boston. —Olive echó la cabeza hacia atrás, sintió que el sol le calentaba la piel y sonrió—. Si me encierro en el laboratorio todas las noches de esta semana y la siguiente, lo terminaré a tiempo.

—Al menos la SBD es algo que te hace ilusión.

Ella asintió. Por lo general, no le gustaban mucho los congresos académicos, ya que la inscripción, el viaje y el alojamiento podían resultar prohibitivamente caros. Pero Malcolm y Anh también iban a ir a la SBD y a Olive le entusiasmaba la idea de explorar Boston con ellos. Además, estaba segura de que los dramas intradepartamentales que siempre se producían en los actos académicos con barra libre sería un entretenimiento de primera.

—Yo estoy organizando un encuentro de divulgación para las mujeres negras, indígenas y de color de todo el país que se dedican al campo CTIM:

voy a hacer que doctorandas como yo hablen cara a cara con las universitarias que van a solicitar plaza para asegurarles que, si vienen a la escuela de posgrado, no estarán solas.

—Anh, eso es increíble. *Tú* eres increíble.

—Lo sé. —Anh le guiñó el ojo y entrelazó un brazo con el de Olive—. Podemos compartir la habitación de hotel. Y acumular todos los chismes que regalen en los estands de la exposición y emborracharnos los tres juntos. ¿Te acuerdas en Genética Humana, cuando Malcolm se emborrachó y empezó a golpear a gente al azar con el tubo del póster…? ¿Qué está pasando ahí?

Olive entornó los ojos para protegerse del sol. El aparcamiento del Edificio de Biología tenía más tráfico del habitual. La gente tocaba el claxon y se bajaba del coche para intentar averiguar el origen del embotellamiento. Las dos chicas rodearon la fila de vehículos atascados en el aparcamiento hasta que se toparon con un grupo de doctorandos de Biología.

—A alguien se le ha acabado la batería y está bloqueando la salida.

Greg, uno de los compañeros de laboratorio de Olive, puso los ojos en blanco y empezó a dar saltitos de impaciencia. Señaló una camioneta roja parada de lado en la curva más inoportuna.

Olive se dio cuenta de que era la de Cherie, la secretaria del departamento.

—Mañana defiendo mi propuesta de tesis, tengo que irme a casa a ensayar. Esto es absurdo. ¿Y qué coño hace Cherie ahí parada sin hacer nada, charlando con Carlsen tan tranquila? ¿Quieren que les llevemos té y sándwiches de pepino?

Olive miró a su alrededor buscando la alta figura de Adam.

—Ah, sí, ahí está Carlsen —dijo Anh.

Olive se dio la vuelta hacia donde señalaba su amiga justo a tiempo para ver a Cherie volver a sentarse al volante y a Adam trotar hacia la parte de atrás de la camioneta.

—¿Qué va a…?

Olive no pudo decir más antes de que Carlsen se detuviera, apoyara las manos en la parte trasera de la camioneta parada en punto muerto y empezase a…

Empujar.

Los hombros y los bíceps forzaron la camiseta negra. Los firmes músculos de la parte superior de la espalda de Adam se movieron y tensaron visiblemente bajo la tela negra cuando se echó hacia adelante e hizo rodar varias toneladas de camioneta durante… una distancia bastante larga, hasta la plaza de aparcamiento libre más cercana.

«Oh.»

Hubo aplausos y silbidos entre los espectadores cuando la camioneta dejó de interrumpir el paso, y un par de profesores de Neurociencia le dieron palmadas en la espalda a Adam cuando la fila de coches empezó a salir del aparcamiento.

—Joder, ¡por fin! —oyó decir a Greg a su espalda.

Y Olive se quedó allí plantada, mirándolo de hito en hito, un poco sorprendida. ¿Había sido una alucinación? ¿En serio que Adam acababa de empujar una camioneta gigante él solo? ¿Era un extraterrestre del planeta Krypton que trabajaba como superhéroe en sus ratos libres?

—Ol, ve a darle un beso.

Olive recordó de pronto la existencia de Anh y se volvió de golpe.

—¿Qué?

No. «No.»

—No hace falta. Acabo de despedirme de él hace un minuto y…

—Ol, ¿por qué no quieres ir a darle un beso a tu novio?

«Uf.»

—No… no es que no quiera. Es que…

—Tía, acaba de mover una camioneta. Él solo. Cuesta arriba. Se merece un puñetero beso.

Anh le dio un empujón a Olive y movió las manos como azuzándola.

Olive apretó los dientes y se encaminó hacia Adam mientras se arrepentía de no haber seguido adelante con la idea y no haberle dibujado veinte pollas en la cara a Anh. A lo mejor sospechaba que su relación con Adam era fingida. O a lo mejor solo era que le hacía gracia presionarla para que demostrara afecto en público, la muy ingrata. Fuera como fuese, si eso era lo que ganabas a cambio de idear un intrincado plan de citas falsas que se suponía que iba a beneficiar la vida amorosa de una amiga, entonces tal vez…

Olive se detuvo en seco.

Adam tenía la cabeza echada hacia delante y el pelo negro le cubría la frente mientras se limpiaba el sudor de los ojos con el dobladillo de la camiseta. El gesto dejaba a la vista una amplia zona del torso y… No era nada indecente, en serio, nada fuera de lo común, solo el abdomen de un tío que estaba en forma, pero, por algún motivo, Olive era incapaz de apartar la mirada de la piel desnuda de Adam Carlsen, como si fuera una losa de mármol italiano, y…

—¿Olive? —dijo él, y la chica apartó inmediatamente la vista.

Mierda, la había pillado de pleno. Primero lo había obligado a besarla y ahora se lo estaba comiendo con los ojos como una pervertida en el aparcamiento del Edificio de Biología y…

—¿Necesitabas algo?

—No, yo…

Notó que se ponía colorada.

Adam también tenía la piel enrojecida por el esfuerzo de empujar la camioneta, y los ojos brillantes y claros, y parecía… Bueno, al menos no parecía no alegrarse de verla.

—Anh me ha enviado a darte un beso.

Carlsen se estaba limpiando las manos en la camiseta, pero se quedó paralizado de golpe. Y entonces dijo:

—Ah. —Era su habitual tono neutro e indescifrable.

—Porque has apartado la camioneta. Sé… sé que es absurdo. Lo sé. Pero no quería que sospechara y también hay unos cuantos miembros del claustro por aquí, así que a lo mejor se lo dicen al director del departamento y matamos dos pájaros de un tiro, pero puedo irme si…

—No pasa nada, Olive. Respira.

Claro. Sí. Buena sugerencia. Olive respiró y eso la hizo darse cuenta de que llevaba un buen rato sin hacerlo, lo que a su vez la hizo sonreír a Adam, que le devolvió aquel amago de sonrisa suyo. Estaba empezando a acostumbrarse de verdad a él. A sus expresiones, a su tamaño, a su peculiar forma de estar en el mismo espacio que ella.

—Anh no nos quita ojo —dijo él tras levantar la mirada por encima de la cabeza de Olive.

La joven suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Ya me lo imagino —murmuró.

Adam se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Olive se estremeció.

—Entonces… ¿Nos damos un abrazo o algo así?

—Uy. —Adam se miró las manos y el resto del cuerpo—. No creo que te convenga. Estoy hecho un asco.

Olive no pudo reprimirse y se sorprendió observándolo de pies a cabeza, contemplando el tamaño de su cuerpo, la anchura de sus hombros, la forma en que el pelo se le rizaba alrededor de las orejas. No estaba hecho un asco. Ni siquiera para Olive, a la que no solían gustarle los tíos con pinta de pasar un porcentaje de dos dígitos de su tiempo libre en el gimnasio. Estaba…

No estaba asqueroso.

Aun así, tal vez fuera mejor que no se abrazasen. Olive podría terminar haciendo algo atrozmente estúpido. Tenía que despedirse y marcharse… Sí, eso era lo que debía hacer.

Si no fuera por la absoluta locura que le salió por la boca.

—Entonces, ¿nos besamos sin más? —se oyó decir.

Y al instante deseó que un meteorito descarriado cayera justo encima de ella, porque ¿acababa de pedirle un beso a Adam Carlsen? ¿Era eso lo que había hecho? ¿Se había trastornado de repente?

—O sea, no besarnos *besarnos* —se apresuró a añadir—. Más bien como la última vez. Ya sabes.

Adam no tenía cara de «saberlo». Cosa que tenía sentido, porque sin duda su otro beso había sido un beso *beso*. Olive intentaba no pensar demasiado en él, pero le venía a la cabeza de vez en cuando, sobre todo cuando estaba haciendo algo importante que requería máxima concentración, como implantar electrodos en el páncreas de un ratón o intentar decidir qué pedirse en el Subway. Alguna vez lo recordaba en un momento de tranquilidad, como cuando estaba en la cama y a punto de dormirse, y sentía una mezcla de vergüenza, incredulidad y algo más. Algo que no tenía intención de examinar demasiado, ni ahora ni nunca.

—¿Estás segura?

Olive asintió, aunque no estaba para nada segura.

—¿Anh sigue mirándonos?

Carlsen alzó la mirada.

—Sí. Ni siquiera intenta disimular. Oye…, ¿por qué le importa tanto? ¿Eres famosa?

—No, Adam. —Lo señaló a él—. El famoso eres *tú*.

—Ah, ¿sí? —Estaba perplejo.

—Da igual, no hace falta que nos besemos. Tienes razón en que sería un poco raro.

—No. No, no quería decir que… —Una gotita de sudor le corría por la sien y volvió a enjugarse la cara, esta vez con la manga de la camiseta—. Podemos besarnos.

—Ah.

—Si crees que… Si tu amiga nos está mirando.

—Ya. —Olive tragó saliva—. Pero no tenemos obligación de hacerlo.

—Lo sé.

—A menos que tú quieras. —Olive notó que tenía las palmas de las manos húmedas y pegajosas, así que se las secó en los vaqueros con disimulo—. Y con «querer» me refiero a que a menos que te parezca una buena idea.

No era una buena idea. Era una idea horrible. Como *todas* sus ideas.

—Vale. —Miró de nuevo a Anh, que seguro que estaba grabando toda una historia de Instagram sobre ellos—. Adelante, entonces.

—Vale.

Adam se acercó un poco más y, en serio, no daba asco. Cómo era posible que alguien tan sudado, alguien que acababa de empujar una camioneta, se las ingeniara para seguir oliendo bien era un tema digno de una tesis de doctorado, sin duda. Los mejores científicos de la Tierra tendrían que estar trabajado a tope en ello.

—¿Por qué no…?

Olive se acercó ligeramente y, tras sobrevolar el hombro de Adam con la mano durante un momento, la apoyó sobre él. Se puso de puntillas y levantó la cabeza hacia Carlsen. El gesto ayudó muy poco, ya que Olive seguía sin ser lo bastante alta como para llegarle a la boca, así que intentó alzarse más poniéndole la otra mano en el otro brazo y de pronto se dio cuenta de que, en el fondo, estaba abrazándolo. Que era justo lo que le había pedido que no hiciera hacía un segundo. «Porras.»

—Lo siento, ¿demasiado cerca? No quería…

Habría terminado la frase si él no hubiera salvado la distancia que los separaba y la hubiera… besado sin más. Así de simple.

Fue poco más que un pico; apenas rozó los labios de Olive con los suyos y le puso una mano en la cintura para estabilizarla. Fue un beso, pero por

poco y, desde luego, no justificaba cómo se le había desbocado el corazón en el pecho, ni que hubiera algo cálido y líquido dándole vueltas en la parte baja del vientre. No era desagradable, aunque sí confuso y algo alarmante, y la hizo apartarse al cabo de solo un segundo. Cuando volvió a posarse sobre los talones, Olive tuvo la sensación de que durante una milésima de segundo Adam la seguía para intentar llenar el vacío que se abría entre ellos. Sin embargo, cuando Olive se liberó de la bruma del beso con un parpadeo, él estaba erguido frente a ella, con los pómulos teñidos de rojo y el pecho subiendo y bajando al ritmo de las respiraciones entrecortadas. Lo último debía de haberlo soñado.

Tenía que retirar los ojos de él, ya. Y él también tenía que apartar la vista. ¿Por qué no paraban de mirarse?

—Bueno —dijo Olive en tono alegre—. Pues ha… funcionado.

Adam apretó la mandíbula, pero no respondió.

—Vale, entonces…Voy a… Hum… —Señaló hacia atrás con un pulgar.

—¿Te vas con Anh?

—Sí. Sí, con Anh.

Adam tragó con dificultad.

—Vale. Sí.

Se habían besado. Se habían besado… ya dos veces. *Dos veces*. No era que fuera importante. Nadie llevaba la cuenta. Pero… Dos veces. Y luego estaba lo del regazo. Aquel mismo día. Aunque, de nuevo, no era que fuera importante.

—Nos vemos pronto, ¿no? ¿La próxima semana?

Él se llevó los dedos a los labios y luego dejó caer el brazo a un costado.

—Sí. El miércoles.

Estaban a jueves. Eso significaba que se verían al cabo de seis días. Estaba bien. Olive estaba bien, le daba igual cuándo o con qué frecuencia se vieran.

—Sí. Nos vemos el miércoles… Oye, ¿qué pasa con el pícnic?

—El… Ah. —Adam puso cara de aburrimiento, ya parecía un poco más él mismo—. Es verdad. El pu… —Se calló de golpe—. El pícnic.

Olive sonrió con ganas.

—Es el lunes.

Carlsen dejó escapar un suspiro.

—Lo sé.

—¿Sigues teniendo pensado ir?

Le lanzó una mirada que decía claramente: «Es que no me queda más remedio, aunque preferiría que me arrancaran las uñas una a una. Con unos alicates».

Esta vez, Olive se echó a reír.

—Vale. Yo también iré.

—Algo bueno, al menos.

—¿Llevarás a Tom?

—Supongo que sí. A él le cae *bien* la gente.

—Genial, así podré charlar más con él y tú podrás presumir de lo firme y seria que es nuestra relación delante del director del departamento. Parecerás un pájaro sin alas. Ni el menor riesgo de fuga.

—Perfecto. Llevaré una licencia de matrimonio falsa para dejarla caer por casualidad a sus pies.

Olive se rio, le dijo adiós con la mano y echó a correr hacia Anh. Se pasó el lado de la mano por los labios, como si intentara borrarse de la mente que acababa de besar a Adam, al doctor Adam Carlsen, por segunda vez en su vida. Cosa que, insistía, estaba bien. Apenas había sido un beso. No importaba.

—Vaya, vaya —dijo Anh mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo —. O sea, que de verdad acabas de enrollarte con el profesor Adam *MacArthur* Carlsen delante del Edificio de Biología.

Olive puso los ojos en blanco y empezó a subir las escaleras.

—Estoy segura de que no se llama así. Y no nos hemos enrollado.

—Pero está claro que queríais hacerlo.

—Cállate. De todas formas, ¿qué hacías mirándonos?

—No estaba mirándoos. He levantado la vista por casualidad cuando estaba a punto de abalanzarse sobre ti y ya no he podido quitaros ojo.

Olive resopló y conectó los auriculares al puerto del móvil.

—Claro. Por supuesto.

—Está colado por ti. Se nota en cómo…

—Voy a ponerme la música muy alta. Para no oírte.

—-… te mira.

Hasta mucho más tarde, cuando llevaba ya varias horas trabajando en el informe de Tom, Olive no recordó lo que Adam había dicho cuando ella le había asegurado que estaría en el pícnic.

«Algo bueno, al menos.»
Agachó la cabeza y sonrió mirándose los pies.

Capítulo siete

❤ HIPÓTESIS: Habrá una correlación significativa y positiva entre la cantidad de crema solar vertida en mis manos y la intensidad de mis ganas de matar a Anh.

Había completado alrededor de un tercio del informe para Tom y ya tenía treinta y cuatro páginas a espacio sencillo, en Arial (11 puntos), sin justificar. Eran las once de la mañana y Olive llevaba trabajando en el laboratorio desde las cinco —analizando muestras de péptidos, redactando notas de protocolo, echando cabezaditas a escondidas mientras la máquina de PCR hacía su función— cuando Greg irrumpió en el laboratorio con cara de estar más que furioso.

Era algo raro, pero no *demasiado*. Greg ya era de por sí un poco temperamental y hacer el doctorado conllevaba un montón de arrebatos de ira en lugares semipúblicos en general por razones que, Olive era plenamente consciente de ello, le resultarían ridículas a cualquiera que nunca hubiera puesto un pie en el mundo académico. «Me han obligado a dar la asignatura de Introducción a la Biología por cuarta vez consecutiva; el artículo que necesito está colgado en una plataforma de pago; he tenido una reunión con mi directora de tesis y la he llamado “mamá” por error.»

Greg y Olive compartían directora de tesis, la doctora Aslan, y aunque siempre se habían llevado bien, nunca habían estado muy unidos. Olive había elegido una directora femenina con la esperanza de evitar al menos parte de la mezquindad con la que tan a menudo se trataba a las mujeres CTIM. Por desgracia, aun así fue a parar a un laboratorio donde solo había hombres, un entorno… de todo menos ideal. Por eso, cuando Greg entró, dio un portazo y estampó una carpeta contra su mesa, Olive no supo muy bien qué hacer. Lo observó mientras se sentaba, todavía enfurruñado.

Chase, otro compañero de laboratorio, entró un momento después con cara de preocupación y se puso a darle palmaditas en la espalda con cautela.

Olive miró con anhelo sus muestras de ARN. Luego se acercó a la mesa de Greg y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Esperaba que la respuesta fuera: «Han dejado de producir mi reactivo» o «Mi valor *p* es de 0,06» o «Matricularme en la escuela de posgrado ha sido un error, pero ahora es demasiado tarde para echarme atrás porque mi autoestima está inextricablemente ligada a mi rendimiento académico y ¿qué quedaría de mí si decidiera abandonar?».

En cambio, la contestación que obtuvo fue:

—El imbécil de tu novio, eso es lo que pasa.

A aquellas alturas, Adam y ella llevaban más de dos semanas de relación falsa: Olive ya no se sobresaltaba cuando alguien se refería a Carlsen como su novio. Aun así, las palabras de Greg le resultaron tan inesperadas y llenas de veneno que no pudo evitar responder:

—¿Quién?

—Carlsen. —Escupió el nombre como si fuera una maldición.

—Ah.

—Está en el tribunal de control de tesis de Greg —explicó Chase en un tono mucho más suave, pero sin atreverse a mirar a Olive a la cara.

—Ah. Vale. —Eso podía ser malo. Muy malo—. ¿Qué ha pasado?

—Me ha suspendido la propuesta.

—Mierda. —Olive se mordió el labio inferior—. Lo siento, Greg.

—Esto va a retrasarme un montón. Tardaré meses en revisarla y todo porque Carlsen tenía que ir y ponerse quisquilloso. Ni siquiera lo quería en mi tribunal; la doctora Aslan me obligó a añadirlo porque está obsesionada con esas mierdas computacionales suyas.

Olive se mordisqueó el interior de la mejilla mientras intentaba dar con algo elocuente que decir, aunque fracasó de manera estrepitosa.

—Lo siento mucho.

—Olive, ¿tú hablas con él de estas cosas? —preguntó Chase de pronto mirándola con desconfianza—. ¿Te había dicho que no iba a aprobar a Greg?

—¿Qué? No. No, yo… —«Hablo con él quince minutos a la semana, ni uno más ni uno menos. Y, vale, lo he besado. Dos veces. Y me he sentado

en su regazo. Una vez. Pero nada más. Y Adam… habla muy poco. En realidad, me gustaría que hablara más, porque no sé nada de él y me gustaría saber al menos algo.»— No, no me habla de esas cosas. Creo que iría contra las normas.

—¡Dios! —Greg dio una palmada contra el borde de la mesa y Olive dio un respingo—. Qué gilipollas es. Qué sádico de mierda.

Olive abrió la boca para… ¿para qué exactamente? ¿Para defender a Adam? Era cierto que era gilipollas. Ella lo había visto siendo gilipollas. En plena acción. Quizá no en los últimos tiempos, y quizá no con ella, pero, si hubiera querido contar con los dedos el número de conocidos que habían acabado llorando por culpa suya, pues… necesitaría las dos manos y luego los dedos de los pies. Y a lo mejor pedirle unos cuantos prestados a Chase, también.

—¿Te ha dicho por qué, al menos? ¿Qué tienes que cambiar?

—Todo. Quiere que cambie mi grupo de control y añada otro y eso hará que el proyecto me lleve diez veces más tiempo. Y con qué tono lo ha dicho, con qué aires de superioridad… Menudo arrogante.

Bueno. No era nada nuevo, a decir verdad. Olive se rascó la sien e intentó no suspirar.

—Es una mierda. Lo siento —repitió una vez más, puesto que no se le ocurría nada mejor y lamentaba de veras lo que le estaba pasando a Greg.

—Sí, bueno. —El chico se puso de pie y rodeó su mesa hasta detenerse frente a Olive—. Solo faltaba.

Ella se quedó helada. Debía de haber oído mal.

—¿Cómo dices?

—Eres su novia.

—A ver… —«En realidad, no.» Pero, aunque lo hubiera sido…—. Greg, solo estoy *saliendo* con él. No soy él. ¿Por qué iba a tener nada que ver con…?

—A ti todo esto te parece estupendo. Te parece bien que actúe así, como un imbécil al que se le ha subido el poder a la cabeza. Te importa una mierda cómo trata a todos los alumnos del programa, porque, de lo contrario, te daría asco estar con él.

El tono de Greg la empujó a dar un paso atrás.

Chase levantó las manos en señal de paz y se interpuso entre ellos.

—Eh, un segundo. No nos pongamos…

—No soy yo quien te ha suspendido, Greg.

—Puede ser. Pero te da exactamente igual que la mitad del departamento viva aterrorizada por tu novio.

Olive sintió que la sangre le hervía de rabia.

—Eso no es cierto. Soy capaz de separar mis relaciones profesionales de mis sentimientos personales por él…

—Porque no te importa una mierda nadie que no seas tú misma.

—Eso es injusto. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Conseguir que deje de suspender a la gente.

—Conseguir que… —balbuceó Olive—. Greg, ¿de verdad crees que eso es una respuesta racional a que Adam te haya…?

—Ah. Adam, ¿no?

Olive apretó los dientes.

—Sí. Adam. ¿Cómo debería llamar a mi novio para que te parezca bien a ti? ¿Profesor Carlsen?

—Si fueras una aliada medio decente para cualquiera de los doctorandos del departamento, dejarías a tu novio, no me jodas.

—Pero… ¿te das cuenta del poco sentido que tiene…?

Lo que no tenía sentido era terminar su frase, porque Greg ya había salido del laboratorio hecho una furia y dando un portazo, a todas luces indiferente a cualquier otra cosa que Olive quisiera añadir. La chica se pasó una mano por la cara, aturdida por lo que acababa de ocurrir.

—No es… No lo dice en serio. Lo tuyo, al menos —le dijo Chase mientras se rascaba la cabeza. Un buen recordatorio de que había estado allí delante, en la misma sala, durante toda la conversación. En primera fila. Transcurrirían unos quince minutos antes de que todo el programa se enterara—. Greg tiene que doctorarse en primavera, al mismo tiempo que su esposa. Así ambos podrán pedir posdocs juntos. No quieren vivir separados, ya sabes.

Ella asintió; no lo sabía, pero podía imaginárselo. Parte de su enfado se disipó.

—Ya, bueno. —«Tratarme fatal no lo va a hacer avanzar más rápido en su trabajo de tesis», no añadió.

Chase suspiró.

—No es nada personal. Pero tienes que entender que nos resulte raro. Porque Carlsen… Puede que no haya estado en ninguno de tus tribunales,

pero debes de saber qué tipo de persona es, ¿no?

Olive no supo cómo responder.

—Y ahora estáis saliendo y… —Chase se encogió de hombros y esbozó una sonrisa nerviosa—. No tendría que ser una cuestión de elegir bando, pero a veces lo parece, ¿sabes?

Las palabras de Chase la persiguieron durante el resto del día. Olive pensó en ellas mientras sometía a sus ratones a los protocolos experimentales y, más tarde, mientras intentaba averiguar qué hacer con esos dos valores atípicos que dificultaban la interpretación de sus resultados. Lo rumió mientras volvía a casa en bicicleta, con el viento cálido calentándole las mejillas y alborotándole el pelo, y mientras se comía dos porciones de la pizza más triste de la historia. Malcolm llevaba ya varias semanas con un ataque de vida sana (no sé qué de cultivar el microbioma intestinal) y se negaba a reconocer que la base de coliflor no sabía bien.

De entre sus amigos, tanto Malcolm como Jeremy habían tenido encontronazos desagradables con Adam en el pasado, pero, tras la conmoción inicial, no parecían echarle en cara a Olive su relación con él. No se había preocupado demasiado por los sentimientos de los demás doctorandos. Siempre había sido un poco solitaria, así que centrarse en la opinión de personas con las que apenas se relacionaba le parecía una pérdida de tiempo y energía. Sin embargo, tal vez hubiera un atisbo de verdad en lo que le había dicho Greg. Con ella, Adam había sido de todo menos imbécil, pero ¿la convertía en mala persona aceptar su ayuda mientras trataba de forma horrible a sus compañeros de promoción?

Olive estaba tumbada en su cama deshecha, mirando las estrellas que brillaban en la oscuridad. Hacía más de dos años que le había cogido la escalera prestada a Malcolm y las había pegado con mucho cuidado en el techo; estaban empezando a despegarse y el gran cometa que había en la esquina, junto a la ventana, estaba a punto de caerse en cualquier momento. Sin permitirse pensarlo demasiado, se levantó de la cama y rebuscó en los bolsillos de los vaqueros que se había quitado hasta que encontró su móvil.

Aún no había utilizado el número de Adam desde que este se lo había dado hacía unos días: «Si te surge cualquier cosa o tienes que cancelar una cita, me llamas. Es más rápido que mandar un correo». Cuando pulsó el icono azul que aparecía bajo su nombre, se abrió una pantalla blanca, un

vacío sin historial de mensajes anteriores. A Olive le produjo una extraña sensación de ansiedad, hasta el punto de que escribió el mensaje con una mano mientras se mordía la uña del pulgar de la otra.

Olive: ¿Acabas de suspender a Greg?

Adam *nunca* usaba el móvil. Nunca. En las ocasiones en que había estado con él, Olive no lo había visto mirarlo ni una sola vez a pesar de que, con un laboratorio tan grande como el suyo, debía de recibir unos treinta correos electrónicos nuevos por minuto. La verdad, Olive ni siquiera estaba segura de que Carlsen tuviera móvil. A lo mejor era un extraño jipi contemporáneo y odiaba la tecnología. A lo mejor le había dado el número del teléfono fijo de su oficina y por eso le había dicho que lo llamara. A lo mejor no sabía utilizar las aplicaciones de mensajería instantánea y eso significaba que Olive nunca recibiría una respuesta de…

Le vibró la palma de la mano.

Adam: ¿Olive?

Entonces se dio cuenta de que, cuando Adam le había dado su número, ella se había olvidado de darle también el suyo. Eso quería decir que él no tenía forma de saber quién le estaba enviando los mensajes, así que el hecho de que lo hubiera acertado a la primera revelaba una intuición casi preternatural.

Qué puñetero.

Olive: Síp. Soy yo.

Olive: ¿Has suspendido a Greg Cohen? Me he encontrado con él después de su presentación. Estaba muy molesto.

«Conmigo. Por ti. Por esta estupidez que estamos haciendo.»

Hubo una pausa de alrededor de un minuto en la que, reflexionó Olive, quizá Adam estuviera riéndose maléficamente del inmenso dolor que le había causado a Greg. Luego respondió:

Adam: No puedo comentar contigo las reuniones de control de otros doctorandos.

Olive suspiró e intercambió una mirada cargada de intención con el zorro de peluche que Malcolm le había regalado cuando aprobó el examen de acceso.

Olive: No te estoy pidiendo que me cuentes nada. Ya me lo ha contado Greg. El caso es que me ha cargado el muerto a mí porque soy tu novia.

Olive: «Novia».

En la parte inferior de su pantalla aparecieron tres puntos. Luego desaparecieron y luego volvieron a aparecer. Y entonces, al fin, el teléfono de Olive vibró.

Adam: Los tribunales no suspenden a los alumnos. Suspenden la propuesta.

Olive resopló, medio deseando que él pudiera oírla.

Olive: Sí, bueno. Eso díselo a Greg.

Adam: Ya se lo he dicho. Le he explicado los puntos débiles de su estudio. Revisará la propuesta teniéndolos en cuenta y después le firmaré la tesis.

Olive: Así que admites que eres tú quien está detrás de la decisión de suspenderlo.

Olive: O, mejor dicho, de suspenderle la propuesta.

Adam: Sí. En su estado actual, la propuesta no producirá resultados de valor científico.

Olive se mordió el interior de la mejilla mientras miraba el teléfono y se planteaba si continuar la conversación sería una idea terrible. Si lo que quería decir era demasiado. Entonces recordó cómo la había tratado Greg hacía un rato, murmuró un «A la mierda» y tecleó:

Olive: ¿No crees que podrías haberle hecho esas críticas con más delicadeza?

Adam: ¿Por qué?

Olive: ¿Porque quizá así ahora no estaría tan cabreado?

Adam: Sigo sin entender por qué.

Olive: ¿En serio?

Adam: Mi trabajo no consiste en gestionar las emociones de tu amigo. Está en un programa de doctorado, no en primaria. Si se dedica al mundo académico, va a pasarse el resto de su vida ahogado en críticas que no van a gustarle. El cómo decida lidiar con ellas es asunto suyo.

Olive: Aun así, podrías intentar aparentar que no disfrutas retrasándole la obtención del título.

Adam: Eso es absurdo. Tiene que modificar su propuesta por la sencilla razón de que, tal como está ahora, lo aboca al fracaso. Tanto el resto del tribunal como yo le hemos ofrecido críticas que le permitirán generar conocimientos útiles. Es un científico en formación: debería valorar ese tipo de orientación, no molestarse por ella.

Olive apretó los dientes mientras tecleaba su respuesta.

Olive: Tienes que saber que suspendes a más gente que nadie. Y que tus críticas son innecesariamente crueles. Crueles del palo «dejo el doctorado ahora mismo y no quiero volver a saber nada de todo esto». Tienes que saber cómo te ven los doctorandos.

Adam: Pues no lo sé.

Olive: Hostil. E inaccesible.

Y eso era endulzarlo. «Eres gilipollas —quería decir Olive en realidad—. Pero yo sé que puedes *no* serlo y no entiendo por qué conmigo eres tan distinto. No significo nada para ti, así que no tiene sentido que sufras un trasplante de personalidad cada vez que estás en mi presencia.»

Los tres puntos de la parte inferior de la pantalla ondearon durante diez segundos, veinte, treinta. Todo un minuto. Olive releyó su último mensaje y se preguntó si habría llegado el momento, si por fin habría ido demasiado lejos. Puede que Adam estuviera a punto de recordarle que recibir insultos por chat a las nueve de la noche de un viernes no formaba parte de su acuerdo de relación falsa.

Entonces apareció una burbuja azul que le llenó toda la pantalla.

Adam: Estoy haciendo mi trabajo, Olive. Que no consiste en ofrecer críticas con amabilidad ni en hacer que los doctorandos del departamento se sientan bien consigo mismos. Mi trabajo es formar a investigadores rigurosos que no publiquen basura inútil o dañina que haga retroceder nuestro campo. El mundo académico está lleno a rebosar de mala ciencia y de científicos mediocres. No podría darme más igual la imagen que tus amigos tengan de mí siempre y cuando su trabajo esté a la altura. Si quieren abandonar cuando se les dice que no lo está, que así sea. No todo el mundo tiene lo que hay que tener para ser científico, así que hay que cribar a los que no lo tienen.

Olive se quedó mirando el teléfono; detestaba lo insensible y despiadado que parecía Adam. El problema era que… Olive entendía perfectamente lo que le ocurría a Greg, porque ella había pasado por situaciones similares. Puede que no con Adam, pero su experiencia global en el mundo académico CTIM estaba marcada por la duda, la ansiedad y el sentimiento de inferioridad. Se había pasado las dos semanas anteriores al examen de acceso sin apenas dormir, se planteaba a menudo si su miedo a hablar en público no le impediría desarrollar su carrera y el pánico a ser la persona

más tonta de la sala era constante. Sin embargo, dedicaba la mayor parte de su tiempo y energía a intentar ser la mejor científica posible, a intentar abrirse camino y llegar a *algo*. La idea de que alguien despreciara su trabajo y sus sentimientos con tanta frialdad le llegó a lo más profundo, de ahí que su respuesta fuese tan inmadura, casi fetal.

Olive: `Mira, que te den, Adam.`

Se arrepintió de inmediato, pero, por alguna razón, no fue capaz de obligarse a enviar una disculpa. Hasta veinte minutos más tarde, no se dio cuenta de que Adam no iba a responder. En la parte superior de la pantalla le apareció la advertencia de que solo le quedaba un cinco por ciento de batería.

Con un suspiro profundo, Olive se levantó de la cama y recorrió la habitación con la mirada en busca del cargador.

—Ahora, a la derecha.

—Entendido. —Malcolm activó la palanca del intermitente con el dedo. Una sucesión de clics invadió el coche minúsculo —. Hacia la derecha.

—No, no hagas caso a Jeremy. Gira a la izquierda.

Jeremy se echó hacia delante y le dio un puñetazo en el brazo a Anh.

—Malcolm, confía en mí. Anh no ha estado nunca en la granja. Está a la derecha.

—Google Maps dice que a la izquierda.

—Google Maps se equivoca.

—¿Qué hago? —Malcolm le echó un vistazo al espejo retrovisor esbozando una mueca—. ¿Izquierda? ¿Derecha? Ol, ¿qué hago?

En el asiento trasero, Olive apartó la vista de la ventanilla del coche y se encogió de hombros.

—Prueba a la derecha; si nos equivocamos, nos damos la vuelta y listo.

Le lanzó una rápida mirada de disculpa a Anh, pero Jeremy y ella estaban demasiado ocupados fingiendo que se asesinaban con los ojos como para darse cuenta.

Malcolm hizo un mohín.

—Vamos a llegar tarde. Ostras, cómo odio la tontería esta de los pícnics.

—Ya llevamos como… —Olive le echó un vistazo al reloj del coche— una hora de retraso. Creo que podemos añadirle diez minutos.

«Solo espero que quede algo de comida.» Le sonaban las tripas desde hacía dos horas y era imposible que a los demás les hubiera pasado desapercibido.

Después de haber discutido con Adam tres días antes, se había sentido tentada de saltarse el pícnic. De encerrarse en el laboratorio y continuar con lo que llevaba haciendo todo el fin de semana: ignorar el hecho de que lo había mandado a la mierda, y con muy poco fundamento. No le habría ido nada mal invertir ese tiempo en trabajar en el informe de Tom; estaba resultando más complicado y largo de lo que había pensado en un principio, tal vez porque era incapaz de olvidarse de lo mucho que se jugaba y no paraba de repasar los análisis y de atormentarse con todas y cada una de las frases. Pero había cambiado de opinión en el último momento diciéndose que le había prometido a Adam que harían el paripé delante del jefe del departamento. Sería injusto por su parte echarse atrás cuando él había cumplido más que con creces su parte del trato en lo que a convencer a Anh se refería.

Eso, por supuesto, en el muy improbable caso de que todavía quisiera tener algo que ver con Olive.

—No te preocupes, Malcolm —dijo Anh—. Terminaremos llegando en algún momento. Si alguien nos pregunta, le decimos que nos ha atacado un puma. Uf, ¿por qué hace tanto calor? Por cierto, he traído protector solar. Del factor treinta y del cincuenta. De aquí no sale nadie sin echárselo.

En el asiento trasero, Olive y Jeremy intercambiaron una mirada de resignación, familiarizados de sobra con la obsesión de Anh por la crema solar.

El pícnic estaba en pleno apogeo cuando por fin lo encontraron, tan concurrido como la mayoría de las actividades académicas con comida gratis. Olive fue directa a las mesas y saludó a la doctora Aslan, que estaba sentada a la sombra de un roble gigante con otros miembros del profesorado. Su directora de tesis le devolvió el saludo, sin duda encantada de ver que su autoridad se extendía incluso más allá de las ochenta horas semanales que sus doctorandos pasaban ya en el laboratorio. Olive sonrió sin mucho convencimiento en un valeroso intento de no parecer resentida,

cogió un racimo de uvas blancas y se metió una en la boca mientras paseaba la mirada por los prados.

Anh tenía razón. Ese mes de septiembre estaba siendo extraordinariamente caluroso. Había gente por todas partes: recostada en las sillas de jardín, tumbada en la hierba, entrando y saliendo de los graneros… Todos disfrutando del buen tiempo. Algunas personas comían en platos de plástico sentadas a mesas plegables cerca de la casa principal y había al menos tres juegos en marcha: una versión del voleibol en la que los jugadores estaban colocados en círculo, un partido de fútbol y otro juego que implicaba un frisbi y más de una decena de tíos medio desnudos.

—¿A qué narices están jugando? —le preguntó a Anh.

Vio que el doctor Rodrigues placaba a alguien de Inmunología y volvió a mirar hacia las mesas casi vacías, horrorizada. Apenas quedaba nada. Olive quería un sándwich. Una bolsa de patatas fritas. Cualquier cosa.

—Al Ultimate, creo. No lo sé. ¿Te has puesto protector? Llevas una camiseta de tirantes y pantalones cortos, así que tienes que echarte.

Olive se comió otra uva.

—Cómo sois los estadounidenses con los deportes falsos, de verdad…

—Estoy casi segura de que en Canadá también hay torneos de Ultimate. Pero ¿sabes qué no es falso?

—¿Qué?

—Los melanomas. Ponte crema.

—Vale, mamá. —Olive sonrió—. ¿Puedo comer algo antes?

—¿Comer qué? No queda nada. Bueno, ahí hay un poco de pan de maíz.

—Uf, qué bien. Pásamelo.

—No comáis pan de maíz, chicas. —La cabeza de Jeremy asomó entre Olive y Anh—. Jess me ha dicho que uno de primero de Farmacología ha estornudado encima. ¿Dónde está Malcolm?

—En el aparcamiento… *Me cago. En la leche.*

Olive dejó de escudriñar la mesa, alarmada por el tono de urgencia de Anh.

—¿Qué?

—Nada, solo que *me cago en la leche*.

—Sí, ya…

—*Me cago en la leche*.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque… *me cago en la leche*.

Olive miró a su alrededor para tratar de entender qué pasaba.

—¿Qué es…? Ah, ahí está Malcolm. ¿Habrá encontrado algo de comer?

—¿Ese es *Carlsen?*

Olive ya había echado a andar hacia Malcolm con la intención de encontrar algo comestible y saltarse toda la tontería del protector solar, pero, cuando oyó el nombre de Adam, se detuvo en seco. O quizá no fuera por el nombre de Adam, sino por la forma en que Anh lo había pronunciado.

—¿Qué? ¿Dónde?

Jeremy señaló al grupo que jugaba al frisbi.

—Es él, ¿no? ¿Ese que no lleva camiseta?

—*Me cago en la leche* —repitió Anh, cuyo vocabulario se había vuelto bastante limitado de repente a pesar de sus veintitantos años de educación reglada—. ¿Eso es una tableta de chocolate?

Jeremy estaba alucinado.

—Puede que incluso sean dos.

—¿Esos hombros son suyos? —preguntó Anh—. ¿Se ha hecho una operación de realce de hombros?

—Seguro que se la pagó con la beca MacArthur —contestó Jeremy—. No creo que la naturaleza pueda generar unos hombros así.

—Madre mía, ¿ese *pecho* es de Carlsen? —Malcolm apoyó la barbilla en el hombro de Olive—. ¿Todo eso estaba debajo de su camisa mientras destrozaba mi propuesta de tesis? *Ol*. ¿Por qué no me habías dicho que estaba *mazado?*

Olive estaba paralizada, plantada en el suelo, con los brazos colgando inútilmente a los costados. «Porque no lo sabía. Porque no tenía ni idea.» Aunque quizá sí se lo hubiera imaginado, un poco, después de verlo empujar la camioneta el otro día…, pese a que había intentado reprimir esa imagen mental en concreto.

—Increíble. —Anh le cogió la mano a Olive, le dio un tirón y le dio la vuelta para verterle una buena cantidad de loción en la palma—. Toma, ponte esto en los hombros. Y en las piernas. Y también en la cara. Seguro que eres de alto riesgo en todo tipo de mierdas de la piel, doña Pecas. Jer, tú también.

Olive asintió, aturdida, y comenzó a aplicarse el protector solar en los brazos y los muslos. Inhaló el olor del aceite de coco mientras se empeñaba con todas sus fuerzas en no pensar en Adam y en el hecho de que ese era su *verdadero* aspecto. Fracasó de forma estrepitosa, pero bueno…

—¿Existen estudios reales? —preguntó Jeremy.

—¿Eh?

Anh se estaba recogiendo el pelo en un moño.

—Sobre la relación entre las pecas y el cáncer de piel.

—No lo sé.

—Yo creo que debe de haberlos.

—Cierto. Ahora quiero saberlo.

—Un momento. ¿Aquí hay Wi-Fi?

—Ol, ¿tienes internet?

Olive se limpió las manos en una servilleta que parecía casi sin usar.

—Me he dejado el móvil en el coche de Malcolm.

Se apartó de Anh y Jeremy, que ahora estaban concentrados en la pantalla del iPhone de él, hasta tener una buena perspectiva sobre el grupo que jugaba al frisbi: catorce hombres y cero mujeres. Debía de ser por el exceso general de testosterona en los programas CTIM. Al menos la mitad de los jugadores eran profesores o posdocs. Adam, por supuesto, y Tom, y el doctor Rodrigues, y varios más de Farmacología. Todos igual: sin camiseta. Bueno, no. De igual nada. Adam no tenía igual.

Olive no era así. De verdad que no. Podía contar con los dedos de una mano el número de chicos por los que se había sentido tan visceralmente atraída. En realidad…, con un dedo. Y, en ese momento, dicho chico iba corriendo hacia ella, porque Tom Benton, que Dios lo bendijera, acababa de lanzar el frisbi con mucha torpeza y ahora el disco descansaba sobre la hierba a unos tres metros de Olive. Y daba la casualidad de que Adam, el Adam sin camiseta, era el que estaba más cerca de donde había caído.

—Hala, fíjate en este artículo.

Jeremy parecía emocionado.

—Khalesi et al., 2013. Es un metaanálisis. «Marcadores cutáneos de fotodaño y riesgo de carcinoma de células basales». En *Cancer Epidemiology, Biomarkers & Prevention*. —Jeremy apretó el puño en señal de victoria—. Olive, ¿lo has oído?

No. No lo había oído. Estaba más centrada en intentar vaciarse el cerebro y los ojos. De su novio falso y del dolor repentino y cálido que sentía en el vientre. Solo deseaba estar en otra parte. Quedarse ciega y sorda durante un rato.

—Escucha esto: «Los lentigos solares mostraron asociaciones débiles pero positivas con el carcinoma de células basales, con una razón de momios de uno coma cinco». Vale, esto no me gusta. Jeremy, sujeta el teléfono. Voy a darle más protector solar a Olive. Toma, este es de factor cincuenta; debe de ser el que necesitas.

Olive consiguió apartar la mirada del pecho de Adam, que ya estaba alarmantemente cerca, y darse la vuelta para alejarse de Anh.

—Espera. Ya me lo he echado.

—Ol —dijo Anh en ese tono sensato y maternal que empleaba cada vez que Olive cometía un desliz y confesaba que casi siempre contaba las patatas fritas como raciones de verduras o que lavaba la ropa blanca y la de color a la vez—. Ya conoces la bibliografía.

—No conozco la bibliografía, y tú tampoco, solo conoces una línea de un resumen y…

Anh volvió a agarrarle la mano a Olive y le echó medio litro de crema en la palma. Tanta que Olive tuvo que recurrir también a la mano izquierda para evitar que se le derramara… Y así se quedó, ahí plantada como una idiota, con las manos ahuecadas como las de una pedigüeña y medio ahogada en protector.

—Perfecto. —Anh sonrió muy animada—. Ahora ya puedes protegerte del carcinoma de células basales. Que, la verdad, suena fatal.

—Pues… —Olive se habría dado coscorrones de desesperación con los nudillos si hubiera tenido libertad para mover las extremidades superiores—. Odio el protector solar. Es pegajoso y me hace oler a piña colada y… Me has echado demasiado.

—Tú ponte toda la que te absorba la piel. Sobre todo en las zonas con pecas. Y el resto lo compartes con alguien.

—Vale. Entonces, coge tú un poco, Anh. Y tú también, Jeremy. Eres pelirrojo, por el amor de Dios.

—Pero un pelirrojo sin pecas. —Sonrió con orgullo, como si acabara de crear su genotipo él solito—. Y ya me he puesto una tonelada. Gracias, cariño.

Se agachó para darle a Anh un breve beso en la mejilla, que estuvo a punto de convertirse en una sesión de magreo.

Olive intentó no suspirar.

—Chicos, ¿qué hago con esto?

—Busca a alguien a quien dárselo. ¿Dónde está Malcolm?

Jeremy resopló.

—Ahí, con Jude.

—¿Jude?

Anh frunció el ceño.

—Sí, ese que está en quinto año de Neuro.

—¿El médico que se está doctorando? ¿Están saliendo o…?

—Chicos. —Olive tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar—. No puedo moverme. Por favor, arreglad el desastre que me habéis montado con el protector solar.

—Ostras, Ol. —Anh puso cara de aburrimiento—. Qué dramática eres a veces. Espera… —Le hizo un gesto a alguien que había detrás de Olive y, cuando habló, lo hizo levantando mucho la voz—. ¡Eh, doctor Carlsen! ¿Se ha puesto ya crema solar?

En un microsegundo, el cerebro entero de Olive estalló en llamas… y luego quedó reducido a un montoncito de cenizas. Así, sin más, cien mil millones de neuronas, un billón de células gliales y quién sabe cuántos mililitros de líquido cefalorraquídeo dejaron de existir. Al resto de su cuerpo tampoco debía de irle muy bien, porque Olive sintió en tiempo real que dejaban de funcionarle todos los órganos. Desde que había conocido a Adam, Olive había deseado unas diez veces caer muerta en el acto, que la tierra se abriera y se la tragara entera, que se produjera un cataclismo y la liberara de la vergüenza de sus interacciones. Esta vez, sin embargo, lo que sentía era que quizá el mundo se terminara de verdad.

«No te des la vuelta —le dijo lo que le quedaba de sistema nervioso central—. Finge que no has oído a Anh. Haz que esto no haya existido.» Pero era imposible. Se había formado una especie de triángulo entre Olive, Anh, que estaba delante de ella, y Adam, que probablemente —seguramente— estaba detrás de ella. Olive no tenía escapatoria. Ninguna escapatoria. Y menos cuando Adam, que de ninguna de las maneras se imaginaba la depravación de los pensamientos de Anh, que de ninguna de las maneras

alcanzaba a ver el cubo de crema solar que se había ido a vivir a las manos de Olive, respondió:

—No.

Vaya. Mierda.

Olive se volvió y allí estaba él: sudoroso, con un frisbi en la mano izquierda y sin camiseta. Sin ni siquiera un poquito de camiseta.

—¡Perfecto! —exclamó Anh, que no podía parecer más contenta—. Olive tiene demasiada y no sabe qué hacer con ella. ¡Que le dé un poco!

No. No, no, *no*.

—No puedo —siseó Olive—. Sería *muy* inapropiado.

—¿Por qué? —Anh la miró con aire inocente—. Yo siempre le pongo la crema a Jeremy. Mira. —Se vertió un chorro de protector en la mano y se la estampó a Jeremy en la cara de cualquier manera—. Le estoy echando protector a mi novio. Porque no quiero que le salga un melanoma. ¿Es «inapropiado»?

Olive iba a matarla. Olive iba a obligarla a lamer hasta la última gota del puñetero protector solar y a observarla mientras se retorcía de dolor y sufría una muerte lenta por intoxicación de oxibenzona.

Aunque más tarde, claro. Por el momento, tenía a Adam contemplándola con una expresión del todo indescifrable, y Olive se habría disculpado, se habría metido debajo de la mesa, lo habría saludado, al menos…, pero lo único que era capaz de hacer era mirarlo de arriba abajo y fijarse en que, aunque la última vez que habían hablado ella lo había insultado, Adam no parecía estar enfadado. Solo pensativo y algo confundido mirando primero la cara de Olive y luego el pequeño lago de pringue blanco que ahora vivía en sus manos. Debía de estar tratando de averiguar si había alguna forma de librarse del último puto desastre… Al final se limitó a darse por vencido.

Asintió una sola vez, de manera casi imperceptible, y se volvió. Los músculos de la espalda se le tensaron cuando le lanzó el frisbi al doctor Rodrigues y le gritó:

—¡Voy a descansar cinco minutos!

Y eso, supuso Olive, significaba que iban a hacerlo. Por supuesto que sí, qué coño. Porque esa era su vida y esas eran sus pésimas, estúpidas y descabelladas decisiones.

—Hola —le dijo Adam cuando estuvieron más cerca.

Se fijó en las manos de la chica, en que debía tenerlas extendidas delante del cuerpo como una suplicante. A Olive no le cabía ninguna duda de que, a su espalda, Anh y Jeremy los estaban observando.

—Hola.

Ella llevaba chanclas y él unas zapatillas de deporte, así que… siempre era alto, pero en aquel momento se alzaba sobre ella como una torre. Los ojos de Olive quedaban justo a la altura de sus pectorales, y… «No. Nonono. Nada de eso.»

—¿Te das la vuelta, por favor?

Adam dudó un momento, pero luego lo hizo, aunque no era típico de él ser tan obediente. Y aquello acabó resolviendo nada más y nada menos que cero de los problemas de Olive, ya que la espalda de aquel hombre no era ni por asomo menos ancha o impresionante que su pecho.

—¿Puedes, eh… agacharte un poco?

Adam bajó la cabeza hasta que los hombros le quedaron a una altura… aún anormalmente alta, pero algo más fácil de alcanzar. Cuando Olive levantó la mano derecha, parte de la crema cayó al suelo —«Donde tendría que estar», pensó, despiadada—, y de pronto estaba haciéndolo, estaba haciendo algo que jamás habría pensado que haría en la vida. Ponerle crema a Adam Carlsen.

No era la primera vez que lo tocaba. Por lo tanto, no debería haberse sorprendido de lo duros que tenía los músculos ni de la firmeza de su carne. Olive lo recordó empujando la camioneta, imaginó que en el gimnasio debía de levantar el triple de lo que ella pesaba y luego se dio la orden de parar, porque, desde luego, ese hilo de pensamiento *no* era apropiado. Aun así, quedaba el pequeño problema de que no había nada que se interpusiera entre su mano y la piel de Adam. La tenía caliente por el sol, le notaba los hombros relajados e inmóviles bajo los dedos. A pesar de que estaban en público, estaba tan cerca de él que Olive se sentía como si aquello fuera algo íntimo.

—Bueno… —Tenía la boca seca—. Tal vez sea un buen momento para comentarte lo mucho que lamento que nos veamos atrapados en estas situaciones una y otra vez.

—No pasa nada.

—Ya, pero lo siento mucho.

—No es culpa tuya. —Habló con un dejo de crispación.

—¿Estás bien?

—Sí.

Adam asintió, aunque el movimiento resultó tenso. Y eso hizo que Olive se diera cuenta de que quizá no estuviera tan relajado como había pensado en un principio.

—¿Cuánto odias esto, en una escala de uno a «correlación igual a causalidad»?

Él la sorprendió riéndose un poco, aunque seguía pareciendo tenso.

—No lo odio. Y no es culpa tuya.

—Porque sé que esto es lo peor del mundo y…

—No lo es, Olive. —Se volvió un poco para mirarla a los ojos, con una mezcla de diversión y esa rigidez extraña—. Estas cosas no van a dejar de pasar.

—Ya.

Adam le rozó la palma de la mano izquierda con los dedos al robarle un poco de crema para aplicársela en la parte delantera. Y menos mal que lo hizo, porque Olive no tenía ninguna gana de untarle crema en el pecho delante del setenta por ciento de los alumnos de su programa de doctorado… Por no hablar de su jefa, porque seguro que la doctora Aslan no les quitaba el ojo de encima. O a lo mejor no era así. En cualquier caso, Olive no tenía ni la menor intención de volverse para comprobarlo. Prefería vivir en la maldita, más que bendita, ignorancia.

—Sobre todo porque te juntas con gente muy entrometida.

Olive rompió a reír.

—Lo sé. Créeme, ahora mismo me estoy arrepintiendo *muchísimo* de haberme hecho amiga de Anh. Hasta me estoy planteando asesinarla, la verdad. —Pasó a ponerle crema en los omóplatos. Tenía un montón de lunares pequeños y pecas y Olive se preguntó hasta qué punto sería inapropiado que los utilizara para jugar a unir los puntos con los dedos. Se imaginaba las increíbles imágenes que revelaría—. Pero, oye, los beneficios a largo plazo de la protección solar están científicamente demostrados. Y, además, estás bastante blanco. Venga, agáchate un poco más para que te dé en el cuello.

—Ajá.

Se colocó delante de él para llegarle a la parte delantera de los hombros. Era tan corpulento que iba a tener que gastar toda la dichosa crema. Tal vez

incluso tuviera que pedirle más a Anh.

—Al menos el jefe del departamento está viendo el numerito. Y diría que tú te lo estás pasando bien. —Adam la miró de reojo mientras le extendía el protector solar por las clavículas. Olive sintió que le ardían las mejillas—. No, me refiero a que… No que te lo estés pasando bien porque yo… Quería decir que parece que te diviertes jugando al frisbi. O lo que sea eso.

Carlsen hizo una mueca.

—Es mejor que las charlas sobre el tiempo, sin duda.

A Olive se le escapó una carcajada.

—Tiene lógica. Seguro que por eso estás tan en forma. Cuando eras pequeño hacías mucho deporte porque así te librabas de hablar con la gente. También explica por qué ahora que eres adulto tienes una personalidad tan…

Olive se calló enseguida.

Adam enarcó una ceja.

—¿Hostil e inaccesible?

«Porras.»

—No dije eso.

—Solo lo escribiste.

—Perdón. Lo siento mucho. No pretendía… —Apretó los labios, nerviosa. Y luego se dio cuenta de que a Adam se le arrugaban las comisuras de los ojos—. Idiota.

Lo pellizcó con suavidad en la parte inferior del brazo. Él dio un grito y sonrió con más ganas, lo que la llevó a preguntarse cómo reaccionaría Carlsen si se vengara escribiéndole su nombre con crema solar en el pecho, lo justo para que se bronceara un poco alrededor. Intentó imaginarse la cara que pondría cuando se quitara la camiseta y se encontrase las cinco letras impresas en la piel al mirarse en el espejo del baño. La expresión que pondría. Si las acariciaría con la punta de los dedos.

«Loca —se dijo Olive—. Todo este asunto te está volviendo loca. Vale, es guapo y te resulta atractivo. Pues vaya cosa. ¿Y qué?»

Le pasó las manos ya casi sin crema por las columnas que tenía como bíceps y dio un paso atrás.

—Listo, doctor Hostil.

Olía a sudor fresco, a él y a coco. Olive no volvería a hablar con él hasta el miércoles y no tenía ni idea de por qué esa idea le provocaba una extraña

punzada de dolor en el pecho.

—Gracias. Y agradéceselo también a Anh, supongo.

—Ya. ¿Qué crees que nos hará hacer la próxima vez?

Hizo un gesto de indiferencia.

—¿Agarrarnos de la mano?

—¿Meternos fresas en la boca el uno al otro?

—Esa ha sido buena.

—A lo mejor nos lo pone más difícil.

—¿Fingir que nos casamos?

—¿Fingir que nos compramos una casa?

—¿Fingir que firmamos el papeleo de la hipoteca?

Olive se rio de nuevo y Adam la miró con una bondad, una curiosidad y una paciencia que… Debía de estar alucinando. No estaba bien de la cabeza. Tendría que haberse llevado una gorra para el sol.

—Hola, Olive.

Se forzó a dejar de mirar a Adam y vio que Tom se acercaba a ellos. También iba sin camiseta, y también estaba claramente en forma y tenía una enorme cantidad de abdominales lo bastante definidos como para que resultara fácil contarlos. Y, sin embargo, por algún motivo, a Olive no le afectó lo más mínimo.

—Hola, Tom. —Sonrió, aunque la interrupción la había fastidiado un poco—. Me encantó tu charla del otro día.

—Estuvo bien, ¿verdad? ¿Te ha contado Adam lo de nuestro cambio de planes?

Olive lo miró con aire inquisitivo.

—¿Cambio de planes?

—Hemos avanzado mucho con la beca, así que la semana que viene nos vamos a Boston para terminar de preparar las cosas de la parte de Harvard.

—Vaya, qué bien. —Se volvió hacia Adam—. ¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

—Solo unos días.

Lo dijo en tono tranquilo. Olive sintió alivio al saber que no iba a ser mucho tiempo. Por razones indiscernibles.

—¿Te daría tiempo a enviarme el informe el sábado, Olive? —preguntó Tom—. Así tendría el fin de semana para mirármelo y lo comentaríamos mientras aún estuviera aquí.

Una oleada de pánico y señales chillonas de alerta roja le invadió el cerebro, pero consiguió mantener la sonrisa.

—Sí, claro. Te lo enviaré el sábado. —Ay Dios. Ay *Dios*. Iba a tener que trabajar las veinticuatro horas del día. No iba a dormir nada en toda la semana. Iba a tener que llevarse el portátil al baño y escribir mientras meaba—. No hay problema —añadió para hundirse aún más en la mentira.

—Perfecto. —Tom le guiñó un ojo, aunque puede que solo los entornara para protegerse del sol—. ¿Vas a volver a jugar? —le preguntó a Adam y, cuando este asintió, Tom se dio la vuelta y se encaminó de nuevo hacia el grupo del frisbi.

Carlsen titubeó solo un segundo más, luego le hizo un gesto con la cabeza a Olive y se marchó. La joven hizo un enorme esfuerzo por no mirarle la espalda mientras Adam se reunía otra vez con sus compañeros de equipo, que parecieron alegrarse mucho de volver a contar con él. Estaba claro que el deporte era otra de las cosas en las que Adam Carlsen sobresalía. Qué injusticia.

No tuvo ni que darse la vuelta para saber que Anh, Jeremy y casi todos los demás los habían estado observando con atención durante los últimos cinco minutos. Cogió una lata de agua con gas de la nevera más cercana, se recordó que eso era justo lo que perseguían con el acuerdo y luego fue a sentarse a la sombra de un roble junto a sus amigos; tanto lío con la dichosa crema y ahora estaban sentados a la sombra. Qué sorpresa.

Ya ni siquiera tenía tanta hambre, un pequeño milagro por cortesía de tener que aplicarle protector solar a su novio falso de manera muy pública.

—Bueno, ¿cómo es? —preguntó Anh.

Estaba tumbada con la cabeza sobre el regazo de Jeremy. A su lado, Malcolm no apartaba la vista de los jugadores de frisbi, probablemente embelesado por lo guapo que estaba Holden Rodrigues bajo el sol.

—¿Eh?

—Carlsen. Uy, en realidad… —Anh sonrió con expresión burlona—, quería decir *Adam*. Lo llamas Adam, ¿no? ¿O prefieres doctor Carlsen? Si hacéis juegos de rol sexuales con uniformes de colegiala y reglas, quiero que me lo cuentes todo con pelos y señales.

—Anh.

—Sí, ¿cómo *es* Carlsen? —quiso saber Jeremy—. Supongo que es distinto contigo. ¿O a ti también te dice una y otra vez que la fuente de tus

rótulos de los ejes X e Y es tan pequeña que resulta irritante?

Olive sonrió, medio escondida tras las rodillas, porque no le costaba nada imaginarse a Adam diciendo algo así. Casi lo oía en su cabeza.

—No. Al menos de momento.

—Entonces, ¿cómo es?

Abrió la boca para responder, pensando que sería fácil. Por supuesto, fue de todo menos fácil.

—Es… Bueno, ya sabéis.

—No, no lo sabemos —dijo Anh—. Debe de tener algo más de lo que aparenta a primera vista. Siempre está malhumorado, negativo y enfadado y…

—No —interrumpió Olive. Y luego se arrepintió un poco, porque lo que había dicho no era del todo cierto—. A veces sí. Pero a veces *no*.

—Si tú lo dices. —Anh no parecía muy convencida—. ¿Cómo empezasteis a salir? No me lo has contado nunca.

—Ah. —Olive apartó la mirada y la dejó vagar a su alrededor. Adam debía de haber hecho algo importante justo entonces, porque el doctor Rodrigues y él estaban chocando los cinco. Se dio cuenta de que Tom la estaba observando desde el campo y lo saludó con una sonrisa—. Pues nada, solo hablamos. Y luego nos tomamos un café. Y luego…

—Pero ¿cómo es posible que ocurra algo así? —interrumpió Jeremy, a todas luces escéptico—. ¿Cómo decides decir que sí a una cita con Carlsen? Antes de verlo semidesnudo, al menos.

«Lo besas. Lo besas y luego, antes de que te des cuenta, te está salvando el culo y comprándote bollos y llamándote listilla en un tono extrañamente cariñoso e, incluso cuando se comporta como el capullo malhumorado que es, no te parece tan malo. No te parece malo en absoluto. Y entonces lo mandas a la mierda por teléfono y seguro que lo fastidias todo.»

—Pues me invitó a salir. Y yo le dije que sí.

Aunque estaba claro que era mentira. Alguien con una publicación en *Lancet* y unos músculos así de definidos en la espalda jamás le pediría salir a alguien como Olive.

—O sea, ¿que no os conocisteis en Tinder?

—¿Qué? No.

—Porque eso es lo que comenta la gente.

—No tengo Tinder.

—¿Y Carlsen?

No. Tal vez. ¿Sí? Olive se masajeó las sienes.

—¿Quién va diciendo por ahí que nos conocimos en Tinder?

—En realidad, se rumorea que os conocisteis en Craigslist —dijo Malcolm, distraído, mientras saludaba a alguien con la mano.

Olive siguió la mirada de su amigo y se dio cuenta de que no le quitaba el ojo de encima a Holden Rodrigues… que sonrió y le devolvió el saludo.

Olive frunció el ceño. Luego analizó lo que Malcolm acababa de decir.

—*¿Craigslist?*

Malcolm se encogió de hombros.

—No digo que me lo crea.

—¿Quién es *la gente?* ¿Y por qué narices tienen que hablar de nosotros?

Anh levantó una mano para darle una palmadita en el hombro a Olive.

—No te preocupes, los chismorreos sobre lo vuestro desaparecieron cuando la doctora Moss y Sloane discutieron en público porque la gente tira las muestras de sangre al baño de mujeres. Bueno, desaparecieron casi por completo. Oye. —Se sentó y le pasó un brazo por los hombros; después tiró de ella y la estrechó contra sí. Anh olía a coco. Dichoso protector solar—. Relájate. Sé que hay gente que se ha puesto rara con esto, pero Jeremy, Malcolm y yo nos alegramos mucho por ti, Ol. —Anh le dedicó una sonrisa tranquilizadora y Olive sintió que se relajaba—. Sobre todo porque por fin has echado un polvo.

Capítulo ocho

❤ HIPÓTESIS: En una escala de Likert del uno al diez, el don de la oportunidad de Jeremy será menos cincuenta, con un error estándar de la media de 0,2.

El número treinta y siete —patatas fritas con sal y vinagre— estaba agotado. Era del todo inexplicable: Olive había llegado a las 20:00 y entonces quedaba al menos una bolsa en la máquina expendedora de la sala de descanso. Recordaba con claridad haber comprobado si llevaba monedas de 25 centavos en el bolsillo trasero de los vaqueros y la sensación de triunfo al encontrar justo cuatro. Se acordaba de que esperaba con ilusión ese instante, alrededor de dos horas más tarde, cuando calculaba que habría completado justo un tercio del trabajo y, por tanto, podría recompensarse con el, sin duda alguna, mejor de los aperitivos que ofrecía la cuarta planta. Pero el momento había llegado y no quedaban patatas fritas. Lo cual era un problema, porque Olive ya había introducido sus preciadas monedas en la ranura y tenía mucha hambre.

Seleccionó el número veinticuatro (Twix) —que no estaba mal, aunque no era su favorito ni mucho menos— y oyó el ruido sordo y decepcionante que hacía al caer al estante inferior. Luego se agachó para recogerlo y se quedó mirando con pena el brillo del envoltorio dorado sobre la mano.

—Ojalá fueras unas patatas fritas con sal y vinagre —le susurró con la voz teñida de resentimiento.

—Toma.

—¡Aaah!

Dio un respingo y se volvió de inmediato, con las manos delante del cuerpo y dispuesta a defenderse… Puede que incluso a atacar. Pero la única persona que había en la sala de descanso era Adam, sentado en uno de los

sofás del centro, mirándola con una expresión afable y ligeramente divertida.

Olive se relajó y se llevó las manos al pecho para intentar que se le ralentizaran los latidos del corazón.

—¡¿Cuánto tiempo llevas ahí?!

—¿Unos cinco minutos? —La observó con calma—. Ya estaba aquí cuando has llegado.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

Adam ladeó la cabeza.

—Podría preguntarte lo mismo.

Olive se tapó la boca, tratando de recuperarse del susto.

—No te había visto. ¿Por qué estás ahí sentado a oscuras como un bicho raro?

—La luz no funciona. Como de costumbre. —Adam levantó su bebida, una botella de Coca-Cola en la que se leía la palabra SERAPHINA (cosa que a Olive le hizo mucha gracia), y la chica recordó a Jess, una de las doctorandas de Carlsen, quejándose de lo estricto que era respecto a llevar comida y bebida a su laboratorio. Él cogió algo del cojín y se lo tendió a Olive—. Toma. Cómete el resto de las patatas.

Olive entorno los ojos.

—Tú.

—¿Yo?

—Me has robado las patatas.

Se le curvó la boca.

—Lo siento. Cómete las que quedan. —Miró el interior de la bolsa—. No he comido muchas, creo.

Olive dudó y luego se acercó al sofá. Aceptó con desconfianza la bolsita y se sentó a su lado.

—Gracias, supongo.

Él asintió y le dio un sorbo a su bebida. Olive intentó no mirarle la garganta cuando echó la cabeza hacia atrás, así que bajó la vista hacia el suelo.

—¿Deberías estar tomando cafeína a las —Olive miró el reloj— diez y veintisiete de la noche?

Pensándolo bien, Adam no tendría que tomar cafeína nunca, teniendo en cuenta su chispeante personalidad de base. Y, sin embargo, ambos tomaban

café juntos todos los miércoles. Olive no hacía más que propiciar su adicción.

—No creo que vaya a dormir mucho, de todos modos.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer una serie de análisis de última hora para una subvención y el plazo para presentarla se acaba el domingo por la noche.

—Ah. —Se reclinó para ponerse en una posición más cómoda—. Creía que esas cosas las hacían tus subordinados.

—Resulta que Recursos Humanos ve con malos ojos que les pidas a tus doctorandos que se pasen toda una noche en vela trabajando para ti.

—Qué ridículo.

—Cierto. Y ¿qué hay de ti?

—El informe para Tom. —Suspiró—. Se supone que tengo que entregárselo mañana y hay una parte que no… —Suspiró de nuevo—. Estoy repitiendo unos cuantos análisis para asegurarme de que todo está *perfecto,* pero el equipo con el que estoy trabajando no es precisamente… *Uf.*

—¿Se lo has dicho a Aysegul?

Aysegul, había dicho. Claro. Porque Adam era compañero de trabajo de la doctora Aslan, no su doctorando, así que tenía sentido que pensara en ella como Aysegul. No era la primera vez que la llamaba así; ni siquiera era la primera vez que Olive se fijaba en ello. Solo era que le costaba asumir, cuando estaban sentados a solas y hablando tan tranquilos, que Adam era miembro del claustro y Olive, desde luego, no. Eran mundos aparte, en realidad.

—Sí, pero no hay dinero para comprar nada mejor. Es una gran mentora, pero… El año pasado su marido se puso enfermo y ha decidido prejubilarse, así que a veces parece ya no le importa nada. —Olive se frotó la sien. Notaba que se avecinaba un dolor de cabeza y le quedaba una larga noche por delante—. ¿Vas a contarle lo que acabo de decirte?

—Por supuesto.

Olive gimió.

—No, por favor.

—A lo mejor también le cuento lo del chantaje con los besos y lo del plan para fingir una relación en el que me has enredado y, sobre todo, lo de la crema solar…

—Ay madre. —Olive escondió la cara entre las rodillas y levantó los brazos para taparse la cabeza con ellas—. Dios. La crema solar.

—Sí. —La voz de Adam le llegaba amortiguada allí abajo—. Sí, fue…

—¿Incómodo? —sugirió Olive, que volvió a sentarse erguida con un mohín en la cara.

Adam estaba mirando hacia otra parte. Seguro que Olive se estaba imaginando lo mucho que se había sonrojado.

Carraspeó antes de decir:

—Entre otras cosas.

—Sí.

Había sido más cosas, cierto. Un montón de cosas que Olive no iba a mencionar, porque seguro que *sus* otras cosas no eran las mismas cosas que las de él. Las cosas de Adam debían de ser «terrible» y «horroroso» e «invasivo». Mientras que las de ella…

—¿Vas a meter lo del protector solar en la denuncia del Título IX?

Adam elevó un poco la comisura de los labios.

—Justo en la primera página. *Aplicación de protector solar sin consentimiento.*

—Venga, hombre. Te he salvado de tener un carcinoma de células basales.

—*Manoseado bajo el pretexto de protegerme del sol.*

Olive le pegó con el Twix y Adam se agachó un poco para evitarla, divertido.

—Oye, ¿quieres la mitad? Porque pienso comerme todas las patatas fritas que te quedan.

—No.

—¿Seguro?

—No soporto el chocolate.

Olive se lo quedó mirando y negó con incredulidad.

—Claro, cómo no. Detestas todo lo delicioso y agradable y reconfortante.

—El chocolate es asqueroso.

—Solo quieres vivir en tu mundo oscuro y amargo hecho de café solo y panecillos normales con queso crema normal. Y, de vez en cuando, patatas fritas con sal y vinagre.

—Está claro que son tus patatas favoritas…

—Eso no es lo importante.

—… y me halaga que hayas memorizado todo lo que pido.

—Que siempre pidas lo mismo ayuda.

—Al menos nunca me he pedido nada llamado *frappuccino unicornio*.

—Qué bueno estaba. Sabía a arcoíris.

—¿A azúcar y colorante alimentario?

—Las dos cosas que más me gustan en el universo. Gracias por pagármelo el otro día, por cierto.

Había sido la invitación del miércoles de cita falsa de esa semana, aunque aquel día Olive estaba tan agobiada con el informe de Tom que apenas había sido capaz de intercambiar un par de palabras con Adam. Lo cual, tenía que reconocerlo, le había resultado un poco decepcionante.

—A todo esto, ¿dónde está Tom mientras tú y yo pasamos la noche del viernes trabajando a destajo?

—Ha salido. Tenía una cita, creo.

—¿Una cita? ¿Su novia vive aquí?

—Tom tiene muchas novias. En muchos lugares.

—Pero ¿alguna de ellas es falsa? —Le sonrió con ganas y se dio cuenta de que Adam estaba tentado de devolverle el gesto—. ¿Quieres medio dólar, entonces? ¿Por las patatas fritas?

—Quédatelo.

—Genial. Porque es más o menos un tercio de mi salario mensual.

Consiguió hacerlo reír de verdad y eso no solo le transformó el rostro, sino también todo el espacio en el que estaban. Olive tuvo que convencer a sus pulmones de que no dejaran de funcionar, de que siguieran absorbiendo oxígeno, y a su mirada de que no se perdiera en las arruguitas que se le formaban a Adam en las comisuras de los ojos ni en los hoyuelos del centro de las mejillas.

—Me alegra saber que el sueldo de los alumnos de posgrado no ha aumentado desde mis tiempos.

—¿Tú también te alimentabas de ramen instantáneo y plátanos cuando hacías el doctorado?

—No me gustan los plátanos, pero recuerdo haber comido muchas manzanas.

—Las manzanas son caras, derrochador fiscalmente irresponsable. —Olive lo miró con expresión inquisitiva y se planteó si estaría bien

preguntarle eso que se moría por saber. Se contestó que seguro que era inapropiado… y se lo preguntó de todos modos—: ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro.

—Ah. Ostras. —Creía que era más joven. O mayor, tal vez. Creía que existía en una dimensión sin edad. Era muy raro que le hubiera dicho un número. Que tuviera un año de nacimiento, casi una década anterior al suyo—. Yo tengo veintiséis. —Olive no tenía claro por qué le daba esa información que él no había pedido—. Es extraño pensar que tú también fuiste alumno.

—Ah, ¿sí?

—Sí. ¿También eras así cuando estudiabas en la universidad?

—¿Así?

—Ya sabes. —Le lanzó una mirada pícara—. Hostil e inaccesible.

Adam puso cara de querer matarla, pero Olive empezaba a no tomarse esas cosas demasiado en serio.

—Puede que fuera peor, de hecho.

—No me extrañaría. —Se hizo un silencio breve y cómodo mientras Olive se recostaba en el sofá y empezaba a atacar su bolsa de patatas fritas. Aquel aperitivo era todo lo que siempre había querido de una máquina expendedora—. Entonces, ¿las cosas mejoran?

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Hizo un gesto vago a su alrededor—. El mundo académico. ¿Mejora cuando acabas el doctorado? ¿Cuando tienes plaza de profesor?

—No. Uf, qué va.

La suposición pareció horrorizarlo tanto que a Olive le entró la risa.

—¿Por qué sigues aquí, entonces?

—No lo tengo claro. —En aquel momento, Olive le vio algo en la mirada que no logró interpretar del todo, pero… tampoco es que fuera una sorpresa. Desconocía muchas cosas de Adam Carlsen. Era un imbécil, pero con recovecos inesperados—. Hay una parte de falacia del costo irrecuperable, diría yo. Es difícil dejarlo cuando has invertido tanto tiempo y energía en ello. Pero la ciencia hace que valga la pena. Al menos cuando funciona.

Olive se quedó callada, valorando esas palabras, y se acordó de El Tío del baño. Le había dicho que el mundo académico era muchísimo esfuerzo a cambio de muy poca recompensa y que había que tener una buena razón

para seguir en él. Olive se preguntó qué habría sido de El Tío. Si habría conseguido doctorarse. Si sabría que había ayudado a alguien a tomar una de las decisiones más difíciles de su vida. Si tendría la menor idea de que, en algún lugar del mundo, había una chica que pensaba en su encuentro casual sorprendentemente a menudo. Lo dudaba.

—Sé que se supone que los años del doctorado son terribles para todo el mundo, pero es deprimente ver a los profesores titulares un viernes por la noche aquí en lugar de, no sé, en su casa viendo Netflix desde la cama o de cena con su novia…

—Creía que mi novia eras tú.

Olive le sonrió.

—No del todo.

«Pero, ya que sacas el tema: ¿por qué no tienes novia? Porque cada vez me resulta más complicado entenderlo. A no ser que no quieras tenerla y punto. A lo mejor es que te gusta estar solo, como sugiere hasta el último rasgo de tu comportamiento, y aquí estoy yo, dándote la plasta sin contemplaciones. Tendría que coger mis patatas y mi chocolatina y volver con mis dichosas muestras de proteínas, pero, no sé por qué, me resulta muy cómodo estar contigo. Y me siento atraída por ti, aunque no sé por qué.»

—¿Tienes pensado continuar en el mundo académico? —le preguntó él—. Cuando te doctores.

—Sí. Tal vez. No.

Adam sonrió y Olive se echó a reír.

—No lo tengo decidido.

—Ya.

—Es que… hay cosas que me encantan de este mundillo. Estar en el laboratorio, investigar. Tener ideas para estudios, sentir que estoy haciendo algo significativo. Pero, si sigo el camino académico, también tendré que hacer muchas otras cosas que…

Negó con la cabeza.

—¿Otras cosas?

—Sí. Las relaciones públicas, sobre todo. Redactar solicitudes de becas y convencer a la gente de que financie mi investigación. Hacer contactos, que tiene su propio círculo del infierno. Hablar en público e incluso en situaciones cara a cara en las que tengo que impresionar a la gente. De

hecho, esto último es lo peor. Cómo lo odio… Me estalla la cabeza y me bloqueo y todo el mundo me mira dispuesto a juzgarme y se me paraliza la lengua y empiezo a desear estar muerta y luego que *el mundo* esté muerto y… —Se fijó en cómo sonreía Adam y le lanzó una mirada lastimera—. Ya te haces una idea.

—Hay trucos para mejorar esos aspectos, si quieres. Solo hay que ensayar. Asegurarte de que tienes las ideas organizadas. Cosas así.

—Lo sé. Y lo intento… Es lo que hice antes de mi reunión con Tom, pero aun así me puse a tartamudear como una idiota cuando me hizo una pregunta sencilla. —«Y entonces tú me ayudaste, me ordenaste las ideas y me salvaste el culo sin siquiera pretenderlo»—. No sé. A lo mejor no me funciona bien el cerebro.

Él negó con la cabeza.

—Lo hiciste muy bien en la reunión con Tom, sobre todo si tenemos en cuenta que te viste obligada a tener a tu falso novio sentado al lado. —Olive no señaló que en realidad su presencia había mejorado las cosas—. Tom, desde luego, parecía impresionado, y eso es toda una hazaña. Y, si alguien metió la pata, está claro que fue él. Por cierto, siento que te hiciera eso.

—¿El qué?

—Obligarte a hablar de tu vida personal.

—Ah. —Olive desvió la mirada hacia el resplandor azul de la máquina expendedora—. No pasa nada. Fue hace tiempo. —Se sorprendió cuando se oyó continuar. Cuando sintió que *quería* continuar—. Todavía iba al instituto, de hecho.

—Eras… joven.

Había algo en el tono de voz de Adam, tal vez la serenidad, tal vez la ausencia de compasión manifiesta, que le resultaba tranquilizador.

—Tenía quince años. Un día mi madre y yo estábamos ahí, haciendo… ni siquiera sé muy bien qué. Haciendo kayak. Pensando en adoptar un gato. Discutiendo porque yo apilaba las cosas encima del cubo de la basura cuando ya estaba lleno y no me apetecía sacarlo. Y, antes de que me diera cuenta, le habían dado el diagnóstico y tres semanas después ya se había… —No pudo decirlo. Los labios, las cuerdas vocales, el corazón de Olive, se negaban a formar esas palabras. Así que se las tragó—. Los servicios de protección de la infancia no tenían ni idea de qué hacer conmigo hasta que fuera mayor de edad.

—¿Tu padre?

Hizo un gesto de negación.

—Nunca he sabido nada de él. Es gilipollas, según mi madre. —Se rio con suavidad—. Sin duda, el gen de no sacar nunca la basura me llegó por su lado. Y mis abuelos murieron cuando yo era pequeña, porque, por lo visto, eso es lo que le pasa a la gente que me rodea. —Intentó que fuera en tono de broma, lo intentó con todas sus fuerzas. Intentó no parecer resentida. Incluso creyó que lo había conseguido—. Estaba… sola.

—¿Qué hiciste?

—Estuve en un hogar de acogida hasta los dieciséis años, luego me emancipé. —Se encogió de hombros con la esperanza de sacudirse el recuerdo de encima—. Si lo hubieran detectado antes, aunque solo hubiesen sido unos meses… quizá aún estaría aquí. Quizá la cirugía y la quimioterapia hubiesen tenido algún efecto. Y a mí… siempre se me habían dado bien las cosas de ciencias, así que pensé que lo menos que podía hacer era…

Adam se hurgó en los bolsillos durante unos instantes y sacó una servilleta de papel arrugada. Olive se quedó mirándola, confusa, hasta que se dio cuenta de que, por alguna razón, se le habían humedecido las mejillas.

«Oh.»

—Adam, ¿acabas de ofrecerme un pañuelo usado?

—Pues… quizá. —Apretó los labios—. Me he dejado llevar por el pánico.

Olive se echó a reír a pesar de las lágrimas, aceptó el pañuelo asqueroso y lo utilizó para sonarse la nariz. A fin de cuentas, se habían besado dos veces. ¿Por qué no compartir unos cuantos mocos?

—Perdona. No suelo ser así.

—¿«Así» cómo?

—Llorona. No… No tendría que hablar de este tema.

—¿Por qué?

—Porque no. —Era difícil de explicar, la mezcla de dolor y cariño que afloraba cada vez que hablaba de su madre. Por eso casi nunca lo hacía y por eso odiaba tanto el cáncer. No solo le había arrebatado a la persona que más quería, sino que además había transformado los recuerdos más felices de su vida en algo agridulce—. Me vuelve llorona.

Él sonrió.

—Olive, puedes hablar de ello. Y deberías permitirte llorar.

Le pareció que lo decía en serio. Que podría haber continuado hablando de su madre durante todo el tiempo que hubiera querido y que él la habría escuchado con atención hasta el último segundo. Sin embargo, no tenía claro que estuviese preparada para ello. Así que hizo un gesto indefinido y cambió de tema.

—El caso es que aquí estoy, encantada con el trabajo de laboratorio y lidiando a duras penas con el resto: solicitudes, congresos, redes de contacto. La enseñanza. Las becas denegadas. —Olive señaló a Adam—. Propuestas de tesis suspendidas.

—¿Tu compañero de laboratorio sigue poniéndote las cosas difíciles?

Olive agitó la mano como para restarle importancia al asunto.

—No soy santa de su devoción, pero no pasa nada. Lo superará. —Se mordió el labio—. Siento lo de la otra noche. Fui una maleducada. Tienes todo el derecho a estar enfadado.

Adam negó con la cabeza.

—Tranquila. Comprendo que te sintieras así.

—Y yo entiendo tus razones. Lo de no querer formar a una nueva generación de científicos mileniales cutres.

—Creo que nunca he utilizado la expresión «científicos mileniales cutres».

—Pero, para que lo sepas, sigo pensando que no hace falta ser tan desagradable cuando ofreces una crítica. Captamos la esencia de lo que dices, aunque proporciones la información de una forma más amable.

La miró fijamente durante un buen rato. Luego asintió una sola vez.

—Tomo nota.

—¿Vas a ser menos duro, entonces?

—Es poco probable.

Olive suspiró.

—Mira, cuando no me queden amigos y todo el mundo me odie por este rollo de la relación falsa, me sentiré supersola y tendrás que quedar conmigo todos los días. Te daré la lata a todas horas. ¿De verdad te vale la pena ser cruel con todos los alumnos del programa?

—Sin duda.

La joven volvió a suspirar, esta vez con una sonrisa, y le apoyó un lado de la cabeza en el hombro. Puede que fuera un poco atrevido, pero le salió de forma natural… Quizá porque parecían tener cierta facilidad para meterse en situaciones que requerían algún tipo de demostración pública de afecto, quizá por todo lo que habían estado hablando, quizá porque era tarde y de noche. Adam… Bueno, no actuó como si le molestara. Se limitó a seguir allí, junto a la sien de Olive, tranquilo, relajado, cálido y firme bajo el algodón de la camiseta negra. Dio la sensación de que pasaba mucho rato antes de que rompiera el silencio.

—No me arrepiento de haberle pedido a Greg que revisara su propuesta, pero sí siento haber creado una situación que lo llevó a desquitarse contigo. Y que, mientras esto continúe, pueda volver a suceder.

—Pues yo siento los mensajes que te envié —repitió ella—. Y eres majo. Aunque seas hostil e inaccesible.

—Me alegra saberlo.

—Tengo que volver al laboratorio. —Se enderezó y se masajeó la base del cuello con una mano—. Hay una electrotransferencia desastrosa que no va a arreglarse sola.

Adam parpadeó y le destellaron los ojos, como si no se esperara que Olive fuera a marcharse tan pronto. Como si quisiera que se quedase.

—¿Por qué es desastrosa?

Olive gruñó.

—Es que… —Cogió el móvil, pulsó el botón de inicio y buscó una foto de su última electrotransferencia—. ¿Ves? —Señaló la proteína objetivo—. Esto… No tendría que…

Adam asintió, pensativo.

—¿Estás segura de que la muestra inicial estaba bien? ¿Y el gel?

—Sí, ni aguado ni seco.

—Puede que el problema sea el anticuerpo.

Olive levantó la vista hacia él.

—¿Tú crees?

—Sí. Yo comprobaría la disolución y el tampón. Si no es eso, también podría ser que el anticuerpo secundario esté estropeado. Si sigue sin funcionarte, pásate por mi laboratorio y te prestamos el nuestro. Y lo mismo si necesitas cualquier otro tipo de equipos o suministros. Si necesitas algo, pídeselo a mi jefe de laboratorio.

—¡Vaya! Gracias. —Olive sonrió—. Ahora sí que me da un poco de pena que no puedas estar en mi tribunal de control de tesis. A ver si va a ser que los rumores sobre tu crueldad son demasiado exagerados…

A él se le curvó la comisura de la boca.

—¿A ver si va a ser que tú sacas lo mejor de mí?

Olive esbozó una gran sonrisa.

—Pues a lo mejor tengo que quedarme en el mundo académico, entonces. Ya sabes, para salvar al departamento de tu terrible mal humor.

Adam le echó un vistazo a la foto de la electrotransferencia fallida que Olive tenía en la mano.

—Bueno, no parece que vayas a graduarte precisamente pronto.

Ella medio se rio, medio gritó.

—Madre mía. ¿Acabas de…?

—Desde un punto de vista objetivo…

—Es lo más borde y mezquino…

Olive estaba muerta de risa, se sujetaba la tripa con una mano mientras lo señalaba con la otra.

—… basándome en tu electrotransferencia…

—… que cualquier persona podría decirle *jamás* a una doctoranda. Jamás.

—Creo que podría decir cosas peores. Si me pongo a ello en serio.

—Hemos terminado. —Olive deseó no estar sonriendo, porque tal vez entonces Adam la tomara en serio en lugar de mirarla con esa expresión paciente y divertida—. En serio. Fue bonito mientras duró.

Hizo ademán de levantarse y marcharse indignada, pero él la agarró por la manga de la camisa y tiró con suavidad de ella hasta que volvió a sentarse a su lado en el estrecho sofá… puede que incluso un poco más cerca que antes. Ella seguía fulminándolo con la mirada, pero él solo respondía con indiferencia, a todas luces imperturbable.

—Tardar más de cinco años en doctorarse no tiene nada de malo —dijo él en tono conciliador.

Olive resopló.

—Tú solo quieres tenerme aquí para siempre. Hasta reunir la denuncia del Título IX más grande, más gorda y más sólida que haya existido.

—Ese ha sido mi plan desde el principio, es cierto. La única razón por la que te di un beso sin venir a cuento.

—Uf, calla. —Olive bajó la barbilla hacia el pecho, se mordió el labio y acarició la esperanza de que Adam no se fijara en que estaba sonriendo como la boba que era—. Oye, ¿puedo preguntarte una cosa?

Él la miró expectante, algo que parecía hacer mucho últimamente, así que Olive continuó en un tono más suave y tranquilo:

—¿Por qué estás haciendo todo esto en realidad?

—¿El qué?

—La relación falsa. Entiendo que no quieras que consideren que tu riesgo de fuga es alto, pero… ¿Por qué no tienes novia *de verdad?* Porque, a ver, no eres tan horrible.

—Vaya piropazo.

—No, venga, me refería a que… Basándome en tu comportamiento de novio falso, estoy segura de que a muchas mujeres… bueno, a *algunas* mujeres les encantaría salir contigo formalmente. —Volvió a morderse el labio y jugueteó con el agujero que se le estaba abriendo en la rodilla de los vaqueros—. Somos amigos. Cuando empezamos no lo éramos, pero ahora sí. Puedes contármelo.

—¿Somos amigos?

Ella asintió. «Sí. Claro que lo somos. Venga ya.»

—Bueno, acabas de romper uno de los principios más sagrados de las amistades académicas al mencionar la posible duración de mi doctorado. Pero te perdonaré si me cuentas si esto es de verdad mejor para ti que… ya sabes, tener una novia *real*.

—Lo es.

—¿En serio?

—Sí.

Parecía sincero. Era sincero. Adam no era de los que mentían; Olive habría puesto la mano en el fuego por ello.

—Pero ¿por qué? ¿Te gustan los manoseos propiciados por la crema solar? ¿Y tener la oportunidad de donar cientos de dólares al Starbucks del campus?

Él sonrió sin ganas. Y después dejó de hacerlo. Tampoco la miró a ella, sino al envoltorio de plástico arrugado que Olive había arrojado sobre la mesa hacía unos minutos.

Adam tragó saliva y la chica lo vio apretar la mandíbula.

—Olive. —Respiró hondo—. Deberías saber que…

—¡Ay mi madre!

Ambos se asustaron, Olive bastante más que Adam, y se volvieron hacia la entrada. Jeremy estaba ahí de pie, con una mano teatralmente posada sobre el esternón.

—Casi me cago del susto. ¿Qué hacéis ahí sentados a oscuras?

«¿Qué haces *tú* aquí?», pensó Olive en un tono no muy educado.

—Nada, charlar —contestó.

En realidad, no le parecía una buena descripción de lo que estaba ocurriendo, aunque no terminaba de tener claro el porqué.

—Me habéis asustado —repitió Jeremy—. ¿Estás con lo del informe, Ol?

—Sí. —Le lanzó una mirada rápida a Adam, que permanecía inmóvil e inexpresivo a su lado—. Solo me había tomado un descanso rápido. Estaba a punto de volver al trabajo, de hecho.

—Ah, guay. Yo también. —Jeremy sonrió y señaló en dirección a su laboratorio—. Tengo que ir a aislar un montón de moscas de la fruta vírgenes. Antes de que dejen de ser vírgenes, ya sabes. —Movió las cejas en un gesto cómico y obsceno, y Olive tuvo que obligarse a soltar una risita poco convincente. Por lo general, le gustaba el sentido del humor de Jeremy. Por lo general. Ahora solo deseaba… No tenía claro lo que deseaba —. ¿Vienes, Ol?

«No, estoy bien aquí, gracias.»

—Sí.

Se puso en pie de mala gana. Adam hizo lo mismo, recogió los envoltorios y su botella vacía y los lanzó a su correspondiente contenedor de reciclaje.

—Buenas noches, doctor Carlsen —le dijo Jeremy desde la entrada.

Adam se limitó a saludarlo con un gesto de la cabeza, algo brusco. La expresión de su rostro era, una vez más, imposible de descifrar.

«Supongo que se acabó, entonces», pensó Olive. No tenía ni idea de dónde había salido el peso que sentía en el pecho. Seguro que solo era cansancio. Que había comido demasiado, o no lo suficiente.

—Ya nos veremos, Adam, ¿no? —murmuró antes de que él se encaminara hacia la entrada y saliese de la sala.

Habló en voz baja para que Jeremy no la oyera. A lo mejor Adam tampoco la había oído. Si no fuera por que se detuvo un momento. Y luego,

cuando pasó junto a ella, Olive tuvo la sensación de que le rozaba el dorso de la mano con los nudillos.

—Buenas noches, Olive.

Capítulo nueve

❤ HIPÓTESIS: Cuanto más mencione un archivo adjunto en un correo electrónico, menos probable será que adjunte dicho archivo.

SÁBADO, 18:34
DE: Olive-Smith@stanford.edu
PARA: Tom-Benton@harvard.edu
ASUNTO: Re: Informe sobre el estudio del cáncer de páncreas

Hola, Tom:

Aquí está el informe que me pedisteis, con una descripción detallada de lo que he hecho hasta ahora, así como mis ideas sobre las direcciones futuras y los recursos que necesitaré para desarrollarlo. ¡Tengo ganas de conocer tu opinión sobre mi trabajo!

Cordialmente,
Olive

SÁBADO, 18:35
DE: Olive-S mith@stanford.edu
PARA: Tom-Benton@harvard.edu
ASUNTO: Re: Informe sobre el estudio del cáncer de páncreas

Hola, Tom:

Lo siento, se me olvidó el archivo adjunto.

Cordialmente,
Olive

Hoy, 15:20
DE: Tom-Benton@harvard.edu
PARA: Olive-Smith@stanford.edu
ASUNTO: Re: Informe sobre el estudio del cáncer de páncreas

Olive:

He terminado de leer el informe. ¿Podrías venir a casa de Adam para comentarlo? ¿Te va bien mañana por la mañana (martes) a las nueve? Adam y yo nos vamos a Boston el miércoles por la tarde.

TB

A Olive se le aceleró el corazón, aunque no supo si por la idea de ir a casa de Adam o por pensar en recibir la respuesta de Tom. Le envió un mensaje a Adam enseguida.

Olive: Tom acaba de invitarme a tu casa para hablar del informe que le he enviado. ¿Te parece bien que vaya?

Adam: Por supuesto. ¿Cuándo?

Olive: Mañana a las 9 de la mañana. ¿Tú estarás?

Adam: Lo más seguro. No hay carril bici hasta mi casa. ¿Quieres que te acerque? Puedo pasar a buscarte.

Lo pensó unos instantes y decidió que la idea le gustaba demasiado.

Olive: Me llevará mi compañero de piso, pero gracias por ofrecerte.

Malcolm la dejó frente a una hermosa casa colonial española con las paredes de estuco y las ventanas arqueadas, y se negó a abandonar el camino de acceso hasta que Olive accedió a guardarse un bote de gas pimienta en la mochila. La joven recorrió el camino de baldosas de ladrillo

hasta la entrada, maravillada por el verde del jardín y el ambiente acogedor del porche. Estaba a punto de llamar al timbre cuando oyó su nombre.

Adam estaba detrás de ella, bañado en sudor y sin duda recién llegado de su carrera matutina. Llevaba gafas de sol, pantalones cortos y una camiseta de «Atlemáticos» de Princeton que se le pegaba al pecho. De todo el conjunto, lo único que no era negro eran los AirPods que tenía en las orejas y asomaban entre las ondas húmedas del pelo. Olive sintió que se le curvaban las mejillas hacia arriba e intentó imaginar qué estaría escuchando Adam. Seguro que Coil o Kraftwerk. The Velvet Underground. Una charla TED sobre el uso eficiente del agua en el paisajismo. Ruidos de ballenas.

Habría dado medio sueldo por pasar cinco minutos a solas con el móvil de Adam y jugar con su lista de reproducción. Añadir a Taylor Swift, a Beyoncé, quizá un poco de Ariana. Ampliar sus horizontes. Las gafas oscuras le impedían verle los ojos, pero no le hizo falta. Adam había sonreído nada más verla, una sonrisa leve pero indudable.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Olive se dio cuenta de que llevaba todo ese rato mirándolo sin parar.

—Hum, sí. Perdón. ¿Y tú?

Él asintió.

—¿Te ha costado encontrar la casa?

—No. Estaba a punto de llamar a la puerta.

—No hace falta. —Pasó junto a ella, le abrió la puerta y esperó a que entrara para cerrarla a su espalda. Olive captó su olor durante un segundo (a sudor, jabón y algo oscuro y bueno) y volvió a sorprenderse de lo familiar que se había vuelto para ella—. Supongo que Tom estará por aquí.

La casa de Adam era luminosa, espaciosa y estaba amueblada con sencillez.

—¿No hay animales disecados? —preguntó ella en voz baja.

Adam estaba sin duda a punto de hacerle un gesto grosero con el dedo cuando encontraron a Tom en la cocina tecleando en el portátil. Levantó la mirada hacia Olive y sonrió… Y eso, esperó la joven, era una buena señal.

—Gracias por venir, Olive. No sabía si me daría tiempo a ir al campus antes de marcharme. Siéntate, por favor.

Adam desapareció de la habitación, quizá para ir a darse una ducha, y Olive sintió que se le desbocaba el corazón. Tom había tomado una decisión. Su destino iba a definirse en los próximos minutos.

—¿Puedes aclararme un par de cosas? —preguntó Tom, que giró el portátil hacia ella y señaló una de las figuras que le había enviado—. Solo quiero asegurarme de que entiendo bien tus protocolos.

Cuando Adam regresó veinte minutos más tarde, con el pelo húmedo y vestido con una de sus diez millones de camisetas negras con botones en el pecho (que eran todas un pelín diferentes y, sin embargo, conseguían ajustarse a su cuerpo de la manera más irritantemente perfecta), Olive estaba a punto de concluir una explicación de sus análisis de ARN. Tom iba tomando notas en el portátil.

—Cuando terminéis, te llevo al campus, Olive —se ofreció Adam—. Tengo que ir para allá, de todos modos.

—Ya hemos terminado —dijo Tom sin dejar de escribir—. Es toda tuya.

«Ah.» Olive asintió y se levantó con cautela. Tom no le había dado una respuesta. Le había hecho muchas preguntas interesantes e inteligentes sobre su proyecto, pero no le había dicho si quería trabajar con ella el año siguiente. ¿Querría decir eso que la respuesta era un no, pero que prefería no comunicárselo a Olive en casa de su «novio»? ¿Y si en realidad nunca había creído que mereciera la pena financiar su trabajo? ¿Y si solo lo había fingido porque Adam era su amigo? Adam le había dicho que Tom no era de esos, pero ¿y si se equivocaba y ahora…?

—¿Lista para marcharte, entonces? —le preguntó Adam.

Olive cogió la mochila mientras trataba de recuperar la compostura. Estaba bien. No pasaba nada. Ya lloraría más tarde.

—Sí. —Se balanceó una vez sobre los talones y le lanzó a Tom una última mirada. Por desgracia, parecía absorto en su portátil—. Adiós, Tom. Ha sido un placer conocerte. Que tengas un buen viaje de vuelta.

—Lo mismo digo —contestó él sin mirarla siquiera—. He tenido muchas conversaciones interesantes.

—Ya.

Seguro que había sido por la parte del pronóstico basado en el genoma, pensó Olive mientras seguía a Adam hacia el exterior de la habitación. Tenía la sospecha de que no estaba demasiado bien, pero había sido idiota y le había enviado el informe de todos modos. Idiota, idiota, *idiota*. Tendría que haberla reforzado. Ahora lo más importante era evitar llorar hasta que estuviera…

—Y Olive… —añadió Tom.

Se detuvo bajo el marco de la puerta y se volvió para mirarlo.

—¿Sí?

—Nos vemos el año que viene en Harvard, ¿no? —Por fin apartó la vista del ordenador y la desvió hacia ella—. Tengo la mesa perfecta reservada para ti.

Le estalló el corazón. Le explotó de alegría en el pecho y Olive sintió que una violenta ola de felicidad, orgullo y alivio la inundaba. Podría haberse desplomado contra el suelo sin problema, pero, gracias a algún milagro de la biología, consiguió mantenerse erguida y sonreír a Tom.

—Me muero de ganas —dijo con la voz cargada de lágrimas de felicidad—. Muchas gracias.

Él le guiñó un ojo y le dedicó una última sonrisa, amable y alentadora. Olive logró por los pelos esperar a estar fuera antes de golpear el aire con el puño en señal de victoria, saltar unas cuantas veces y repetir lo del puño.

—¿Has terminado? —preguntó Adam.

Se dio la vuelta, recordando que no estaba sola. Adam tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se tamborileaba con los dedos en el bíceps. La miraba con una expresión indulgente y… Olive debería haberse avergonzado, pero no pudo evitarlo. Se abalanzó sobre él y se abrazó a su torso con todas sus fuerzas. Cerró los ojos cuando, tras unos segundos de vacilación, él también la rodeó con los brazos.

—Felicidades —le susurró en voz baja junto al pelo.

Y, sin más, Olive volvió a encontrarse al borde de las lágrimas.

Ya en el coche de Adam —un Prius, para sorpresa de exactamente nadie—, y mientras iban camino del campus, Olive estaba tan feliz que le resultaba imposible estar callada.

—Me llevará a su laboratorio. Ha dicho que me llevará.

—Sería idiota si no lo hiciera. —Adam sonreía con suavidad—. Sabía que lo haría.

—¿Te lo había dicho? —Abrió los ojos como platos—. Lo sabías y ni siquiera me lo habías…

—No lo sabía. No hemos hablado de ti.

—¿No? —Ladeó la cabeza y se recolocó en el asiento del coche para mirarlo mejor—. ¿Por qué?

—Un acuerdo tácito. Podría suponer un conflicto de intereses.

—Claro.

Vale. Tenía sentido. Amigo íntimo y novia. Novia falsa, más bien.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió él.

Olive asintió.

—Hay muchos laboratorios oncológicos en Estados Unidos. ¿Por qué elegiste el de Tom?

—Bueno, en realidad no lo elegí… Intenté ponerme en contacto por correo con varias personas, dos de las cuales están en la Universidad de California San Francisco, que está mucho más cerca que Boston. Pero Tom fue el único que me contestó. —Apoyó la cabeza en el asiento. Pensó por primera vez en que iba a tener que abandonar su vida durante todo un año. Su apartamento con Malcolm, sus noches con Anh. Incluso a Adam. Se sacó la idea de la cabeza de inmediato porque no estaba lista para planteárselo—. A todo esto, ¿por qué los profesores nunca responden a los correos de los alumnos?

—Porque recibimos unos doscientos al día y la mayoría son iteraciones de «¿Por qué me has puesto un cinco?». —Se quedó callado un momento—. Mi consejo para el futuro es que sea tu directora de tesis quien les escriba en lugar de hacerlo tú.

Ella asintió y tomó buena nota de la información.

—En cualquier caso, me alegro de que me haya salido lo de Harvard. Va a ser genial. Tom tiene muchísimo renombre en este campo y la cantidad de trabajo que puedo hacer en su laboratorio no tiene límites. Me pasaré las veinticuatro horas del día haciendo estudios y, si los resultados son los que creo que serán, podré publicar en revistas de alto impacto y, seguramente, poner en marcha un ensayo clínico dentro de solo unos años. —Se sentía embriagada por la perspectiva—. ¡Oye, ahora tenemos un colaborador en común, además de ser excelentes compañeros de relación falsa! —De repente, sintió curiosidad—. A todo esto, ¿de qué va la gran beca que os han concedido a Tom y a ti?

—Modelos basados en células.

—*¿Off-lattice?*

Él asintió.

—Ostras. Eso es genial.

—Es el proyecto más interesante en el que estoy trabajando, sin duda. Además, hemos conseguido la beca justo en el momento oportuno.

—¿A qué te refieres?

Guardó silencio durante unos segundos mientras se cambiaba de carril.

—Es distinta de mis otras becas, en las que estudio sobre todo cosas genéticas. Es un campo interesante, no me malinterpretes, pero, tras diez años investigando siempre lo mismo, estaba estancado.

—¿Quieres decir… aburrido?

—Como una ostra. Incluso me planteé brevemente marcharme a la industria.

Olive contuvo una exclamación. Abandonar el mundo académico para saltar a la industria se consideraba la máxima traición.

—No te preocupes. —Adam sonrió—. Tom salvó la situación. Cuando le dije que ya no me lo pasaba bien trabajando, hicimos una lluvia de ideas sobre posibles nuevas líneas de investigación, encontramos algo que nos apasionaba a los dos y solicitamos la beca.

Olive experimentó una repentina oleada de gratitud hacia Tom. No solo iba a rescatar su proyecto, sino que además era la razón de que Adam siguiera allí. La razón de que ella hubiera tenido la oportunidad de conocerlo.

—Debe de ser genial volver a sentir ilusión por el trabajo.

—Pues sí. El mundo académico te quita mucho y te devuelve muy poco. Es difícil seguir adelante cuando no tienes una buena razón para ello.

Olive asintió con aire distraído y pensó que aquellas palabras le sonaban de algo. No solo por el contenido, sino también por la forma de decirlas. Pero no le sorprendió: era justo lo que El Tío del baño le había dicho hacía años. «El mundo académico es muchísimo esfuerzo a cambio de muy poca recompensa. Lo que importa es si tu *razón* para entrar en él es lo bastante buena.»

De repente, algo le hizo clic en el cerebro.

La voz profunda. El pelo oscuro borroso. La forma de hablar, escueta y precisa. ¿Serían El Tío del baño y Adam…?

No. Imposible. El Tío era un alumno…, aunque ¿lo había dicho explícitamente? No. No, lo que había dicho era que «Este es el baño de mi laboratorio» y que llevaba allí seis años. Y no le había respondido cuando le había preguntado si le quedaba poco para doctorarse y…

Imposible. Improbable. Inconcebible.

Como todo lo que tenía que ver con Adam y Olive.

Ay Dios. ¿Y si fuera cierto que se habían conocido hacía años? De todas formas, seguro que él no se acordaba. Segurísimo. En aquel entonces Olive era una mindundi. Seguía siendo una mindundi. Pensó en preguntárselo, pero ¿para qué? Él no tenía ni idea de que una conversación de cinco minutos con él había sido justo el empujón que Olive necesitaba. Ni de que llevaba años pensando en él.

Olive recordó las últimas palabras que le había dicho aquel día, «Quizá nos veamos el año que viene», y, ay, si lo hubiera sabido. Sintió una oleada de algo cálido y suave en aquella parte blanda y tierna de su cuerpo que guardaba con más cuidado. Miró a Adam y creció aún más, se tornó más intenso, más caliente.

«Tú —pensó—. Tú. Eres el tío más…»

«El peor…»

«El mejor…»

Olive se echó a reír y negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó él, desconcertado.

—Nada. —Le sonrió—. Nada. Oye, ¿sabes qué? Tendríamos que ir a tomarnos un café. Para celebrarlo.

—¿Celebrar qué?

—¡Todo! Tu beca. Mi año en Harvard. Lo bien que va nuestra relación falsa.

Lo más probable era que fuese injusto que se lo pidiera, ya que su falsa cita para tomar café no era hasta el día siguiente. Pero el miércoles anterior no habían tenido más que unos minutos y, desde el viernes por la noche, Olive había tenido que arrancarse el teléfono de las manos a la fuerza unas treinta veces para evitar enviarle mensajes sobre cosas que no debían de importarle lo más mínimo. Adam no quería saber que tenía razón y que el problema de su electrotransferencia era el anticuerpo. Era imposible que él le hubiera contestado si el sábado a las diez de la noche, cuando Olive se moría de ganas de saber si estaba en su despacho, le hubiera mandado aquel «Eh, ¿qué andas haciendo?» que había escrito y borrado dos veces. Y se alegraba de haber terminado echándose atrás y no haberle reenviado el artículo de *The Onion* sobre consejos para protegerse del sol.

Lo más probable era que fuese injusto que se lo pidiera, pero, aun así, era un día trascendental y tenía ganas de celebrarlo. Con él.

Adam se mordió el interior de la mejilla con aire pensativo.

—¿Será un café de verdad o una manzanilla?

—Depende. ¿Vas a ponerte borde y de mal humor conmigo?

—Sí, si te pides cosas con sabor a calabaza.

Ella lo miró con mala cara.

—No tienes gusto. —El móvil de Olive emitió el pitido de un recordatorio—. Uy, y también tendríamos que ir al Gripella. Antes del café.

Adam frunció el ceño.

—Me da miedo preguntar qué es eso.

—El Gripella —repitió Olive, aunque, a juzgar por lo profunda que se hizo la arruga que le cruzaba la frente a Adam, no sirvió de nada—. La vacunación masiva contra la gripe para el profesorado, el personal y los alumnos. Gratis.

Adam hizo una mueca.

—¿Se llama Gripella?

—Sí, como el festival. ¿Coachella?

Estaba claro que a Adam no le sonaba de nada.

—¿No recibes los correos electrónicos de la universidad sobre estas cosas? Han mandado al menos cinco.

—Tengo un filtro muy bueno para el correo no deseado.

Ahora fue Olive quien arrugó el entrecejo.

—¿Te bloquea también los correos de Stanford? Porque no debería. A lo mejor acaba filtrándote mensajes importantes de la administración y de los alumnos y…

Adam enarcó una ceja.

—Ah, vale.

«No te rías. No te rías. No tiene por qué saber lo mucho que te hace reír.»

—Bueno —insistió—, tendríamos que ir a ponernos la vacuna contra la gripe.

—No me hace falta.

—¿Ya te las has puesto?

—No.

—Estoy bastante convencida de que es obligatorio para todos.

La posición de los hombros de Adam transmitía con claridad que, por supuesto, él *no* era todo el mundo.

—Nunca me pongo enfermo.

—Lo dudo.

—Pues allá tú.

—Oye, la gripe es más grave de lo que crees.

—No es tan horrible.

—Lo es, sobre todo para la gente como tú.

—¿Como yo?

—Ya sabes… la gente de cierta edad.

A Adam se le curvó la comisura de los labios cuando entró en el aparcamiento del campus.

—Listilla.

—Venga. —Olive se echó hacia delante y le dio unos golpecitos en el bíceps con el dedo índice. A esas alturas ya se habían tocado mucho. En público, a solas y en una mezcla de ambas situaciones. No era una sensación rara. Era una sensación buena y natural, como cuando Olive estaba con Anh o Malcolm—. Vamos juntos.

Adam no se movió y aparcó en paralelo en un sitio en el que Olive habría tardado unas dos horas de maniobras en entrar.

—No tengo tiempo.

—Acabas de acceder a ir a tomar un café. Algo de tiempo sí debes de tener.

Terminó de aparcar en menos de un minuto y apretó los labios. No le contestó.

—¿Por qué no quieres ponértela? —Lo observó con desconfianza—. ¿No serás una especie de antivacunas?

Ay, si las miradas pudieran matar.

—Vale. —Olive frunció el ceño—. ¿Entonces por qué?

—Es un engorro y no vale la pena.

¿Era eso nerviosismo? ¿Se estaba mordiendo el interior del labio?

—Se tardan literalmente diez minutos. —Se acercó a él y le tiró de la manga de la camiseta—. Llegas allí, escanean tu tarjeta de la universidad. Te ponen la inyección. —Sintió en las yemas de los dedos que a Adam se le tensaban los músculos cuando pronunció la última palabra—. Está chupado, y lo mejor es que te libras de la gripe durante todo un año. Es lo más… Uy.

Olive se tapó la boca con la mano.

—¿Qué?

—Ay, Dios mío.

—¿Qué?

—¿Te dan…? Uf, Adam.

—¿Qué?

—¿Te dan miedo las agujas?

Se quedó quieto. Inmóvil por completo. Ya ni siquiera respiraba.

—No me dan *miedo* las agujas.

—No pasa nada —dijo ella en un tono lo más tranquilizador posible.

—Lo sé, porque no me dan…

—Este es un espacio seguro para ti y tu miedo a las agujas.

—No me dan miedo…

—Lo entiendo, las agujas son *terroríficas*.

—No es…

—Tienes derecho a tener miedo.

—*No* me dan miedo —replicó, con un poco más de contundencia de la necesaria, y luego se dio la vuelta, carraspeó y se rascó un lado del cuello.

Olive apretó los labios y dijo:

—Pues a mí sí me daban miedo. —Él la miró con curiosidad, así que continuó—: De pequeña. Mi… —Necesitó aclararse la garganta—. Mi madre tenía que sujetarme dándome un abrazo de oso cada vez que tocaba ponerme una vacuna, porque si no me movía demasiado. Y tenía que sobornarme con helado, pero el problema era que yo lo quería *inmediatamente* después de la inyección. —Se echó a reír—. Así que me compraba un sándwich helado antes de la cita con el médico y, para cuando llegaba el momento de dármelo, se le había derretido en el bolso y montado un desastre horroroso y…

«Porras.» Estaba llorando. Otra vez. Delante de Adam. *Otra vez*.

—Parece que era una persona encantadora —dijo Adam.

—Lo era.

—Y, para que quede claro, no me dan miedo las agujas —repitió, esta vez con una voz cálida y amable—. Solo me parecen… asquerosas.

Olive se sorbió la nariz y levantó la mirada hacia él. La tentación de abrazarlo era casi irresistible. Pero ya lo había hecho hacía un rato, así que se conformó con darle una palmadita en el brazo.

—Ohhh.

Adam le lanzó una mirada asesina.

—A mí no me vengas con «Ohhh».

Adorable. Era adorable.

—No, en serio, es que son asquerosas. Se te meten dentro y luego sangras. Esa sensación … puaj.

Olive bajó del coche y esperó a que él hiciera lo mismo. Cuando lo tuvo de nuevo al lado, le sonrió con una expresión tranquilizadora.

—Lo entiendo.

—Ah, ¿sí? —No parecía convencido.

—Sí. Son terribles.

Seguía desconfiando un poco.

—Ya lo sé.

—Y aterradoras. —Le rodeó el codo con una mano y empezó a tirar de él en dirección a la carpa del Gripella—. Aun así, tienes que superarlo. Por la ciencia. Voy a llevarte a que te vacunen de la gripe.

—Pero…

—No es negociable. Te agarraré la mano mientras te la ponen.

—No hace falta que me agarres la mano. Porque no voy a ir.

Pero ya *estaba* yendo. Podría haberse plantado en el sitio y haberse negado a dar un solo paso, y entonces se habría convertido en un objeto inamovible; Olive no habría tenido forma de arrastrarlo a ninguna parte. Y, sin embargo…

Olive fue bajando la mano hasta agarrarle la muñeca y lo miró.

—Claro que vas a ir.

—Por favor. —Parecía estar sufriendo—. No me obligues.

Era *tan* adorable.

—Es por tu propio bien. Y por el bien de los ancianos que puedas tener cerca. De los aún más ancianos que tú, quiero decir.

Suspiró, derrotado.

—Olive.

—Venga. A lo mejor tenemos suerte y nos ve el director del departamento. Y luego te compraré un sándwich helado.

—¿Tendré que pagarlo yo? —Parecía haberse resignado.

—Seguramente. Aunque, bueno, mejor olvídate de lo del helado, que supongo que de todas maneras tampoco te gusta porque no disfrutas de ninguna de las cosas buenas de la vida. —Siguió caminando, mordiéndose el labio inferior con aire pensativo—. ¿A lo mejor en la cafetería tienen brócoli crudo?

—No merezco este maltrato verbal además de la vacuna de la gripe.

Olive sonrió de oreja a oreja.

—Eres todo un valiente. Y eso que la gran aguja malota va a por ti.

—Eres una listilla.

Y, aun así, no se resistió cuando continuó tirando de él hacia la carpa.

Eran las diez de una mañana de principios de septiembre y el sol ya brillaba con demasiada fuerza. Olive sentía su calor bajo la camisa de algodón. Las hojas de los liquidámbares seguían siendo de un color verde intenso y no mostraban síntomas de cambio. Era diferente al de los últimos años, ese verano que no parecía querer terminar, que se dilataba pleno y maduro más allá del comienzo del semestre. Los alumnos de grado debían de estar dando cabezadas en sus clases de media mañana o todavía dormidos en la cama, porque, por una vez, faltaba el ambiente de caos agobiado que siempre impregnaba el campus de Stanford. Y Olive… Olive tenía un laboratorio para el año siguiente. Todo aquello por lo que había trabajado desde los quince años iba a suceder al fin.

La vida no podía mejorar mucho más.

Sonrió e inhaló el olor de los macizos de flores; tarareó una melodía en voz baja mientras Adam y ella caminaban en silencio, el uno al lado del otro. Cuando cruzaron el patio interior, bajó los dedos desde la muñeca de Adam hacia la palma y los cerró a su alrededor.

Capítulo diez

❤ HIPÓTESIS: Si me enamoro, las cosas terminarán mal de manera invariable.

El ratón noqueado llevaba colgado de un cable un tiempo que debería haber sido imposible teniendo en cuenta que lo había modificado genéticamente. Olive frunció el ceño y apretó los labios. El ratón carecía de un ADN crucial. Le había borrado todas las proteínas relacionadas con colgarse de un cable. Era imposible que aguantara tanto tiempo. Ese era el objetivo de eliminar esos estúpidos genes…

Se le iluminó el móvil y miró la pantalla con el rabillo del ojo. Alcanzó a leer el nombre del remitente (Adam), pero no el contenido del mensaje. Eran las 8:42 del miércoles, así que enseguida se preocupó por si lo que quería era cancelar su cita falsa. A lo mejor pensaba que, como había dejado que Olive le eligiera un sándwich helado el día anterior después del Gripella (que ni confirmaba ni desmentía haber terminado comiéndose ella), ya no tenían que verse hoy. Quizá no debiera haberlo obligado a sentarse en un banco con ella para contar los maratones que habían corrido cada uno, y seguro que le había parecido una pesada cuando le había robado el teléfono, había descargado su aplicación para correr favorita y luego se había enviado una solicitud de amistad a sí misma. En aquel momento le dio la sensación de que a él le parecía gracioso, pero a lo mejor no era así.

Olive se miró las manos enguantadas y luego le echó otro vistazo a su ratón, que seguía agarrado al cable.

—Tío, deja de esforzarte tanto. —Se agachó hasta que la jaula le quedó a la altura de la cabeza. El animalillo sacudía las patitas mientras movía la cola de un lado a otro—. Se supone que esto se te da mal. Y se supone que yo tengo que escribir una tesis sobre lo mal que se te da. Y luego tú te llevas un trozo de queso y yo un trabajo de verdad con un sueldo de verdad y el

placer de decir «no soy ese tipo de doctora» cuando a alguien le da un ataque en mi avión.

El ratón chilló y se soltó del cable; cayó al suelo de la jaula de pruebas con un golpe seco.

—Con eso me basta.

Se deshizo enseguida de los guantes y desbloqueó el móvil con el pulgar.

Adam: `Me duele el brazo.`

Al principio pensó que le estaba dando la razón por la que no podían quedar. Luego recordó que ella también se había frotado el brazo dolorido al despertarse.

Olive: `¿De la vacuna?`

Adam: `Duele muchísimo.`

Se le escapó una risita. Estaba convencida de que no era ese tipo de chica, pero ahí estaba, tapándose la boca con la mano y… sí, riéndose como una tonta en medio del laboratorio. El ratón la miraba fijamente, con una mezcla de juicio y sorpresa en los ojillos rojos. Olive le dio la espalda a toda prisa y volvió a centrarse en el teléfono.

Olive: `Ay, Adam. Lo siento mucho.`

Olive: `¿Quieres que vaya y te dé un besito de sana, sana, culito de rana?`

Adam: `No me dijiste que iba a dolerme tanto.`

Olive: `Como me dijeron una vez, mi trabajo no consiste en gestionar tu capacidad de regular las emociones.`

La respuesta de Adam fue un único emoji (una mano amarilla con el dedo corazón levantado) y a Olive se le tensaron las mejillas de lo mucho que sonrió. Estaba a punto de responder con un emoji de beso cuando una voz la interrumpió.

—Qué asco.

Levantó la vista del teléfono. Anh estaba en la puerta del laboratorio sacando la lengua.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—He venido a cogerte prestados unos guantes. Y a morirme del asco.

Olive frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Se nos han acabado los de talla pequeña. —Anh entró y puso cara de estar hasta las narices—. En serio, nunca compran suficientes porque soy la

única mujer del laboratorio, pero eso no significa que no gaste tantos guantes como…

—No, que por qué estás muerta de asco.

Anh hizo una mueca y sacó dos guantes morados del alijo de Olive.

—Por lo enamorada que estás de Carlsen. ¿Te importa que me lleve unos cuantos pares?

—Pero ¿qué dices…? —Olive la miró con asombro, aún aferrada al móvil. ¿Anh se había vuelto loca?—. No estoy *enamorada* de él.

—Ajá, claro. —Anh terminó de llenarse los bolsillos de guantes y luego alzó la vista, momento en el que por fin se dio cuenta de la expresión angustiada de Olive. Abrió los ojos como platos—. ¡Eh, era una broma! No me das asco. Seguro que yo pongo la misma cara cuando me mensajeo con Jeremy. Y en realidad es muy tierno, lo colada por él que estás…

—Pero si *no* lo estoy. Colada. —El pánico empezaba a invadirla—. Yo no… Es que…

Anh apretó los labios, como si reprimiera una sonrisa.

—Vale. Si tú lo dices.

—No, lo digo en serio. Solo estamos…

—Tía, no pasa nada. —El tono de Anh era tranquilizador y algo sentimental—. Es que eres increíble. Y especial. Y, la verdad, mi persona favorita del mundo. Pero a veces me preocupa que, aparte de Malcolm y yo, nadie vaya a experimentar lo estupenda que eres. Bueno, hasta ahora. Ahora ya no me preocupa, porque os he visto a Adam y a ti juntos, en el pícnic. Y en el aparcamiento. Y… todas las demás veces, en realidad. Los dos estáis enamorados perdidos y contentísimos por ello. ¡Es precioso! Excepto esa primera noche… —añadió, pensativa—. Sigo manteniendo que fue muy raro.

Olive se tensó.

—Anh, las cosas no son así. Solo estamos… saliendo. Es algo informal. Nada serio. Nos estamos conociendo. No es…

—Sí, muy bien. Si tú lo dices. —Anh se encogió de hombros; estaba claro que no se creía ni una palabra de lo que Olive acababa de decirle—. Oye, tengo que volver a mi cultivo de bacterias. Vendré a molestarte cuando esté en el descanso, ¿vale?

Olive asintió despacio y se quedó mirando la espalda de su amiga mientras esta se dirigía hacia la puerta. Le dio un vuelco el corazón cuando

Anh se detuvo y se volvió con una expresión repentinamente seria en la cara.

—Ol. Solo quiero que sepas que… Me preocupaba mucho que mi relación con Jeremy te hiciera daño. Pero ahora ya no. Porque sé cómo eres de verdad cuando estás… Bueno. —Le dedicó una sonrisa tímida—. No lo diré, si no quieres.

Se marchó tras decirle adiós con la mano y Olive se quedó allí plantada, inmóvil, y siguió contemplando el marco de la puerta hasta mucho después de que Anh hubiera desaparecido. Luego bajó la mirada hacia el suelo, se desplomó en el taburete que tenía detrás y pensó una sola cosa:

«Mierda».

〰〰〰〰〰〰〰

No era el fin del mundo. Esas cosas pasaban. Hasta las mejores personas se colgaban —Anh había dicho «enamoraban», ay Dios, había dicho *«enamoraban»*— de la persona con la que mantenían una relación falsa. No significaba nada.

Aunque: joder. Joder, joder, *joder*.

Olive cerró con llave la puerta de su despacho y se dejó caer en una silla con la esperanza de que ese no fuera el único día de todo el semestre en el que sus compañeros de oficina decidieran aparecer antes de las diez de la mañana.

Todo era culpa suya. Consecuencia de su estupidez. Sabía, *sabía muy bien*, que Adam había empezado a resultarle atractivo. Lo sabía casi desde el principio y luego había empezado a hablar con él, había empezado a conocerlo, aunque no formaba parte del plan, y… Ojalá lo partiera un rayo por ser tan distinto de lo que ella esperaba. Por hacer que Olive quisiera pasar cada vez más tiempo con él. Que lo partiera un rayo. La situación estaba ahí, delante de las narices de Olive desde hacía días, y ella no se había dado cuenta. Porque era idiota.

Se levantó de golpe y se sacó el teléfono del bolsillo. Buscó el contacto de Malcolm.

Olive: `Tenemos que vernos.`

Bendito Malcolm, porque tardó menos de cinco segundos en contestar.

Malcolm: ¿A la hora de comer? Estoy a punto de meterme en la unión neuromuscular de una cría de rata.

Olive: Necesito hablar contigo YA.

Olive: Por favor.

Malcolm: Starbucks. 10 minutos.

—Te lo dije.

Olive no se tomó la molestia de levantar la frente de la mesa.

—No es verdad.

—Bueno, a lo mejor no te dije «Oye, no te metas en esa mierda de las citas falsas porque vas a enamorarte de Carlsen», pero sí te dije que la idea era una idiotez y una catástrofe inminente… Y creo que eso engloba la situación actual.

Malcolm estaba sentado frente a ella, junto a la ventana de la cafetería abarrotada. Alrededor de ambos, los alumnos charlaban, reían y pedían bebidas… groseramente ajenos a la repentina vorágine en que se había convertido la vida de Olive. Se levantó de la superficie fría de la mesa y se tapó los ojos con la palma de las manos, puesto que aún no estaba preparada para abrirlos. Quizá nunca volviera a estarlo.

—¿Cómo ha podido pasar? Yo no soy así. Esta no soy yo. ¿Cómo he podido…? Y de Adam Carlsen, nada más y nada menos. *¿Qué tipo de persona se pilla de Adam Carlsen?*

Malcolm resopló.

—Todos, Ol. Es un tío cachas, alto, melancólico y taciturno con el coeficiente intelectual de un genio. A todo el mundo le gustan los tíos cachas, altos, melancólicos y taciturnos con el coeficiente intelectual de un genio.

—¡A mí no!

—Está claro que sí.

Olive apretó aún más los ojos y gimió.

—En realidad, no es tan taciturno.

—Uy, que no. Lo que pasa es que tú no te das cuenta porque estás medio loca por él.

—Que no… —Se golpeó la frente. Varias veces—. Mierda.

Malcolm se echó hacia delante y le cogió la mano; Olive notó su piel oscura y cálida contra la de ella.

—Oye —le dijo su amigo en un tono de voz reconfortante—. Cálmate. Encontraremos una solución. —Y hasta añadió una sonrisa. Olive lo quería mucho en ese momento, incluso a pesar de todos los «te lo dije»—. Para empezar, ¿cómo de grave es?

—No lo sé. ¿Hay una escala?

—Bueno, una cosa es que te guste y otra que *te guste*.

Olive negó con la cabeza; se sentía totalmente perdida.

—Solo me gusta. Quiero pasar tiempo con él.

—Vale, eso no significa nada. También quieres pasar tiempo conmigo.

Olive esbozó una mueca de dolor y notó que se ponía colorada como un tomate.

—No de la misma manera.

Malcolm se quedó callado unos instantes.

—Entiendo.

Sabía que aquello eran palabras mayores para Olive. Habían hablado del tema en muchas ocasiones: de lo poco habitual que era para ella experimentar atracción, sobre todo atracción sexual. De si le pasaría algo. De si su pasado la habría atrofiado de alguna manera.

—Madre mía. —Olive solo quería esconderse bajo la capucha de su sudadera, como si fuera una tortuga, hasta que todo desapareciera. Irse a correr en una carrera. Empezar a escribir su propuesta de tesis. Cualquier cosa menos lidiar con esa situación—. Lo tenía delante de mis narices y ni me enteré. Solo me parecía que era inteligente y atractivo y que tenía una sonrisa bonita y que podíamos ser amigos y… —Se frotó las cuencas con la palma de las manos y deseó poder retroceder en el tiempo y borrar las decisiones de su vida. Todo el mes pasado—. ¿Me odias?

—¿Yo?

Malcolm sonó sorprendido.

—Sí.

—No. ¿Por qué iba a odiarte?

—Porque se ha portado fatal contigo, te hizo desechar un montón de datos. Pero es que… conmigo no es…

—Lo sé. Bueno —se corrigió agitando la mano—, en realidad, no lo sé. Pero me creo que es distinto contigo a cuando estuvo en mi puñetero

tribunal de control de tesis.

—Lo odias.

—Sí, *lo* odio. O… no me cae bien. Pero eso no quiere decir que tenga que caerte mal a ti también. Aunque me reservo el derecho de comentar tu pésimo gusto por los hombres. Cada dos días o así. Pero, Ol, os vi en el pícnic. Me quedó claro que no interactuaba contigo como lo hace conmigo. Además, a ver… —añadió a regañadientes—, no está nada mal. Entiendo por qué te pone.

—Pues eso no es lo que me dijiste cuando te hablé por primera vez de lo de las citas falsas.

—No, pero estoy intentando apoyarte. En aquel momento no estabas enamorada de él.

Olive gimoteó.

—¿Podemos no usar esa palabra, por favor? ¿Nunca más? Me parece un poco prematuro.

—Claro. —Malcolm se sacudió el inexistente polvo de la camisa—. Por cierto, qué gran manera de darle vida a una comedia romántica. Bueno, ¿cómo vas a darle la noticia?

Su amiga se masajeó la sien.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tú sientes algo por él y sois amigos, así que imagino que piensas informarlo de tus… sentimientos. ¿Puedo usar la palabra «sentimientos»?

—No.

—Lo que tú digas. —Puso los ojos en blanco—. Vas a contárselo, ¿no?

—Claro que no. —Soltó una carcajada desdeñosa—. No puedes decirle a la persona con la que mantienes una relación falsa que… —Se estrujó las meninges en busca de la palabra correcta, no la encontró y siguió adelante como pudo—, que *te gusta*. Eso no se hace. Adam pensará que lo tenía todo planeado. Que iba a por él desde el principio.

—Eso es una tontería. Ni siquiera lo conocías cuando empezasteis.

—El caso es que a lo mejor sí lo conocía. ¿Te acuerdas del tío del que te hablé, del que me ayudó a decidirme sobre la escuela de posgrado? El que conocí en el baño el fin de semana de mi entrevista.

Malcolm asintió.

—Puede que fuera Adam. Creo.

—¿*Crees* que era Adam? ¿Eso quiere decir que no se lo has preguntado?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Porque a lo mejor no era él. Y, si era, es evidente que no lo recuerda porque, de lo contrario, me lo habría dicho hace semanas.

Al fin y al cabo, no era él quien llevaba puestas unas lentillas caducadas.

Malcolm la miró con cara de desesperación.

—Oye, Olive —dijo muy serio—, necesito que te plantees una cosa: ¿y si a Adam también le gustas? ¿Y si quiere algo más?

Ella se echó a reír.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Por qué «porque sí»?

—Porque él es él. Es Adam Carlsen y yo…

Olive se interrumpió. No hacía falta que siguiera. «Y yo soy yo. Nada especial.»

Malcolm se quedó callado durante un buen rato.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —respondió con voz triste—. Eres maravillosa. Eres guapa y cariñosa. Eres independiente, y un genio de la ciencia, y generosa, y leal… No me fastidies, Ol, fíjate en el lío absurdo que has montado solo para que tu amiga pueda salir con el chico que le gusta sin sentirse culpable. Es imposible que Carlsen no se haya dado cuenta.

—No —replicó con firmeza—. No me malinterpretes: creo que me tiene cariño, pero me considera una amiga. Y si se lo digo y no quiere…

—¿No quiere qué? ¿No quiere seguir fingiendo que sale contigo? No puede decirse que tengas mucho que perder.

Quizá no. Quizá todas sus conversaciones, y las miradas que Adam le lanzaba, y que negara con la cabeza cuando ella pedía el extra de nata montada; que la dejara tomarle el pelo hasta hacerlo cambiar de humor; los mensajes de texto; que pareciera estar tan a gusto con ella, tan a todas luces distinto del Adam Carlsen que antes le daba hasta miedo… Quizá todo eso no fuera gran cosa. Pero ahora Adam y ella eran amigos, y podrían seguir siéndolo incluso pasado el 29 de septiembre. A Olive se le cayó el alma a los pies con solo pensar en renunciar a esa posibilidad.

—Yo creo que sí.

Malcolm suspiró y volvió a estrecharle una mano.

—Entonces es grave.

Olive apretó los labios y parpadeó muy deprisa para contener las lágrimas.

—Puede que sí. No lo sé… No me había pasado nunca. Nunca había querido que me pasara.

Su amigo le sonrió de forma tranquilizadora; sin embargo, Olive se sintió de todo menos tranquilizada.

—Oye, sé que da miedo. Pero esto no tiene por qué ser necesariamente algo malo.

Una única lágrima solitaria rodaba por la mejilla de Olive. Se apresuró a enjugársela con la manga.

—Es lo peor.

—Por fin has encontrado a alguien que te gusta. Y, vale, es Carlsen, pero aun así podría terminar siendo algo maravilloso.

—No. Esa posibilidad no existe.

—Ol, sé por qué piensas así. Lo entiendo. —Malcolm le apretó más la mano—. Sé que mostrarse vulnerable da miedo, pero puedes *permitirte* querer. Puedes querer estar con otras personas como algo más que amigos o simples conocidos.

—No, no puedo.

—No entiendo por qué no.

—Porque todas las personas a las que he querido *se han ido* —le espetó.

En algún rincón de la cafetería, el camarero pidió que alguien recogiera un *macchiato* con caramelo. Olive se arrepintió de inmediato de la dureza de sus palabras.

—Lo siento. Pero es que… así son las cosas. Mi madre. Mis abuelos. Mi padre… De una forma u otra, todos se han ido. Si me permito quererlo, Adam también se irá.

Ya estaba. Lo había expresado con palabras, lo había dicho en voz alta, y así sonaba aún más cierto.

Malcolm exhaló.

—Ay, Ol.

Él era una de las pocas personas con las que Olive se había sincerado acerca de sus miedos: la constante sensación de no encajar en ningún sitio, las interminables sospechas de que, como había pasado gran parte de su

vida sola, tendría que terminarla igual. Que nunca sería digna de que alguien la cuidara. Le resultó insoportable seguir mirando la expresión elocuente de Malcolm: una mezcla de pena, comprensión y piedad. Desvió la vista hacia otro lado —hacia los estudiantes que reían, hacia las tapas de las tazas de café apiladas junto al mostrador, hacia las pegatinas que una chica tenía en su MacBook— y movió la mano para apartarla de la de su amigo.

—Tienes que irte. —Intentó dedicarle una sonrisa, pero le salió demasiado floja—. A terminar tus cirugías.

Malcolm no rompió el contacto visual.

—Yo te quiero. Anh te quiere… Anh te habría elegido a ti antes que a Jeremy. Y tú también nos quieres. Los tres nos queremos y yo sigo aquí. No voy a marcharme a ninguna parte.

—Es distinto.

—¿En qué sentido?

Olive no se molestó en contestar y volvió a recurrir a la manga para enjugarse la mejilla. Adam era distinto y lo que Olive quería de él era distinto, pero no podía —no quería— decirlo en voz alta. No en ese momento.

—No voy a decírselo.

—Ol.

—No —dijo con firmeza. Tras secarse las lágrimas, se sintió ligeramente mejor. Quizá no fuera la persona que creía ser, pero podía fingirlo. Podía fingirlo incluso ante sí misma—. No voy a decirle nada. Es una idea horrible.

—Ol.

—¿Cómo narices se mantiene una conversación así? ¿Cómo se dicen esas cosas? ¿Hay palabras apropiadas para expresarlo?

—En realidad, creo que deberías…

—¿Le digo que me gusta? ¿Que no paro de pensar en él? ¿Que estoy colgadísima de él? ¿Que…?

—*Olive*.

Al final, lo que la puso sobre aviso no fueron las palabras de Malcolm, ni su expresión de pánico, ni el hecho de que, claramente, su amigo tuviera la mirada clavada en un punto situado por encima de los hombros de ella.

Al final, Anh eligió ese momento exacto para enviarle un mensaje al móvil y eso atrajo a Olive hacia los números de la pantalla.

10:00.

Eran las diez. De un miércoles por la mañana. Y Olive estaba sentada en el Starbucks del campus, el mismo Starbucks donde llevaba varias semanas pasando la mañana de los miércoles. Se volvió y…

Ni siquiera se sorprendió al ver a Adam. De pie detrás de ella. Lo bastante cerca como para —a no ser que le hubieran estallado los dos tímpanos desde la última vez que hablaron— haber oído hasta la última de las palabras que habían salido de la boca de Olive.

Deseó poder morirse en el acto. Deseó poder arrastrarse hacia el exterior de su cuerpo y de aquella cafetería, derretirse en un charco de sudor y filtrarse entre las baldosas del suelo, desvanecerse sin más. Pero, de momento, todas esas cosas quedaban fuera del alcance de sus capacidades, así que sonrió sin convencimiento y levantó la mirada hacia Adam.

Capítulo once

❤ HIPÓTESIS: Cada vez que miento, las cosas empeoran por un factor de 743.

—¿Me has… me has oído? —soltó Olive sin pensar.

Malcolm se apresuró a recoger sus cosas de la mesa y masculló, tenso:

—Yo ya me iba.

Olive apenas se dio cuenta, ocupada como estaba en observar a Adam mientras él apartaba una silla de la mesa para sentarse frente a ella.

«Mierda.»

—Sí —contestó él en un tono impasible y neutro, y Olive sintió que estaba a punto de desintegrarse en un millón de pedacitos, allí, en ese mismo lugar.

Quería que Adam se retractara. Quería que le dijera «No, ¿qué tenía que oír?». Quería volver a primera hora de la mañana y rebobinar todo ese terrible desastre de día. No haber mirado los mensajes del móvil, no haber dejado que Anh la pillara babeando por su novio falso, no haber desnudado su corazón ante Malcolm en el peor sitio posible.

Adam no podía saberlo. No podía. Pensaría que Olive lo había besado a propósito, que había planeado hasta el último detalle de todo ese fiasco, que lo había manipulado para arrastrarlo a esa situación. Se vería obligado a romper con ella mucho antes de obtener algún beneficio del acuerdo que habían alcanzado. Y la odiaría.

La perspectiva era aterradora, así que dijo lo único que se le ocurrió:

—No hablaba de ti.

La mentira se le escapó de la boca como una avalancha de lodo: impremeditada, rápida y destinada a crear el caos a su paso.

—Lo sé.

Asintió y… ni siquiera pareció sorprenderse. Era como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza que Olive pudiera estar interesada en él. Le entraron ganas de llorar —un estado frecuente esa estúpida mañana—, pero, en lugar de ponerse a gimotear, se limitó a vomitar otra mentira.

—Es solo que… Siento algo. Por un chico.

Adam volvió a asentir, esta vez despacio. Se le oscurecieron los ojos y apretó la mandíbula, solo un instante. Parpadeó y su expresión volvió a ser impasible.

—Sí, ya lo había deducido.

—El chico es…

Tragó saliva. ¿Qué era? «Rápido, Olive, deprisa.» ¿Inmunólogo? ¿Islandés? ¿Una jirafa? ¿Qué era?

—No tienes que explicarme nada si no quieres.

La voz de Adam sonó ligeramente desanimada, pero también reconfortante. Cansada. Olive se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos y, en vez de dejar de hacerlo, se limitó a esconderlas bajo la mesa.

—Bueno… Es que…

—No pasa nada.

Le ofreció una sonrisa tranquilizadora y Olive no pudo seguir mirándolo. Ni un segundo más. Apartó la vista y deseó con todas sus fuerzas que se le ocurriera algo que decir. Algo que arreglara aquel desaguisado. Al otro lado de la ventana de la cafetería, un grupo de universitarios se había apiñado en torno a un ordenador portátil y se reían de algo que se reproducía en la pantalla. Una ráfaga de viento dispersó una pila de apuntes y un chico corrió a recuperarlos. A lo lejos, el doctor Rodrigues caminaba hacia el Starbucks.

—Esto… Nuestro acuerdo.

Las palabras de Adam la devolvieron al interior de la cafetería. A las mentiras y a la mesa que los separaba, a la forma suave y delicada en que le estaba hablando. Bueno. Había sido muy bueno con ella.

«Adam, antes tenía muy mala opinión de ti, y ahora…»

—Se supone que nos ayuda a los dos. Si deja de ser así…

—No. —Olive negó con la cabeza—. No. Yo… —Se forzó a esbozar una sonrisa—. Es complicado.

—Entiendo.

Olive abrió la boca para decir que no, que no entendía nada. Que era imposible que entendiera nada porque era todo una invención suya. Ese puto desastre de situación.

—No… —Se humedeció los labios—. No hace falta que rompamos nuestro acuerdo antes de tiempo porque no puedo decirle que me gusta. Porque…

—Tío. —Una mano le dio una palmada en el hombro a Adam—. ¿Desde cuándo no estás en tu des…? Ah. Ya veo. —El doctor Rodrigues apartó la mirada de Adam y la posó en Olive. Durante un segundo, se quedó inmóvil junto a la mesa, observándola, sorprendido de encontrarla allí. Luego abrió la boca en una sonrisa lenta—. Hola, Olive.

Durante el primer año de doctorado de Olive, Rodrigues había formado parte de su tribunal de control de tesis preasignado, una elección sin duda extraña dada la relativa falta de relevancia de Rodrigues para su investigación. Sin embargo, Olive solo tenía recuerdos agradables de sus interacciones con él. Cuando se quedaba en blanco o se trababa en las reuniones del tribunal, él era siempre el primero en sonreírle. Una vez incluso le había hecho un cumplido sobre su camiseta de Star Wars… tras lo que había procedido a tararear en voz baja el tema de Darth Vader cada vez que la doctora Moss se ponía a despotricar contra los métodos de Olive.

—Hola, doctor Rodrigues. —Estaba segura de que su sonrisa no era ni por asomo tan convincente como debería haberlo sido—. ¿Cómo está?

Agitó una mano.

—Bah. Por favor, llámame Holden. Ya no eres alumna mía. —Le dio una palmadita en la espalda a Adam con entusiasmo—. Y tienes el muy dudoso placer de salir con mi amigo más antiguo y más socialmente inepto, también.

Olive tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se notara que acababa de quedarse boquiabierta. ¿Eran amigos? ¿El encantador y despreocupado Holden Rodrigues y el hosco y taciturno Adam Carlsen eran *viejos* amigos? ¿Se suponía que debía saberlo? La novia de Adam lo habría sabido, ¿no?

El doctor Rodrigues (¿Holden? Madre mía, Holden. Nunca se acostumbraría a que los profesores fueran personas de verdad y tuvieran nombre de pila) se volvió hacia Adam, que no parecía estar preocupado por que lo hubieran tildado de inepto social.

Le preguntó:

—Te vas esta noche a Boston, ¿no?

Su forma de hablar cambió un poco: empleó un tono más bajo y rápido, más informal. Cómodo. Sin duda eran viejos amigos.

—Sí. ¿Sigue en pie lo de llevarnos a Tom y a mí al aeropuerto?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Tom va a ir amordazado y atado en el maletero?

Adam suspiró.

—Holden.

—Dejaré que vaya en el asiento de atrás, pero, si no mantiene la boca cerrada, lo dejaré tirado en la carretera.

—Vale. Le haré llegar la información.

Holden pareció satisfecho.

—Bueno, no quería interrumpiros…

Le dio otra palmadita en el hombro a Adam, pero sin apartar la mirada de Olive.

—No pasa nada.

—¿En serio? Perfecto, entonces. —Esbozó una sonrisa más amplia y cogió una silla de una mesa cercana. Adam cerró los ojos, resignado—. Vale, ¿de qué estamos hablando?

«Pues, mira, me has pillado en plena sesión de mentiras cochinas, gracias por preguntar.»

—Ah… De nada en concreto. ¿Cómo os hicisteis…? —Olive miró primero al uno y luego al otro y se aclaró la garganta—. Perdón, se me ha olvidado cómo os conocisteis.

Un golpe sordo: Holden le había dado una patada a Adam bajo la mesa.

—Serás capullo. ¿No le has hablado de nuestras décadas de historia?

—Solo intento olvidarlas.

—Más quisieras. —Holden se volvió hacia ella sonriendo—. Nos criamos juntos.

Olive frunció el ceño mirando a Adam.

—Creía que te habías criado en Europa.

Holden hizo un gesto con la mano como para quitarles importancia a sus palabras.

—Se crio en todas partes. Y yo también, porque nuestros padres trabajaban juntos. Diplomáticos… la peor clase de personas posible. Pero

luego nuestras respectivas familias se establecieron en D. C. —Se echó hacia delante—. Adivina quiénes fueron juntos al instituto, a la universidad y a la escuela de posgrado.

Olive abrió los ojos como platos y Holden debió de notarlo, o al menos eso sugería la segunda patada que le asestó a Adam.

—O sea, que es verdad que no le has contado una mierda. Veo que sigues apostando por lo melancólico y misterioso. —Puso los ojos en blanco, aunque con cariño, y volvió a mirar a Olive—. ¿Te ha contado Adam que estuvo a punto de no graduarse en el instituto? Lo expulsaron por darle un puñetazo a un tío que insistía en que el Gran Colisionador de Hadrones destruiría el planeta.

—Es curioso que no menciones que a ti te expulsaron a la vez que a mí por hacer justo lo mismo.

Holden no le hizo caso.

—Mis padres estaban fuera del país por no sé qué misión y se olvidaron brevemente de mi existencia, así que nos pasamos la semana en mi casa jugando al *Final Fantasy*… Fue glorioso. ¿Y qué me dices de cuando Adam solicitó plaza en Derecho? Eso sí debe de habértelo contado.

—Nunca llegué a solicitar plaza en Derecho.

—Mentiras. Todo mentiras. ¿Te ha contado al menos que fue mi pareja en el baile de graduación? Fue *espectacular*.

Olive observó a Adam esperando que también lo negara. Pero él se limitó a sonreír a medias, mirar a Holden a los ojos y decir:

—Fue bastante espectacular.

—Imagínatelo, Olive. Principios de los dos mil. Un instituto masculino pijo y absurdamente caro en D. C. Dos alumnos gais en el último curso. Bueno, al menos dos que hubiéramos salido del armario. Me paso todo el año saliendo con Richie Muller… y luego va y me deja tres días antes del baile por un tío por el que lleva *meses* sintiendo algo.

—Era un imbécil —murmuró Adam.

—Tengo tres opciones: no ir al baile y lloriquear en casa, ir solo y lloriquear en el instituto, o pedirle a mi mejor amigo, que pensaba quedarse en casa y lloriquear por los ácidos gamma-aminobutíricos, que sea mi pareja. ¿Adivina cuál?

Olive ahogó un grito.

—¿Cómo lo convenciste?

—Eso es lo bueno, que no tuve que convencerlo. Cuando le conté lo que me había hecho Richie, ¡se *ofreció!*

—No te acostumbres —masculló Adam.

—¿A que es increíble, Olive?

«¿Que Adam finja tener una relación con alguien para sacarlo de una situación lamentable?»

—Sí.

—Nos cogimos de la mano. Bailamos agarrados. Hicimos que Richie escupiera el ponche y se arrepintiera de hasta la última de sus penosas decisiones. Luego nos fuimos a casa y jugamos todavía más al *Final Fantasy*. Fue la leche.

—Fue sorprendentemente divertido —reconoció Adam casi a regañadientes.

Olive lo miró y de pronto cobró conciencia de algo: Holden era el Anh de Adam. Su persona. Resultaba obvio que Adam y Tom también estaban muy unidos, pero la relación que Adam tenía con Holden era otro cantar y… y Olive no tenía ni idea de qué hacer con ese dato.

Quizá debiera contárselo a Malcolm. Le sacaría provecho o se volvería loco de remate, una de dos.

—Bueno —dijo Holden, que se puso de pie—. Ha sido estupendo. Voy a pedirme un café, pero tendríamos que quedar pronto juntos, los tres. No recuerdo la última vez que tuve el placer de avergonzar a Adam delante de una novia. Por ahora, sin embargo, es todo tuyo.

Acompañó la palabra «tuyo» de una sonrisa pícara que hizo sonrojar a Olive.

Adam puso los ojos en blanco cuando Holden se marchó hacia la barra del café. Fascinada, Olive lo siguió con la mirada durante unos instantes.

—Hum, ¿eso ha sido…?

—Típico de Holden.

Adam apenas parecía molesto.

Olive asintió, aún un poco aturdida.

—Increíble, ahora resulta que no soy tu primera vez.

—¿Mi primera vez?

—Tu primera pareja falsa.

—Cierto. Supongo que lo del baile de graduación también cuenta. —Se quedó pensativo unos instantes—. Holden ha tenido… mala suerte con las

relaciones. Una mala suerte que *no* se merecía.

Su tono de preocupación protectora le calentó el pecho a Olive. La llevó a preguntarse si Adam sería siquiera consciente de ello.

—¿Tom y él han sido…?

Negó con la cabeza.

—Holden se pondría hecho una furia si supiera que has preguntado algo así.

—¿Por qué no quiere llevar a Tom al aeropuerto, entonces?

Adam puso cara de no saber muy bien qué responder.

—Holden siempre ha sentido una aversión muy profunda y muy irracional hacia Tom, desde la escuela de posgrado.

—Vaya. ¿Por qué?

—No lo tengo nada claro. Y tampoco creo que Holden lo sepa. Tom dice que son celos. Yo opino que es solo una cuestión de personalidad.

Olive se quedó callada mientras absorbía la información.

—Tampoco le has dicho a Holden lo nuestro. Que no es verdad.

—No.

—¿Por qué?

Adam desvió la vista hacia otro lado.

—No lo sé. —Se le tensó la mandíbula—. Creo que es solo que… —Se le fue apagando la voz e hizo un gesto de negación antes de dedicarle una sonrisa, pequeña y un poco forzada—. Habla muy bien de ti, ¿sabes?

—¿Holden? ¿De mí?

—De tu trabajo. Y de tu investigación.

—Ah. —No tenía ni idea de qué contestar a eso. «¿Cuándo habéis hablado de mí? ¿Y por qué?»—. Ah —repitió inútilmente.

No supo muy bien por qué ocurrió entonces, en ese preciso momento, pero, por primera vez, cobró plena conciencia de las posibles repercusiones de su acuerdo sobre la vida de Adam. Habían acordado mantener una relación falsa porque ambos ganaban algo con ello; sin embargo, se dio cuenta de que él también tenía mucho más que perder. De todas las personas a las que quería, Olive solo estaba mintiendo a una, a Anh, y eso era del todo inevitable. Las opiniones de los demás alumnos no podían importarle menos. Adam, por el contrario, estaba mintiendo a diario a sus compañeros y amigos. Sus doctorandos interactuaban con él todos los días creyendo que era el novio de una de sus compañeras. ¿Lo considerarían un

pervertido? ¿Su relación con Olive habría cambiado la percepción que tenían de él? ¿Y qué pensarían los demás miembros del claustro del departamento y de los otros programas? El hecho de que salir con una alumna de posgrado estuviera permitido no significaba que no estuviera mal visto. ¿Y si Adam conocía —o *ya* había conocido— a alguien que le gustara de verdad? Cuando habían establecido el acuerdo, él le había dicho que no iba a salir con nadie, pero ya habían pasado varias semanas de eso. En aquel momento, la propia Olive también estaba convencida de que jamás le interesaría salir con nadie… ¿Y eso no le daba ahora ganas de reírse, aunque fuera de una forma muy poco divertida? Por no hablar de que, además, la única que estaba beneficiándose del acuerdo era ella. Anh y Jeremy se habían tragado su mentira, pero los fondos de investigación de Adam seguían congelados.

Y, aun así, él seguía ayudándola a pesar de todo. Y Olive le devolvía su amabilidad haciéndose ideas raras y desarrollando sentimientos que seguro que lo hacían sentirse incómodo.

—¿Te apetece tomar café?

Olive dejó de mirarse las manos.

—No. —Carraspeó para librarse de la sensación de ardor que tenía alojada detrás del esternón. Pensar en tomarse un café le provocaba náuseas —. Creo que tengo que volver al laboratorio.

Se agachó para recoger la mochila con la intención de levantarse y marcharse enseguida, pero, en mitad del proceso, la asaltó un pensamiento y se sorprendió mirando a Adam con fijeza. Estaba sentado frente a ella con cara de preocupación y el ceño algo fruncido.

Intentó sonreír.

—Somos amigos, ¿no?

Las arrugas de la frente se le hicieron más profundas.

—¿Amigos?

—Sí. Tú y yo.

La observó durante un instante eterno. Algo nuevo le cruzó el rostro, algo duro y un poco triste. Demasiado fugaz para interpretarlo.

—Sí, Olive.

Asintió, sin tener muy claro si debía sentirse aliviada. El día no le estaba yendo como había pensado que le iría y notó una extraña presión detrás de los párpados que la hizo pasar los brazos por debajo de las correas de la

mochila mucho más rápido de lo habitual. Se despidió de él con una sonrisa trémula y se habría marchado a toda prisa de ese maldito Starbucks si Adam no hubiera dicho con esa voz tan suya:

—Olive.

Se detuvo justo delante de su silla y lo miró. Era muy extraño ser la más alta por una vez.

—Puede que esto sea inapropiado, pero… —Tensó la mandíbula y cerró los ojos un segundo. Como para organizar los pensamientos—. Olive, eres realmente… Eres extraordinaria y me resulta imposible pensar que, si le dijeras a Jeremy lo que sientes por él, no…

Se interrumpió y luego asintió. Una especie de puntuación en el momento en que sus palabras y su forma de decirlas acercaron a Olive aún más a las lágrimas.

Creía que se trataba de Jeremy. Adam creía que Olive estaba enamorada de Jeremy cuando empezaron con el acuerdo… Creía que *todavía* estaba enamorada de él. Porque ella acababa de decirle una mentira cutre que tenía demasiado miedo de retirar y…

Iba a suceder. Iba a echarse a llorar y lo que más deseaba en el mundo era no hacerlo delante de Adam.

—Nos vemos la semana que viene, ¿vale?

No esperó a que le contestara y se dirigió hacia la salida a tal velocidad que chocó contra alguien a quien debería haberle pedido disculpas. Una vez fuera, respiró hondo y puso rumbo al Edificio de Biología mientras intentaba vaciar la mente obligándose a pensar en el seminario que tenía que dar más tarde, en la solicitud de beca que le había prometido a la doctora Aslan que enviaría al día siguiente, en que la hermana de Anh estaría en la ciudad el fin de semana siguiente y había prometido cocinar comida vietnamita para todos.

Un viento frío zigzagueó entre las hojas de los árboles del campus e hizo que el jersey se le ciñera al cuerpo. Se rodeó con los brazos y no volvió la vista hacia la cafetería. Por fin había empezado el otoño.

Capítulo doce

❤ HIPÓTESIS: Si se me da mal hacer la actividad A, mis posibilidades de que me pidan que desarrolle la actividad A aumentarán de manera exponencial.

El campus le resultaba extrañamente vacío en ausencia de Adam, incluso en aquellos días en los que, de todos modos, lo más seguro era que no se hubiera encontrado con él. No tenía mucho sentido: Stanford no estaba vacía, sino más bien repleta de universitarios ruidosos y molestos que iban y venían de una clase a otra. La vida de Olive también estaba desbordada: sus ratones habían alcanzado la edad necesaria para llevar a cabo los ensayos de comportamiento, por fin había recibido las revisiones de un artículo que había enviado hacía meses y, además, tenía que empezar a hacer planes concretos para su traslado a Boston el año siguiente. Por otro lado, se acercaba el examen de la asignatura que estaba dando y los alumnos de grado empezaban a aparecer por arte de magia durante sus horas de tutoría, con cara de pánico y haciendo preguntas cuya respuesta se encontraba de forma invariable en las tres primeras líneas del programa de la asignatura.

Malcolm estuvo un par de días intentando convencer a Olive de que le dijera la verdad a Adam; luego, por suerte, la terquedad de su amiga lo desanimó los suficiente como para seguir insistiendo (aparte de que estaba demasiado ocupado tratando de superar sus propios dramas de novios mediante la meditación). No obstante, le horneó varias tandas de galletas de caramelo y mintió con descaro al decirle que «No estoy recompensando tus comportamientos autodestructivos, Olive, solo perfeccionando mi receta». Olive se las comió todas y lo abrazó por la espalda mientras espolvoreaba sal marina sobre la última hornada.

El sábado era noche de cervezas y chucherías, y Olive y Anh fantasearon con dejar el mundo académico y encontrar un empleo en la industria por el que les pagaran un salario adecuado y en el que reconocieran la existencia del tiempo libre.

—Imagínate, podríamos levantarnos tarde los domingos en lugar de tener que ir a darles de comer a los ratones a las seis de la mañana.

—Sí. —Anh suspiró con nostalgia. Tenían *Orgullo, prejuicio y zombies* puesta de fondo, pero ninguna de las dos le estaba prestando atención—. Podríamos comprar kétchup de verdad en lugar de robar las bolsitas del Burger King. Y me pediría ese aspirador inalámbrico que vi en la tele.

Olive soltó una risita ebria y se giró hacia un lado, haciendo que la cama chirriara.

—¿En serio? ¿Un aspirador?

—Pero inalámbrico. Es la *hostia,* Ol.

—Es algo…

—¿Qué?

—Es que… —Olive soltó unas cuantas risitas más—. Es muy raro que quieras comprarte precisamente un aspirador.

—Cállate. —Anh sonrió, pero no abrió los ojos—. Tengo muchísima alergia al polvo. Pero ¿sabes qué?

—¿Vas a soltarme un dato del Trivial Pursuit sobre aspiradores?

A Anh se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—Qué va —dijo—, no me sé ninguno. Espera…, creo que es posible que la primera mujer directora general de una empresa trabajara en una compañía de aspiradores.

—Venga ya. Eso es genial.

—Pero quizá me lo esté inventando. —Anh se encogió de hombros—. Bueno, da igual, a lo iba es a que… Creo que sigo queriéndolo…

—¿El aspirador? —Olive bostezó sin molestarse en taparse la boca.

—No. Trabajar en el mundo académico. Y todo lo que conlleva. El laboratorio, los doctorandos, la indignante carga docente, la rivalidad por las becas del Instituto Nacional de Salud, el salario desproporcionadamente bajo. El lote entero. Jeremy dice que Malcolm tiene razón, que donde hay más oportunidades es en la industria. Yo creo que quiero seguir y ser profesora. Será terrible, desde luego, pero es la única manera de crear un buen entorno para las mujeres como nosotras, Ol: hacerles un poco la

competencia a todos esos hombres blancos privilegiados. —Sonrió, hermosa y feroz—. Que Jeremy se vaya a la industria y gane un montón de dinero sucio, que yo lo invertiré en aspiradores inalámbricos.

Olive, medio borracha, observó la expresión de determinación también medio borracha de la cara medio borracha de Anh y pensó que saber que su mejor amiga empezaba a descubrir cómo quería que fuera su vida le resultaba tranquilizador. Sabía con quién quería vivirla. Olive acusó una punzada de dolor en lo más profundo del estómago, en ese lugar que parecía sentir con mayor intensidad la ausencia de Adam, pero la reprimió e intentó no pensar demasiado en ello. Le cogió la mano a su amiga, se la apretó e inhaló el dulce aroma a manzana de su pelo.

—Lo harás muy bien, Anh. Me muero de ganas de verte cambiar el mundo.

En general, la vida de Olive seguía como siempre… Si no fuera por que, por primera vez, preferiría estar haciendo otra cosa. Preferiría estar con otra persona.

«O sea, que esto es que te guste alguien», reflexionó. Sentir que ni siquiera valía la pena ir al Edificio de Biología porque, si Adam estaba fuera de la ciudad, le habían arrebatado hasta la más remota posibilidad de cruzarse con él; darse la vuelta constantemente al vislumbrar un atisbo de pelo negro azabache o al oír una voz grave que tenía un tono tan cálido como el de Adam, pero que no era la suya; pensar en él cuando su amiga Jess le comentó que estaba planeando un viaje a los Países Bajos o cuando en *Jeopardy!*, el concurso de la tele, la respuesta correcta a «tripanofobia» resultó ser «¿Qué es el miedo a las agujas?»; sentirse atrapada en un limbo extraño, esperando, esperando sin más, esperando a… nada. Adam volvería al cabo de unos días y la mentira en la que Olive estaba enamorada de otro seguiría ahí. El 29 de septiembre llegaría demasiado pronto y, de todas maneras, la suposición de que Adam pudiera siquiera fijarse en Olive de forma romántica era absurda. A fin de cuentas, tenía suerte de caerle lo bastante bien como para que quisiera ser su amigo.

El domingo, el móvil de Olive emitió un pitido mientras ella corría en la cinta del gimnasio. Cuando el nombre de Adam apareció en la parte

superior de la pantalla, se lanzó de inmediato a leerlo. Aunque en realidad no había gran cosa que leer: solo se encontró la imagen de una bebida en un vaso de plástico enorme coronada con lo que parecía una magdalena. La parte inferior de la imagen rezaba con orgullo *Pumpkin Pie Frappuccino* y, más abajo, el mensaje de Adam:

Adam: ¿Crees que podré subirlo al avión sin que se den cuenta los de aduanas?

No necesitaba que nadie le dijera que estaba sonriendo como una idiota delante del teléfono.

Olive: Bueno, suelen ser muy incompetentes.

Olive: Aunque quizá no tanto.

Adam: Qué pena.

Adam: Ojalá estuvieras aquí, entonces.

La sonrisa de Olive tardó mucho en desvanecerse. Y luego, cuando recordó el lío en el que estaba metida, se esfumó con un pesado suspiro.

Iba hacia el laboratorio de microscopía electrónica, cargada con una bandeja de muestras de tejido, cuando alguien le dio unos toquecitos en el hombro y la sobresaltó. Olive estuvo a punto de tropezarse y destruir varios miles de dólares de subvenciones federales. Cuando se volvió, el doctor Rodrigues la miraba con su habitual sonrisa aniñada: como si fueran buenos amigos y estuvieran a punto de ir a tomarse una cerveza y a pasar un buen rato, y no una alumna de doctorado y un antiguo miembro de su tribunal de control de tesis que nunca había llegado a leer ninguno de los documentos que le había entregado.

—Doctor Rodrigues.

Él frunció el ceño.

—Creía que habíamos quedado en Holden.

Ah, ¿sí?

—Vale. Holden.

Sonrió, complacido.

—Tienes al novio fuera de la ciudad, ¿eh?

—Ah. Eh… Sí.

—¿Vas a entrar ahí? —Señaló el laboratorio de microscopía con la barbilla y Olive asintió—. Ven, que te ayudo.

Pasó su tarjeta identificativa para desbloquear la puerta y se la abrió.

—Gracias. —Olive dejó las muestras en una mesa y le dedicó una sonrisa agradecida; luego se metió las manos en los bolsillos traseros—. Iba a coger un carrito, pero no había ninguno.

—En esta planta solo queda uno. Creo que hay alguien que se los lleva a casa y los revende.

El doctor sonrió con ganas y… Malcolm tenía razón. Llevaba dos años teniendo razón: era cierto que Holden tenía un atractivo sencillo y relajado. Aunque tampoco parecía que a Olive le interesara nada que no fueran los tíos cachas, altos, melancólicos y taciturnos con el coeficiente intelectual de un genio.

—No se lo reprocho —apuntó Holden—. Yo habría hecho lo mismo en mis años de doctorando. Bueno, ¿cómo te va la vida?

—Pues… bien. ¿Y a ti?

Holden hizo caso omiso a su pregunta y se apoyó despreocupadamente contra la pared.

—¿Es muy horrible?

—¿El qué?

—Que Adam no esté. Qué coño, hasta yo echo de menos a ese capullo. —Se rio—. ¿Cómo lo llevas?

—Ah. —Se sacó las manos de los bolsillos, se cruzó de brazos y luego cambió de opinión y los dejó caer a los lados con rigidez. «Así, perfecto. Actuando con naturalidad.»— No voy mal. Bien. Estoy liada.

El alivio de Holden pareció genuino.

—Fantástico. ¿Habéis hablado por teléfono?

«No. Por supuesto que no. Hablar por teléfono es la cosa más difícil y estresante del mundo y, si no soy capaz de hacerlo con la simpática señora que me programa las limpiezas dentales, mucho menos con Adam Carlsen.»

—Bueno, sobre todo por mensaje, ya sabes.

—Sí, ya sé. Por muy reservado y huraño que se muestre Adam contigo, que sepas que se está esforzando mucho y que es mil veces peor con todos los demás. Yo incluido. —Suspiró y negó con la cabeza, pero se notaba que lo hacía con cariño. Con un afecto fácil que a Olive no se le escapó. «Mi

amigo más antiguo», había dicho respecto a Adam, y estaba claro que no era mentira—. De hecho, ha mejorado mucho desde que empezasteis a salir.

Olive sintió que un escalofrío estaba a punto de recorrerla de arriba abajo. Como no sabía qué decir, se conformó con un simple, doloroso e incómodo:

—¿En serio?

Holden asintió.

—Sí. Me alegro mucho de que por fin se armara de valor y te pidiera salir. Llevaba años hablando sin parar de esa «chica increíble», pero le preocupaba lo de estar en el mismo departamento y ya sabes cómo es… —Se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Me alegro de que por fin haya conseguido dejar de comerse la olla.

A Olive le tartamudeó el cerebro. Las neuronas se le volvieron lentas y frías, y tardó varios segundos en procesar que Adam llevaba años queriendo invitarla a salir. Era incapaz de asimilarlo, porque… no era posible. No tenía sentido. Adam ni siquiera se acordaba de la existencia de Olive antes de que ella lo acosara a lo Título IX en el pasillo hacía unas semanas. Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que, si Adam hubiera conservado algún recuerdo de su encuentro en el baño, se lo habría dicho. Al fin y al cabo, era famoso por su franqueza.

Holden debía de estar refiriéndose a otra persona. Y Adam debía de sentir algo por esa otra persona. Una persona con la que trabajaba, una persona con la que compartía departamento. Una persona que era «increíble».

La mente de Olive, medio congelada hasta hacía unos segundos, empezó a darle vueltas a esa certeza. Dejando a un lado que esa conversación era una absoluta invasión de la intimidad de Adam, Olive no podía dejar de pensar en las consecuencias que el acuerdo tendría para él. Si la persona de la que hablaba Holden era compañera de trabajo de Adam, era imposible que no se hubiera enterado de que Adam y Olive estaban saliendo. Quizá los hubiera visto a los dos tomando café algún miércoles, o a Olive sentada en el regazo de Adam durante la charla de Tom, o… madre mía, a Olive embadurnándolo de crema solar en ese maldito pícnic. Y eso no podía ser bueno para sus expectativas. A menos que a Adam no le importara porque estuviese totalmente seguro de que sus sentimientos no eran

correspondidos… y, vaya, ¿no sería divertido? Más o menos igual de divertido que una tragedia griega.

—Bueno. —Holden se apartó de la pared y levantó una mano para rascarse la nuca—. Estaría bien que tuviéramos una cita doble algún día de estos. Me había tomado un descanso de las relaciones, demasiados desengaños amorosos, pero puede que ya sea hora de volver a lanzarme. Con un poco de suerte, no tardaré mucho en echarme novio.

El peso que Olive sentía en el estómago aumentó aún más.

—Sería estupendo. —Intentó esbozar una sonrisa.

—¿A que sí? —Holden sonrió con ganas—. Adam lo odiaría con la fuerza de los mares.

Sí, lo odiaría a muerte.

—Pero podría contarte muchísimas historias jugosas sobre él, de entre alrededor de los diez y los veinticinco años. —Holden estaba encantado con la posibilidad—. Se moriría de vergüenza.

—¿Tienen que ver con la taxidermia?

—¿La taxidermia?

—Nada. Solo fue un comentario de Tom sobre… —Le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano—. Nada.

Holden le lanzó una mirada afilada.

—Adam me dijo que a lo mejor te ibas a trabajar con Tom el año que viene. ¿Es cierto?

—Ah… sí. Ese es el plan.

Asintió, pensativo. Luego pareció tomar algún tipo de decisión y añadió:

—Ten cuidado mientras estés cerca de él, ¿vale?

—¿Cuidado? —«¿Qué? ¿Por qué? ¿Tenía eso algo que ver con lo que le había dicho Adam de que a Holden no le caía bien Tom?»—. ¿Por qué lo dices?

—Y cuida también de Adam. *Sobre todo* de Adam. —La expresión de Holden conservó la intensidad durante un instante y luego se aligeró—. Como sea, Tom no conoció a Adam hasta la escuela de posgrado. Pero yo ya estaba allí cuando era adolescente y esas son las buenas historias.

—Ya. Pero no deberías contármelas. Porque…

«Porque su relación conmigo es fingida y seguro que no quiere que meta las narices en sus asuntos. Además, es probable que esté enamorado de otra persona.»

—No, por supuesto. Esperaré a que él esté presente. Quiero verle la cara cuando te cuente todo lo de su fase de chico con boina.

Olive lo miró perpleja.

—¿Su…?

Holden asintió con solemnidad y salió del laboratorio cerrando la puerta tras de sí. Olive se quedó sola en la sala fría y en penumbra, y tuvo que respirar hondo varias veces antes de poder concentrarse en su trabajo.

Al principio, cuando recibió el correo electrónico, pensó que debía de ser un error. A lo mejor lo había leído mal —no había dormido bien y, al parecer, tener un enamoramiento no deseado y no correspondido acarreaba todo tipo de despistes mentales—, aunque, tras un segundo vistazo, y luego un tercero y un cuarto, se dio cuenta de que no era así. Así que quizá el error lo hubieran cometido los del congreso de la SBD. Porque era imposible —absolutamente *imposible*— que de verdad quisieran informarla de que la propuesta que había presentado había sido seleccionada para formar parte de un panel.

Un panel con profesores.

Era imposible del todo. A los doctorandos rara vez se los seleccionaba para hacer presentaciones orales. Por lo general, se limitaban a hacer pósteres en los que explicaban sus resultados. Las charlas eran para expertos cuya carrera ya estaba avanzada… Pero, cuando Olive entró en la página web del congreso y se descargó el programa, allí estaba su nombre. Y, de todos los nombres de los ponentes, el suyo era el único que no iba precedido de ninguna letra. Ni *Dra*. Ni *Prof*.ª. Ni *Cat*.

Porras.

Salió corriendo del laboratorio con el portátil abrazado contra el pecho. Greg la miró mal cuando estuvo a punto de chocarse contra él en el pasillo, pero ella lo ignoró e irrumpió en el despacho de la doctora Aslan sin aliento, con las rodillas repentinamente convertidas en gelatina.

—¿Podemos hablar?

Cerró la puerta sin esperar a que contestara.

Su directora de tesis levantó la vista desde detrás de su escritorio con una expresión alarmada en la cara.

—Olive, ¿qué pa…?

—No quiero dar una charla. No puedo dar una charla. —Negó con la cabeza e intentó sonar razonable, pero solo consiguió parecer aterrada y frenética—. *No puedo*.

La doctora Aslan la miró ladeando la cabeza, levantó las manos y las unió delante de ella tocándose solo las yemas de los dedos. La apariencia de calma que proyectaba solía resultarle reconfortante, pero en ese momento hizo que a Olive le entraran ganas de tirar al suelo el mueble más cercano.

«Cálmate. Respira hondo. Utiliza la atención plena y todas esas mierdas de las que Malcolm no para de parlotear.»

—Doctora Aslan, me han aceptado la propuesta que envié para el congreso de la SBD, pero como charla. No como póster, sino como charla. En voz alta. En un panel. De pie. Delante de *gente*.

La voz de Olive se había ido transformando en un chillido. Y, sin embargo, por razones que escapaban a su comprensión, en el rostro de la doctora Aslan se dibujó una sonrisa enorme.

—¡Es una gran noticia!

Olive la miró alucinada. Y siguió mirándola alucinada unos segundos más.

—No… no lo es…

—Tonterías. —La doctora Aslan se puso de pie y rodeó su escritorio para frotarle un brazo con la mano a Olive en lo que, sin duda, pretendía ser un gesto de felicitación—. Es fantástico. Una charla te dará mucha más visibilidad que un póster. Podrás empezar a hacer contactos para buscar un posdoc. Me alegro mucho por ti, muchísimo.

Olive se quedó boquiabierta.

—Pero…

—¿Pero?

—No puedo dar una charla. No sé *charlar*.

—Ahora estás charlando, Olive.

—No sé hacerlo cuando hay gente delante.

—Yo soy gente.

—Usted no es *mucha* gente. Doctora Aslan, no sé hablar delante de tanta gente. No sobre ciencia.

—¿Por qué?

—Porque no. —«Porque se me secará la garganta y se me desconectará el cerebro y lo haré tan mal que alguien del público sacará una ballesta y me disparará en la rótula.»— No estoy preparada. Para hablar. En público.

—Claro que estás preparada. Eres una buena oradora.

—No es cierto. Tartamudeo. Me pongo roja. Divago. Mucho. Sobre todo delante de grandes multitudes. Y…

—Olive —la interrumpió la doctora Aslan en un tono severo—. ¿Qué te digo yo siempre?

—Pues… ¿«No pierdas la pipeta multicanal»?

—Lo otro.

Suspiró.

—«Compórtate con la confianza de un hombre blanco mediocre.»

—Con aún más confianza, si es posible. Porque tú no tienes nada de mediocre.

Olive cerró los ojos y respiró hondo tantas veces como le fue necesario para evitar un ataque de pánico. Cuando volvió a abrirlos, su directora le sonreía de modo alentador.

—Doctora Aslan. —Olive hizo un mohín—. No creo que pueda hacerlo, de verdad.

—Sé que no lo crees. —Su expresión estaba algo teñida de tristeza—. Pero sí puedes. Y trabajaremos juntas hasta que te sientas capaz de hacerlo. —Esta vez apoyó ambas manos sobre los hombros de su doctoranda. Olive seguía abrazada a su portátil, se aferraba a él como si fuera un salvavidas en alta mar, pero el contacto humano le resultó extrañamente reconfortante—. No te preocupes. Tenemos un par de semanas para prepararte.

«Eso es muy fácil decirlo. Dices “tenemos”, pero seré yo la que hable delante de cientos de personas y, cuando alguien me haga una pregunta de tres minutos con la intención de forzarme a reconocer que en el fondo mi trabajo está mal estructurado y es inútil, seré yo la que se cague encima.»

—Vale. —Olive tuvo que obligarse a mover la cabeza arriba y abajo y a respirar hondo. Exhaló despacio—. De acuerdo.

—¿Por qué no preparas un borrador? Así practicas durante la próxima reunión del laboratorio. —Otra sonrisa alentadora; Olive volvió a asentir, pero no estaba en absoluto alentada—. Y, si te surge alguna pregunta, aquí me tienes cuando quieras. Me da mucha pena no poder asistir a tu charla. Prométeme que me la grabarás. Será como si estuviera allí.

«Si no fuera porque usted no estará allí y yo estaré sola», pensó con rencor mientras cerraba la puerta del despacho de la doctora Aslan tras ella. Se desplomó contra la pared y cerró los ojos con fuerza para intentar acallar la agitada maraña de pensamientos que le revoloteaban en la cabeza. Y luego los abrió de nuevo cuando oyó su nombre pronunciado por la voz de Malcolm. Estaba de pie delante de ella, con Anh, observándola con una expresión medio divertida, medio preocupada. Ambos llevaban tazas del Starbucks. Olive captó un olor a caramelo y menta que hizo que se le revolviera el estómago.

—Hola.

Anh le dio un sorbo a su bebida.

—¿Por qué estás echándote la siesta de pie junto al despacho de tu directora?

—Pues… —Olive se apartó de la pared y se alejó unos cuantos pasos de la puerta de la doctora Aslan mientras se frotaba la nariz con el dorso de la mano—. Me han aceptado la propuesta. La de la SBD.

—¡Felicidades! —Anh sonrió—. Pero ya lo dabas más o menos por hecho, ¿no?

—Me la han aceptado como *charla*.

Durante unos segundos, dos pares de ojos se limitaron a observarla en silencio. A Olive le pareció que quizá Malcolm estuviera esbozando una mueca de dolor, pero, cuando se giró hacia él para comprobarlo, solo tenía una vaga sonrisa dibujada en la cara.

—Eso es… ¿impresionante?

—Sí. —Anh desvió la vista brevemente hacia Malcolm y luego volvió a centrarse en Olive—. Es… hum… genial.

—Es un desastre de proporciones legendarias.

Anh y Malcolm intercambiaron una mirada de preocupación. Sabían muy bien lo que opinaba Olive de hablar en público.

—¿Qué te ha dicho la doctora Aslan?

—Lo de siempre. —Se frotó los ojos—. Que todo irá bien. Que trabajaremos en ello juntas.

—Creo que tiene razón —dijo Anh—. Te ayudaré a ensayar. Nos ocuparemos de que te lo sepas de memoria. Y saldrá bien.

—Sí. —«O no.»— Por otro lado, el congreso es dentro de menos de dos semanas. Tendríamos que buscar hotel… ¿O vamos a hacer un Airbnb?

Sucedió algo extraño en el momento en que hizo la pregunta. No fue el caso de Anh —ella siguió tomándose su café tan tranquila—, pero la taza de Malcolm se le quedó paralizada a medio camino de la boca y el chico se mordió el labio mientras se estudiaba la manga del jersey.

—Ahora que lo dices… —comenzó.

Olive frunció el ceño.

—¿Qué?

—Bueno. —Malcolm se movió un poco arrastrando los pies y, quizá fuera coincidencia que diese la sensación de que se estaba alejando de Olive, pero ella no lo creyó así—. Ya está hecho.

—¿Ya habéis reservado habitación?

Anh asintió, animada.

—Sí. —No parecía darse cuenta de que Malcolm estaba a punto de sufrir un ataque—. En el hotel del congreso.

—Ah. Vale. Pues decidme lo que os debo, entonces, porque…

—La cosa es…

Malcolm pareció alejarse aún más.

—¿Qué pasa?

—Bueno. —Jugueteó con la funda de cartón de su taza y le lanzó una mirada rápida a Anh, que parecía felizmente ajena a su incomodidad—. A Jeremy le pagan la habitación de hotel con el dinero de la beca y le ha pedido a Anh que la comparta con él. Y Jess, Cole y Hikaru me han ofrecido que me aloje con ellos.

—¿Qué? —Olive miró a Anh—. ¿En serio?

—Todos nos ahorraremos un montón de pasta. Y será mi primer viaje con Jeremy —dijo Anh con aire distraído. Estaba escribiendo algo en el móvil—. ¡Dios mío, chicos, creo que lo he encontrado! ¡Un local para el encuentro de mujeres negras, indígenas y de color en CTIM de Boston! ¡Creo que ya lo tengo!

—Eso es estupendo —contestó Olive con voz débil—. Pero creía… Creía que íbamos a alojarnos juntos.

Anh levantó la vista con cara de arrepentimiento.

—Ya, ya lo sé. Es lo que le dije a Jeremy, pero él me comentó que tú… ya sabes. —Olive arqueó las cejas, confundida, y Anh continuó—: A ver, ¿por qué ibas a querer gastarte dinero en reservar una habitación cuando podrías quedarte con Carlsen?

«Uf.»

—Porque sí. —«Porque sí. Porque sí, porque sí, *porque sí.*»— Es que…

—Te echaré de menos, pero tampoco es que vayamos a estar en la habitación para nada que no sea dormir.

—Ya… —Apretó los labios y añadió—: Claro.

La sonrisa de Anh hizo que le entraran ganas de gemir.

—Genial. Comeremos juntos y quedaremos para ir a las sesiones de pósteres. Y por la noche, por supuesto.

—Por supuesto. —Olive tuvo que esforzarse mucho para no parecer resentida—. Estoy deseando que llegue —añadió con la mejor sonrisa que fue capaz de ofrecer.

—Bien. Genial. Tengo que irme: el Comité de Divulgación de Mujeres Científicas se reúne dentro de cinco minutos. Pero este fin de semana nos vemos y planeamos actividades divertidas para Boston. ¡Jeremy me ha dicho que hay un tour sobre fantasmas!

Olive esperó a que Anh no pudiera oírla y luego se volvió hacia Malcolm. Cuando lo hizo, él ya tenía las manos levantadas para defenderse.

—Antes de nada, Anh montó todo este plan mientras yo supervisaba un experimento de veinticuatro horas de duración… El peor día de mi vida, no veo la hora de doctorarme. Y luego… ¿qué querías que hiciera? ¿Informarla de que no vas a compartir habitación con Carlsen porque vuestra relación es falsa? Aunque, vaya, espera…, ahora que estás coladísima por él a lo mejor es real…

—Vale, ya lo pillo. —Empezaba a dolerle el estómago—. Aun así, podrías habérmelo dicho.

—Iba a hacerlo. Y entonces dejé a Jude el de Neuro y se volvió loco y se puso a tirarme huevos al coche. Y después mi padre me llamó para ver qué tal estaba y me preguntó cómo iban mis proyectos, lo que derivó en un interrogatorio sobre por qué no utilizo un modelo *C. elegans* y, Ol, ya sabes lo increíblemente entrometido y controlador que puede llegar a ser, así que eso nos llevó a meternos en una discusión, y luego intervino mi madre… —Se quedó callado y respiró hondo—. Bueno, estabas allí. Oíste los gritos. La moraleja es que se me olvidó por completo avisarte y lo siento mucho.

—No pasa nada. —Se rascó la sien—. Tendré que buscarme algún sitio para dormir.

—Te ayudaré —le dijo Malcolm, ansioso—. Esta noche miramos en internet.

—Gracias, pero no te preocupes. Ya me las arreglaré.

O no. Quizá no. Seguramente no. Porque faltaban menos de dos semanas para el congreso y seguro que ya no había habitaciones. Las que quedaran estarían tan fuera de su alcance que tendría que vender un riñón para poder pagarlas. Bien pensado, no era una mala opción… Al fin y al cabo, tenía dos.

—No estás enfadada, ¿verdad?

—Pues… —«Sí. No. Puede que un poco.»— No. No es culpa tuya.

Cuando Malcolm se acercó a ella, Olive le devolvió el abrazo y lo tranquilizó con unas palmaditas torpes en el hombro. Por mucho que le hubiese gustado reprocharle todo aquello, solo podía culparse a sí misma. El meollo de sus problemas —de la mayoría de ellos, al menos— era su estúpida y descabellada decisión de mentir a Anh. De empezar la farsa de la relación con Carlsen. Ahora iba a dar una *charla* en ese estúpido congreso, seguro que después de haber dormido en una estación de autobuses y desayunado musgo, y aun así no podía dejar de pensar en Adam. Muy bien, todo perfecto.

Con el portátil bajo el brazo, Olive echó a andar de nuevo hacia el laboratorio; la perspectiva de ponerse a organizar las diapositivas para la charla le resultaba abrumadora y deprimente al mismo tiempo. Sentía un peso plomizo y desagradable en el estómago y, obedeciendo a un impulso, se desvió hacia el baño y entró en el urinario más alejado de la puerta. Se apoyó en la pared hasta golpear la superficie fría de azulejos con la nuca.

Cuando el peso de la barriga comenzó a parecerle demasiado, dobló las rodillas y deslizó la espalda por la pared hasta sentarse en el suelo. Olive permaneció así mucho rato, intentando fingir que aquella no era su vida.

Capítulo trece

❤ HIPÓTESIS: Aproximadamente dos de cada tres situaciones de relación falsa acabarán conllevando compartir una habitación; el 50[espacio]% de las situaciones de habitación compartida se complicarán aún más ante la presencia de una sola cama.

Había un Airbnb a veinticinco minutos del centro de conferencias, pero era un colchón hinchable en el suelo de un trastero que costaba 180 dólares la noche y, aunque hubiera podido permitírselo, una de las reseñas informaba de que al anfitrión le gustaba jugar a los vikingos con los huéspedes, así que… No, gracias. Encontró uno más asequible a cuarenta y cinco minutos en metro, pero, cuando fue a reservar la habitación, descubrió que alguien se le había adelantado por escasos segundos y estuvo tentada de tirar el portátil por la ventana de la cafetería. Estaba intentando decidirse entre un motel de mala muerte y un sofá barato en las afueras cuando una sombra se proyectó sobre ella. Levantó la vista con el ceño fruncido, esperando encontrarse a un universitario que quisiera utilizar el enchufe que tenía acaparado, y en su lugar se encontró con…

—Ah.

Adam estaba de pie delante de ella. La luz del sol de media tarde le iluminaba el pelo y los hombros como un halo, y la miraba desde las alturas con una expresión sombría en la cara y un iPad en las manos. Hacía menos de una semana que no lo veía… Seis días, para ser exactos, que no eran más que un puñado de horas y minutos. Nada, teniendo en cuenta que lo conocía desde apenas hacía un mes. Y, sin embargo, era como si el espacio que ocupaba Olive, como si todo el campus, como si toda la ciudad se transformara al saber que Adam había vuelto.

Posibilidades. Eso era lo que le transmitía la presencia de Adam. De qué, no lo tenía claro.

—Has… —Tenía la boca seca. Un suceso de gran interés científico teniendo en cuenta que había bebido un sorbo de una botella de agua hacía unos diez segundos—. Has vuelto.

—Sí.

No se había olvidado de su voz. Ni de su altura. Ni de lo bien que le quedaba la puñetera ropa. Era imposible que se hubiera olvidado: tenía dos lóbulos temporales medios, funcionales y bien protegidos dentro del cráneo, y eso significaba que era más que capaz de codificar y almacenar recuerdos. No se había olvidado de nada, así que no estaba segura de por qué en ese momento se sentía justo al revés.

—Creía… No sabía… —«Sí, Olive. Maravilloso. Muy elocuente.»— No sabía que habías vuelto.

Tenía una expresión algo distante, pero asintió.

—Mi avión llegó anoche.

—Ah. —Tendría que haberse preparado algo que decirle, pero no esperaba verlo hasta el miércoles. De lo contrario, quizá no se hubiera puesto las mallas más viejas y la camiseta más andrajosa que tenía, y lo mismo no hubiera llevado pelos de loca. Tampoco era que se hiciera ilusiones de que Adam se fijase en ella ni aunque llevara puesto un bañador o un vestido de gala. Pero, aun así…—. ¿Quieres sentarte?

Se echó hacia delante para apartar el móvil y un cuaderno y hacerle sitio al otro lado de la mesita. Hasta que Adam dudó antes de sentarse, Olive no se planteó que tal vez él no tuviera intención de quedarse y ahora se sintiese forzado a hacerlo. Adam se acomodó en la silla con elegancia, como un gato enorme.

«Muy buen trabajo, Olive. ¿A quién no le gusta tener al lado a una persona dependiente que no para de demandar atención?»

—No te sientas obligado. Sé que estás muy liado. Tienes becas MacArthur por ganar y doctorandos por vejar y brócoli por comer.

Seguro que preferiría estar en cualquier otro sitio. Olive se mordió la uña del pulgar, se sintió culpable, empezó a sentir pánico y…

Y entonces él sonrió. Y de repente tenía surcos alrededor de la boca y hoyuelos en las mejillas y la cara totalmente transformada por ellos. El aire comenzó a escasear en torno a la mesa. Olive apenas podía respirar.

—Verás, existe un término medio entre alimentarse de *brownies* y comer solo brócoli.

Olive se echó a reír, sin más razón que… Adam estaba *allí*, con *ella*. Y *sonreía*.

—Eso es mentira.

Él hizo un gesto de negación, con las comisuras de la boca aún curvadas.

—¿Cómo estás?

«Ahora mejor.»

—Bien. ¿Cómo te ha ido por Boston?

—Bien.

—Me alegro de que hayas vuelto. Estoy bastante convencida de que las tasas de abandono del Departamento de Biología han sufrido una caída considerable y eso es intolerable.

Adam le lanzó una mirada paciente, de víctima.

—Tienes cara de cansada, listilla.

—Ah. Sí, bueno…

Se frotó la mejilla con la mano y se dio la orden de no sentirse acomplejada por su aspecto, tal como siempre se había empeñado en hacer. Y sería igual de estúpido preguntarse cómo era la mujer a la que Holden se refería el otro día. Seguro que era despampanante. Seguro que era femenina, con curvas; una mujer que sí necesitaba llevar sujetador, que no estaba medio cubierta de pecas, que había dominado el arte de aplicarse delineador de ojos líquido sin convertirse en un cuadro.

—Estoy bien. Aunque ha sido una semana complicada.

Se masajeó la sien. Adam la miró con interés.

—¿Qué ha pasado?

—Nada… Mis amigos son idiotas y los odio. —Se sintió culpable al instante e hizo una mueca—. En realidad, no los odio. Pero sí odio quererlos.

—¿Es la amiga de la crema solar? ¿Anh?

—La única e inigualable Anh. Y también mi compañero de piso, que sí que tendría que haber tenido más vista.

—¿Qué te han hecho?

—Me… —Olive se apretó los párpados con los dedos—. Es una larga historia. Han aprovechado distintas alternativas para alojarse durante el

congreso de la SBD. Y eso significa que ahora tengo que buscarme algo por mi cuenta.

—¿Por qué no contaron contigo?

—Porque… —Cerró brevemente los ojos y suspiró—. Porque supusieron que querría compartir habitación contigo. Porque… Ya sabes. Eres mi «novio».

Adam se quedó inmóvil durante un par de segundos. Y luego dijo:

—Entiendo.

—Sí. Una suposición bastante atrevida, pero…

Estiró los brazos y se encogió de hombros. Adam se mordió el interior de la mejilla con aire pensativo.

—Siento que no puedas compartir habitación con ellos.

Olive hizo un gesto con la mano, como para corregirlo.

—No, si no es eso. Es cierto que habría sido divertido, pero el problema es que ahora tengo que encontrar algún alojamiento cercano y no quedan opciones asequibles. —Se centró en la pantalla de su portátil—. Estoy pensando en reservar este motel, que está a una hora de distancia y…

—¿No se darán cuenta?

Olive levantó la vista de la imagen granulada y turbia del motel.

—¿Eh?

—¿Anh no se dará cuenta de que no estás en mi habitación?

Uy.

—¿Dónde te alojas?

—En el hotel del congreso.

Cómo no.

—Bueno. —Se rascó la nariz—. No se lo diré. No creo que se fije demasiado.

—Pero se dará cuenta si tu motel está a una hora de distancia.

—Pues… —Sí. Se darían cuenta, y harían preguntas, y Olive tendría que inventarse un montón de excusas y todavía más medias verdades para capear el temporal. Tendría que añadirle unos cuantos bloques más al Jenga de mentiras que llevaba semanas construyendo—. Ya me las apañaré.

Adam asintió despacio.

—Lo siento.

—Qué va, no es culpa tuya.

—Podría argumentarse que sí, que en realidad es culpa mía.

—En absoluto.

—Me ofrecería a pagarte la habitación de hotel, pero dudo que quede nada en un radio de veinte kilómetros a la redonda.

—Uy, no. —Ella sacudió la cabeza con fuerza—. No lo aceptaría. No es un café. Y un bollo. Y una galleta. Y un *frappuccino* de calabaza. —Lo miró poniéndole ojitos y se echó hacia delante para intentar cambiar de tema—. Que, por cierto, acaban de incluirlo en la carta. Podrías invitarme a uno y con eso me arreglas el día.

—Vale. —Adoptó una ligera expresión de asco.

—Estupendo. —Olive sonrió—. Creo que hoy es más barato por no sé qué oferta de los martes, así que…

—Pero podrías compartir habitación conmigo.

Lo planteó de una manera tan tranquila y sensata que casi consiguió que pareciera que no era nada del otro mundo. Y Olive estuvo a punto de creérselo hasta que sus oídos y su cerebro conectaron por fin entre ellos y logró procesar el significado de lo que acababa de decirle.

Que ella podía.

Compartir habitación.

Con él.

Olive sabía muy bien lo que suponía compartir habitación con alguien, aunque fuera durante un período de tiempo muy corto. Dormir juntos significaba ver pijamas bochornosos, hacer turnos para ir al baño, oír alto y claro en la oscuridad el frufrú de una persona que intenta encontrar una postura cómoda bajo las sábanas. Dormir juntos significaba… No. No. Era una idea terrible. Y Olive empezaba a pensar que tal vez ya hubiera cumplido el cupo de malas ideas durante un tiempo. Así que se aclaró la garganta.

—No podría, la verdad.

Él asintió con calma. Pero luego, luego le preguntó con la misma calma:

—¿Por qué?

Y Olive quiso darse de cabezazos contra la mesa.

—No podría.

—La habitación es doble, por supuesto —aclaró él como si ese dato pudiera hacerla cambiar de opinión.

—No es una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque la gente pensará que nos… —Se percató de la expresión de Adam y se calló de inmediato—. Vale, *sí*. Ya lo piensan. Pero…

—¿Pero?

—Adam. —Se frotó la frente con los dedos—. Solo habrá una cama.

Él frunció el ceño.

—No, acabo de decirte que es doble…

—No lo es. No lo será. Solo habrá una cama, seguro.

La miró desconcertado.

—Recibí la confirmación de la reserva el otro día. Si quieres, te la reenvío; dice que…

—Da igual lo que diga. *Siempre* es una sola cama.

Él siguió contemplándola, perplejo, y Olive suspiró y se recostó, con gesto de impotencia, contra el respaldo de la silla. Estaba claro que Adam nunca había visto una comedia romántica ni leído una novela de ese género en su vida.

—Nada. No me hagas caso.

—Mi simposio forma parte de un taller satélite que se celebra el día antes de que empiece el congreso y luego hablo el primer día del congreso en sí. Tengo la habitación reservada para todas las noches, pero lo más seguro es que tenga que marcharme después de la segunda para asistir a unas reuniones, así que, a partir de la tercera, te quedarías sola. Solo coincidiríamos una noche.

Olive prestó atención a aquella enumeración lógica y metódica de razones sensatas por las que debía aceptar su oferta y sintió que una ola de pánico la invadía por completo.

—Me parece una mala idea.

—No pasa nada. Solo es que no entiendo el porqué.

—Porque sí.

«Porque no quiero. Porque estoy colada por ti. Porque seguro que después me cuelgo aún más de ti. Porque la semana del 29 de septiembre está punto de llegar y me estoy esforzando mucho en no pensar en ello.»

—¿Te da miedo que intente besarte sin tu consentimiento? ¿Que me siente en tu regazo o que te manosee con la excusa de ponerte protector solar? Porque nunca…

Olive le tiró el móvil. Él lo cogió con la mano izquierda, le echó un vistazo a la funda de aminoácidos brillantes con una expresión complacida

y luego lo dejó con cuidado junto al portátil.

—Te odio —le dijo ella en tono hosco. Puede que estuviera haciéndole pucheros. Y sonriéndole al mismo tiempo.

A Adam se le curvaron las comisuras de los labios.

—Lo sé.

—¿No vas a olvidarte nunca de esas cosas?

—Es poco probable. Y, aunque así fuera, seguro que surge alguna otra.

Olive resopló y se cruzó de brazos; ambos intercambiaron una pequeña sonrisa.

—Puedo pedirles a Holden o a Tom que me dejen dormir con ellos y así te quedas con mi habitación —propuso—. Pero ya saben que tengo la reserva hecha, así que tendría que inventarme alguna excusa…

—No, no voy a echarte de tu habitación. —Se pasó una mano por el pelo y exhaló—. Lo odiarías.

Adam puso cara de curiosidad.

—¿El qué?

—Compartir habitación conmigo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pareces una persona que… —«Pareces una persona a la que le gusta mantener las distancias con los demás, inflexible y dificilísima de conocer. Pareces una persona a la que le importa muy poco lo que los demás piensen de ella. Pareces una persona que sabe lo que hace. Pareces una persona horrible y genial a partes iguales, y el mero hecho de pensar en que hay alguien con quien te gustaría abrirte, alguien que no soy yo, me hace sentir que no puedo seguir sentada a esta mesa.»— Tienes pinta de que necesitas tener tu propio espacio.

Él le sostuvo la mirada.

—Olive. Creo que podré soportarlo.

—Pero, si al final *no* lo soportas, no podrás librarte de mí.

—Es una noche. —Apretó la mandíbula y volvió a relajarla, y luego añadió—: Somos amigos, ¿no?

Adam acababa de tirarle a la cara sus propias palabras. «No quiero ser tu amiga», sintió la tentación de decirle. El caso era que tampoco quería *no* ser su amiga. Lo que quería quedaba completamente fuera de su alcance y tenía que olvidarlo. Borrárselo del cerebro.

—Sí. Lo somos.

—Entonces, como amigo, no me obligues a preocuparme por que tengas que coger el transporte público a altas horas de la noche en una ciudad que no conoces. Ya es bastante horrible que vayas en bicicleta por carreteras sin carril bici —murmuró y, enseguida, Olive sintió un peso enorme en el estómago.

Adam intentaba ser un buen amigo. Se preocupaba por ella y, en lugar de conformarse con lo que le daba, Olive tenía que fastidiarlo todo y… y querer más.

Respiró hondo.

—¿Estás seguro de que no te molestaría?

Él asintió en silencio.

—Vale, muy bien. Vale. —Se obligó a sonreír—. ¿Roncas?

Se le escapó una carcajada.

—No lo sé.

—Venga ya. ¿Cómo no vas a saberlo?

Se encogió de hombros.

—Pues no lo sé.

—Bueno, eso debe de significar que no roncas. Si no, alguien te lo habría dicho.

—¿Alguien?

—Algún compañero de habitación. —Cayó en la cuenta de que Adam tenía treinta y cuatro años y debía de hacer diez que no compartía habitación—. O una novia.

Él sonrió sin ganas y bajó la vista.

—Supongo que mi «novia» me lo dirá después del congreso de la SBD, entonces.

Lo dijo en un tono tranquilo y sin pretensiones, claramente con intención de hacer una broma, pero a Olive se le calentaron las mejillas y fue incapaz de seguir mirándolo a la cara. Así que se puso a juguetear con un hilo de la manga de su chaqueta y a pensar en qué decir.

—La dichosa propuesta. —Carraspeó—. Me la han aceptado como charla.

La miró a los ojos.

—¿En un panel de profesores?

—Sí.

—¿No estás contenta?

—No.

Puso mala cara.

—¿Es por lo de hablar en público?

Se acordaba. Por supuesto que se acordaba.

—Sí. Será horrible.

Adam la observó con fijeza y no dijo nada. Ni que todo iba a ir bien, ni que la charla le saldría perfecta, ni que estaba exagerando y minusvalorando una oportunidad fantástica. Su tranquila aceptación de la ansiedad de Olive tuvo sobre ella justo el efecto contrario al del entusiasmo de la doctora Aslan: la relajó.

—Cuando llevaba tres años haciendo el doctorado —comenzó a decir Adam en voz baja—, mi director de tesis me mandó sustituirlo en un simposio de profesores. Me avisó con apenas dos días de antelación y no me dio ni diapositivas ni un guion. Solo el título de la charla.

—Ostras. —Olive intentó imaginarse cómo sería que se esperara de ti que hicieras algo tan abrumador con tan pocos días de preparación. Al mismo tiempo, una parte de ella se asombró de que Adam revelara algo personal sin tener que hacerle una pregunta directa—. ¿Por qué lo hizo?

—¿Quién sabe? —Echó la cabeza hacia atrás y clavó la mirada en un punto situado por encima de la cabeza de Olive. Habló con un dejo de amargura—: Porque le salió una urgencia. Porque pensó que sería una experiencia formativa. Simplemente porque podía.

Olive apostaba a que simplemente porque podía. No conocía al director de tesis de Adam, pero el mundo académico era, en gran medida, un club de señoros en el que a los que tenían el poder les gustaba aprovecharse de los que no lo tenían sin que eso tuviera consecuencia alguna.

—¿Y fue una experiencia formativa?

Adam volvió a encogerse de hombros.

—Tanto como puede serlo cualquier cosa que te mantenga despierto y muerto de miedo durante cuarenta y ocho horas seguidas.

Olive sonrió.

—¿Y cómo te fue?

—Pues… —Apretó los labios—. No lo bastante bien. —Se quedó callado durante un largo instante, las pupilas clavadas en el otro lado del ventanal de la cafetería—. Aunque, bueno, para él nunca hacía nada lo bastante bien.

Le parecía imposible que alguien echara un vistazo a los logros científicos de Adam y los considerara insuficientes. Que alguien pensara que Adam era nada menos que el mejor en lo que hacía. ¿Por eso era tan severo a la hora de juzgar a los demás, porque lo habían enseñado a establecer los mismos estándares imposibles para sí mismo?

—¿Sigues en contacto con él? Con tu director, quiero decir.

—Ya está jubilado. Tom se ha hecho cargo del que era su laboratorio.

Fue una respuesta bastante opaca y formulada con una enorme cautela. Olive no pudo por menos que sentir curiosidad.

—¿Te caía bien?

—Es complicado. —Se pasó una mano por la mandíbula; parecía pensativo y distante—. No. No me caía bien. Y sigue sin caerme bien. Era… —Tardó tanto en acabar la frase que Olive estaba casi convencida de que no lo haría. Pero la terminó, sin apartar la mirada del sol de última hora de la tarde que desaparecía detrás de los robles—. Despiadado. Mi director de tesis era despiadado.

A Olive se le escapó una risita y Adam se volvió a toda prisa para mirarla, con los ojos entornados por la confusión.

—Perdón. —Seguía riéndose un poco—. Es que me hace gracia oírte quejarte de tu antiguo mentor. Porque…

—¿Porque…?

—Porque parece que era idéntico a ti.

—No soy como él —replicó con más brusquedad de la que Olive se había acostumbrado a esperar de él.

Ella resopló.

—Adam, estoy segura de que, si le pidiéramos a alguien que te describiera con una sola palabra, «despiadado» saldría una o diez veces.

Lo vio tensarse incluso antes de que ella concluyera la frase; de pronto, colocó los hombros en una postura inflexible y rígida; apretó la mandíbula, que le temblaba ligeramente. El primer impulso de Olive fue disculparse, aunque no tenía muy claro por qué. Lo que acababa de decirle no era nada nuevo: ya habían hablado en otras ocasiones del contundente e intransigente estilo de enseñanza de Adam y él siempre se lo había tomado bien. Incluso lo había reconocido. Sin embargo, en ese momento tenía los puños apretados sobre la mesa y la mirada más oscura de lo normal.

—Oye… Adam, ¿te he…? —tartamudeó, pero él la interrumpió antes de que pudiera continuar:

—Todo el mundo tiene problemas con su director de tesis —sentenció y en su tono había un matiz de rotundidad que la advertía de que no siguiera por ese camino, de que no preguntara «¿Qué ha pasado? ¿Qué acaba de ocurrirte?».

Así que Olive tragó saliva y asintió.

—La doctora Aslan es… —titubeó. Los nudillos de Adam ya no estaban tan blancos y la tensión de los músculos se le iba disipando poco a poco. Tal vez todo hubiera sido producto de la imaginación de Olive. Sí, debía de ser eso—. Es maravillosa. Pero a veces me siento como si en realidad no entendiera que necesito más… —Orientación. Apoyo. Algún consejo práctico en lugar de confianza ciega—. Ni yo misma sé lo que necesito. Creo que es posible que eso sea parte del problema: no se me da nada bien comunicarlo.

Adam asintió y dio la sensación de que escogía sus palabras con gran cuidado:

—Ser mentor es difícil. Nadie te enseña a hacerlo. Nos formamos para ser científicos, pero, como profesores, también debemos asegurarnos de que los alumnos aprendan a producir ciencia rigurosa. Yo hago que mis doctorandos se responsabilicen de su trabajo y los someto a un alto nivel de exigencia. Me tienen miedo y no me importa. Hay mucho en juego y, si tener miedo significa que se toman su formación en serio, no me supone ningún problema.

Olive lo miró con aire inquisitivo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi trabajo consiste en asegurarme de que mis doctorandos, que son adultos, no se conviertan en científicos mediocres. Eso significa que mi tarea consiste en exigirles que repitan sus experimentos o ajusten sus hipótesis. Viene con el cargo.

Olive nunca había sido de las que se esfuerzan por complacer a los demás, pero la actitud de Adam hacia la percepción que el resto de la gente tenía de él era tan desdeñosa que resultaba casi fascinante.

—¿De verdad no te importa? —le preguntó con curiosidad—. Que a tus doctorandos no les caigas bien como persona.

—No. A mí tampoco me caen muy bien ellos. —Olive pensó en Jess, en Alex y en la otra media decena de doctorandos y posdocs a los que no conocía muy bien y que tenían a Adam de director. Le hacía gracia que él los considerara tan pesados a ellos como ellos lo consideraban despótico a él—. Para ser sincero, no me cae bien la gente en general.

—Ya. —«No preguntes, Olive. No preguntes.»— ¿Yo te caigo bien?

Un milisegundo de vacilación en el que Adam apretó los labios.

—No. Eres una listilla con un gusto pésimo para las bebidas. —Acarició el contorno del iPad con una pequeña sonrisa juguetona en los labios—. Mándame las diapositivas.

—¿Las diapositivas?

—Las de la charla. Les echaré un vistazo.

Olive intentó no mirarlo boquiabierta.

—Ah… Tú… No eres mi director. No tienes por qué hacerlo.

—Ya lo sé.

—En serio, no tienes que…

—Quiero hacerlo —dijo con los ojos clavados en los suyos y un tono de voz grave y sereno; Olive tuvo que apartar la mirada porque sintió algo que le oprimía el pecho con fuerza.

—Vale. —Por fin consiguió arrancarse el hilo suelto de la manga—. ¿Qué probabilidades hay de que tus críticas me hagan llorar bajo la ducha?

—Eso dependerá de la calidad de las diapositivas.

Ella sonrió.

—No te sientas obligado a reprimirte.

—Créeme, no lo haré.

—Bien. Genial. —Suspiró, pero era tranquilizador saber que Adam iba a revisarle la presentación—. ¿Asistirás a mi charla? —se oyó preguntar. La petición la pilló tan de sorpresa como a Adam, al parecer.

—Pues… ¿Quieres que vaya?

«No. No, va a ser horrible y humillante y un desastre y vas a verme en mi peor momento, en el más débil. Lo mejor sería que te encerraras en el baño mientras dure el panel. Solo para que no entres por casualidad y me veas haciendo el ridículo.»

Y, sin embargo… La mera idea de tenerlo allí, sentado entre el público, hacía que la perspectiva de la charla le pareciera menos terrible. No era su director de tesis y no podría hacer gran cosa si la desbordaban con un

aluvión de preguntas imposibles o si el proyector dejaba de funcionar a mitad de la charla. Pero quizá no fuera eso lo que necesitaba de él.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que le resultaba tan especial en Adam: que, con independencia de su reputación y de lo escabroso de su primer encuentro, desde el principio Olive había sentido que lo tenía de su parte. Una y otra vez, y de maneras que ella jamás podría haber imaginado, Adam la había hecho sentir que no la juzgaba. Que estaba menos sola.

Exhaló despacio. Darse cuenta de algo así tendría que haberla puesto nerviosa, pero tuvo un efecto extrañamente calmante.

—Sí —contestó, y pensó que a lo mejor aquello no salía tan mal: quizá nunca tuviera lo que quería de Adam, pero, al menos por ahora, lo tenía en su vida y eso iba a tener que bastar.

—Iré, entonces.

Olive se echó hacia delante.

—¿Harás una pregunta interminable y tendenciosa que me lleve a divagar de manera incoherente y a perder el respeto de mis compañeros, socavando así mi posición en el campo de la biología para siempre?

—Es posible —respondió sonriendo—. ¿Te invito ya a ese… —Adam señaló la caja registradora— brebaje asqueroso de calabaza?

Olive esbozó una sonrisa enorme.

—Ay, sí. Si quieres, claro.

—Preferiría invitarte a cualquier otra cosa.

—Una pena.

Olive se puso en pie de un salto y se encaminó hacia el mostrador, no sin antes tirarle de la manga a Adam y obligarlo a levantarse con ella. Él la siguió con docilidad, murmurando no sé qué sobre el café solo que Olive decidió ignorar.

«Tendrá que bastar —se repitió—. Lo que tienes ahora tendrá que bastar.»

Capítulo catorce

❤ HIPÓTESIS: Este congreso será lo peor que le ocurra a mi carrera profesional, a mi bienestar general y a mi sentido de la cordura.

Había dos camas en la habitación del hotel.

Dos camas dobles para ser exactos y, mientras las miraba, Olive sintió que se le hundían los hombros de alivio y tuvo que contener el impulso de golpear el aire con el puño en señal de victoria. «Chupaos esa, comedias románticas de pacotilla.» A lo mejor se había enamorado como si fuera tonta perdida del tío con el que había empezado a fingir una relación, pero al menos no compartiría cama con él en un futuro próximo. Teniendo en cuenta lo desastroso de sus últimas semanas, necesitaba mucho, pero que mucho, ese pequeño triunfo.

Había una serie de pistas que indicaban que Adam había dormido en la cama más cercana a la puerta: un libro sobre la mesilla de noche en un idioma que parecía alemán, una memoria USB y el mismo iPad con el que lo había visto en varias ocasiones, un cargador de iPhone colgando de la toma de corriente. Una maleta colocada a los pies de la cama, negra y con pinta de cara. A diferencia de la de Olive, no parecía que la hubiera sacado del arcón de ofertas del Walmart.

—Supongo que esta es la mía, entonces —murmuró.

Se sentó en la cama de al lado de la ventana y dio un par de botecitos para comprobar la firmeza del colchón. Era una habitación bonita. No era lujosa, pero de pronto Olive se sintió agradecida por que Adam hubiera resoplado y la hubiese mirado como si estuviera loca cuando se había ofrecido a pagarle la mitad. Al menos había espacio suficiente para que no tuvieran que rozarse cada vez que se moviesen. Dormir allí con él no le

parecería una versión singularmente sádica de esos juegos adolescentes de las películas en los que te encierran con alguien en un armario.

Tampoco iban a pasar mucho tiempo juntos. Olive daría su charla dentro de un par de horas —«Uf»— y luego iría a la fiesta del departamento a pasar el rato con sus amigos hasta… Bueno, hasta lo más tarde posible. Seguro que Adam ya tenía concertadas un montón de reuniones, así que tal vez ni siquiera se vieran. Olive estaría dormida cuando él volviera esa noche y a la mañana siguiente uno de ellos fingiría no despertarse mientras el otro se preparaba. Todo iba a salir bien. Sería inofensivo. Como mínimo, no empeoraría aún más las cosas.

El atuendo habitual de Olive en los congresos eran unos vaqueros negros y su chaqueta menos deshilachada, pero hacía unos días Anh le había comentado que quizá ese conjunto fuera demasiado informal para una charla. Tras suspirar durante horas, Olive había decidido llevarse el vestido cruzado negro que se había comprado en las rebajas antes de hacer la entrevista de la escuela de posgrado y unos zapatos de salón también negros que le había prestado la hermana de Anh. En aquel momento le había parecido una buena idea, pero, en cuanto entró en el baño para ponerse el vestido, se dio cuenta de que debía de haber encogido la última vez que lo lavó. Ya no le llegaba a las rodillas: le faltaban unos cinco centímetros. Soltó un gruñido y se hizo una foto para enviársela a Anh y Malcolm, que le contestaron, respectivamente, «Sigue siendo apropiado para un congreso» y un emoji de fuego. Olive rezó para que Anh no estuviera equivocada mientras se peinaba las ondas del pelo y se peleaba con el rímel reseco (culpa suya por comprarse el maquillaje en un bazar, sin duda).

Acababa de salir del baño, ensayando la charla en voz baja, cuando la puerta se abrió y alguien —A*dam*, por supuesto que era *Adam*— entró en la habitación. Llevaba la llave en la mano e iba escribiendo algo en el móvil, pero se detuvo en cuanto levantó la vista y vio a Olive. Abrió la boca y…

Ya está. Se le quedó abierta.

—Hola. —Olive se obligó a sonreír. El corazón le hacía cosas raras en el pecho. Le latía demasiado rápido. Tendría que hacerse un chequeo en cuanto volviera a casa. Nunca se es lo suficientemente cuidadoso con la salud cardiovascular—. ¿Qué tal?

Adam cerró la boca de golpe y se aclaró la garganta.

—Estás… —Tragó con dificultad y cambió un poco de postura—. Aquí.

—Sí. —Asintió sin dejar de sonreír—. Acabo de llegar. Mi vuelo ha aterrizado a la hora, por sorprendente que parezca.

Le dio la sensación de que Adam estaba un poco espeso. A lo mejor le había afectado el cambio horario, o quizá la noche anterior hubiera salido hasta tarde con sus amigos científicos famosos. O con la mujer misteriosa de la que le había hablado Holden. Se quedó ahí plantado mirando a Olive en silencio durante varios segundos y, cuando habló, fue solo para decir:

—Te has puesto muy…

Olive bajó los ojos hacia el vestido y los tacones, y se preguntó si el maquillaje de los ojos se le habría emborronado ya. Se lo había puesto hacía por lo menos tres minutos, así que era más que probable.

—¿Profesional?

—No iba a decir… —Adam cerró los ojos y sacudió la cabeza, como si quisiera recuperar la compostura—. Pero sí. Pareces muy profesional. ¿Cómo estás?

—Bien. Más o menos. O sea, me gustaría estar muerta, pero aparte de eso…

Adam se rio sin hacer ruido y se acercó un poco.

—Te irá bien.

Olive siempre había pensado que a Adam le quedaban bien los jerséis, pero solo porque nunca lo había visto con una americana. «Tenía un arma secreta escondida desde el principio —pensó mientras intentaba no mirarlo demasiado—. Y ahora la ha desplegado. Que lo parta un rayo.»

—Seguro. —Se echó el pelo hacia atrás y sonrió—. En cuanto me muera.

—No pasa nada. Tienes el guion. Te lo has aprendido de memoria. La presentación está bien hecha.

—Creo que las diapositivas estaban mejor antes de que me hicieras cambiar el fondo del PowerPoint.

—Era verde fosforito.

—Lo sé. Me ponía contenta.

—A mí me ponía enfermo.

—Ya. De todas formas, gracias otra vez por ayudarme a solucionarlo. —«Y por responder a las 139 preguntas que te hice. Gracias por tardar menos de diez minutos en responder a mis correos electrónicos, a todos y cada uno de ellos, incluso al de las 5:30 de la mañana en el que escribiste

mal “consenso”, cosa rara en ti, y que me hace sospechar que puede que todavía estuvieras medio dormido.»— Y por dejarme dormir en tu habitación.

—De nada.

Olive se rascó un lado de la nariz.

—Me he imaginado que habías usado esa cama, así que he puesto mis cosas aquí, pero si…

Hizo un gesto confuso con el que pretendía abarcar la habitación.

—No, anoche dormí ahí.

—Vale. —Olive *no* iba a contar cuántos centímetros había entre las dos camas. Por supuesto que no—. Bueno, ¿cómo te ha ido el congreso hasta ahora?

—Más o menos como siempre. He estado casi todo el tiempo en Harvard porque tenía reuniones con Tom. Solo he vuelto para comer.

A Olive le rugieron las tripas con fuerza en cuanto mencionó la comida.

—¿Estás bien?

—Sí. Creo que hoy me he olvidado de comer.

Adam enarcó las cejas.

—No te creía capaz de algo así.

—¡Eh! —Lo fulminó con la mirada—. Los niveles constantes de desesperación a los que me he visto sometida durante la última semana requieren de un asombroso número de calorías, por si no… ¿Qué estás haciendo?

Adam estaba agachado junto a su maleta, rebuscando algo que le tendió a Olive.

—¿Qué es?

—Calorías. Para avivar tus hábitos de desesperación.

—Ah. —La aceptó y luego observó la barra de proteínas que tenía en las manos intentando no romper a llorar. No era más que comida, seguro que solo era un tentempié que se había llevado para el avión y que había terminado por no comerse. Al fin y al cabo, él no tenía que desesperarse. Él era el doctor Adam Carlsen—. Gracias. ¿Sigues…? —El envoltorio de la barra crujió cuando se lo pasó de una mano a la otra—. ¿Sigues teniendo intención de venir a mi charla?

—Claro. ¿Cuándo es exactamente?

—Hoy a las cuatro, sala 278. Sesión tres-b. La buena noticia es que se solapa en parte con la conferencia inaugural y eso significa que, con un poco suerte, no asistirán muchas personas…

A Adam se le tensó la espalda de inmediato. Olive titubeó.

—¿O es que tenías pensado ir a la conferencia inaugural?

Adam se mojó los labios.

—Pues…

Olive eligió ese preciso momento para fijarse en la credencial identificativa del congreso que llevaba colgada del cuello.

Doctor Adam Carlsen
Universidad de Stanford
Conferenciante inaugural

Se quedó boquiabierta.

—Madre mía. —Lo miró, ojiplática, y… Madre *mía*. Al menos tenía la decencia de parecer avergonzado—. ¿Por qué *no* me has dicho que eres el ponente principal?

Adam se rascó la mandíbula; rezumaba incomodidad.

—No se me pasó por la cabeza.

—Madre mía —repitió.

Para ser justos, era culpa de Olive. El nombre del ponente principal debía de estar impreso en un tamaño de fuente 300 en el programa y en todo el material promocional, por no hablar de en la aplicación de la conferencia y en los correos electrónicos. Olive tenía que haber estado mirándose mucho el ombligo para no darse cuenta.

—Adam. —Hizo ademán de frotarse los ojos con los dedos y luego se lo pensó mejor. Dichoso maquillaje—. Es imposible que el orador principal del congreso de la SBD sea mi novio falso.

—Bueno, técnicamente hay tres conferenciantes inaugurales y las otras dos son mujeres casadas de unos cincuenta años que viven una en Europa y otra en Japón, así que…

Olive se cruzó de brazos y le lanzó una mirada indiferente hasta que se quedó callado. No pudo evitar reírse.

—¿Cómo es posible que no surgiera el tema?

—No es tan importante. —Se encogió de hombros—. Dudo que yo fuera su primera opción.

—Ya. —Claro. Porque existía una persona que se negara a ser el orador principal del congreso de la SBD. Lo miró con curiosidad—. ¿Pensaste que era idiota cuando empecé a quejarme de mi charla de diez minutos a la que asistirán catorce personas y media?

—Para nada. Tu reacción es comprensible. —Se quedó pensativo un momento—. A veces sí creo que eres idiota, sobre todo cuando te veo ponerte kétchup y queso crema en los panecillos.

—Es una buena mezcla.

Parecía estar pasándolo mal.

—¿En qué momento del panel presentas? A lo mejor me da tiempo a llegar.

—No. Soy justo la del medio. —Sacudió una mano con la esperanza de aparentar despreocupación—. No pasa nada, de verdad. —Y era cierto—. Voy a tener que grabarme con el iPhone, de todos modos. —Puso los ojos en blanco—. Para la doctora Aslan. No ha podido venir al congreso, pero dice que quiere escuchar mi primera charla. Puedo enviártela también a ti, si te gustan los tartamudeos y pasar vergüenza ajena.

—Me encantaría.

Olive se sonrojó y cambió de tema.

—¿Por eso tienes la habitación reservada durante todo el congreso a pesar de que te marchas? ¿Porque eres un pez gordo?

Adam frunció el ceño.

—No lo soy.

—¿Puedo llamarte «pez gordo» a partir de ahora?

Él suspiró, se encaminó hacia la mesita de noche y se guardó en el bolsillo el USB en el que Olive se había fijado antes.

—Tengo que bajar mi presentación a la sala, listilla.

—Vale. —Podía marcharse. No pasaba nada. Absolutamente nada. Olive no permitió que le flaqueara la sonrisa—. Entonces supongo que ya te veré después de mi charla, ¿no?

—Por supuesto.

—Y después de la tuya. Buena suerte. Y enhorabuena. Es un gran honor.

Sin embargo, Adam no daba la impresión de estar pensando en eso. Se quedó parado junto a la puerta, con la mano en el pomo, y se dio la vuelta

para mirar a Olive. Se sostuvieron la mirada durante unos instantes antes de que él le dijera:

—No te pongas nerviosa, ¿vale?

Ella apretó la boca y asintió.

—Haré lo que la doctora Aslan me dice siempre que haga.

—¿Qué?

—Comportarme con la confianza de un hombre blanco mediocre.

Adam sonrió con ganas y… ahí estaban. Los hoyuelos de infarto.

—Te saldrá bien, Olive. —Se le suavizó la sonrisa—. Y, si no, al menos ya habrá pasado.

Hasta unos minutos más tarde, mientras estaba sentada en su cama contemplando las vistas de Boston y mordisqueando su almuerzo, Olive no se dio cuenta de que la barrita de proteínas que le había dado Adam estaba recubierta de chocolate.

Comprobó por tercera vez si estaba en la sala correcta —para causar buena impresión, no había nada como ponerse a hablar de cáncer de páncreas ante un público que esperaba una presentación sobre el aparato de Golgi— y entonces notó que una mano le agarraba el hombro. Se volvió, vio a quién pertenecían aquellos dedos y sonrió de inmediato.

—¡Tom!

Llevaba un traje color carbón y el pelo rubio peinado hacia atrás, lo que lo hacía parecer más mayor que en California, pero también profesional. Era una cara amiga en un mar de rostros desconocidos, así que su presencia le quitó un poco las ganas de utilizar su propio zapato para vomitar.

—Hola, Olive. —Le sostuvo la puerta para que pasara—. Ya me imaginé que nos veríamos aquí.

—¿Y eso?

—Por el programa del congreso. —La miró con extrañeza—. ¿No te has dado cuenta de que participamos en el mismo panel?

«Ay, *mierda*.»

—La verdad… Ni siquiera leí quién más formaba parte del panel.

«Porque estaba demasiado ocupada cagándome de miedo.»

—No te preocupes. Casi todos son gente aburrida. —Le guiñó un ojo y bajó la mano hasta la espalda de Olive para guiarla hacia el podio—.

Excepto nosotros dos, claro.

La charla no fue mal del todo.

Tampoco fue perfecta. Se trabó dos veces con la palabra «canalrodopsina» y, por algún extraño truco del proyector, su tinción parecía más una mancha negra que un corte de tejido.

—En mi ordenador se ve distinto —le dijo Olive al público con una sonrisa forzada—. En este caso van a tener que fiarse de mí.

La gente se echó a reír y ella se relajó un poco, agradecida por haber pasado horas y más horas memorizando todo lo que debía decir. La sala no estaba tan llena como se había temido y había unas cuantas personas —que probablemente trabajasen en proyectos similares en otras instituciones— que tomaban notas y escuchaban absortos hasta la última de sus palabras. Eso debería haberle provocado agobio y ansiedad, pero, a media charla, se dio cuenta de que le producía una alegría extraña saber que alguien más sentía pasión por los mismos temas de investigación que ocupaban la mayor parte de su vida desde hacía dos años.

En la segunda fila, Malcolm fingía una expresión de fascinación, mientras que Anh, Jeremy y otros doctorandos de Stanford asentían con entusiasmo cada vez que Olive miraba hacia ellos. Tom alternaba entre mirarla con intensidad y bajar la vista al móvil con expresión de aburrimiento —nada que echarle en cara, puesto que ya se había leído su informe—. La sesión se estaba retrasando, así que el moderador acabó dando tiempo para que le hicieran solo una pregunta, y fue una fácil. Al final, dos de los otros miembros del panel —famosos investigadores oncológicos con los que Olive tuvo que contenerse para no comportarse como una fan histérica— le estrecharon la mano y le hicieron varias preguntas sobre su trabajo. Se sintió aturdida y muy feliz al mismo tiempo.

—Has estado increíble —le dijo Anh cuando terminó y se puso de pie para abrazarla—. Además, estás muy atractiva y profesional y, mientras hablabas, he tenido una visión de tu futuro en el mundo académico.

Olive le devolvió el abrazo.

—¿Qué visión?

—Eras una investigadora de alto nivel rodeada de alumnos que estaban pendientes de todas y cada una de tus palabras. Y respondías a un correo de varios párrafos con un no sin mayúsculas.

—Qué bien. ¿Era feliz?

—Por supuesto que no. —Anh se rio con desdén—. Es el mundo académico.

—Chicas, la fiesta del departamento empieza dentro de media hora. —Malcolm se acercó para darle un beso en la mejilla a Olive y estrecharle la cintura. Cuando su amiga llevaba tacones, era un poquitín más bajo que ella, de manera que Olive, como no podía ser de otra manera, estaba deseando que les sacaran una foto juntos—. Tendríamos que ir a celebrar la única vez que Olive ha conseguido pronunciar bien «canalrodopsina» con unas cuantas copas gratis.

—Qué imbécil eres.

Malcolm la atrajo hacia sí para abrazarla con fuerza y le susurró al oído:

—Lo has hecho genial, Kalamata. —Y luego, en voz más alta, continuó —: ¡Vamos a emborracharnos!

—Id yendo vosotros, yo voy a recoger el USB y a dejar mis cosas en el hotel.

Olive atravesó la sala, ahora vacía, en dirección al estrado con la sensación de haberse quitado un enorme peso de encima. Estaba relajada y aliviada. En el plano profesional, las cosas estaban empezando a mejorar: al parecer, con la preparación adecuada, era capaz de hilvanar varias frases coherentes delante de otros científicos. Además, disponía de los medios necesarios para seguir con su investigación el año siguiente y dos grandes nombres de su campo acababan de alabar su trabajo. Sonrió y se permitió divagar pensando si debía enviarle un mensaje a Adam para decirle que tenía razón, que había salido viva del trance, y también para preguntarle cómo le había ido a él la conferencia inaugural. Si se le había rebelado el PowerPoint y si había pronunciado mal palabras como «ácido ribonucleico» o «cariotipo»; si pensaba ir a la fiesta del departamento. Seguro que había quedado con sus amigos, pero quizá pudiera invitarlo a una copa de agradecimiento por haberla ayudado. Incluso pagaría ella, por una vez.

—Te ha ido bien —dijo alguien.

Olive se volvió y se encontró a Tom de pie detrás de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado contra la mesa. Tenía pinta de llevar un buen rato mirándola.

—Gracias. A ti también.

La charla de Tom había sido una versión más condensada de la que ya había dado en Stanford, así que Olive tenía que reconocer que había

desconectado un poco.

—¿Dónde está Adam? —le preguntó él.

—Creo que aún no ha terminado de dar la conferencia inaugural.

—Claro. —Tom puso los ojos en blanco. Seguro que lo hizo con cariño, aunque Olive no llegó a captarlo del todo en su expresión—. Qué típico de él, ¿no?

—¿El qué?

—Superarte. —Se apartó de la mesa y se acercó sin prisa—. Bueno, supera a todo el mundo. No es nada personal. —Olive frunció el ceño, confundida, y quiso preguntarle a Tom a qué se refería con todo aquello, pero él continuó—: Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien el año que viene.

Ese recordatorio de que Tom creía lo suficiente en su trabajo como para aceptarla en su laboratorio aplacó su malestar.

—Desde luego. —Sonrió—. Muchas gracias por darnos una oportunidad a mi proyecto y a mí. Estoy deseando empezar a trabajar contigo.

—De nada. —Él también sonreía—. Creo que los dos podemos beneficiarnos mucho el uno del otro, ¿no te parece?

Olive pensó que ella tenía mucho más de lo que beneficiarse que él, pero asintió de todos modos.

—Eso espero. Creo que las técnicas de imagen y los biomarcadores sanguíneos se complementan a la perfección y que solo combinándolos podremos…

—Y yo tengo lo que tú necesitas, ¿no? Los fondos de investigación. El espacio en el laboratorio. El tiempo y la capacidad para guiarte adecuadamente.

—Sí. Así es. Y… —De repente, Olive distinguió el borde gris de la córnea de Tom. ¿Se había acercado aún más? Era alto, pero no mucho más que ella. Por lo general, no le resultaba *tan* imponente—. Te lo agradezco. Mucho. Estoy convencida de que…

Notó el olor desconocido de Tom en las fosas nasales, y su aliento, caliente y desagradable, contra la comisura de la boca, y… los dedos, una presa firme como un grillete en torno a la parte superior del brazo. ¿Por qué estaba…? ¿Qué estaba…?

—¿Qué…? —Con el corazón en la garganta, Olive se zafó de él y retrocedió varios pasos—. ¿Qué estás *haciendo?*

Se llevó la mano al bíceps y… Le dolía donde la había agarrado.

Vaya tela… ¿De verdad había hecho eso? ¿Había intentado besarla? No, debía de habérselo imaginado. Debía de estar volviéndose loca, porque Tom nunca…

—Un anticipo, creo.

Ella se limitó a mirarlo, demasiado aturdida y paralizada para reaccionar, hasta que Tom se acercó y se echó una vez más sobre ella. Y, de pronto, todo volvió a suceder.

Olive lo empujó. Lo empujó con todas sus fuerzas, poniéndole ambas manos en el pecho, hasta que él retrocedió con una risa cruel y condescendiente. A Olive se le agarrotaron los pulmones de golpe. No podía respirar.

—Un anticipo… ¿de qué? ¿Estás loco?

—Venga ya.

¿Por qué sonreía? ¿Por qué tenía esa expresión empalagosa y detestable en la cara? ¿Por qué la miraba como…?

—Una chica tan guapa como tú ya debería conocerse el percal. —Le dio un repaso de pies a cabeza y el brillo lascivo de sus ojos hizo que Olive se sintiera asquerosa—. No me mientas y digas que no has escogido ese vestido tan corto en mi honor. Bonitas piernas, por cierto. Ya entiendo por qué Adam está malgastando el tiempo contigo.

—El… ¿Qué estás…?

—Olive. —Suspiró y se metió las manos en los bolsillos. Con una postura tan relajada, su aspecto no debería haberle resultado amenazante. Sin embargo, el efecto fue justo el contrario—. No creerás que te he aceptado en mi laboratorio porque eres buena, ¿verdad?

Boquiabierta, dio otro paso atrás. Uno de los tacones estuvo a punto de enganchársele en la moqueta y tuvo que agarrarse a la mesa para evitar caerse.

—Una chica como tú, que se ha dado cuenta tan al principio de su carrera académica de que follarse a profesores famosos y con éxito es la única forma de salir adelante. —Seguía sonriendo. Era el mismo gesto que una vez Olive había considerado amable. Tranquilizador—. Te has follado a Adam, ¿no? Los dos sabemos que también follarás conmigo por la misma razón.

Olive iba a vomitar. Al final iba a vomitar en aquella sala, aunque no tenía nada que ver con su charla.

—Das asco.

—Ah, ¿sí? —Se encogió de hombros, imperturbable—. Pues ya somos dos. Has utilizado a Adam para llegar hasta mi laboratorio y hasta mí. Y hasta este congreso, también.

—No es verdad. Ni siquiera conocía a Adam cuando envié mi…

—Venga, por favor. ¿Me estás diciendo que crees que han seleccionado tu patética propuesta para una charla debido a su calidad e importancia científica? —Puso cara de incredulidad—. Por aquí hay alguien que se tiene en muy alta estima, teniendo en cuenta que su investigación es inútil y poco original y que apenas es capaz de juntar dos palabras sin tartamudear como una idiota.

Se quedó de piedra. Notó que se le revolvía el estómago y que los pies se le clavaban al suelo.

—No es cierto —susurró.

—¿No? ¿Crees que no es cierto que los científicos del sector tengan tantas ganas de impresionar al gran Adam Carlsen como para besarle el culo a quienquiera que se esté tirando en ese momento? Porque eso es justo lo que hice cuando le dije a su más que mediocre novia que podía venir a trabajar para mí. Pero a lo mejor tienes razón —dijo, todo afabilidad burlona—. A lo mejor conoces el mundo académico CTIM mejor que yo.

—Voy a contárselo todo a Adam. Voy a…

—Por supuesto. —Tom abrió los brazos de par en par—. Adelante. No te cortes. ¿Quieres que te preste el móvil?

—No. —Se le hincharon las fosas nasales. Una oleada de ira helada la recorrió de arriba abajo—. No.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada a buen paso mientras trataba de reprimir las náuseas y la bilis que le subían por la garganta. Iba a buscar a Adam. Iba a buscar a los organizadores del congreso y a denunciar a Tom. No iba a volver a verle la cara jamás.

—Una pregunta rápida. ¿A quién piensas que creerá Adam, Olive? —La chica se detuvo bruscamente a pocos metros de la puerta—. ¿A una zorra con la que lleva un par de semanas acostándose o a alguien que es su amigo íntimo desde hace años, que lo ayudó a conseguir la beca más importante de

su carrera, que lo apoya desde que era más joven de lo que lo eres tú ahora, alguien que de verdad es un *buen* científico?

La chica se dio la vuelta, temblando de rabia.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque puedo. —Tom volvió a encogerse de hombros—. Porque, a pesar de lo ventajosa que ha sido mi colaboración con Adam, a veces fastidia un poco que siempre tenga que ser el mejor en todo y me gusta la idea de ser yo quien le quite algo por una vez. Porque eres muy guapa y estoy deseando pasar más tiempo contigo el año que viene. ¿Quién iba a imaginar que Adam tenía tan buen gusto?

—Estás loco. Si crees que voy a ir a trabajar a tu laboratorio, estás…

—Ay, Olive. Claro que irás. Porque, verás, aunque tu trabajo no es especialmente brillante, se complementa muy bien con los proyectos que se están desarrollando en este momento en mi laboratorio.

La joven dejó escapar una única y amarga carcajada.

—¿De verdad eres tan iluso como para creer que colaboraría contigo después de esto?

—Hum… Es, más bien, que no tienes elección. Porque, si quieres terminar tu proyecto, mi laboratorio es tu única oportunidad. Y si no lo haces… bueno. Me enviaste la información sobre todos tus protocolos y eso significa que podría replicarlos con facilidad. Pero no te preocupes. A lo mejor te menciono en la sección de agradecimientos.

Olive sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—No serías capaz —susurró—. Es mala praxis de investigación.

—Mira, Olive, mi consejo amistoso es el siguiente: ajo y agua. Mantén a Adam contento e interesado el mayor tiempo posible y luego ven a mi laboratorio para poder hacer por fin un trabajo decente. Si también me tienes contento *a mí,* me aseguraré de que puedas salvar el mundo del cáncer de páncreas. Esa historieta lacrimógena sobre la muerte de tu madre, o de tu tía, o de la idiota de tu profesora de la guardería te ayudará solo hasta cierto punto. Eres mediocre.

Olive se dio media vuelta y salió corriendo de la sala.

Cuando oyó el pitido de la llave de la habitación, Olive se limpió a toda prisa la cara con las mangas del vestido. No fue suficiente: llevaba por lo menos veinte minutos llorando, así que ni siquiera un rollo de papel higiénico entero habría sido suficiente para ocultar lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, en realidad no era culpa de Olive. Estaba convencida de que Adam asistiría a la ceremonia de apertura, o al menos a la fiesta del departamento de después de su charla. ¿No pertenecía al Comité de Relaciones Sociales y Profesionales? Tendría que estar en algún otro sitio. Estableciendo relaciones sociales. Estableciendo relaciones profesionales. Siendo del comité.

Pero allí estaba. Olive oyó sus pasos cuando entró, y luego que se detenía en la entrada del dormitorio, y…

No consiguió obligarse a mirarlo a los ojos. Estaba hecha un desastre, a fin de cuentas; un desastre lamentable y penoso. Pero al menos debería intentar desviar la atención de Adam. Tal vez diciendo algo. Cualquier cosa.

—Hola. —Intentó sonreír, pero siguió con la vista fija en las manos—. ¿Cómo te ha ido la conferencia?

—¿Qué ha pasado?

Su voz era tranquila, grave.

—¿Acabas de terminar? —La sonrisa aguantaba. Bien. Bien, eso era bueno—. ¿Qué tal la ronda de preguntas…?

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Es que…

No consiguió terminar la frase. Y la sonrisa —que, si era sincera consigo misma, ni siquiera había llegado a serlo del todo— empezaba a desmoronarse. Olive oyó a Adam acercarse, pero no volvió la cabeza. Mantener los párpados cerrados era lo único que impedía que las compuertas se abrieran, y tampoco podía decirse que estuvieran haciendo un gran trabajo.

Se sobresaltó cuando lo encontró arrodillado delante de ella. Justo al lado de su silla, con la cabeza a la altura de la suya, observándola con el ceño fruncido y preocupado. Olive hizo ademán de taparse la cara, pero él le sujetó la barbilla con los dedos y se la levantó hasta que no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos. Luego Adam desplazó la mano hasta su mejilla y se la acarició mientras le preguntaba una vez más:

—Olive. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

Le temblaba la voz. Era como si desapareciera una y otra vez no sabía dónde, como si se fundiera entre las lágrimas.

—Olive.

—De verdad. Nada.

Adam la observó con fijeza, inquisitivo, y no la soltó.

—¿Alguien se ha comprado la última bolsa de patatas fritas?

Se le escapó una risa húmeda y no totalmente controlada.

—Sí. ¿Has sido tú?

—Por supuesto. —Le acarició el pómulo con el pulgar y detuvo una lágrima que caía—. Las he comprado todas.

Esta sonrisa parecía mejor que la que había improvisado antes.

—Espero que tengas un buen seguro médico, porque te va a entrar diabetes tipo 2.

—Habrá merecido la pena.

—Eres un monstruo.

Olive debía de haberse apoyado en la mano de Adam, porque este volvía a acariciarla con el pulgar. Con mucha suavidad.

—¿Crees que esa es forma de hablarle a tu novio falso? —Parecía muy preocupado. Se le notaba en los ojos, en la boca apretada. Y, sin embargo… Qué paciencia—. ¿Qué ha pasado, Olive?

Ella negó con la cabeza.

—Solo es que…

No podía decírselo. Y no podía *no* decírselo. Pero, sobre todo, no podía decírselo.

«¿A quién piensas que creerá Adam, Olive?»

Tuvo que respirar hondo. Expulsar la voz de Tom de su cabeza y calmarse antes de continuar. Inventarse algo que decirle, algo que no hiciera que el cielo se derrumbara sobre ellos en aquella habitación de hotel.

—Mi charla. Creía que había ido bien. Mis amigos me dijeron lo mismo. Pero luego oí a la gente comentándola y decían…

En serio, Adam tenía que dejar de tocarla. Debía de estar empapándole la mano entera. Y la manga de la americana, también.

—¿Qué decían?

—Nada. Que era poco original. Aburrida. Que yo hablaba tartamudeando. Sabían que soy tu novia y aseguraban que esa era la única

razón por la que me habían seleccionado para dar una charla.

Negó con la cabeza. Tenía que dejarlo pasar. Sacárselo de la cabeza. Pensar con detenimiento en qué hacer.

—¿Quién? ¿Quiénes eran?

«Uf, Adam.»

—Alguien. No lo sé.

—¿No has visto las credenciales identificativas?

—No… No me he fijado.

—¿Formaban parte de tu panel?

Aquel tono de voz ocultaba algo. Algo apremiante que sugería violencia, rabia y huesos rotos. La mano de Adam seguía rozando la mejilla de Olive con suavidad, pero había entornado los ojos. Tenía una tensión nueva en la mandíbula y Olive sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—No —mintió—. No importa. No pasa nada. —Adam frunció aún más los labios, se le hincharon las fosas nasales, así que Olive añadió—: De todas formas, me da igual lo que la gente opine de mí.

—Ya —replicó él con desdén.

Ese Adam, justo ese, era el Adam malhumorado e irascible del que se quejaban los doctorandos del programa de Olive. No debería haberse sorprendido de verlo tan enfadado, pero nunca se había comportado así con ella.

—No, en serio, me da igual lo que diga la gente…

—Sé que te da igual. Pero ahí está el problema, ¿no? —La miró a los ojos. Estaba tan cerca que Olive distinguía los amarillos y los verdes que se mezclaban para formar el marrón claro de sus iris—. No se trata de lo que digan ellos, sino de lo que piensas tú. El problema es que crees que tienen razón, ¿verdad?

Sintió la boca llena de algodón.

—Pues…

—Olive, eres una gran científica. Y te convertirás en una científica aún mejor. —La estaba mirando de una forma tan seria y tan sincera que iba a terminar de destrozarla—. Lo que haya comentado ese imbécil no dice nada en absoluto de ti y sí mucho de él o ella. —Deslizó los dedos sobre la piel de Olive para colocarle el pelo detrás de la oreja—. Tu trabajo es brillante.

Ni siquiera lo pensó. Y, aunque lo hubiera hecho, probablemente no habría podido evitarlo. Olive se echó hacia delante y escondió la cara en el

cuello de Adam, abrazándolo con fuerza. Era una idea terrible, estúpida e inapropiada, y seguro que él la apartaba enseguida, si no fuera porque…

Adam le colocó una mano en la nuca, casi como si quisiera atraerla hacia sí, y Olive permaneció así durante largos minutos, derramando lágrimas calientes sobre la piel de su garganta, sintiendo lo firme, lo cálido, lo sólido que era… tanto bajo sus dedos como en su vida.

«Tenías que ir y hacer que me enamorara de ti —pensó mientras parpadeaba contra su cuello—, pedazo de imbécil.»

Adam no la soltó. No hasta que Olive se echó hacia atrás y se limpió de nuevo las mejillas con la sensación de que a lo mejor esa vez era capaz de mantener la compostura. Se sorbió la nariz y él se estiró para coger una caja de pañuelos de papel de la mesa del televisor.

—Estoy bien, de verdad.

Adam suspiró.

—Vale, quizá… Quizá ahora mismo no estoy bien, pero lo estaré. —Aceptó el pañuelo que le tendió y se sonó la nariz—. Solo necesito un rato para…

Él la estudió y asintió; su mirada volvía a ser indescifrable.

—Gracias. Por lo que has dicho. Por dejarme moquearte toda la habitación.

Adam sonrió.

—No es nada.

—Y la chaqueta, también. ¿Vas a…? ¿Vas a ir a la fiesta del departamento?

Temía que llegara el momento en que tuviera que apartarse de esa silla. De esa habitación. «Sé sincera —le susurró esa voz sensata y sabia que tenía dentro—. Es de su presencia de la que no quieres apartarte.»

—¿Y tú?

Olive se encogió de hombros.

—Dije que iba a ir. Pero ahora mismo no me apetece hablar con nadie. —Se secó las mejillas una vez más, pero, milagrosamente, el flujo se había detenido. Adam Carlsen, responsable del noventa por ciento de las lágrimas del departamento, se las había ingeniado para que alguien dejara de llorar. ¿Quién lo habría pensado?—. Aunque creo que el alcohol gratis podría ayudarme bastante.

La miró pensativo durante un instante, mordiéndose el interior de la mejilla. Luego asintió, como si acabara de tomar una decisión, y se levantó con la mano tendida hacia ella.

—Venga.

—Uy. —Tuvo que echar el cuello hacia atrás para mirarlo—. Creo que voy a esperar un poco antes de…

—No vamos a la fiesta.

«¿Vamos? ¿Los dos?»

—¿Qué?

—Venga —repitió.

Y esta vez Olive le agarró la mano y no la soltó. Era incapaz, por como él había cerrado los dedos alrededor de los suyos. Adam se quedó mirando los zapatos de la chica hasta que ella captó la indirecta y se los puso, sirviéndose del brazo de Adam para mantener el equilibrio.

—¿Adónde vamos?

—A tomar alcohol gratis. Bueno —se corrigió—, gratis para ti.

Casi se le escapó un grito cuando se dio cuenta de lo que quería decir.

—No… Adam, no. Tienes que ir a la fiesta del departamento. Y a la ceremonia de inauguración. ¡Eres el orador principal!

—Y ya he orado principalmente. —Cogió la trenca roja de Olive de la cama y tiró de ella hacia la entrada—. ¿Sabes caminar con esos zapatos?

—Sí, pero…

—Yo llevo la llave de la habitación; la tuya no hace falta.

—Adam. —Lo agarró de la muñeca y él se volvió de inmediato para mirarla—. Adam, no puedes saltarte esos eventos. La gente dirá que…

Esbozó una sonrisa torcida.

—¿Que quiero pasar tiempo con mi novia?

A Olive se le paralizó el cerebro. Así, sin más. Y luego se le reinició y…

El mundo era un poco distinto.

Cuando Adam volvió a tirarle de la mano, Olive sonrió y se limitó a seguirlo hacia el exterior de la habitación.

Capítulo quince

❤ HIPÓTESIS: No existe ningún momento vital que no pueda mejorarse con comida servida en cinta transportadora.

Los vio todo el mundo.

Gente a la que Olive no había visto nunca, gente que le sonaba de blogs y del Twitter científico, gente del departamento que había sido profesora suya en años anteriores. Gente que sonreía a Adam, que se dirigía a él por su nombre de pila o como doctor Carlsen, que le decía «Gran charla» o «A ver si nos vemos». Gente que ignoraba por completo a Olive y gente que la estudiaba con curiosidad: a ella, a Adam y al punto donde se unían sus manos.

Adam casi siempre se limitaba a devolverles el saludo con un gesto de la cabeza; solo se detuvo a charlar con Holden.

—¿Vais a saltaros la parte coñazo? —les preguntó con una sonrisa cómplice.

—Sí.

—Entonces me aseguraré de beberme vuestra parte del alcohol. Y de excusar vuestra ausencia.

—No hace falta.

—Solo diré que habéis tenido una emergencia familiar. —Holden guiñó un ojo—. Quizá una emergencia de *futura familia*, ¿qué tal os suena?

Adam puso cara de hartazgo y sacó a Olive de allí. La joven tuvo que forzar el paso para no quedarse rezagada, pero no porque él caminara especialmente rápido, sino porque tenía las piernas tan largas que una de sus zancadas equivalía a unas tres de las de ella.

—Oye…, que por aquí las hay que llevamos tacones.

Se volvió hacia ella, le recorrió las piernas con la mirada y luego la apartó a toda prisa.

—Lo sé. Tienes una altura menos incapacitante que de costumbre.

Olive entrecerró los ojos.

—Eh, mido uno setenta y cinco. Soy bastante alta.

—Ajá. —El tono de Adam fue evasivo.

—¿A qué viene esa cara?

—¿Qué cara?

—La tuya.

—Es mi cara de siempre.

—No, es tu cara de «no eres alta».

Adam sonrió, solo un pelín.

—¿Vas bien con esos zapatos? ¿Quieres que volvamos?

—Voy bien, pero ¿podemos ir más despacio?

Fingió un suspiro, pero redujo el paso. Le soltó la mano a Olive y se la posó en la parte baja de la espalda para guiarla hacia la derecha. Ella tuvo que disimular un pequeño escalofrío.

—Una cosa… —Olive embutió los puños en los bolsillos del abrigo y trató de ignorar el hecho de que las puntas de los dedos todavía le hormigueaban—. Esas copas gratis de las que hablabas… ¿vienen con comida?

—Te invitaré a cenar. —A Adam se le curvaron un poco más los labios—. Eso sí, no eres una cita barata.

Olive se inclinó hacia él y le dio un empujón con el hombro en el bíceps. Era difícil no darse cuenta de que no cedía ni un milímetro.

—Pues la verdad es que no. Tengo toda la intención de comerme y beberme mis sentimientos.

La sonrisa de Adam se tornó más curvilínea que nunca.

—¿Adónde quieres ir, listilla?

—A ver… ¿Qué te gusta? Aparte del agua del grifo y las espinacas cocidas.

Adam le lanzó una mirada asesina de soslayo.

—¿Qué te parece una hamburguesa?

—Bah. —Olive hizo un gesto de indiferencia—. No están mal. Si no hay otra cosa.

—¿Qué tienen de malo las hamburguesas?

—No sé. Saben a pie.

—¿Que saben a qué?

—¿Y un mexicano? —Ella hizo como que lo ignoraba—. ¿Te gusta la comida mexicana?

—Las hamburguesas no saben a…

—¿Y un italiano? Me apetece mucho una pizza. Y a lo mejor tienen algo a base de apio que puedas pedirte tú.

—Hamburguesa, entonces.

Olive se echó a reír.

—¿Y un chino?

—Es lo que he comido a mediodía.

—Bueno, los chinos comen comida china varias veces al día, así que eso no debería ser impedimento para… Uy.

Adam tardó dos pasos enteros en darse cuenta de que Olive se había quedado parada en medio de la acera. Se volvió para mirarla.

—¿Qué?

—Ahí.

Señaló un cartel blanco y rojo que había al otro lado de la calle.

Adam siguió la dirección de su dedo y, durante un prolongado instante, se limitó a guardar silencio y parpadear varias veces. Y entonces dijo:

—No.

—Ahí —repitió ella, que sintió que las mejillas se le ensanchaban en una sonrisa.

—Olive. —Se le formó una profunda arruga vertical entre las cejas—. No. Hay restaurantes mucho mejores en los que podemos…

—Pero yo quiero ir a ese.

—¿Por qué? Hay…

Se acercó a él y le agarró la manga de la americana.

—Por favor. ¿Por favor?

Adam se pellizcó el puente de la nariz, suspiró y frunció los labios. Pero apenas cinco segundos después le puso la mano entre los omóplatos para guiarla hacia la otra acera.

El problema, le explicó él en voz baja mientras esperaban a que los sentaran, no era la banda transportadora de sushi, sino el bufé libre por veinte dólares.

—Nunca es buena señal —aseguró, pero su voz parecía más resignada que combativa y, cuando la camarera los hizo pasar, Adam la siguió con

docilidad hasta el reservado.

Olive alucinó al ver los platos que viajaban por la cinta, zigzagueando por el restaurante, y no pudo evitar sonreír de oreja a oreja. Cuando recordó la presencia de Adam y volvió a prestarle atención, lo sorprendió mirándola con una expresión a medio camino entre la exasperación y la indulgencia.

—Sabes —le dijo Adam mientras observaba una ensalada de algas que pasaba junto a su hombro—, podríamos ir a un restaurante japonés de verdad. Estaré encantado de invitarte a todo el sushi que quieras comerte.

—Pero ¿se *moverá* a mi alrededor?

Él negó con la cabeza.

—Retiro lo dicho: eres una cita *inquietantemente* barata.

Ella lo ignoró y levantó la vitrina de cristal para coger un bollo y un dónut de chocolate. Adam murmuró algo así como «muy auténtico» y, cuando la camarera pasó por el reservado, pidió una cerveza para cada uno.

—¿Qué crees que es esto? —Olive mojó un trozo de sushi en salsa de soja—. ¿Atún o salmón?

—Yo diría que carne de araña.

Ella se lo metió en la boca.

—Delicioso.

—Seguro.

Parecía escéptico.

Siendo sincera, no estaba delicioso. Pero sí pasable. Y, bueno, se estaba divirtiendo muchísimo. Justo lo que necesitaba para vaciar la mente de… todo. De todo menos el aquí y el ahora. Con Adam.

—Pues sí.

Empujó el trozo que quedaba hacia él, desafiándolo en silencio a probarlo.

Él separó los palillos con una expresión de profundo sufrimiento y lo cogió; pasó mucho tiempo masticando.

—Sabe a pie.

—Ni de broma. Toma. —Cogió un bol de edamame de la cinta—. Puedes comerte esto. Es brócoli, como el que dice.

Adam se llevó uno a la boca y consiguió aparentar que no lo odiaba.

—A todo esto, no tenemos por qué hablar. —Olive lo miró sin entenderlo—. Antes en el hotel has dicho que no querías hablar con nadie. Así que no hace falta que hablemos, si prefieres centrarte en comerte esta…

—Miró con evidente desconfianza los platos que Olive había ido acumulando— comida en silencio.

Le pareció que decirle «Tú no eres como los demás» era peligroso, así que sonrió.

—Seguro que los silencios se te dan genial.

—¿Es un reto?

Olive negó.

—Quiero hablar. Pero ¿podemos hablar de algo que no sea el congreso? ¿Ni la ciencia? ¿Ni el hecho de que el mundo está lleno de gilipollas?

«¿Y algunos de ellos son tus amigos y colaboradores más cercanos?».

Adam cerró la mano en un puño sobre la mesa y apretó la mandíbula mientras asentía.

—Estupendo. Podríamos charlar de lo bonito que es este sitio…

—Es espantoso.

—… o del sabor del sushi…

—A pie.

—… o de la mejor película de *Fast and Furious…*

—*Fast and Furious 5*. Aunque tengo el presentimiento de que tú vas a decir…

—*A todo gas: Tokyo Race.*

—Claro.

Adam suspiró y ambos intercambiaron una pequeña sonrisa. Y luego… Luego la sonrisa se desvaneció y siguieron contemplándose; algo espeso y dulce coloreó el aire que los separaba, algo magnético y rayano en lo insoportable. Olive tuvo que apartar los ojos de los de Adam, porque… no. No.

Se dio la vuelta y se fijó en una pareja sentada a una mesa cercana, a la derecha. Eran el reflejo de Adam y Olive, sentados uno a cada lado del reservado, todo miradas cálidas y sonrisas inciertas.

—¿Crees que tienen una cita falsa? —preguntó y se recostó contra el respaldo de su asiento.

Adam siguió su mirada hasta la pareja.

—Creía que las citas falsas consistían sobre todo en tomar café y darse crema solar.

—Qué va. Solo las mejores.

Él rio en silencio.

—Bueno. —Adam se concentró en la mesa y en colocar los palillos para que quedaran paralelos entre sí—. Yo no puedo menos que recomendarlas.

Olive bajó la barbilla para ocultar una sonrisa y se echó hacia delante para robarle un edamame.

〰〰〰〰〰〰〰〰

En el ascensor, Olive se agarró a los bíceps de Adam y se quitó los tacones, fracasando sin lugar a dudas en su intento de simular elegancia; él la observó y negó con la cabeza.

—Creía que habías dicho que no te hacían daño.

Parecía curioso. ¿Divertido? ¿Cariñoso?

—Eso fue hace una eternidad. —Olive recogió los zapatos y se los dejó colgando de los dedos. Cuando se enderezó de nuevo, Adam volvía a ser imposiblemente alto—. Ahora estoy más que dispuesta a cortarme los pies.

Se oyó un pitido y las puertas del ascensor se abrieron.

—Eso parece contraproducente.

—Bah, no tienes ni idea de… Oye, ¿qué estás…?

El corazón le dio unos diez vuelcos cuando Adam la levantó para cogerla en brazos como si fueran recién casados. Olive soltó un grito y él la llevó hasta su habitación, y todo porque se le había formado una ampolla en el dedo meñique del pie. Como no tenía muchas más opciones, le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él para intentar asegurarse de que sobreviviría si decidía dejarla caer. Notaba el calor de las manos de Adam alrededor de la espalda y de las rodillas, los antebrazos firmes y fuertes.

Olía de maravilla. Su tacto era aún mejor.

—Sabes que la habitación está a solo veinte metros, ¿no?

—No tengo ni idea de qué significa eso.

—Adam.

—Los estadounidenses pensamos en pies, Canadá.

—Peso demasiado.

—Eso es verdad. —La facilidad con que la cambió de posición entre los brazos para pasar la tarjeta por la cerradura desmintió sus palabras—. Te convendría eliminar las bebidas con sabor a calabaza de tu dieta.

Ella le tiró del pelo y sonrió pegada a su hombro.

—Nunca.

Las credenciales con sus respectivos nombres seguían en la mesa del televisor, justo donde las habían dejado, y había un programa del congreso medio abierto sobre la cama de Adam, además de un montón de bolsas de tela con publicidad estampada y una montaña de folletos inútiles. Olive se fijó en ellos de inmediato y fue como si mil pequeñas astillas se le clavaran de golpe en una herida reciente. Recordó todas y cada una de las palabras que Tom le había dicho, todas sus mentiras y sus verdades, sus insultos burlones y…

Adam debió de notarlo. En cuanto la dejó en el suelo, recogió todo lo relacionado con el congreso y lo dejó en una silla orientada hacia las ventanas, donde quedaba fuera del alcance de su vista. Olive… A Olive le entraron ganas de abrazarlo. No iba a hacerlo —ya lo había hecho, y dos veces, aquel día—, pero no era porque no quisiera, precisamente. Para evitarlo, apartó con decisión todas aquellas pequeñas astillas de su mente, se dejó caer en su cama bocarriba y se quedó mirando el techo.

Pensaba que sería incómodo compartir un espacio tan pequeño con él durante toda una noche. Y un poco sí lo era, o al menos lo había sido cuando había llegado por la mañana, pero ahora se sentía tranquila y segura. Como si su mundo, siempre agitado, desordenado y exigente, se estuviera ralentizando. Relajándose, solo un poco.

El cubrecama crujió bajo la cabeza de Olive cuando ella volvió la cabeza para mirar a Adam. Le pareció que él también estaba calmado mientras colocaba la americana en el respaldo de una silla, se quitaba el reloj y lo dejaba con cuidado sobre el escritorio. La domesticidad pausada de aquellos gestos —la idea de que su día fuera a terminar en el mismo lugar, al mismo tiempo— la apaciguó tanto como una caricia lenta en la espalda.

—Gracias. Por invitarme a cenar.

La miró y arrugó la nariz.

—No sé si eso puede considerarse «una cena».

Ella sonrió y se puso de lado.

—¿No vas a volver a salir?

—¿Salir?

—Sí. A ver a otros científicos importantísimos. A comerte otros tres kilos de edamame.

—Creo que ya he tenido suficientes contactos profesionales y edamame para lo que queda de década.

Se quitó los zapatos y los calcetines, y los colocó con pulcritud junto a la cama.

—¿Vas a quedarte aquí, entonces?

Se quedó inmóvil.

—A menos que prefieras estar sola.

«No, no lo prefiero.»

Olive se incorporó apoyándose en el codo.

—Vamos a ver una película.

Adam puso cara de extrañeza.

—Vale. —Parecía sorprendido pero no descontento—. Pero, si tu gusto en películas es igual que tu gusto en restaurantes, seguro que…

No vio la almohada que volaba hacia él. Le rebotó en la cara y luego cayó al suelo, lo que hizo que Olive se echara a reír y se levantara de la cama de un salto.

—¿Te importa si me ducho antes?

—Listilla.

Olive empezó a rebuscar en su maleta.

—¡Elige tú la peli! Me da igual cuál escojas siempre que no haya escenas en las que se maten caballos, porque… Mierda.

—¿Qué?

—Me he olvidado el pijama. —Buscó el teléfono en los bolsillos de su abrigo. No lo encontró y se dio cuenta de que no lo había llevado al restaurante—. ¿Has visto mi…? Ah, ahí está.

Casi no le quedaba batería, seguramente porque se había olvidado de parar la grabación después de su charla. Llevaba varias horas sin mirar los mensajes, así que se encontró con varios sin leer, la mayoría de Anh y Malcolm preguntándole dónde estaba y si seguía teniendo intención de ir a la fiesta, diciéndole que fuera lo antes posible porque «El alcohol fluye como un río» y, por último, informándola de que todos se iban a un bar del centro. Anh ya debía de estar bastante achispada en ese momento, porque su último mensaje decía: «Lamasi quieres venirte, Olvie».

—Me he olvidado el pijama y quería ver si podía pedirles algo prestado a mis amigos, pero creo que tardarán horas en volver. Aunque a lo mejor Jess no se ha ido con ellos, voy a enviarle un mensaje a ver si…

—Toma. —Adam dejó algo negro y bien doblado en su cama—. Usa esto si quieres.

Olive lo observó con escepticismo.

—¿Qué es?

—Una camiseta. Dormí con ella ayer, pero supongo que es mejor que el vestido que llevas puesto. Para dormir, quiero decir —añadió con un leve rubor en las mejillas.

—Ah.

La cogió y la camiseta se desdobló. Olive se percató enseguida de tres cosas: era grande, tanto que le llegaría hasta la mitad del muslo o incluso más abajo; olía a gloria, a una mezcla entre la piel de Adam y detergente para la ropa que la hizo desear enterrar la cara en ella y pasarse semanas inhalando, y, en la parte delantera, decía en letras grandes y blancas…

—¿«Ninja de la biología»?

Adam se rascó la nuca.

—No me la compré yo.

—¿La… robaste?

—Fue un regalo.

—Caray. —Sonrió con ganas—. Menudo pedazo de regalo. Doctor ninja.

La miró con aire inexpresivo.

—Si se lo cuentas a alguien, lo negaré.

Olive rompió a reír.

—¿Estás seguro de que no te importa? ¿Qué vas a ponerte tú?

—Nada.

Debió de quedarse demasiado embobada, porque Adam le lanzó una mirada divertida y negó con la cabeza.

—Era broma. Llevo una camiseta debajo de la camisa.

Olive asintió y se apresuró a entrar en el cuarto de baño evitando encontrarse con sus ojos.

A solas, bajo el chorro caliente de la ducha, le resultaba mucho más difícil concentrarse en el sushi rancio y en la sonrisa torcida de Adam y olvidar por qué él había acabado permitiéndole aferrarse a él durante tres horas enteras. Lo que Tom le había hecho era despreciable e iba a tener que denunciarlo. Iba a tener que decírselo a Adam. Iba a tener que *hacer* algo. Pero, cada vez que intentaba pensar en ello de manera racional, oía la voz de Tom en su cabeza —«mediocre» y «bonitas piernas» e «inútil y poco

original» e «historieta lacrimógena»— con tanta fuerza que temía que el cráneo le estallara en pedazos.

Así que se duchó lo más rápido posible, distrayéndose con la lectura de las etiquetas del champú y el gel de baño de Adam (algo hipoalergénico y con pH neutro que la hizo poner los ojos en blanco), y se secó aún más aprisa. Se quitó las lentillas y luego le robó un poco de pasta dentífrica. Se fijó en el cepillo de dientes de Adam: era negro como el carbón, hasta las cerdas, y no pudo evitar soltar una risita.

Cuando salió del baño, él estaba sentado en el borde de la cama vestido con un pantalón de pijama a cuadros y una camiseta blanca. Tenía el mando de la televisión en una mano y el teléfono en la otra, y miraba las dos pantallas por turnos con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me sorprende?

—¿El qué? —preguntó él distraídamente.

—Que tengas un cepillo de dientes negro.

Se le curvaron los labios.

—Lo que sí te sorprenderá es saber que en Netflix no hay ninguna categoría de películas en las que no mueran caballos.

—Una obscenidad, ¿no? Es muy necesaria. —Hizo una bola con el vestido (demasiado corto) que había llevado puesto y lo embutió en su maleta mientras fantaseaba con estar embutiéndoselo a Tom en la garganta —. Si yo fuera estadounidense, me presentaría al Congreso con ese programa.

—¿Quieres que finjamos casarnos para que te den la ciudadanía?

Le dio un vuelco el corazón.

—Ay, sí. Creo que ya es hora de fingir que damos un paso más en nuestra relación.

—Vale. —Tecleó algo en el móvil—. Pues voy a buscar en Google «Caballo muerto» más el título de cualquier película que tenga buena pinta.

—Es lo que suelo hacer yo. —Cruzó la habitación, despacio, hasta situarse junto a él—. ¿Qué te sale?

—Esta va de una profesora de Lingüística a la que le piden que ayude a descifrar un mensaje alienígena…

Alzó la cabeza del teléfono y se quedó callado de inmediato. Abrió la boca y luego volvió a cerrarla; su mirada saltó con nerviosismo de los muslos a los pies de Olive y luego a los calcetines de unicornio que le

llegaban hasta las rodillas para volver rápidamente a la cara. No, no a la cara: a algún punto situado por encima del hombro de la chica. Se aclaró la garganta antes de decir:

—Me alegro de que… te valga.

Volvió a concentrarse en el teléfono. Agarraba el mando a distancia con más fuerza.

Pasó un rato largo hasta que Olive se dio cuenta de que se refería a la camiseta.

—Ah, sí. —Sonrió—. Justo de mi talla, ¿no? —Le quedaba tan grande que le tapaba casi la misma cantidad de piel que el vestido que se había puesto para el congreso, pero era tan cómoda y suave como un zapato viejo—. A lo mejor no te la devuelvo.

—Toda tuya.

Olive cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra y se preguntó si sería apropiado sentarse junto a él. Era conveniente, desde luego, puesto que tenían que elegir una película juntos.

—¿De verdad que puedo dormir con ella esta semana?

—Claro. Yo me voy mañana, de todos modos.

—Ah. —Olive ya lo sabía, por supuesto. Lo sabía desde la primera vez que Adam se lo había dicho hacía un par de semanas, lo sabía esa mañana cuando se había subido al avión en San Francisco y lo sabía hacía apenas unas horas cuando había utilizado ese dato concreto para consolarse pensando que, por muy incómodo y estresante que le resultara alojarse con Adam, al menos duraría poco. Aunque ahora no le estaba resultando incómodo. Ni estresante. No tanto como la idea de estar separada de él durante varios días. De estar allí, en aquel lugar y no en otro, sin él.

—¿Tu maleta es grande?

—¿Cómo?

—¿Puedo irme contigo?

Él la miró, todavía sonriendo, pero debió de notarle algo en los ojos, oculto tras la broma y el intento de ser graciosa. Algo vulnerable y suplicante que Olive no había logrado enterrar del todo en su interior.

—Olive. —Dejó caer el teléfono y el mando de la tele en la cama—. No se lo permitas.

Ella se limitó a ladear la cabeza. No iba a llorar otra vez. No tenía sentido hacerlo. Y, además, Olive no era así; no era esa criatura frágil e

indefensa que dudaba de sí misma a cada momento. Al menos antes no lo era. Dios, cómo odiaba a Tom Benton.

—¿Permitírselo?

—No permitas que te fastidien este congreso. Ni la ciencia en general. Ni que te hagan sentir menos orgullosa de tus logros.

Bajó los ojos y contempló el amarillo de sus calcetines mientras enterraba los dedos de los pies en la moqueta suave. Y luego volvió a mirarlo a él.

—¿Sabes qué es lo más triste de todo esto? —Él negó con la cabeza y Olive continuó—: Hubo un momento, durante la charla, en el que… disfruté mucho, de verdad. Estaba muerta de miedo. A punto de vomitar, sin duda. Pero, mientras le hablaba a ese enorme grupo de personas sobre mi trabajo y mis hipótesis y mis ideas, y mientras les explicaba mis razonamientos y los ensayos y errores y por qué lo que investigo es tan importante, me… me sentí segura de mí misma. Sentí que era buena en esto. Me pareció que todo era *bueno* y *divertido*. Como se supone que debe serlo la ciencia cuando la compartes. —Se rodeó con los brazos—. Como si quizá pudiera dedicarme al mundo académico en el futuro. Ser profesora de verdad. Y tal vez cambiar las cosas.

Adam asintió como si supiera exactamente a qué se refería.

—Ojalá hubiera estado allí, Olive.

Se dio cuenta de que lo decía con sinceridad. De que lamentaba no haber estado con ella. Pero ni siquiera Adam —el indomable, decidido y siempre competente Adam— podía estar en dos sitios a la vez, así que lo cierto era que *no* había visto su charla.

«No tengo ni idea de si eres lo bastante buena, pero esa no es la pregunta que deberías hacerte. Lo que importa es si tu *razón* para entrar en el mundo académico es lo bastante buena.» Eso era lo que le había dicho hacía tiempo en el baño. Lo que se había repetido a sí misma una y otra vez durante dos años cada vez que se topaba con un obstáculo. Pero ¿y si Adam estaba equivocado desde el principio? ¿Y si *sí* había que ser lo bastante buena? ¿Y si eso era lo más importante?

—¿Y si es verdad? ¿Y si es cierto que soy mediocre?

Tardó un buen rato en responder. Solo la miraba con un dejo de frustración en la expresión y los labios apretados como si estuviera pensando. Y luego, en voz baja y serena, dijo:

—Cuando estaba en el segundo año del doctorado, mi director de tesis me dijo que era un fracaso y que nunca llegaría a nada.

—¿Qué? —Olive no tenía muy claro lo que se esperaba, pero desde luego no era eso—. ¿Por qué?

—Porque me equivoqué en el diseño de un cebador. Pero no era la primera vez que me lo decía y tampoco fue la última. Tampoco fue esa la razón más trivial por la que me amonestó. A veces humillaba públicamente a sus doctorandos sin razón alguna. Pero esa vez en concreto se me quedó grabada, porque recuerdo que pensé… —Tragó saliva y carraspeó—. Recuerdo estar convencido de que mi director tenía razón. De que nunca llegaría a nada.

—Pero tú… —«Has publicado artículos en la revista *Lancet*. Eres profesor titular y dispones de millones de dólares en becas de investigación. Has sido el orador principal de un congreso importante.» Olive ni siquiera sabía muy bien cuál de todas esas cosas mencionar, así que se decidió por —: Tuviste una beca MacArthur.

—Sí. —Soltó una carcajada—. Y cinco años antes de la beca MacArthur, en el segundo año de mi doctorado, me pasé una semana entera preparando solicitudes para la facultad de Derecho porque estaba seguro de que jamás llegaría a ser científico.

—Espera… Entonces, ¿lo que dijo Holden era cierto? —No se lo podía creer—. ¿Y por qué Derecho?

Se encogió de hombros.

—A mis padres les habría encantado. Y, si no podía ser científico, a mí me daba igual a qué dedicarme.

—¿Qué te lo impidió, entonces?

Adam suspiró.

—Holden. Y Tom.

—Tom —repitió ella, y se le revolvió el estómago, que de pronto volvía a pesarle.

—Habría abandonado el programa de doctorado de no ser por ellos. Nuestro director tenía fama de ser un sádico. Como yo, supongo. —La boca se le curvó en una sonrisa amarga—. Yo conocía su reputación antes de empezar el doctorado. El caso es que también era un hombre brillante. El mejor. Y pensé… Pensé que sería capaz de soportar todo lo que me echara

encima y que valdría la pena. Pensé que sería una cuestión de sacrificio, disciplina y mucho trabajo.

Había cierta tensión en la voz de Adam, como si no fuera un tema que estuviera acostumbrado a comentar.

Olive trató de mostrarse delicada al preguntar:

—¿Y no fue así?

Adam negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, en cierto modo.

—¿Lo contrario de tener disciplina y trabajar mucho?

—Trabajábamos mucho, eso está claro. Pero en cuanto a la disciplina… La disciplina supone fijar unas expectativas concretas, definir códigos de comportamiento ideales y abordar de forma productiva su incumplimiento. Al menos eso pensaba yo. Y lo sigo pensando. Me dijiste que soy despiadado con mis doctorandos y tal vez tengas razón…

—Adam, yo…

—… pero lo que intento hacer es fijarles objetivos y ayudarlos a alcanzarlos. Si me doy cuenta de que no están haciendo lo que, de mutuo acuerdo, hemos establecido que hay que hacer, les digo lo que está mal y lo que deben cambiar. No los infantilizo, no disfrazo las críticas con elogios, no creo en esa mierda de dar una de cal y otra de arena cuando los evalúas. Si les resulto aterrador u hostil por ello, que así sea. —Respiró hondo—. Pero *jamás* centro mis críticas en ellos. Siempre hablo de su trabajo. A veces está bien hecho, otras veces no, y si no lo está… puede repetirse. Puede mejorarse. No quiero que vinculen su autoestima a lo que producen. —Guardó silencio unos instantes y parecía… No, *estaba* ausente. Como si se tratara de cuestiones en las que pensaba mucho, como si de verdad fuera lo que deseaba para sus alumnos—. Detesto lo vanidoso que parece todo esto, pero la ciencia *es* un asunto serio y… ese es mi deber como científico, creo.

—Yo… —De repente, el aire de la habitación se enfrió. «He sido yo —pensó Olive con el estómago encogido—. He sido yo quien le ha dicho una y otra vez que es aterrador y hostil y que todos sus alumnos lo odian.» —¿Y tu director de tesis no opinaba lo mismo?

—Nunca llegué a entender del todo qué opinaba. Lo que sí sé ahora, años después, es que era un maltratador. Bajo su tutela ocurrían cosas terribles: a los científicos no se les reconocía el mérito de sus ideas ni la

autoría de sus artículos. Se menospreciaba de forma pública a la gente por cometer errores que serían normales para investigadores experimentados, así que aún más para investigadores en formación. Las expectativas eran altísimas, pero jamás se definían con claridad. Se establecían plazos de entrega imposibles de forma arbitraria, sin avisar, y luego se penalizaba a los doctorandos por no cumplirlos. Era una constante que a varios alumnos de doctorado se les asignara una misma tarea y luego se les enfrentara entre sí y se les pidiera que compitieran con el único objetivo de que mi director se divirtiese. Una vez nos puso a Holden y a mí en el mismo proyecto de investigación y nos dijo que el que antes obtuviera resultados publicables recibiría financiación para el siguiente semestre.

Olive intentó imaginar cómo se sentiría si la doctora Aslan promoviera de forma abierta un ambiente competitivo entre Olive y sus compañeros. Pero no… Adam y Holden habían sido amigos íntimos toda su vida, así que la situación no era comparable. Habría sido como si le hubieran dicho que, para recibir su sueldo el semestre siguiente, tenía que machacar a Anh.

—¿Qué hiciste?

Se pasó una mano por el pelo y un mechón le cayó sobre la frente.

—Nos asociamos. Llegamos a la conclusión de que nuestras habilidades eran complementarias: un experto en farmacología llega más lejos con la ayuda de un biólogo computacional y viceversa. Y no nos equivocamos. Hicimos un estudio buenísimo. Fue agotador, pero también maravilloso, pasarnos noches sin dormir para averiguar cómo corregir nuestros protocolos. Saber que éramos los primeros en descubrir algo. —Durante un instante, pareció disfrutar del recuerdo. Sin embargo, luego cerró los labios y apretó la mandíbula—. Y al final del semestre, cuando le presentamos nuestros hallazgos a nuestro director, nos dijo que ambos nos quedaríamos sin financiación porque, como habíamos colaborado, no habíamos seguido sus directrices. Nos pasamos la primavera siguiente dando seis seminarios de Introducción a la Biología a la semana… sin dejar de trabajar en el laboratorio. Holden y yo vivíamos juntos. Juro que una vez lo oí murmurar en sueños «Las mitocondrias son la central energética de la célula».

—Pero… si le disteis a vuestro director lo que quería.

Adam negó con la cabeza.

—Él quería un juego de poder. Y al final lo consiguió: nos penalizó por no bailar al son que él tocaba y publicó los hallazgos que le aportamos sin

reconocer nuestro papel en su obtención.

—Eso… —Olive cerró la mano en un puño, arrugando la tela suelta de la camiseta prestada—. Adam, siento mucho haberte comparado con él. No pretendía…

—No pasa nada.

Le dedicó una sonrisa tensa pero tranquilizadora.

¿Cómo que no pasaba nada? Vale, Adam podía ser directo, dolorosamente directo. Testarudo, contundente e inflexible. No siempre era amable, pero jamás tenía un comportamiento retorcido o malicioso. Más bien al contrario: era sincero hasta decir basta y les exigía a los demás la misma disciplina que a todas luces se imponía a sí mismo. Por mucho que sus doctorandos se quejaran de la dureza de sus críticas o de las muchas horas de trabajo en el laboratorio que se esperaba de ellos, todos reconocían que era un mentor que se involucraba sin llegar a ser controlador. La mayoría de ellos se doctoraban con varias publicaciones y obtenían excelentes puestos de trabajo en el mundo académico.

—No lo sabías.

—Aun así, no… —Se mordió el labio. Se sentía culpable. Se sentía derrotada. Se sentía furiosa con el director de tesis de Adam y con Tom por tratar el mundo académico como su patio de recreo personal. Y con ella misma por no saber qué hacer al respecto—. ¿Por qué no lo denunció nadie?

Adam cerró los ojos un instante.

—Porque lo preseleccionaron para el Premio Nobel. Dos veces. Porque tenía amigos poderosos en las altas esferas y pensamos que nadie nos creería. Porque podía forjar o destrozar carreras. Porque sentíamos que no existía un verdadero sistema al que pedir ayuda. —Tenía la mandíbula apretada con resentimiento y ya no la miraba. Qué surrealista le resultaba la idea de que Adam Carlsen pudiera sentirse impotente. Y, sin embargo, su mirada contaba otra historia—. Estábamos aterrorizados y lo más seguro es que en el fondo estuviéramos convencidos de que nos lo habíamos buscado nosotros mismos y nos lo merecíamos. De que éramos unos fracasados que nunca llegarían a nada.

Le dolía en el alma por él. Por ella.

—Lo siento mucho, *muchísimo*.

Él volvió a negar y se le aclaró un poco la expresión.

—Cuando me dijo que era un fracaso, pensé que tenía razón. Estuve a punto de renunciar a lo único que me importaba por ello. Y Tom y Holden… Ellos también tenían sus problemas con nuestro director, por supuesto. Todos los teníamos. Pero me ayudaron. Por algún motivo, mi director de tesis siempre parecía enterarse de cuándo me iban mal las cosas con los experimentos, pero Tom mediaba mucho entre ambos. Aguantaba muchas mierdas para que no tuviera que tragármelas yo. Era uno de los favoritos de mi director e intercedía para que el laboratorio no se pareciera tanto a una zona de guerra.

Que Adam hablara de Tom como si fuera un héroe le provocó náuseas, pero no dijo nada. La conversación no giraba en torno a ella.

—Y Holden… —continuó Adam—. Holden me robó las solicitudes de ingreso para la facultad de Derecho e hizo aviones de papel con ellas. Estaba lo bastante alejado de lo que me estaba ocurriendo como para ayudarme a ver las cosas con objetividad. De la misma forma en que yo estoy alejado de lo que te ha pasado a ti hoy. —Entonces volvió a mirarla. Los ojos le brillaban de una manera que Olive no entendió—. No eres mediocre, Olive. No te han invitado a hablar en el congreso porque la gente piense que eres mi novia; sería imposible que sucediera algo así, porque las propuestas que se envían a la SBD pasan por un proceso de revisión ciega. Lo sé muy bien porque en otras ocasiones me ha tocado revisarlas a mí. Y el trabajo que has presentado es importante, riguroso y brillante. —Cogió aire. Los hombros de Adam subieron y bajaron al ritmo de los latidos del corazón de Olive—. Ojalá te vieras como te veo yo.

Tal vez fueran las palabras, o quizá el tono. A lo mejor fue porque acababa de contarle algo de sí mismo o porque antes la había agarrado de la mano y la había salvado de su desgracia. Era su caballero de brillante armadura negra. Quizá no fuera por nada de eso, quizá fuese por todo eso, o a lo mejor es que iba a suceder desde el principio. En cualquier caso, daba igual. De repente no importaba el *porqué*, el *cómo*. El *después*. Lo único que le importaba a Olive era que quería hacerlo, ahora mismo, y eso le pareció suficiente para que fuera lo correcto.

Todo fue muy lento: el paso adelante que dio para colocarse entre las rodillas de Adam, el gesto de levantar la mano hacia su cara y rodearle la mandíbula con los dedos. Tan lento que Adam podría haberla detenido, podría haberse apartado de ella, podría haber dicho algo… y no lo hizo. Tan

solo la miró con esos ojos de un marrón claro y líquido, y a Olive se le aceleró y se le paró el corazón a la par cuando él ladeó la cabeza y se la apoyó en la palma de la mano.

No le sorprendió lo suave que era la piel de Adam bajo la barba incipiente de la noche, mucho más cálida que la de ella. Y, cuando Olive se agachó, por una vez más alta que él, la forma de sus labios bajo los suyos le recordó a una vieja canción, conocida y fácil. No era su primer beso, a fin de cuentas. Sin embargo, fue distinto. Adam le apoyó una mano tranquila, tímida y preciosa en la cintura y alzó la barbilla hacia ella, ansioso y apremiante, como si fuera algo en lo que había pensado, como si él también estuviera deseándolo. No era su primer beso, pero sí era el primer beso que era *de ellos* y Olive lo saboreó durante largos instantes. La textura, el olor, la cercanía. La respiración levemente entrecortada de Adam, las pausas extrañas, que los labios de ambos tuvieran que esforzarse un poco para encontrar los ángulos correctos y aprender a coordinarse.

«¿Ves? —le entraron ganas de decir, triunfante. Aunque no estaba segura de a quién—. ¿Ves? Iba a suceder desde el principio.» Olive sonrió entre los labios de Adam. Y él…

Él ya estaba negando con la cabeza cuando ella se apartó, como si hubiera tenido un «no» esperando en la boca en todo momento, incluso mientras le devolvía el beso. Adam le agarró la muñeca con fuerza y la obligó a quitarle la mano de la cara.

—No es buena idea.

La sonrisa se Olive se desvaneció. Tenía razón. Tenía toda la razón. Y también se equivocaba.

—¿Por qué?

—Olive. —Volvió a sacudir un no. Entonces apartó la mano de la cintura de Olive y se llevó los dedos a los labios, como si quisiera tocar el beso que acababan de compartir, asegurarse de que había ocurrido de verdad—. Esto es… no.

Estaba claro que tenía razón, pero…

—¿Por qué? —repitió ella.

Adam se frotó los ojos con los dedos. Seguía sujetándole la muñeca a Olive con la mano izquierda y ella se preguntó, distraída, si sería siquiera consciente de ello. Si sabría que le estaba acariciando el pulso con el pulgar.

—No es a lo que hemos venido aquí.

Olive sintió que se le hinchaban las fosas nasales.

—Eso no quiere decir que…

—En este momento no tienes las ideas claras. —Tragó con dificultad—. Estás disgustada y borracha y…

—Me he tomado dos cervezas. Hace horas.

—Eres alumna de posgrado, ahora mismo dependes de mí para tener un lugar donde dormir y, aunque no fuera así, el poder que tengo sobre ti podría convertir esto fácilmente en una dinámica coercitiva que…

—No… —Olive se echó a reír—. No me siento coaccionada, yo…

—¡Estás enamorada de *otra persona!*

Olive casi se encogió. Así de intensa fue la forma en que le escupió esas palabras. Tendrían que haberla disuadido, haberla alejado, haberle metido en la cabeza de una vez por todas lo ridículo que era todo aquello, lo desastrosa que era la idea. Pero no fue así. A esas alturas, el Adam malhumorado y de mal genio encajaba a la perfección con *su* Adam, el que le compraba galletas y le revisaba las diapositivas y la dejaba llorar sobre su hombro. Puede que hubiera habido un tiempo en el que Olive no era capaz de reconciliarlos a los dos, pero ahora tenía muy claras las muchas caras de Adam. Y Olive no quería dejar atrás ninguna de ellas. Ni a una sola.

—Olive.

Adam suspiró profundamente y cerró los ojos. A Olive se le pasó por la cabeza que quizá estuviera pensando en la mujer que Holden le había mencionado, pero lo descartó de inmediato; era demasiado doloroso para planteárselo.

Tendría que decírselo. Tendría que ser sincera con él, reconocer que Jeremy le daba igual, que no había ninguna otra persona. Nunca la había habido. Pero estaba aterrada, paralizada por el miedo, y, después del día que había tenido, sentía que era muy fácil que se le rompiera el corazón. Estaba muy frágil. Adam podría rompérselo en mil pedazos y ni siquiera darse cuenta.

—Olive, esto es lo que sientes *ahora*. Dentro de un mes, una semana, mañana, no quiero que te arrepientas…

—¿Y qué hay de lo que quiero *yo?* —Se echó hacia delante y dejó que sus palabras retumbaran en el silencio durante segundos interminables—. ¿Qué hay del hecho de que *yo* sí quiero esto? Aunque a lo mejor no te importa. —Se cuadró de hombros y parpadeó deprisa para contener la

sensación de escozor que le invadía los ojos—. Porque tú no lo quieres, ¿verdad? Supongo que no te resulto atractiva y que eres *tú* quien no quiere que esto…

Adam estuvo a punto de hacer que perdiera el equilibrio cuando tiró de la muñeca de Olive y se acercó su mano al borde de la entrepierna para mostrarle que… Ah.

Ah.

Sí.

Él apretó la mandíbula y le sostuvo la mirada.

—No tienes ni puta idea de lo que quiero.

Todo aquello la dejó sin aliento. El tono grave y gutural de la voz de Adam, el bulto grueso que sentía bajo los dedos, el destello furioso y hambriento que le vio en los ojos. Adam le apartó la mano casi de inmediato, pero ya fue demasiado tarde.

No era que Olive no hubiera… Los besos que habían intercambiado habían sido físicos, por supuesto, pero fue como si en ese momento se activara algo. Durante mucho tiempo, Olive había pensado que Adam era guapo y atractivo. Lo había tocado, se había sentado en su regazo, había considerado la vaga posibilidad de intimar con él. Había pensado en él, en sexo, en él *y* en sexo, pero siempre había sido algo abstracto. Brumoso e indefinido. Como las figuras lineales en blanco y negro: la mera base de un dibujo que de repente se colorea por dentro.

Ahora estaba claro —gracias al dolor húmedo que se le acumulaba entre los muslos; a los ojos de Adam, que eran todo pupila— cómo serían las cosas entre ellos. Excitantes, sudorosas y mojadas. Desafiantes. Harían cosas el uno por el otro, se exigirían cosas el uno al otro. Estarían increíblemente unidos. Y Olive, ahora que alcanzaba a verlo, lo deseaba con *todas* sus fuerzas.

Se acercó más a él, aún más.

—Adelante, entonces.

Habló en voz baja, pero sabía que él la oía.

Adam cerró los ojos con fuerza.

—No te pedí que compartieras habitación conmigo por esto.

—Lo sé. —Olive le apartó un mechón de pelo negro de la frente—. Tampoco acepté por esto.

Adam tenía los labios separados y la mirada clavada en la mano de Olive, la que había estado a punto de rodear su erección hacía apenas un momento.

—Dijiste que nada de sexo.

Era cierto que lo había dicho. Olive recordaba haber pensado en las reglas, haberlas enumerado en el despacho de Adam, y también recordaba haber estado convencida de que nunca, jamás, le interesaría ver a Adam Carlsen más de diez minutos a la semana.

—También dije que solo nos veríamos en el campus y acabamos de salir a cenar. Así que…

Puede que Adam supiera qué era lo mejor, pero lo que deseaba era distinto. Olive casi veía las ruinas de su autocontrol, sentía cómo iba erosionándose poco a poco.

—Yo no… —Adam se enderezó infinitesimalmente. La postura de los hombros, la mandíbula… Estaba muy rígido y seguía evitándole los ojos—. No tengo nada.

La avergonzó un poco tardar tanto en descifrar el significado de sus palabras.

—Ah. No importa. Tomo anticonceptivos. Y estoy limpia. —Se mordió el labio—. Pero también podríamos hacer… otras cosas.

Adam tragó, dos veces, y luego asintió. No respiraba con normalidad. Y Olive dudaba de que fuera capaz de decir que no a esas alturas. Incluso de que quisiera hacerlo. Sin embargo, siguió esforzándose.

—¿Y si luego me odias por esto? ¿Y si volvemos y cambias de opinión…?

—No cambiaré de opinión… —Olive se acercó más… Dios, todavía *más*. No pensaría en el después. No podía, no quería—. Nunca he estado más segura de nada. Excepto de la teoría celular, tal vez.

Sonrió con la esperanza de que él le devolviera el gesto.

La boca de Adam permaneció recta y seria, pero no le importó mucho: la siguiente vez que Olive sintió su tacto fue en la curva de la cadera, bajo el algodón de la camiseta que él le había dado.

Capítulo dieciséis

❤ HIPÓTESIS: Pese a lo que dice todo el mundo, el sexo nunca será más que una actividad medianamente agradab… Oh.

Oh.

Fue como si desapareciera una capa.

Adam se quitó la camiseta con un único movimiento fluido y fue como si el algodón blanco no fuera más que una de las muchas cosas que se lanzaron hacia un rincón de la habitación. Olive no podía ponerles nombre a esas otras cosas; lo único que sabía era que hacía unos segundos Adam se mostraba reacio a tocarla, que se negaba, y ahora… no.

Ahora era él quien llevaba las riendas del espectáculo. Quien le rodeaba la cintura con las manos enormes, quien le deslizaba las yemas de los dedos bajo el elástico de las bragas verdes con lunares y quien la besaba.

«Besa —pensó Olive— como un hombre muerto de hambre.» Como si llevara esperando todo ese tiempo. Conteniéndose. Como si la posibilidad de que ambos hicieran algo así ya se le hubiera pasado por la cabeza en el pasado, pero la hubiese apartado, la hubiese ocultado en un lugar profundo y oscuro donde se había convertido en algo temible y fuera de control. Olive creía que sabía cómo sería; al fin y al cabo, ya se habían besado antes. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que siempre había sido *ella* quien lo había besado a él.

A lo mejor se estaba dejando llevar por la imaginación. Porque, en realidad, ¿qué sabía Olive de los diferentes tipos de besos? No obstante, algo le palpitaba y se le licuaba en el vientre cuando él le lamía la lengua, cuando le mordió un punto sensible del cuello, cuando a Adam le brotó un gruñido gutural del fondo de la garganta al agarrarle el culo con las manos por encima de las bragas. Por debajo de la camiseta de Olive, fue subiendo

la mano hasta rodearle la caja torácica. Ella jadeó y sonrió pegada a su boca.

—Esto ya me lo habías hecho.

Él parpadeó, confundido, con las pupilas dilatadas y oscuras.

—¿Qué?

—La noche que te besé en el pasillo. Ya me lo hiciste esa noche.

—¿Qué te hice?

—Acariciarme. Aquí.

Olive se colocó una mano en las costillas para cubrirle los dedos a Adam por encima del algodón.

La miró, con los ojos rodeados de pestañas oscuras, y comenzó a levantarle una esquina de la camiseta; se la subió por los muslos y más allá de la cadera hasta que se le quedó enganchada justo debajo del pecho. Se inclinó hacia ella y le rozó la parte baja de las costillas con los labios. Ella jadeó. Y volvió a jadear cuando la mordió con suavidad y luego la lamió justo en el mismo sitio.

—¿Aquí? —preguntó. Olive empezaba a marearse. A lo mejor era por lo cerca que lo tenía, o quizá fuese por el calor que hacía en la habitación. O por el hecho de que estaba casi desnuda, de pie frente a él, sin nada más que unas bragas y unos calcetines—. Olive. —Arrastró la boca hacia arriba, apenas un par de centímetros, rozándole la piel y los huesos con los dientes—. ¿Aquí?

Ella no pensaba que fuera capaz de mojarse tan rápido. Ni de mojarse en absoluto. Aunque, por otro lado, tampoco era que hubiese pensado mucho en el sexo durante los últimos años.

—Presta atención, cariño. —Le succionó la parte inferior del pecho y Olive tuvo que agarrarse a los hombros de Adam para que no le fallaran las rodillas—. ¿Aquí?

—Pues… —Olive tardó un momento en concentrarse, pero asintió—. Quizá. Sí, ahí. Fue… fue un buen beso. —Se le cerraron los ojos y ni siquiera se resistió cuando Adam le quitó la camiseta del todo. Al fin y al cabo, era suya. Y la forma en que la observaba no admitía ningún tipo de vergüenza por su parte—. ¿Te acuerdas?

Ahora el distraído era él. Le estaba mirando los pechos como si fueran algo espectacular, con los labios entreabiertos y la respiración rápida y entrecortada.

—¿De qué?

—De nuestro primer beso.

No contestó, sino que la miró de arriba abajo, con los ojos vidriosos, y dijo:

—Quiero tenerte una semana encerrada es esta habitación de hotel. —Le agarró un pecho, no precisamente con delicadeza. Casi con demasiada fuerza. Y Olive sintió que se contraía alrededor de la nada—. Un año.

Le colocó una mano entre los omóplatos y la empujó para que se arqueara hacia él; luego le rodeó el pecho con la boca, todo dientes y lengua y una succión magnífica y deliciosa. Olive se llevó el dorso de la mano a la boca y gimió, porque no lo sabía, porque no creía que pudiera ser tan sensible, pero tenía los pezones hinchados, duros y casi doloridos, y, si Adam no hacía algo, iba a…

—Eres comestible, Olive.

Le apretó la palma contra la columna vertebral y ella se arqueó un poco más. Una especie de ofrenda.

—Eso debe de ser un insulto —resolló ella con una sonrisa—, teniendo en cuenta que solo te gustan las espinacas y el brócoli… *Oh*.

A Adam le cabía el pecho entero en la boca. Todo. Se le escapó otro gruñido gutural y quedó claro que le habría encantado comérsela entera. Olive también tendría que estar tocándolo; había sido ella quien había pedido que sucediera aquello, así que tenía que asegurarse de que hacerlo no se convertía en una tarea pesada para él. ¿Y si devolvía la mano adonde él se la había arrastrado antes y lo acariciaba? Adam podría explicarle cómo le gustaba. Quizá lo de aquella noche no fuera a repetirse y jamás volviesen a hablar de ello, pero Olive no podía evitarlo: quería que a Adam le gustara lo que estaban haciendo. Quería gustarle *ella*.

—¿Estás bien? —Olive debía de haberse encerrado en su cabeza durante demasiado tiempo, porque Adam la miraba con cara de preocupación mientras le acariciaba el hueso de la cadera moviendo el pulgar de un lado a otro—. Estás tensa. —Le costaba un poco hablar. Tenía la otra mano posada en la polla casi como sin darse cuenta, se la acariciaba y se la agarraba de vez en cuando… Cuando clavaba la mirada en las puntas firmes de los pezones de Olive, cuando ella se estremecía o movía los pies para frotarse los muslos el uno contra el otro—. No tenemos que…

—Quiero hacerlo. Ya te lo he dicho.

Vio que la nuez le subía y bajaba en el cuello.

—Da igual lo que hayas dicho. Siempre puedes cambiar de opinión.

—No.

Adam la miró de tal forma que Olive tuvo claro que volvería a protestar. Sin embargo, se limitó a apoyarle la frente en el esternón y su aliento cálido le rozó la piel que acababa de lamerle; después le recorrió el elástico de las bragas con las yemas de los dedos y las hundió ligeramente bajo el algodón fino.

—Creo que yo sí he cambiado de opinión —murmuró Adam.

Olive se puso rígida.

—Sé que no estoy haciendo nada, pero, si me dices lo que te gusta, puedo…

—Al final he decidido que mi color favorito debe de ser el verde.

Olive exhaló al notar la presión del pulgar de Adam entre las piernas, rozando una tela ya oscurecida y húmeda. Espiró con fuerza hasta que no le quedó aire y sintió una oleada de vergüenza al pensar en que ahora él ya debía de saber lo mucho que lo deseaba… y al sentir el placer del dedo de Adam, grande y contundente, recorriéndole la abertura.

Ahora ya estaba claro que lo sabía. Porque volvió a levantar la mirada hacia ella, con los ojos vidriosos y la respiración acelerada.

—Dios —dijo en voz baja—. Olive.

—¿Quieres…? —Tenía la boca tan seca como el desierto—. ¿Quieres que me las quite?

—No. —Negó con la cabeza—. Todavía no.

—Pero si…

Adam metió un dedo por el elástico y apartó el algodón hacia un lado. Olive estaba reluciente, incluso ella se vio hinchada y abultada, demasiado excitada teniendo en cuenta que apenas habían hecho nada. Demasiado ansiosa. Qué vergüenza.

—Perdón. —Sintió dos tipos de calor: el que se le arremolinaba salvaje en la parte baja del vientre y el que le subía hacia las mejillas. Apenas era capaz de distinguirlos—. Estoy…

—Perfecta.

En realidad, no le habló a ella. Fue más bien como si se lo dijera a sí mismo, maravillado por la facilidad con que hundió la yema del dedo entre los pliegues de Olive. Los separó y comenzó a deslizar el dedo de un lado a

otro hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos porque el placer la recorría entera, se extendía, le retumbaba en todo el cuerpo y no podía, no podía, *no podía…*

—Eres preciosa. —Fueron palabras susurradas, como arrancadas de cuajo. Como si no hubiera tenido intención de decirlas—. ¿Puedo?

Olive tardó varios segundos en darse cuenta de que Adam se refería a su dedo corazón, que le acariciaba la entrada formando círculos y dándole golpecitos. Aplicando una ligera presión justo contra el borde. No podía estar más empapada.

Olive gimió.

—Sí. Lo que sea —exhaló.

Adam le lamió el pezón, un agradecimiento silencioso, y entró. O, al menos, lo intentó. Olive siseó y Adam hizo lo propio acompañándolo con un ronco y apagado:

—Joder.

Tenía los dedos grandes, por eso no debían de caber. Solo el primer nudillo era casi demasiado: una punzada de dolor y la sensación de una plenitud húmeda e incómoda. Olive cambió de postura moviendo los pies, tratando de adaptarse y crear espacio; siguió moviéndose hasta que él tuvo que agarrarla por la cadera con la otra mano para que se estuviera quieta. Olive se aferró a los hombros de Adam y notó su piel sudorosa y abrasadora bajo las palmas.

—Chis. —La rozó con el pulgar y ella gimió—. No pasa nada. Relájate.

«Imposible.» Aunque, si era sincera, Adam estaba curvando el dedo en su interior de una forma que… La cosa ya estaba mejorando. Ya no le dolía tanto y puede que estuviera incluso más mojada y, si la tocaba *ahí…* Olive echó la cabeza hacia atrás. Se aferró a los músculos de Adam con las uñas.

—¿Ahí? ¿Te gusta así?

Quiso contestarle que no, que era demasiado, pero, antes de que le diera tiempo a abrir la boca, Adam lo hizo otra vez y Olive fue incapaz de mantenerse callada y se deshizo en gemidos y gruñidos y ruidos húmedos y obscenos. Hasta que Adam intentó introducir el dedo un poco más y entonces no pudo evitar estremecerse de dolor.

—¿Qué pasa? —Su voz era la de siempre, pero un millón de veces más ronca—. ¿Te duele?

—No… *Uf*.

Levantó la vista hacia ella, todo piel pálida y sonrojada en contraste con las ondas oscuras del pelo.

—¿Por qué estás tan tensa, Olive? Ya lo has hecho antes, ¿no?

—Pues… sí. —No supo muy bien lo que la empujaba a continuar. Cualquier idiota habría visto a kilómetros de distancia que se trataba de una idea terrible, pero, ahora que estaban tan cerca, ya no cabían las mentiras. Así que confesó—: Un par de veces. En la universidad.

Adam se quedó inmóvil. Inmóvil por completo. Bajo las manos de Olive, flexionó los músculos, los apretó con fuerza y luego permanecieron así, tensos y quietos mientras la miraba fijamente.

—Olive.

—Pero no importa —se apresuró a añadir, porque Adam ya estaba negando con la cabeza, alejándose de ella. Era cierto que a Olive no le importaba. Y, por lo tanto, tampoco debería importarle a Adam—. Puedo aprender… He aprendido a hacer técnicas de fijación en parche de membranas en un par de horas, el sexo no puede ser mucho más complicado. Y me apuesto lo que sea a que tú lo practicas a todas horas, así que puedes decirme cómo…

—Perderías.

La habitación estaba helada. Ya no tenía dentro el dedo de Adam, que también le había apartado la mano de la cadera.

—¿Qué?

—Perderías la apuesta. —Suspiró, se pasó una mano por la cara y bajó la otra, la que había estado en el interior de Olive, para recolocarse la polla. Para entonces ya parecía enorme y Adam se estremeció al tocarla—. Olive, no puedo.

—Claro que sí.

Negó con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Qué? No. No, yo…

—Eres casi vir…

—¡Mentira!

—Olive.

—No es cierto.

—Pero estás tan cerca de serlo que…

—No, la cosa no va así. La virginidad no es una variable continua, es categórica. Binaria. Nominal. Dicotómica. Ordinal, potencialmente. Hablo de ji al cuadrado, puede que del coeficiente de correlación de Spearman, la regresión logística, el modelo logit y esa mierda de función sigmoide, y…

Habían pasado semanas y la sonrisa torcida de Adam todavía la dejaba sin aliento. Por lo imprevisible que era siempre, por los hoyuelos que le formaba. Olive se quedó sin aire cuando él le acercó la palma de una mano enorme a un lado de la cara y la atrajo hacia sí para darle un beso lento, cálido y risueño.

—Pero mira que eres listilla —le dijo sin apartarse de su boca.

—Puede ser. —Olive también sonrió. Y le devolvió el beso. Le pasó los brazos alrededor del cuello y sintió un escalofrío de placer cuando él la estrechó con más fuerza.

—Olive —dijo tras apartarse un poco—, si por cualquier motivo el sexo es algo con lo que… no te sientes cómoda o que solo compartes dentro de una relación, entonces…

—No. No, no es nada de eso. Es que… —Respiró hondo mientras buscaba una forma de explicarse—. No es que *no* quiera mantener relaciones sexuales. Es solo que… tampoco me apetecen mucho. Tengo algo raro en el cerebro, y en el cuerpo, y… No sé qué me pasa, pero parece que no soy capaz de experimentar atracción sexual como los demás. Como la gente *normal*. Intenté… hacerlo sin más, para quitármelo de encima, y el chico con el que lo hice era majo, pero la verdad es que no siento ninguna… —Cerró los ojos. Era algo difícil de reconocer—. No siento ninguna atracción sexual a menos que la persona llegue a gustarme y a parecerme de fiar y, por alguna razón, eso no pasa nunca. O casi nunca. Hacía mucho tiempo que no me ocurría, pero ahora… Tú me gustas mucho y confío de verdad en ti y, por primera vez en un millón de años, quiero…

No pudo seguir divagando porque Adam ya la estaba besando de nuevo, esta vez con fuerza y agresividad, como si quisiera absorberla en su interior.

—Quiero hacerlo —concluyó Olive en cuanto pudo—. Contigo. De verdad que sí.

—Yo también, Olive. —Suspiró—. No tienes ni idea de cuánto.

—Entonces, por favor. Por favor, no digas que no. —Se mordió el labio y luego hizo lo mismo con el de Adam. Después, le recorrió la mandíbula dándole pequeños bocados—. ¿Por favor?

Él respiró hondo y asintió. Olive sonrió y le besó la curva del cuello mientras él le colocaba la mano en la parte baja de la espalda.

—Pero —dijo él— creo que deberíamos proceder de una forma algo distinta.

〰〰〰〰〰〰〰〰

Olive tardó muchísimo tiempo en darse cuenta de las intenciones de Adam. No porque fuera tonta o estuviese distraída, o porque fuera exageradamente ingenua en cuanto al sexo, sino porque…

Tal vez sí fuera un poco ingenua en cuanto al sexo. Pero era verdad que, antes de Adam, llevaba una eternidad sin pensar en ello, e incluso entonces nunca lo había hecho en esos términos: él encima de ella, separándole bien las piernas tras ponerle las manos en la cara interna de los muslos y luego arrodillándose entre ellos. Deslizándose hacia abajo, muy abajo.

—¿Qué estás…?

La abrió con la lengua y fue como si Olive fuese mantequilla y él quisiera cortarla como un cuchillo caliente. Fue lento pero seguro y no se detuvo cuando los muslos de Olive se tensaron contra sus manos, ni cuando ella se revolvió para intentar zafarse. Adam solo emitió un gruñido, intenso y grave. Luego pasó la nariz por la piel que se unía al abdomen de Olive e inhaló con fuerza. Y entonces la lamió una vez más.

—Adam… para —le suplicó ella y, durante un instante, él se limitó a rozarle los pliegues con la cara como si no tuviera la menor intención de hacer tal cosa.

Después levantó la cabeza, con los ojos nublados, de repente consciente de que debía escucharla.

—¿Eh?

Olive notó la vibración de sus labios en la piel.

—Quizá… quizá deberías parar.

Él se quedó paralizado y le apretó la mano en torno al muslo.

—¿Has cambiado de opinión?

—No. Pero tendríamos que hacer… otras cosas.

Él frunció el ceño.

—¿No te gusta esto?

—No. Sí. Bueno, nunca he… —La arruga de la frente de Adam se marcó aún más—. Pero he sido yo la que te ha metido en esto, así que tendríamos que hacer cosas que te gusten a ti, no cosas para mí…

Esta vez le pasó la parte plana de la lengua por el clítoris, la presión justa para hacerla contraerse y exhalar con fuerza. Después empezó a trazar círculos con la punta de la lengua a su alrededor… Un movimiento minúsculo que, sin embargo, la hizo llevarse la mano a la boca y morderse la parte carnosa de la palma.

—¡Adam! —Su voz le pareció la de otra persona—. ¿No has oído lo que acabo…?

—Has dicho que hiciéramos algo que me gustara. —Su aliento casi la quemaba—. Y esto me gusta.

—Es imposible que quieras…

Le apretó la pierna con la mano.

—Ni siquiera me acuerdo de cuándo no he querido hacerlo.

Olive no creía que algo tan íntimo estuviera normalmente incluido en el protocolo estándar. Pero era difícil resistirse cuando él parecía embelesado mirándola a la cara, las piernas y el resto del cuerpo. Adam tenía una mano abierta y plana sobre el abdomen de Olive para sujetarla contra la cama; la acercaba cada vez más a los pechos, aunque nunca lo bastante. Así tumbada, Olive se sintió un poco avergonzada de lo cóncavo que tenía el estómago. De cómo se le marcaban las costillas. A Adam, sin embargo, no parecía importarle.

—¿No preferirías…?

Un mordisco suave.

—No.

—Ni siquiera te he dicho…

Él levantó la mirada.

—No preferiría estar haciendo ninguna otra cosa.

—Pero…

Le succionó uno de los labios con un ruido fuerte y húmedo y Olive jadeó. Y entonces tenía la lengua de Adam dentro y gimió, medio por la sorpresa, medio por la sensación de… Sí.

«Sí.»

—Joder —dijo alguien. No fue Olive, así que debió de ser Adam—. Joder.

La sensación era increíble. De otro mundo. La lengua de Adam entraba y salía, trazaba círculos y lamía; su nariz contra la piel de Olive, los ruidos amortiguados que a él le brotaban desde lo más profundo del pecho cada vez que ella se contraía, y Olive iba a… a…

No estaba segura de que fuera a correrse. No con otra persona en la habitación tocándola.

—Puede que tarde un poco —dijo en tono de disculpa, odiando lo débil que sonaba su voz.

—Joder, sí. —La recorrió por completo con la lengua, un trazo largo y ancho—. Por favor.

Nunca lo había notado tan entusiasmado por nada, ni siquiera por las solicitudes de becas o la biología computacional. Eso hizo que la tensión subiera unos cuantos tonos para ella, y la situación empeoró aún más cuando notó el otro brazo de Adam. El que no le sujetaba la cacha del culo y la mantenía abierta.

Adam aún no se había quitado los pantalones, que Olive alcanzara a ver, y eso era muy injusto porque ella estaba toda descubierta ante él. Pero, por cómo movía el brazo, cómo subía y bajaba la mano, despacio… Aquello era sencillamente insoportable. Olive se arqueó aún más, formó una curva perfecta con la columna vertebral y golpeó la almohada con la parte posterior de la cabeza.

—Olive. —Adam se apartó unos centímetros y le besó el interior del muslo tembloroso. Inhaló con fuerza por la nariz, como si quisiera retener aquel olor en su interior—. No puedes correrte todavía.

Le rozó los pliegues con los labios cuando volvió a hundir la lengua en ella y Olive cerró los ojos con fuerza. Un calor líquido y ardiente comenzó a florecerle en el vientre y a derramársele por el cuerpo. Se aferró a las sábanas con los dedos, en busca de algo a lo que anclarse. Era algo imposible. Ingobernable.

—*Adam*.

—No. Dos minutos más.

Continuó succionándola… «*Dios*, sí. *Ahí*.»

—Lo… siento.

—Uno más.

—*No* puedo…

—Concéntrate, Olive.

Al final fue la voz de Adam la que lo estropeó todo. Ese tono tranquilo y posesivo, la insinuación de una orden en el tono grave de sus palabras roncas, y el placer la invadió como una ola del océano. La mente de Olive estalló en mil pedazos y dejó de ser ella durante unos segundos, y luego minutos, y, cuando recuperó la conciencia del mundo, él seguía lamiéndola, aunque más despacio, como si no tuviera más propósito que saborearla.

—Quiero comértelo hasta que te desmayes.

Olive notó la suavidad de sus labios sobre la piel.

—No. —Olive cerró un puño sobre la almohada—. Yo… no puedes.

—¿Por qué?

—Tengo que…

No era capaz de pensar con claridad, aún no. Seguía sintiéndose confusa, tartamudeaba.

Casi gritó cuando él introdujo un dedo en su interior. Esta vez se hundió como una roca en el agua, fácil y sin obstáculos, y las paredes de Olive se cerraron sobre él como si quisieran darle la bienvenida a Adam y retenerlo dentro.

—Dios. —Volvió a lamerle el clítoris, pero estaba demasiado sensible para eso. Quizá—. Lo tienes… —Dobló el dedo dentro de ella, lo apretó contra la parte superior del canal y el placer volvió a acumularse en su interior, expandiéndose hacia los bordes—. … tan pequeño y apretado y caliente.

El calor la inundó de nuevo, le vació los pulmones de aire y la obligó a abrir la boca mientras miles de colores brillantes le estallaban detrás de los párpados. Él gimió algo que no era del todo coherente y le introdujo otro dedo cuando el orgasmo comenzaba a amainar. Su longitud y tensión fueron la ruina de Olive. Su cuerpo se convirtió en algo que ya no le pertenecía, en algo hecho de altos picos brillantes y valles frondosos. La dejó pesada y laxa, así que no supo muy bien cuánto tiempo pasó hasta que fue capaz de levantar la palma de la mano, ponérsela a Adam en la frente y apartarlo con suavidad para que parase. Él le lanzó una mirada hosca, pero obedeció, y Olive tiró de él hacia arriba… porque daba la sensación de que estaba a punto de empezar otra vez en cualquier momento y porque sería agradable tenerlo a su lado. Quizá él hubiera pensado lo mismo: se elevó por encima de ella y apoyó el peso en un antebrazo; posó el pecho sobre el de Olive, con un muslo enorme firmemente alojado entre sus piernas.

Ella seguía llevando aquellos dichosos calcetines hasta la rodilla y, Dios, seguro que Adam estaba pensando que era el polvo más soso que había…

—¿Puedo follarte?

Lo dijo y luego la besó, sin preocuparse por dónde había tenido metida la boca hasta hacía unos segundos. Olive se preguntó si debería sentir asco, pero seguía crispándose de placer, contrayéndose entre temblores al recordar lo que Adam acababa de hacerle. No consiguió que le importara y además era agradable besarlo así. Muy agradable.

—Hum. —Ella le colocó las manos a ambos lados de la cara y comenzó a acariciarle los pómulos con los pulgares. Los tenía rojos y calientes—. ¿Qué?

—¿Puedo follarte? —Le lamió la base de la garganta—. ¿Por favor?

Adam se lo susurró al oído y… No parecía que pudiera decirle que no. Ni que quisiera hacerlo. Asintió para darle permiso y tendió la mano hacia su polla, pero él se le adelantó, se bajó los pantalones y cerró el puño en torno a ella. La tenía grande. Más de lo que Olive había pensado que la tendría, más de lo que pensaba que cualquiera pudiera tenerla. Siguió sintiendo el corazón de Adam latiendo a toda prisa contra su pecho cuando se alineó con ella y acercó la cabeza a la abertura de Olive y…

Ahora Olive estaba relajada. Y maleable. Y aún no lo bastante holgada.

—*Ah*. —No le dolió del todo, pero era casi demasiado. No iba a ser fácil, eso estaba claro. Y, sin embargo, esa sensación, la presión de Adam contra todos y cada uno de los rincones de su interior, contenía una promesa—. La tienes muy grande.

Él gimió con la cara enterrada en el cuello de Olive. Le temblaba todo el cuerpo de la tensión.

—Tú puedes con ella.

—Sí —contestó ella con la voz aflautada y la respiración entrecortada.

Al fin y al cabo, las mujeres daban a luz. El problema era que Adam aún no estaba dentro, no del todo. Ni siquiera había llegado a la mitad. Y no había más sitio.

Olive levantó la mirada hacia él. Tenía los ojos cerrados, dos medias lunas oscuras recortadas contra su piel, y la mandíbula tensa.

—¿Y si es demasiado?

Adam le acercó los labios al oído.

—Entonces… —Intentó una embestida, y tal vez fuera demasiado, pero la fricción era deliciosa—. Entonces te follaré así. —Ella cerró los ojos cuando Adam rozó una zona que la hizo gemir—. Dios, Olive.

Le palpitaba todo el cuerpo.

—¿Quieres que haga algo…?

—Solo… —La besó en la clavícula. Ahora ambos respiraban de manera errática y estruendosa en el silencio de la habitación—. Quédate callada un momento. Para que no me corra ya.

Olive movió las caderas y de pronto Adam volvía a frotarle ese punto. Comenzaron a temblarle los muslos e intentó a abrirlos más. Para invitarlo a entrar.

—A lo mejor tendrías que hacerlo.

—¿Sí?

Ella asintió. A esas alturas ya estaban demasiado aturdidos para besarse con algún tipo de coordinación, pero los labios de Adam estaban calientes y suaves cuando rozaron los suyos.

—Sí.

—¿Dentro de ti?

—Si qui…

Adam le colocó una mano detrás de la rodilla y se la movió un poco para separarle las piernas de una forma que a ella simplemente no se le había ocurrido. La mantuvo en esa postura con firmeza.

—Si quieres.

—Eres tan perfecta que me estás volviendo loco.

Las entrañas de Olive se abrieron para él sin previo aviso. Le dieron la bienvenida y lo atrajeron hasta que llegó al fondo, hasta que se encajó en lo más profundo de Olive y la tensó hasta un punto que tendría que haberla destrozado, pero que no consiguió más que hacerla sentir llena, sellada, perfecta.

Ambos exhalaron. Olive levantó una mano temblorosa y la cerró alrededor de la nuca sudorosa de Adam.

—Hola.

Le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa, solo un poco.

—Hola.

Tenía los ojos opacos, como una vidriera. Se movió dentro de ella, apenas un atisbo de embestida, y eso la hizo apretar todo el cuerpo en torno a él hasta que sintió que su polla se crispaba y palpitaba en su interior como un tambor. Olive dejó caer la cabeza sobre la almohada y alguien gimió, algo gutural y descontrolado.

Entonces Adam salió, volvió a entrar y ambos aniquilaron la regla del nada de sexo. En cuestión de segundos, las embestidas pasaron de ser vacilantes y exploratorias a ser rápidas y fulminantes. Deslizó una mano hacia la parte baja de la espalda de Olive y la presionó contra él mientras entraba, y seguía entrando, y entraba aún más, se restregaba en su interior, contra ella, produciéndole un placer vibrante que le subió por la columna vertebral.

—¿Estás bien? —le preguntó pegado a su oído, sin conseguir parar del todo.

Olive solo pudo responder con respiraciones entrecortadas y jadeantes, agarrándose desesperadamente a las sábanas con los dedos. La presión volvía a crecerle dentro, enorme e incontenible.

—Tienes que decírmelo si no te gusta —insistió con voz ronca—. Lo que estoy haciendo.

Estaba ansioso, algo torpe, perdía el control y se deslizaba fuera de ella, tenía que volver a empujar para penetrarla de nuevo; Adam estaba desconcentrado, pero ella también, demasiado sobrepasada por lo mucho que disfrutaba teniéndolo dentro, por el placer embrutecedor, por la suavidad con la que entraba y salía de ella. Por lo bien que se sentía con todo aquello.

—Me…

—Olive, tienes que…

Adam se detuvo con un gruñido, porque ella levantó las caderas y se contrajo a su alrededor. Lo apretó con más fuerza, lo succionó más hacia adentro.

—Me gusta. —Olive levantó la mano para agarrarlo del pelo. Para mirarlo a los ojos y asegurarse de que le prestaba atención mientras le decía —: Me *encanta*, Adam.

Él perdió el escaso control que le quedaba. Se le escapó un gruñido primitivo y se estremeció mientras la embestía contundente y mascullaba cosas sin sentido contra su piel: lo perfecta que era, lo preciosa que era, el

tiempo que hacía que la deseaba, que nunca la dejaría, que nunca podría dejarla escapar. Olive sintió el estallido del orgasmo de Adam, el placer cegador e hirviente mientras se estremecía encima de ella.

Sonrió. Y cuando los escalofríos comenzaron a recorrerle de nuevo la espina dorsal, lo mordió en el hombro y se dejó llevar.

Capítulo diecisiete

❤ HIPÓTESIS: Cuando crea que he tocado fondo, alguien me pasará una pala. Lo más seguro es que ese alguien sea Tom Benton.

Olive se quedó dormida tras la primera vez y soñó con muchas cosas extrañas y sin sentido. Makis con forma de araña. La primera nevada del último año que pasó con su madre en Toronto. Los hoyuelos de Adam. La mueca de desdén de Tom Benton cuando le escupió las palabras «historieta lacrimógena». Adam, de nuevo, esta vez serio, pronunciando el nombre de Olive de esa manera única.

Entonces notó que el colchón se hundía y oyó el ruido de algo que se posaba en la mesilla de noche. Abrió los ojos parpadeando, despacio, desorientada en la penumbra de la habitación. Adam estaba sentado en un lado de la cama, colocándole un mechón de pelo tras la oreja.

—Hola.

Olive sonrió.

—Hola.

Estiró una mano para tocarle el muslo a través de los pantalones que al final no había llegado a quitarse del todo. Seguía estando caliente, firme. Seguía ahí.

—¿Cuánto rato he dormido?

—No mucho. Puede que media hora.

—Ah. —Se estiró un poco sobre el colchón, levantando los brazos por encima de la cabeza, y se fijó en el vaso de agua fresca que había en la mesita de noche—. ¿Es para mí?

Él asintió, se lo pasó y Olive se incorporó apoyándose sobre un codo para bebérselo. Le sonrió en señal de agradecimiento. Notó que Adam

demoraba la mirada en sus pechos, aún irritados y doloridos por efecto de su boca, y luego la desviaba hacia sus propias manos.

«Oh.» Quizá, ahora que ya se habían acostado («Y no ha estado *nada* mal —pensó Olive—, ha sido *increíble;* aunque ¿quién sabe lo que opina Adam?»), necesitaba espacio. A lo mejor quería tener su propia almohada.

Le devolvió el vaso vacío y se sentó en la cama.

—Mejor me voy a mi cama.

Él sacudió la cabeza con una intensidad que sugería que no quería que se fuera ni a ningún sitio ni nunca. Le rodeó la cintura con fuerza con la mano libre, como si quisiera atarla a él.

A Olive no le importó.

—¿Estás seguro? Sospecho que podría ser una acaparadora de mantas.

—No pasa nada. Soy caluroso. —Le apartó un mechón de pelo de la frente—. Y, según alguien, tengo pinta de roncar.

Olive ahogó un grito para fingir indignación.

—¿Cómo se *atreven?* Dime quién te lo ha dicho y te vengaré personalmente… —Soltó un chillido cuando Adam le puso el vaso helado en el cuello y luego estalló en carcajadas, levantó las rodillas y trató de alejarse de él retorciéndose—. Perdón, ¡no roncas! Duermes como un príncipe.

—Eso ya está mucho mejor.

Dejó el vaso en la mesita de noche, apaciguado, pero Olive continuó aovillada, con las mejillas sonrojadas y la respiración agitada tras intentar defenderse de él. Adam estaba sonriendo. Y con hoyuelos, además. Era la misma sonrisa que había esbozado antes contra el cuello de Olive, contra su piel, la que le había hecho cosquillas y la había hecho reír.

—Siento lo de los calcetines, por cierto. —Hizo una mueca—. Sé que es un tema controvertido.

Adam bajó la mirada hacia la tela de color arcoíris que le cubría las pantorrillas a Olive.

—¿Los calcetines son controvertidos?

—Los calcetines en sí no. Dejártelos puestos mientras te acuestas con alguien.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Al menos según el número de *Cosmopolitan* que guardamos en casa para matar cucarachas.

Él se encogió de hombros, como un hombre que no se rebajaría a leer nada que no fuera el *New England Journal of Medicine* y, quizá, el *Boletín de empujadores de camionetas.*

—¿Por qué iba a importar lo de los calcetines?

—Tal vez porque no quieren acostarse con alguien que tenga los dedos horribles y desfigurados sin siquiera saberlo.

—¿Tienes los dedos desfigurados?

—Son grotescos. Dignos de un circo. Antitéticos al sexo. Son casi como llevar un anticonceptivo incorporado.

Adam suspiró; estaba claro que le había hecho gracia. Le estaba costando mantener su pose malhumorada, melancólica e intensa, y eso a Olive le *encantaba*.

—Te he visto un montón de veces en chanclas. Cosa que, por cierto, no se ajusta a las normas del laboratorio.

—Debes de estar equivocado.

—En serio.

—No me gusta lo que insinúa, doctor Carlsen. Me tomo muy en serio las directrices de salud y seguridad ambiental de Stanford y… ¿Qué estás…?

La sobrepasaba tanto en tamaño que era capaz de sujetarla poniéndole una sola mano en el vientre mientras le quitaba los calcetines a la fuerza con la otra y, por alguna razón, Olive disfrutó de hasta el último momento del proceso. Se resistió con todas sus fuerzas y puede que a Adam incluso le salieran un par de moratones al día siguiente, pero, cuando al final consiguió quitárselos, Olive estaba sin aliento de tanto reírse. Adam le acarició los pies con reverencia, como si pensara que eran delicados y que tenían una forma perfecta en lugar de pertenecer a alguien que corría dos maratones al año.

—Tenías razón —dijo. Con la respiración entrecortada, Olive lo miró con curiosidad—. Tienes unos pies bastante horribles.

—¿Qué? —Olive resolló y se zafó de él; lo empujó por el hombro hasta que terminó tumbado de espaldas debajo de ella. Seguro que, con lo gigante que era, podría habérsela quitado de encima sin problema, y, sin embargo… —. Retíralo.

—Pero si lo has dicho tú antes.

—Retíralo. Mis pies son preciosos.

—En un sentido horrible, tal vez.

—Eso *no* existe.

El aliento de la risa de Adam le rozó la mejilla con calidez.

—Seguro que hay una palabra alemana que significa eso: «Bonito pero excepcionalmente feo».

Ella le mordió el labio lo justo para que lo notara y Adam pareció perder ese dominio que siempre tenía sobre sí mismo. De pronto dio la impresión de querer más, se volvió hasta que Olive quedó debajo de él y transformó el mordisco en un beso. O tal vez fuera la propia Olive, ya que ahora estaba lamiéndole el labio con la lengua, justo donde acababa de hacer que le doliera.

Tenía que pedirle que parara. Estaba sudada y pegajosa; debería excusarse e ir a darse una ducha. Sí, eso sonaba a buen protocolo sexual. Pero sentía a Adam cálido y fuerte, con la piel encendida. Olía delicioso, incluso a pesar de todo lo que habían hecho, así que no pudo evitar desviarse de sus pensamientos y dejarse llevar hasta rodearle el cuello con los brazos. Y tirar de él hacia abajo.

—Pesas una tonelada —le dijo.

Él hizo ademán de levantarse y apartarse, pero Olive le rodeó la cintura con las piernas y lo atrajo hacia sí. Se sentía muy segura con él. Invencible. Una verdadera tía dura. Adam la convertía en una persona poderosa y feroz, en alguien que podría destruir a Tom Benton y el cáncer de páncreas antes del desayuno.

—No, me encanta. Quédate, por favor.

Ella le sonrió y vio que a Adam se le aceleraba la respiración.

—Al final resulta que *sí* eres una acaparadora de mantas.

Olive tenía un punto en la base del cuello, un punto que Adam había descubierto antes y que la hacía suspirar y arquearse y derretirse sobre la almohada. Lo atacó como si fuera su nuevo norte. Tenía una forma de besarla, medio cautelosa y medio desenfrenada, que la hacía preguntarse por qué antes consideraba que besarse era una actividad aburrida y sin sentido.

—Debería ir a limpiarme —dijo Olive, pero no se movió. Adam se deslizó hacia abajo, solo unos cuantos centímetros, lo justo para distraerse con la clavícula de Olive y luego con la curva de un pecho—. Adam.

Él la ignoró y le recorrió los huesos prominentes de la cadera, y las costillas, y la piel tensa del vientre. Le besó hasta el último lunar como si

quisiera almacenarlos en la memoria, y tenía muchísimos.

—Estoy toda pegajosa, Adam.

Olive se retorció un poco.

A modo de respuesta, él le puso la palma de la mano en el culo. Para que se estuviera quieta.

—Chis. Yo te limpio.

Introdujo un dedo en el interior de Olive y ella jadeó, porque… Ay Dios. Uf. Ay *Dios*. Desde allí abajo le llegaban ruidos húmedos, los suyos propios y los del semen de Adam, y a él debería darle asco, y a ella también, y aun así…

No se lo daba. Y Adam gemía, como si la satisfacción de haberla ensuciado, de haberse corrido dentro de ella, de saber que ella se lo había permitido, le resultara algo embriagador. Olive cerró los ojos y se sumergió en aquellas sensaciones, en cómo le lamía la piel entre el muslo y el abdomen, en oír los gemidos bajos y los jadeos que brotaban de su propia boca, en deslizar los dedos entre el pelo de Adam para apretarlo más contra ella. No cabía duda de que estaba limpia cuando volvió a correrse, unas contracciones lentas que se extendieron en grandes oleadas e hicieron que le temblaran los muslos alrededor de la cabeza de Adam. Fue entonces cuando él le preguntó:

—¿Puedo follarte otra vez?

Ella lo miró, sonrojada y aturdida por el orgasmo, y se mordió el labio. Lo deseaba. Se moría de ganas de tenerlo encima, dentro de ella, con el pecho presionándola contra el colchón y los brazos rodeándole el cuerpo. Esa sensación de seguridad, de encajar al fin en algún sitio, que parecía volverse más intensa cuanto más se acercaba Adam a ella.

—Sí que quiero. —Levantó una mano para acariciarle el brazo sobre el que se sostenía—. Es solo que… estoy algo dolorida y…

Adam se arrepintió enseguida de habérselo preguntado. Olive se dio cuenta por la forma en que se le paralizó el cuerpo antes de apartarse de ella, como para no agobiarla, como para darle un espacio que Olive no quería.

—No —dijo en tono de pánico—. No es eso…

—Eh. —Se dio cuenta de lo nerviosa que estaba y se agachó para besarla.

—Quiero…

—Olive. —Se acurrucó a su alrededor. Le rozó la parte baja de la espalda con la polla, pero enseguida apartó las caderas—. Tienes razón. Vamos a dormir.

—¿Qué? No. —Se incorporó hasta quedar sentada y frunció el ceño—. No quiero dormir.

Notaba que Adam estaba pasándolo mal. Que intentaba ocultar su erección. Que intentaba no mirarle el cuerpo desnudo.

—Tu avión ha salido temprano esta mañana. Seguro que el cambio horario te ha afectado…

—Pero solo tenemos una noche.

Una única noche. Una noche para que Olive dejara en suspenso el mundo exterior. Para que evitase pensar en Tom y en lo que había pasado aquel día y en la misteriosa mujer de la que Adam estaba enamorado. Una noche para olvidar que, fueran cuales fuesen los sentimientos que ella albergaba hacia él, no eran correspondidos.

—Eh. —Él levantó una mano y le colocó el pelo detrás del hombro—. No me debes nada. Vamos a dormir un poco y…

—Tenemos una noche. —Decidida, le puso la palma de la mano en el pecho y se sentó a horcajadas sobre él. Notó la suavidad del algodón de los pantalones de Adam contra sus pliegues—. La quiero entera. —Le sonrió, bajó la frente hasta la suya y el pelo de Olive formó una cortina entre ellos y el mundo exterior. Una especie de santuario. Él la agarró por la cintura como si no pudiera contenerse, apretándola contra sí, y, uf, qué bien encajaban el uno con el otro—. Venga, Adam. Sé que eres viejo, pero no puedes irte a dormir ya.

—Pero… —Pareció olvidarse de lo que iba a decir en el momento en que ella le deslizó una mano por dentro de los pantalones. Cerró los ojos, y exhaló con brusquedad, y… sí. Bien—. Olive.

—¿Sí?

Ella siguió descendiendo por el cuerpo de Adam. Y tirándole de los pantalones hacia abajo. Y él hizo un par de intentos poco entusiastas de detenerla, pero no controlaba la situación por completo y al final dejó que le quitara la ropa que le quedaba. Ella se echó el pelo hacia atrás y se sentó en cuclillas entre los muslos de él.

Adam intentó apartar la mirada, pero no lo consiguió.

—Eres preciosa.

Fueron unas palabras graves y susurradas, como si se le hubieran escapado de la boca. Libres y espontáneas, como todo lo que había ocurrido aquella noche.

—Nunca lo he hecho —le confesó.

No le dio vergüenza, seguramente porque se trataba de Adam.

—No. Ven aquí.

—Así que supongo que no lo haré nada bien.

—Olive… No tienes por qué hacerlo. No deberías hacerlo.

—Tomo nota. —Le dio un beso en la cadera y él gimió como si le hubiera hecho algo especial. Como si aquello fuera más allá de lo posible —. Pero, si tienes algún deseo…

—Olive. Voy a…

Gruñir. Iba a gruñir, un sonido estruendoso que le salía de lo más profundo del pecho. Ella le pasó la nariz por la piel del abdomen y por el rabillo del ojo vio cómo se le crispaba la polla.

—Me encanta cómo hueles.

—Olive.

Despacio, con precisión, le rodeó la base de la erección con la mano y la estudió mirándola desde abajo. La cabeza ya estaba brillante y… no era que Olive supiera mucho, pero le pareció que estaba a punto. La tenía durísima y, más arriba, el pecho le subía y bajaba a toda prisa, tenía los labios separados y la piel sonrojada. Daba la sensación de que no le costaría mucho, y eso era… bueno. Aunque, por otro lado, Olive quería disfrutar de su tiempo con él. Quería disfrutar mucho tiempo con Adam.

—Ya te lo han hecho antes, ¿verdad?

Él asintió, como Olive esperaba que hiciera. Adam cerró un puño en torno a las sábanas, temblando ligeramente.

—Bien. Así podrás decírmelo si la fastidio.

Pronunció las últimas palabras ya junto al miembro y fue como si oscilaran, como si vibraran en una especie de frecuencia de onda corta que estalló y se hizo añicos cuando Olive lo tocó de verdad. Antes de abrir los labios sobre la cabeza de la polla de Adam, lo miró, le dedicó una pequeña sonrisa y eso pareció rematarlo. Arqueó la espalda. Gimió y le ordenó en voz baja que por favor le diera un momento, que fuera despacio, que no lo dejara correrse, y Olive se preguntó si su columna vertebral se estaría

diluyendo en el mismo placer líquido y abrasador que ella había experimentado antes.

Seguro que no podía haber resultado más obvio que Olive nunca había hecho algo así. Y, sin embargo, pareció excitarlo más allá de lo imaginable. Estaba claro que no podía contenerse: lanzó las caderas hacia delante, le enredó los dedos en el pelo y le presionó la cabeza contra sí hasta que la garganta de Olive se estrechó contra él. Adam gemía, hablaba y le buscaba los ojos, como si estuviera constantemente fascinado por la forma en que ella lo miraba. Balbuceaba palabras roncas, murmuraba: «Olive, sí». «Lámeme el…» «Métetela un poquito… más adentro. Haz que me corra.» Olive oyó las alabanzas y expresiones de cariño que le salían de la boca: lo bien que lo hacía, lo maravillosa que era, lo perfecta que era. Oyó obscenidades sobre sus labios, su cuerpo y sus ojos, y quizá se hubiera sentido avergonzada si no fuera por el placer abundante que los desbordaba a ambos, que les saturaba el cerebro. Le parecía natural que Adam pidiera lo que quería. Que ella se lo diera.

—¿Puedo…? —Olive le rozó con los dientes la parte baja de la cabeza y él gruñó con intensidad—. En la boca.

Solo tuvo que sonreírle y el placer de Adam se volvió atómico, lo arrasó y las palpitaciones le invadieron el cuerpo entero. Lo que Olive acababa de experimentar, un calor abrasador y casi doloroso. Seguía lamiéndolo con suavidad cuando él recuperó el control de las extremidades y le acarició la mejilla.

—Las cosas que quiero hacerte. No tienes ni idea…

—A lo mejor sí las sé. —Se lamió los labios—. Algunas, por lo menos.

Adam tenía los ojos vidriosos cuando le acarició la comisura de la boca y Olive se preguntó cómo iba a ser capaz de terminar con algo así, de terminar con *él*, en tan solo unas horas.

—Lo dudo.

Olive se inclinó hacia delante y escondió una sonrisa en el pliegue del muslo de Adam.

—Puedes, ya lo sabes. —Le mordisqueó la dura planicie del abdomen y luego lo miró—. Hacérmelas.

Seguía sonriendo cuando él la arrastró hasta su pecho y, durante unos minutos, consiguieron dormir.

Sí que debía de ser una buena habitación de hotel, supuso. Sobre todo por el tamaño de los ventanales. Y las vistas de Boston al anochecer, el tráfico y las nubes y la sensación de que ahí fuera estaba ocurriendo algo, algo de lo que ella no necesitaba formar parte porque estaba allí. Con Adam.

—¿Qué idioma es ese? —se le ocurrió preguntar.

No podía mirarla a la cara, no mientras Olive siguiera con la cabeza acurrucada bajo su barbilla, así que siguió haciéndole dibujos en la cadera con las yemas de los dedos.

—¿Cómo?

—El libro que estás leyendo. El del tigre en la portada. ¿Alemán?

—Holandés.

Olive sintió que a Adam le vibraba el pecho al hablar y aquel temblor le atravesó la carne.

—¿Es un manual de taxidermia?

Él le pellizcó la cadera, con cuidado, y ella soltó una risita.

—¿Te costó aprenderlo? Aprender holandés, quiero decir.

Adam le olió el pelo y pensó un momento.

—No lo sé. Siempre lo he sabido.

—¿Fue raro crecer hablando dos idiomas?

—La verdad es que no. Hasta que nos mudamos aquí, pensaba sobre todo en holandés.

—¿Y a qué edad fue eso?

—Hum. ¿Nueve?

Pensar en Adam de niño le provocó una sonrisa.

—¿Hablabas en holandés con tus padres?

—No. —Se quedó callado un segundo—. Me criaron *au pairs*, sobre todo. Muchas *au pairs.*

Olive se levantó para mirarlo, apoyando la barbilla en las manos y las manos en el pecho de Adam. Lo observó observarla mientras disfrutaba del juego de las luces de la calle sobre su rostro fuerte. Siempre le parecía guapo, pero, en ese momento, en la hora de las brujas, la dejaba sin aliento.

—¿Tus padres estaban ocupados?

Él suspiró.

—Estaban muy comprometidos con su trabajo. No se les daba muy bien sacar tiempo para otras cosas.

Olive resopló un poco mientras se formaba una imagen mental: Adam, con cinco años, enseñándoles el dibujo de un monigote de palo a unos padres altos y distraídos, vestidos con traje oscuro y rodeados de agentes secretos que se comunicaban por auriculares. No sabía nada sobre diplomáticos.

—¿Eras un niño feliz?

—Es… complicado. Fue una crianza un poco de manual. Hijo único de padres económicamente ricos pero emocionalmente pobres. Podía hacer lo que quisiera, pero no tenía a nadie con quien hacerlo.

Sonaba triste. Olive y su madre siempre habían tenido muy poco, pero nunca se había sentido sola. Hasta el cáncer.

—¿Excepto a Holden?

Adam sonrió.

—Excepto a Holden, pero eso fue después. Creo que para entonces ya estaba anclado en mis costumbres. Había aprendido a entretenerme con… cosas. Aficiones. Actividades. Los estudios. Y, cuando tenía que estar con gente, me mostraba… hostil e inaccesible. —Olive puso los ojos en blanco y lo mordió con suavidad hasta hacerlo reír—. Me he convertido en mis padres —reflexionó Adam—. Solo soy capaz de comprometerme con mi trabajo.

—Eso no es verdad. Se te da muy bien sacar tiempo para los demás. Para mí. —Olive sonrió, pero Adam apartó la mirada como si estuviera avergonzado, así que decidió cambiar de tema—. Solo sé decir una cosa en holandés: *ik hou van jou.*

Debió de pronunciarlo muy mal, porque, durante un momento, Adam fue incapaz de descifrarlo. Cuando lo logró, abrió los ojos como platos.

—Mi compañera de habitación de la universidad tenía un póster con la expresión «Te quiero» escrita en todos los idiomas —explicó Olive—. Justo enfrente de mi cama. Era lo primero que veía todas las mañanas al despertarme.

—¿Y al final del cuarto año te la sabías en todos los idiomas?

—Al final del primer año. En segundo se unió a una hermandad femenina; fue lo mejor. —Bajó la mirada, le acarició el pecho con la cara y luego volvió a mirarlo—. Es una tontería muy grande, si lo piensas.

—¿Una tontería?

—¿Quién necesita saber decir «te quiero» en todos los idiomas? La gente apenas lo dice en uno. A veces ni eso. —Le echó el pelo hacia atrás con los dedos—. «¿Dónde está el baño?», por otro lado…

Adam se deslizó hacia su caricia, como si lo tranquilizara.

—*Waar is de WC?*

Olive lo miró con sorpresa.

—Quiere decir: «¿Dónde está el baño?» —explicó él.

—Sí, me lo imaginaba. Pero… tu voz… —Carraspeó. Habría estado mucho mejor sin saber lo atractiva que sonaba su voz cuando hablaba en otro idioma—. El caso es que ese sería un póster útil. —Le pasó un dedo por la frente—. ¿De qué es esto?

—¿La cara?

—La pequeña cicatriz. La que tienes encima de la ceja.

—Ah. De una pelea tonta.

—¿Una pelea? —Se echó a reír—. ¿Uno de tus doctorandos intentó matarte?

—No, fue de niño. Aunque no me cuesta imaginarme a mis doctorados echándome acetonitrilo en el café.

—Para nada. —Olive asintió con la cabeza—. Yo también tengo una.

Se echó el pelo hacia atrás y le mostró la fina línea en forma de media luna que tenía justo al lado de la sien.

—Lo sé.

—¿Sabías que tenía una cicatriz?

Adam asintió.

—¿Cuándo la has visto? Casi no se me nota.

Adam no contestó y comenzó a acariciársela con el pulgar.

—¿De qué es?

—No me acuerdo. Pero mi madre me contó que, cuando tenía cuatro años, hubo una tormenta de nieve *enorme* en Toronto. Centímetros y más centímetros de nieve acumulada, la tormenta más intensa de las cinco últimas décadas y todos esos rollos. El caso es que todo el mundo sabía que se acercaba y ella llevaba días intentando prepararme, diciéndome que quizá acabáramos quedándonos atrapadas en casa unos cuantos días. Yo estaba tan emocionada con la nevada que salí corriendo y me lancé de cabeza a la nieve… Pero lo hice una media hora después de que empezara

la tormenta, así que acabé dándome contra una piedra. —Se echó a reír en voz baja y Adam hizo lo mismo. Aquella era una de las historias favoritas de su madre. Y ahora Olive era la única persona que podía contarla. Vivía en ella y en nadie más—. Echo de menos la nieve. California es preciosa y odio el frío. Pero echo mucho de menos la nieve.

Adam siguió acariciándole la cicatriz con una leve sonrisa en los labios. Y entonces, cuando el silencio se había instalado a su alrededor, dijo:

—En Boston habrá nieve. El año que viene.

A Olive se le desbocó el corazón.

—Sí.

El problema era que ella no iría a Boston, ya no. Tendría que buscarse otro laboratorio. O sencillamente no trabajar.

Adam le subió una mano por el cuello y se la cerró con suavidad alrededor de la nuca.

—Hay buenas rutas de senderismo, Holden y yo las conocimos durante el doctorado. —Dudó un momento antes de añadir—: Me encantaría llevarte.

Olive cerró los ojos y durante un segundo se permitió imaginarlo. El negro del pelo de Adam recortado contra la nieve blanca y los verdes intensos de los árboles. Las botas hundiéndosele en el suelo blando. El aire frío entrándole en los pulmones y una mano cálida envolviendo la suya. Casi veía los copos revoloteándole detrás de los párpados. La felicidad.

—Pero tú estarás en California —dijo con aire distraído.

Un silencio. Demasiado largo.

Olive abrió los ojos.

—¿Adam?

Él se pasó la lengua por el interior de la mejilla, como si estuviera eligiendo sus palabras con mucho cuidado.

—Cabe la posibilidad de que me mude a Boston.

Ella lo miró de hito en hito, confundida. ¿Mudarse? ¿Iba a mudarse?

—¿Qué?

No. ¿Qué narices decía? Adam no iba a dejar Stanford, ¿no? Nunca se le había… El riesgo de fuga nunca había sido *real*. ¿Verdad?

Aunque él jamás había llegado a afirmarlo. Olive repasó sus conversaciones y… se había quejado de que el departamento le retuviera los fondos de investigación, de que sospecharan que iba a marcharse, de las

teorías que la gente había elaborado a partir de su colaboración con Tom, pero… nunca había afirmado que se equivocaran. Le había dicho que los fondos congelados estaban destinados a la investigación… del año en curso. Por eso quería que los liberaran lo antes posible.

—Harvard —susurró Olive, que se sintió increíblemente estúpida—. Vas a trasladarte a Harvard.

—Todavía no está decidido. —Seguía rodeándole el cuello con la mano, acariciándole la base de la garganta con el pulgar—. Voy a entrevistarme con ellos, pero aún no hay ninguna oferta oficial.

—¿Cuándo? ¿Cuándo vas a hacer la entrevista? —le preguntó, pero en realidad no necesitó respuesta. Todo empezaba a encajar en su cabeza—. Mañana. No te vas a casa. —Él nunca le había dicho que fuera a irse a casa. Solo le había dicho que se marcharía del congreso antes de tiempo. Ay Dios. «Qué idiota, Olive. Qué idiota.»— Te vas a Harvard. A hacer entrevistas durante el resto de la semana.

—Era la única manera de evitar que el departamento sospechara aún más —le explicó—. El congreso era una buena tapadera.

Ella asintió. No era buena, era perfecta. Y, Dios, sentía náuseas. Y le fallaban las rodillas, incluso estando tumbada.

—Te ofrecerán la plaza —murmuró Olive, aunque él ya debía de saberlo. A fin de cuentas, era Adam Carlsen. Y le habían pedido una entrevista. Estaban *cortejándolo*.

—Todavía no es seguro.

Claro que sí. Por supuesto que era seguro.

—¿Por qué Harvard? —soltó de pronto—. ¿Por qué… por qué quieres dejar Stanford?

La voz le temblaba un poco, aunque hacía todo lo posible por parecer tranquila.

—Mis padres viven en la costa este y, aunque tengo mis problemas con ellos, van a necesitarme cerca tarde o temprano. —Se quedó callado, pero Olive se dio cuenta de que no había terminado. Se preparó—. La razón principal es Tom. Y la beca. Quiero pasar a hacer un trabajo más similar al suyo, pero eso solo será posible si mostramos buenos resultados. Estar en el mismo departamento que Tom nos haría infinitamente más productivos. Desde el punto de vista profesional, mudarse es lo más lógico.

Olive se había preparado, pero aun así se sintió como si un puñetazo en el esternón la hubiera dejado sin aire, le hubiera revuelto el estómago y parado el corazón. Tom. Todo aquello era por *Tom*.

—Claro —musitó. Ayudaba a que su voz sonara más firme—. Tiene sentido.

—Y también podría ayudarte a adaptarte —sugirió, con bastante más timidez—. Si quieres. A Boston. Al laboratorio de Tom. Enseñarte la ciudad si… si te sientes sola. Comprarte esas cosas con sabor a calabaza.

Olive no podía responder. De verdad… *No* podía responder a algo así. Así que agachó la cabeza durante unos instantes, se ordenó a sí misma que se apretara los puñeteros machos y volvió a levantarla para sonreírle.

Podía hacerlo. Iba a hacerlo.

—¿A qué hora te vas mañana?

Seguro que solo se iba a un hotel más cercano al campus de Harvard.

—Temprano.

—Vale. —Se echó hacia delante y enterró la cara en el cuello de Adam. No iban a dormir. Ni un segundo. Sería un desperdicio—. No hace falta que me despiertes cuando te vayas.

—¿No vas a bajarme las maletas al vestíbulo?

Se rio, pegada a su garganta, y se hundió aún más en él. Esa, pensó, esa iba a ser su noche perfecta. Y la última.

Capítulo dieciocho

❤ HIPÓTESIS: Un corazón se romperá aún más fácilmente que el más débil de los enlaces de hidrógeno.

No fue el sol en lo alto del cielo lo que la despertó, ni el servicio de limpieza del hotel —gracias a Adam, seguro, y a un cartel de NO MOLESTAR colgado en la puerta—. Lo que sacó a Olive de la cama, a pesar de que no quería, de verdad que *no quería* enfrentarse al día, fue un zumbido frenético en la mesita de noche.

Enterró la cara en la almohada, estiró el brazo para buscar su teléfono a tientas y luego se lo acercó a la oreja.

—¿Sí? —gimoteó, y entonces descubrió que no se trataba de una llamada, sino de una larguísima hilera de notificaciones.

Entre ellas se contaba un correo electrónico de la doctora Aslan felicitándola por su charla y pidiéndole la grabación, dos mensajes de Greg (¿Has visto la pipeta multicanal? Da igual, ya la he encontrado), uno de Malcolm (Llámame cuando veas esto) y...

Ciento cuarenta y tres de Anh.

—Pero ¿qué…?

Miró la pantalla sin dar crédito, desbloqueó el teléfono y empezó a desplazarse hacia arriba por la conversación. ¿Serían ciento cuarenta y tres recordatorios de que usara protector solar?

Anh: Ay

Anh: Ay mi madre

Anh: Ay la leche

Anh: Ay la hostia

Anh: Ay la hostia ay la hostia AY LA HOSTIA

Anh: Dónde coño estás???

Anh: OLIVE

Anh: OLIVE LOUISE SMITH

Anh: (Es coña, sé que no tienes segundo nombre)

Anh: (Pero si lo tuvieras sería Louise Y DE ESE BURRO NO ME BAJO sabes que tengo razón)

Anh: Dónde ESTÁS?????

Anh: Te estás perdiendo un montón de cosas TE ESTÁS PERDIENDO UN

Anh: DÓNDE COÑO ESTÁ TU HABITACIÓN? VOY A BUSCARTE

Anh: OL tenemos que hablar de esto EN PERSONA!!!!!1!!!!!!!!

Anh: Estás MUERTA?

Anh: Más te vale SERÁ LA ÚNICA MANERA DE QUE TE PERDONE POR ESTAR PERDIÉNDOTE ESTO OL

Anh: Ol esto es la vida real o es UNA FANTASÍA SJFGAJHSGFASF

Anh: OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL

Olive gimió, se frotó la cara y decidió saltarse los otros ciento veinticinco mensajes y enviarle a Anh el número de su habitación. Entró en el cuarto de baño y cogió su cepillo de dientes intentando no fijarse en que el lugar que había ocupado el de Adam ahora estaba vacío. No sabía por qué Anh estaría flipando tanto, pero seguro que no impresionaba nada a Olive. A lo mejor Jeremy había hecho un baile irlandés en la fiesta del departamento o Chase había atado un tallo de cereza con la lengua. Todo muy entretenido, sin duda, pero Olive sobreviviría a haberse perdido cualquiera de esas dos cosas.

Se secó la cara mientras pensaba en que se le estaba dando genial no pensar en lo dolorida que estaba; en que le temblaba el cuerpo, le vibraba como si no tuviera intención de detenerse ni dentro de dos, ni de tres, ni de cinco horas; en el leve y reconfortante aroma a Adam que le impregnaba la piel.

Sí. Se le estaba dando genial.

Cuando salió del baño, alguien estaba a punto de echar la puerta abajo. La abrió y se encontró a Anh y a Malcolm, que la abrazaron y empezaron a hablar tan alto y tan rápido que apenas conseguía distinguir lo que decían…, aunque sí captó los términos «cambio de paradigma», «punto de inflexión vital» y «momento decisivo en la historia».

Siguieron parloteando hasta llegar a la cama sin usar de Olive y se sentaron. Tras unos segundos más de cháchara superpuesta, Olive decidió intervenir y levantó las manos.

—Esperad. —Ya le estaba entrando dolor de cabeza. Ese día iba a ser una pesadilla, por muchas razones—. ¿Qué ha pasado?

—La cosa más rara del mundo —dijo Anh.

—Más guay —la interrumpió Malcolm—. Quiere decir la cosa más guay.

—¿Dónde te metiste, Ol? Dijiste que vendrías a la fiesta con nosotros.

—Aquí. Es que, bueno, estaba cansada después de la charla, así que me quedé dormida y…

—Qué sosa eres, Ol, *sosísima*, pero no tengo tiempo de reñirte por soseras porque tengo que ponerte al día de lo que pasó anoche…

—Debería contárselo yo. —Malcolm le lanzó una mirada feroz a Anh—. Porque va de mí.

—Me parece justo —concedió ella con un gesto grandilocuente.

Malcolm sonrió, satisfecho, y se aclaró la garganta.

—Ol, ¿con quién llevo varios años queriendo acostarme?

—Uf… —Se rascó la sien. Así, a bote pronto, se le ocurrían unas treinta personas—. ¿Victoria Beckham?

—No. Bueno, sí. Pero no.

—¿David Beckham?

—Sí, también. Pero no.

—¿La otra Spice Girl? La del chándal Adidas…

—No. Vale, sí, pero no pienses en famosos, piensa en gente de *la vida real*…

—Holden Rodrigues —soltó Anh con impaciencia—. Se enrolló con Rodrigues en la fiesta del departamento. Ol, es mi deber informarte, con gran pena, de que te han destronado y ya no eres la presidenta del club Me Ponen Los Profes. ¿Te retirarás avergonzada o aceptarás el puesto de tesorera?

Olive parpadeó. Varias veces. Una cantidad desmesurada de veces. Y luego se oyó decir:

—Ostras.

—¿No es la cosa más rara…?

—Más guay, Anh —intervino de nuevo Malcolm—. La cosa *más guay.*

—Las cosas pueden ser raras de una forma guay.

—Sí, pero esto es puro guay, cien por cien guay, cero por ciento raro…

—Espera —lo interrumpió Olive. El dolor de cabeza le había crecido una talla o dos—. Holden ni siquiera forma parte del departamento. ¿Por qué estaba en la fiesta?

—Ni idea, pero has sacado a relucir un tema importantísimo y es que, como está en Farmacología, podemos hacer lo que queramos sin tener que decírselo a nadie.

Anh lo miró con curiosidad.

—¿En serio?

—Sí. Repasamos el reglamento de socialización de Stanford mientras íbamos camino de la farmacia a comprar condones. Básicamente en los preliminares. —Cerró los ojos, feliz—. ¿Conseguiré volver a entrar en una farmacia sin que se me ponga dura?

Olive carraspeó.

—Me alegro mucho por ti. —Y era cierto. Aunque sí le parecía un poco extraño—. ¿Cómo pasó?

—Le tiré los trastos. Fue glorioso.

—Fue un sinvergüenza, Ol. Además de glorioso. Le saqué unas cuantas fotos.

Malcolm gritó indignado.

—Vale, eso es ilegal y podría denunciarte. Pero, si salgo bien, mándamelas.

—Enseguida, cielo, pero antes queremos saberlo todo con pelos y señales.

El hecho de que Malcolm, que por lo general no se cortaba a la hora de dar detalles sobre su vida sexual, se limitara a cerrar los ojos y sonreír lo decía todo. Anh y Olive intercambiaron una mirada larga e impresionada.

—Y es que esa ni siquiera es la mejor parte. Quiere volver a verme. Hoy. Una *cita*. Usó la palabra «cita» sin que nadie se lo pidiera. —Se dejó caer sobre el colchón—. Es muy sexy. Y divertido. Y simpático. Una bestia dulce y depravada.

Malcolm parecía tan feliz que Olive no pudo evitarlo: se tragó el nudo que se le había alojado en la garganta en algún momento de la noche anterior y se tumbó en la cama a su lado para abrazarlo con todas sus fuerzas. Anh la siguió e hizo lo mismo.

—Me alegro mucho por ti, Malcolm.

—Lo mismo digo. —Anh había enterrado la cabeza entre el pelo de Malcolm y su voz les llegó amortiguada.

—Yo también me alegro por mí —dijo Malcolm—. Espero que vaya en serio. ¿Os acordáis de que os dije que estaba entrenando para el oro? Bueno, pues Holden es *platino*.

—Ol, deberías preguntarle a Carlsen si sabe cuáles son las intenciones de Holden —sugirió Anh.

No parecía que fuera a tener oportunidad de hacerlo pronto.

—Lo haré.

Malcolm cambió un poco de postura y se volvió hacia Olive.

—¿De verdad te quedaste dormida anoche? ¿O es que Carlsen y tú lo estuvisteis celebrando de maneras inconfesables?

—¿Celebrando qué?

—Le dije a Holden que estaba preocupado por ti y me contestó que seguro que lo estabais celebrando. No sé qué sobre que han liberado los fondos de Carlsen. Por cierto, no me habías dicho que Carlsen y Holden eran mejores amigos… Yo diría que es un dato que conviene compartir con tu compañero de piso, fundador y miembro más activo del club de fans de Holden Rodrigues.

—Un segundo. —Olive se incorporó con los ojos abiertos como platos—. Los fondos que le han liberado son… ¿los que le habían congelado? ¿Los que Stanford le tenía retenidos?

—Quizá. Holden dijo algo sobre que el director del departamento por fin se había relajado. Intenté prestar atención, pero hablar de Carlsen es un poco bajón, sin ánimo de ofender. Además, no paraba de perderme en los ojos de Holden.

—Y en su culo —añadió Anh.

—Y en su culo. —Malcolm suspiró, feliz—. Un culo bien bonito. Tiene unos hoyuelos pequeñitos en la parte baja de la espalda.

—¡Madre mía, Jeremy también! Me entran ganas de mordérselos.

—¿No son preciosos?

Olive dejó de escucharlos y se levantó de la cama; cogió su móvil y leyó la fecha.

29 de septiembre.

Estaban a 29 de septiembre.

Ya lo sabía, por supuesto. Sabía desde hacía más de un mes que la fecha se acercaba, pero durante la última semana había estado demasiado ocupada dándole vueltas a su charla como para pensar en nada más, y Adam no se lo había recordado. Con todo lo que había ocurrido en aquellas veinticuatro horas, no era de extrañar que se hubiera olvidado de comentarle que le habían liberado los fondos. Pero, aun así… Lo que aquello implicaba era…

Cerró los ojos, apretándolos con fuerza, mientras el excitado parloteo de Anh y Malcolm continuaba aumentando de volumen a su espalda. Cuando los abrió, su móvil se iluminó con una notificación nueva. De Adam.

Adam: `Tengo entrevistas hasta las 16:30, pero por la noche estoy libre. ¿Quieres que salgamos a cenar? Hay varios restaurantes buenos cerca del campus (aunque con una vergonzosa falta de cintas transportadoras). Si no estás ocupada, podría enseñártelo, quizá incluso el laboratorio de Tom.`

Adam: `Sin presión, por supuesto.`

Eran casi las dos de la tarde. Olive se sentía como si los huesos le pesaran el doble que el día anterior. Respiró hondo, se cuadró de hombros y empezó a teclear su respuesta a Adam.

Sabía lo que tenía que hacer.

〰〰〰〰〰〰〰〰

Olive llamó a la puerta de Adam a las cinco en punto y él la abrió apenas unos segundos más tarde, todavía vestido con unos pantalones de traje y una camisa que debían de haber sido su atuendo para la entrevista y…

Sonriéndole. No con una de esas sonrisas a medio hacer a las que Olive se había acostumbrado, sino con una sonrisa auténtica, real. Con hoyuelos, arrugas alrededor de los ojos y verdadera alegría de verla. Le rompió el corazón en mil pedazos incluso antes siquiera de que él empezara a hablar.

—Olive.

Todavía no había llegado a entender por qué la forma en que pronunciaba su nombre era tan singular. Había algo contenido detrás, algo que no salía del todo a la superficie. Una sensación de posibilidades. De profundidad. Olive se preguntó si sería real, si sería una alucinación suya, si Adam sería consciente de ello. Olive se preguntó muchas cosas y luego se

ordenó dejar de hacerlo. Todo aquello no podía importar menos en esos momentos.

—Pasa.

Era un hotel aún más lujoso, y Olive puso los ojos en blanco al pensar en la necesidad que sentía la gente de gastarse miles de dólares en habitaciones para Adam Carlsen cuando este apenas prestaba atención a su entorno. Tendrían que limitarse a ponerle un catre y donar el resto del dinero a causas nobles. Las ballenas en peligro de extinción. La psoriasis. Olive.

—He traído esto, supongo que es tuyo.

Dio un par de pasos hacia él y le tendió un cargador de móvil, dejando que el extremo del cable colgara para asegurarse de que Adam no tuviera que tocarla.

—Sí, es mío. Gracias.

—Estaba detrás de la lámpara de la mesilla de noche, así que seguro que te lo olvidaste por eso. —Apretó los labios—. O a lo mejor es por la vejez. Quizá ya ha empezado la demencia. Todas esas placas amiloides…

Adam la fulminó con la mirada y ella intentó no sonreír, pero no lo consiguió, y Adam puso cara de estar harto y la llamó listilla, y…

Ahí estaban. Haciendo lo mismo otra vez. Mierda.

Se forzó a desviar la mirada, porque… no. Ya no.

—¿Cómo te ha ido la entrevista?

—Bien. Pero solo ha sido el primer día.

—¿De cuántos?

—Demasiados. —Suspiró—. También tengo programadas reuniones con Tom para lo de la beca.

Tom. Sí, claro. Por supuesto. Por supuesto… Por eso había ido hasta allí. Para explicarle que…

—Gracias por venir —le dijo él con voz tranquila y seria. Como si por subirse a un tren y acceder a verlo Olive le hubiera proporcionado un gran placer—. Supuse que habrías quedado con tus amigos.

Ella negó con la cabeza.

—No. Anh ha salido con Jeremy.

—Lo siento.

Parecía realmente apesadumbrado por ella y Olive tardó varios segundos en recordar su mentira y la suposición, por parte de Adam, de que estaba enamorada de Jeremy. Solo habían pasado unas semanas, pero aquel

momento en el que no había sido capaz de imaginar nada peor que el hecho de que Adam descubriera sus sentimientos por él le parecía ya muy lejano. Le parecía una tontería tremenda después de todo lo que había pasado en los últimos días. Debería confesar, pero ¿qué sentido tenía ya? Que Adam pensara lo que quisiera. A fin de cuentas, le sería más útil que la verdad.

—Y Malcolm está con… Holden.

—Ah, sí. —Asintió con aire de estar agotado.

Olive fantaseó durante unos segundos con la idea de que Holden le hubiera enviado a Adam un mensaje de texto equivalente a lo que Olive y Anh habían tenido que sufrir durante las dos últimas horas y sonrió.

—¿Es muy malo?

—¿Malo?

—El lío entre Malcolm y Holden.

—Ah. —Adam apoyó el hombro en la pared y se cruzó de brazos sobre el pecho—. Creo que puede ser muy bueno. Para Holden, al menos. Le gusta mucho Malcolm.

—¿Te lo ha dicho?

—No ha dejado de hablar de ello. —Puso los ojos en blanco—. ¿Sabías que en el fondo Holden tiene doce años?

Se echó a reír.

—Pues como Malcolm. Queda con mucha gente y se le suele dar bien el manejo de las expectativas, pero este lío con Holden… Me he comido un sándwich a la hora de comer y él me ha soltado, así porque sí, que Holden es alérgico a los cacahuetes. El sándwich ni siquiera era de mantequilla de cacahuete y de mermelada.

—No es alérgico, lo finge porque no le gustan los frutos secos. —Se masajeó la sien—. Esta mañana me he despertado con un haiku sobre los codos de Malcolm. Holden me lo había enviado a las tres de la mañana.

—¿Era bueno?

Adam enarcó una ceja y ella volvió a reírse.

—Son…

—Lo peor. —Adam negó con la cabeza—. Pero creo que a Holden podría venirle bien. Tener a alguien a quien cuidar y que también lo cuide a él.

—A Malcolm también. Es solo que… me preocupa que tal vez él quiera más de lo que Holden está dispuesto a ofrecer…

—Créeme, Holden está más que dispuesto a que hagan la declaración conjunta para ahorrarse impuestos.

—Bien. Me alegro. —Sonrió. Y luego sintió que la sonrisa desaparecía tan rápido como había llegado—. Las relaciones no correspondidas no son… precisamente buenas.

«Lo sé muy bien. Y puede que tú también.»

Adam se miró las manos, sin duda pensando en la mujer que Holden había mencionado.

—No. No lo son.

Los celos eran un tipo de dolor extraño. Confuso, desconocido, algo a lo que no estaba acostumbrada. Medio cortante, medio desorientador y sin sentido, muy diferente al de la soledad que sentía desde los quince años. Olive echaba de menos a su madre todos los días, pero con el tiempo había sido capaz de aprovechar ese dolor y convertirlo en motivación para el trabajo. En un propósito. Los celos, sin embargo… Esa pena no conllevaba ninguna ganancia. Solo ideas agitadas y algo que le oprimía el pecho cada vez que pensaba en Adam.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo él.

La seriedad de su tono la obligó a levantar la vista.

—Adelante.

—La persona a la que oíste hablar sobre ti ayer en el congreso…

Olive se tensó.

—Prefiero no…

—No voy a forzarte a hacer nada. Pero, fuera quien fuese, quiero… Creo que deberías plantearte denunciar.

Oh, Dios. «Dios.» ¿Era una especie de broma cruel?

—Mira que te gustan las denuncias, ¿eh? —Olive se rio una única vez, un débil intento de tomárselo con humor.

—Hablo en serio, Olive. Y, si decides que quieres hacerlo, te ayudaré en todo lo que pueda. Podría acompañarte a hablar con los organizadores de la SBD, o podríamos recurrir a la oficina del Título IX de Stanford…

—No. Yo… Adam, no. No voy a presentar una denuncia. —Se frotó los ojos con la punta de los dedos; se sentía como si todo aquello fuera una gigantesca y dolorosa broma de mal gusto. Pero Adam no tenía ni idea de nada. Él solo quería protegerla cuando lo único que Olive deseaba era… protegerlo a él—. Ya lo he decidido. Haría más mal que bien.

—Sé por qué piensas así. A mí me pasaba lo mismo durante el doctorado, con mi mentor. Nos pasaba a todos. Pero hay formas de hacerlo. Quienquiera que sea esa persona, se…

—Adam, no… —Se pasó una mano por la cara—. Necesito que dejes el tema. Por favor.

La estudió en silencio durante varios minutos y luego asintió.

—De acuerdo. Vale. —Se apartó de la pared y se enderezó, a todas luces renuente a dejar el tema, pero esforzándose por respetar la decisión de Olive—. ¿Quieres que vayamos a cenar? Hay un restaurante mexicano cerca. O sushi… sushi *de verdad*. Y un cine. Quizá haya una o dos películas en las que no mueran caballos.

—No tengo… No tengo hambre, la verdad.

—Ah. —Su expresión se tornó burlona. Amable—. No sabía que eso era posible.

—Yo tampoco. —Se rio sin ganas y se obligó a continuar—. Hoy es 29 de septiembre.

Un segundo de silencio. Adam la observó, paciente y curioso.

—Sí.

Olive se mordió el labio inferior.

—¿Sabes qué ha decidido el presidente respecto a tus fondos?

—Ah, sí. Van a desbloqueármelos. —Parecía feliz, le brillaban los ojos de una manera casi infantil. A Olive se le rompió un poco el corazón—. Iba a contártelo esta noche durante la cena.

—Es fantástico. —Consiguió esbozar una sonrisa, aunque pequeña y patética en su creciente ansiedad—. Es realmente fantástico, Adam. Me alegro por ti.

—Debe de haber sido tu dominio del protector solar.

—Sí. —La risa de Olive sonó falsa—. Tendré que añadirlo al CV. Novia falsa con amplia experiencia. Microsoft Office y excelente dominio del protector solar. Disponible para incorporación inmediata, solo ofertas serias.

—Inmediata no. —La miró con curiosidad. Con ternura—. No estarás disponible durante un tiempo, diría yo.

El peso, el que sentía en el estómago desde que se había dado cuenta de lo que debía hacer, creció aún más. Vale… había llegado el momento. La coda. El instante en que todo terminaba. Olive podía hacerlo, iba a hacerlo, y después las cosas mejorarían muchísimo.

—Creo que debería estarlo. —Tragó saliva y la sintió como ácido en la garganta—. Disponible. —Escudriñó el rostro de Adam, notó su confusión y se aferró al dobladillo de su jersey—. Nos pusimos un plazo, Adam. Y hemos logrado todo lo que queríamos. La relación de Jeremy y Anh es sólida…, incluso dudo que recuerden que Jeremy y yo salimos juntos. Y a ti te han desbloqueado los fondos y eso es genial. La verdad es que…

Le escocían los ojos. Los cerró con fuerza y consiguió contener las lágrimas. A duras penas.

«La verdad, Adam, es que tu amigo, tu colaborador, una persona a la que está claro que quieres y en la que confías, es horrible y despreciable. Me dijo cosas que quizá sean verdad, o tal vez mentira, no lo sé. No estoy segura. Ya no estoy segura de nada y me encantaría poder preguntártelo a ti, me muero de ganas de hacerlo. Pero me aterra que Tom tenga razón y que no me creas. Y me aterra aún más que me creas y que lo que te cuente te obligue a renunciar a algo que es muy importante para ti: tu amistad y tu trabajo con él. Me aterra todo, como ves. Así que, en lugar de decirte esa verdad, te diré otra verdad. Una verdad que, creo, será la mejor para ti. Una verdad que me eliminará de la ecuación, pero que mejorará su resultado. Porque empiezo a preguntarme si estar enamorada es esto: que no te importe hacerte pedazos para que la otra persona pueda permanecer entera.»

Inhaló con fuerza.

—La verdad es que nos ha ido genial. Y ya es hora de que lo dejemos. —Por cómo separó los labios, por cómo la miró a los ojos con expresión desorientada, Olive se dio cuenta de que Adam todavía no había descifrado lo que le decía—. No creo que tengamos que decírselo explícitamente a nadie —continuó—. La gente dejará de vernos juntos y al cabo de un tiempo pensará que… que no ha salido bien. Que hemos roto. Y tal vez tú… —Esta era la parte más difícil. Pero Adam merecía escucharlo. Al fin y al cabo, él le había dicho lo mismo cuando creyó que estaba enamorada de Jeremy—. Te deseo lo mejor, Adam. En Harvard y… con tu verdadera novia. Con quienquiera que elijas. Me resulta inimaginable que alguien no corresponda a tus sentimientos.

Olive pudo señalar el momento exacto en que Adam lo entendió todo. Pudo distinguir los sentimientos que se debatían en su rostro: la sorpresa, la confusión, una pizca de terquedad, una milésima de segundo de

vulnerabilidad, y todas se fundieron en una expresión vacía, indescifrable. Luego se fijó en su garganta y vio que tragaba.

—De acuerdo —dijo—. Vale.

Bajó la mirada hacia el suelo y se quedó absolutamente inmóvil mientras aceptaba, despacio, las palabras de Olive.

Ella dio un paso atrás y cambió el peso del cuerpo sobre los talones. Desde fuera les llegó la melodía de llamada de un iPhone y, unos segundos después, alguien estalló en carcajadas. Ruidos normales, en un día normal. Normal, todo esto.

—Es lo mejor —dijo Olive, porque el silencio entre ellos… Eso no lo podía soportar—. Es lo que acordamos.

—Haremos lo que quieras. —Su voz sonó ronca y él estaba… ausente. Refugiado en algún rincón de sí mismo—. Lo que necesites.

—Jamás podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí. No es solo lo de Anh. Cuando nos conocimos, me sentía muy sola y… —Durante un momento, no pudo seguir adelante—. Gracias por todos los *pumpkin spice lattes*, y por lo de aquella electrotransferencia, y por esconder las ardillas disecadas cuando fui a tu casa, y…

No fue capaz de continuar, no sin atragantarse con sus propias palabras. Ahora el escozor de los ojos le resultaba abrasador, amenazaba con desbordarse, así que asintió una vez, con decisión, un punto y aparte a esa frase que había dejado colgada sin final a la vista.

Y eso habría sido todo. Seguramente ese habría sido el final. Lo habrían dejado así si Olive no hubiera pasado junto a Adam camino de la puerta. Si él no la hubiera detenido agarrándole la muñeca con una mano. Si no hubiera retirado enseguida esa mano y se la hubiera mirado con expresión de espanto, como si estuviera escandalizado de haberse atrevido a tocarla sin pedirle permiso antes.

Si no le hubiera dicho:

—Olive. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea. *Cualquier cosa*. Cuando sea. Puedes acudir a mí. —Apretó la mandíbula como si hubiera más palabras, palabras que estaba guardándose dentro—. *Quiero* que acudas a mí.

Ella apenas se dio cuenta de que se limpiaba la humedad de la mejilla con el dorso de la mano, ni de que se acercaba a él. Fue su olor lo que la puso sobre alerta: a jabón y algo oscuro, sutil pero muy familiar para ella.

El cerebro de Olive lo tenía mapeado por completo, almacenado en todos y cada uno de sus sentidos. Desde los ojos hasta su casi sonrisa, desde las manos a su piel y su olor en las fosas nasales. Ni siquiera tuvo que pensar en lo que tenía que hacer, solo se puso de puntillas, le rodeó los bíceps con los dedos y lo besó suavemente en la mejilla. Sintió su piel suave, cálida y un poco rasposa; algo inesperado, pero no desagradable.

Una despedida apropiada, pensó. Adecuada. Aceptable.

Al igual que la mano de Adam subiendo hasta la parte baja de su espalda, atrayéndola hacia sí e impidiendo que volviera a posarse sobre los talones; al igual que la forma en que él volvió la cabeza hasta que los labios de Olive dejaron de rozarle la piel de la mejilla. A ella se le entrecortó la respiración, un resuello contra la comisura de la boca de Adam, y durante unos preciosos segundos se limitó a saborearlo, a saborear el profundo placer que los recorría a ambos mientras cerraban los ojos y se dejaban *ser* sin más, ahí, el uno con el otro.

Silencioso. Tranquilo. Un último momento.

Entonces Olive abrió la boca y giró la cabeza, respirando contra sus labios:

—Por favor.

Adam gimió desde lo más profundo de su pecho. Pero fue ella la que salvó el espacio que los separaba, la que volvió el beso más profundo, la que enredó las manos en su pelo rozándole el cuero cabelludo con las uñas cortas. Ella fue la que lo apretó aún más contra sí y él fue quien la empujó contra la pared y le gimió en la boca.

Era aterrador. Aterrador, lo bien que la hacía sentir aquello. Lo fácil que sería no parar nunca. Dejar que el tiempo se estirase y desenredara, olvidarse de todo lo demás y permanecer en ese momento para siempre.

Pero Adam se apartó antes, sosteniéndole la mirada mientras intentaba recomponerse.

—Ha estado bien, ¿verdad? —preguntó Olive con una sonrisilla nostálgica.

Ni siquiera ella misma tenía muy claro a qué se refería. Tal vez a tener los brazos de Adam a su alrededor. Quizá a ese último beso. Tal vez a todo lo demás. El protector solar, las ridículas respuestas de Adam sobre su color favorito, las conversaciones tranquilas a altas horas de la noche… Todo había estado más que muy bien.

—Sí.

La voz de Adam sonaba demasiado profunda para ser la suya. Cuando la besó en la frente por última vez, Olive sintió que su amor por él se desbordaba más que un río durante una crecida.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo suavemente, los ojos bajos.

Él la dejó alejarse sin decir una sola palabra, así que se marchó.

Cuando Olive oyó el chasquido de la puerta que se cerraba tras ella, fue como si cayera desde una gran altura.

Capítulo diecinueve

❤ HIPÓTESIS: En caso de duda, preguntarle a un amigo me salvará el culo.

Olive se pasó el día siguiente en el hotel, durmiendo, llorando y haciendo lo mismo que la había metido en aquel lío desde el principio: mentir. Les dijo a Malcolm y a Anh que pasaría todo el día con sus amigos de la universidad, echó las gruesas cortinas de la habitación y luego se enterró en su cama. Que, en teoría, era la cama de Adam.

No se permitió pensar demasiado en la situación. Tenía algo dentro —el corazón, muy posiblemente— que se había fragmentado en varios pedazos grandes; no era tanto que se hubiera hecho añicos como que se hubiese roto de forma limpia por la mitad y luego otra vez por la mitad. Lo único que podía hacer era sentarse en medio de los escombros de sus sentimientos y regodearse en ellos. Dormir la mayor parte del día la ayudó a mitigar bastante el dolor. Anestesiarse, empezaba a darse cuenta a toda prisa, era bueno.

También mintió el día siguiente. Fingió que la doctora Aslan le había hecho un encargo de última hora cuando sus amigos le pedían que se uniera a ellos en el congreso o para ir a visitar Boston, y luego respiró hondo para intentar recobrar las fuerzas. Abrió las cortinas, se obligó a que le volviera a fluir la sangre (con cincuenta abdominales, cincuenta saltos de tijera y cincuenta flexiones, aunque hizo trampa en la última poniéndose de rodillas), se duchó y se lavó los dientes por primera vez en treinta y seis horas.

No fue fácil. Ver la camiseta de NINJA DE LA BIOLOGÍA de Adam en el espejo la hizo llorar; sin embargo, se recordó que había tomado una decisión. Había optado por anteponer el bienestar de Adam y no se arrepentía de ello. Pero ni de coña iba a permitir que el puto Tom Benton se

llevara el mérito de un proyecto en el que ella llevaba *años* trabajando. Un proyecto que significaba muchísimo para ella. Tal vez su vida no fuera más que una historieta lacrimógena, pero era *su* historieta lacrimógena.

A lo mejor tenía el corazón roto, pero el cerebro le funcionaba a la perfección.

Adam le había dicho que el motivo por el que la mayoría de los profesores no se habían tomado la molestia de contestarle al correo, o quizá ni siquiera de leerlo, era que Olive aún era doctoranda. Así que siguió su consejo: escribió a la doctora Aslan y le pidió que la presentara a todos los investigadores con los que ella ya se había puesto en contacto previamente, además de a las dos personas que habían participado en su panel y habían mostrado interés en su trabajo. La doctora Aslan estaba a punto de jubilarse y podía decirse que había dejado de intentar producir ciencia, pero seguía siendo profesora titular de Stanford. Eso tenía que significar algo.

Entonces Olive hizo una extensa búsqueda en Google sobre ética en el campo de la investigación, plagio y robo de ideas. El tema era algo complicado, dado que ella —de una forma bastante imprudente, pensó ahora— había descrito todos sus protocolos en detalle en el informe que había redactado para Tom. Pero, cuando empezó a examinar la situación con la cabeza más fría, decidió que no era tan alarmante como había pensado en un principio. A fin de cuentas, el informe que había escrito estaba bien estructurado y era minucioso. Si le daba unos cuantos retoques, podría convertirlo en una publicación académica. Con un poco de suerte, pasaría rápido la revisión por pares y los resultados aparecerían firmados con su nombre.

Decidió centrarse en que, pese a todos sus insultos y comentarios groseros, Tom, uno de los principales investigadores oncológicos de Estados Unidos, había expresado interés en robarle sus ideas. Se lo tomó como un cumplido muy *muy* ambiguo.

Pasó las siguientes horas evitando con gran esmero pensar de cualquier forma en Adam e investigando a otros científicos que pudieran financiar su trabajo el año siguiente. Era una posibilidad remota, pero tenía que intentarlo. Ya era media tarde y había añadido tres nombres nuevos a su lista cuando alguien llamó a la puerta. Se vistió deprisa para abrir, esperando que fuera el servicio de limpieza. Cuando Anh y Malcolm irrumpieron en la habitación, se maldijo en voz baja por no haber echado un

vistazo por la mirilla. En serio, se merecía que un asesino en serie la matara a hachazos.

—Vale —dijo Anh, que se arrojó a la cama aún hecha de Olive—, tienes dos frases para convencerme de que no tendría que estar enfadada contigo por haberte olvidado de preguntarme cómo salió mi encuentro de divulgación.

—¡Mierda! —Olive se tapó la boca con la mano—. Lo siento mucho. ¿Cómo salió?

—Perfecto. —A Anh le brillaban los ojos de felicidad—. Asistió muchísima gente y a todo el mundo le encantó. Estamos pensando en convertirlo en algo anual y en montar una organización formal. ¡Mentorías entre iguales! Mira: a cada doctorando se le asignan *dos* alumnos de grado. Una vez que estos entran en la escuela de posgrado, se convierten en mentores de *dos* alumnos más cada uno. Y dentro de diez años dominaremos todo el puñetero mundo.

Olive la miró, sin palabras.

—Es… Eres increíble.

—¿A que sí? Bien, ahora te toca humillarte. Y el tiempo empieza… ¡ya!

Olive abrió la boca, pero tardó mucho tiempo en ser capaz de decir algo.

—La verdad es que no tengo excusa. Solo que estaba liada con… una cosa que la doctora Aslan me ha pedido que termine.

—Es absurdo. Estás en Boston. Deberías estar en un pub irlandés fingiendo que te encantan los Red Sox y comiendo dónuts, no *trabajando*. Para tu *jefa*.

—En teoría hemos venido para un congreso de trabajo —señaló Olive.

—Para un congreso y para algo más.

Malcolm se unió a Anh en la cama.

—¿Podemos salir los tres, por favor? —suplicó Anh—. Vámonos a hacer el Camino de la Libertad. Con helado. Y cerveza.

—¿Dónde está Jeremy?

—Presentando su póster. Y estoy aburrida.

Anh sonrió con picardía.

Olive no estaba de humor para socializar, ni para cervezas, ni para caminos de la libertad, pero en algún momento iba a tener que aprender a desenvolverse de forma productiva en la sociedad teniendo el corazón roto.

Le devolvió la sonrisa y dijo:

—Deja que le eche un vistazo al correo y luego nos vamos.

Inexplicablemente, había recibido unos quince mensajes en los treinta minutos que habían transcurrido desde la última vez que lo había comprobado y, de todos ellos, solo uno no era correo basura.

Hoy, 15:11
DE: Aysegul-Aslan@stanford.edu
PARA: Olive-Smith@stanford.edu
ASUNTO: Contacto con investigadores para proyecto sobre el cáncer de páncreas

Olive:

Será un placer presentarte y sondear a los investigadores para ver si hay alguna oportunidad disponible para ti en su laboratorio. Estoy de acuerdo en que es posible que se muestren más receptivos si la remitente del correo soy yo. Mándame tu lista, por favor.

Por cierto, todavía no me has enviado la grabación de tu charla. ¡Estoy deseando escucharla!

Un abrazo,
Doctora Aysegul Aslan

Olive hizo unos cuantos cálculos mentales para determinar si era educado enviarle la lista y no la grabación (probablemente no), suspiró y empezó a descargar el archivo en su portátil. Cuando se dio cuenta de que tardaría varias horas porque se había olvidado de parar el teléfono después de la charla, su suspiro se transformó en un gruñido.

—Voy a tardar un buen rato, chicos. Tengo que enviarle un archivo de audio a la doctora Aslan y debo editarlo antes.

—Vaya —resopló Anh—. Malcolm, ¿y si nos entretienes con anécdotas sobre tu cita con Holden?

—Vale, en primer lugar, llevaba una camisa monísima de color azul bebé.

—¿Azul bebé?

—Déjate de tonitos escépticos. Luego me regaló una flor.

—¿De dónde la había sacado?

—Ni idea.

Olive abrió el MP3 para intentar averiguar por dónde cortar el archivo. El final no era más que un minuto de silencio tras otro, de cuando se había dejado el teléfono en la habitación del hotel.

—¿A lo mejor la robó del bufé? —dijo sin prestar mucha atención—. Creo que había claveles rosas.

—¿Era un clavel rosa?

—Tal vez.

Anh se partió de risa.

—Y luego dicen que ya no quedan románticos.

—Cierra el pico. Entonces, hacia el principio de la cita, pasó una cosa. Una cosa catastrófica que solo podría ocurrirme a *mí*, puesto que toda mi dichosa familia está obsesionada con la ciencia y, por tanto, asiste a *todos* los congresos. *A todos*.

—No. Dime que no…

—Sí. Cuando llegamos al restaurante, nos encontramos a mi madre, mi padre, mi tío y mi abuelo. Que insistieron en que nos uniéramos a ellos. Lo cual significa que mi primera cita con Holden fue una puñetera *cena de Acción de Gracias.*

Olive levantó la vista del portátil e intercambió una mirada de espanto con Anh.

—¿Fue muy horrible?

—Me alegro de que me hagas esa pregunta, porque es con el mayor desconcierto que debo contestar: fue *cojonudo*. Les cayó genial, porque es un genio científico y tiene un pico de oro… Así que, no sé muy bien cómo, en cuestión de dos horas se las arregló para ayudarme a convencer a mis padres de que mi plan de dedicarme a la industria es la bomba. No es broma, esta mañana mi madre me ha llamado y no paraba de decirme que he crecido como persona y que por fin controlo mi futuro y que mis elecciones de pareja así lo reflejan. Y me ha dicho que mi padre también está de acuerdo. ¿No es increíble? En fin. Después de la cena fuimos a tomar un helado y luego volvimos a la habitación de Holden e hicimos el sesenta y nueve como si nos fuera la vida en ello…

Una chica como tú, que se ha dado cuenta tan al principio de su carrera académica de que follarse a profesores famosos y con éxito es la única forma de salir adelante. Te has follado a Adam, ¿no? Los dos sabemos que también follarás conmigo por la misma raz…

Olive apretó la barra espaciadora con fuerza y detuvo enseguida la reproducción del archivo. El corazón le latía a toda velocidad en el pecho: al principio por la confusión, después porque se dio cuenta de lo que había grabado sin querer y, al final, por la rabia que le producía volver a escuchar esas palabras. Se llevó una mano temblorosa a los labios mientras intentaba expulsar la voz de Tom de su cabeza. Había pasado dos días tratando de recuperarse y ahora…

—¿Qué coño era eso? —preguntó Malcolm.

—¿Ol?

La voz titubeante de Anh le recordó que no estaba sola en la habitación. Levantó la vista y vio que sus amigos se habían incorporado hasta quedar sentados en la cama. La miraban fijamente, con los ojos muy abiertos debido a la preocupación y la sorpresa.

Olive negó con la cabeza. No quería… No, no tenía fuerzas para explicarlo.

—Nada. Solo…

—La reconozco —dijo Anh, que se acercó para sentarse junto a ella—. Reconozco la voz. De la charla a la que fuimos. —Se quedó callada, analizando la mirada de Olive—. Era Tom Benton, ¿verdad?

—¿Qué cojones…? —Malcolm se puso de pie. Un verdadero dejo de alarma comenzaba a teñirle la voz. También había rabia—. Ol, ¿por qué tienes una grabación de Tom Benton diciendo esas mierdas? ¿Qué ha pasado?

Olive levantó la vista hacia Malcolm, luego la bajó hacia Anh y después volvió a alzarla hacia Malcolm. Ambos la observaban con cara de preocupación e incredulidad. Anh debía de haberla agarrado de la mano en algún momento. Olive se dijo que tenía que ser fuerte, ser pragmática, ser indiferente, pero…

—Solo es que…

Lo intentó. De verdad que lo intentó. Pero se le contrajo el rostro y los últimos días le estallaron encima. Olive se echó hacia delante, enterró la cabeza en el regazo de Anh y se dejó llevar por las lágrimas.

Olive no tenía ni la más mínima intención de volver a oír a Tom escupir su veneno, así que les prestó sus auriculares a sus amigos, se fue al baño y dejó correr el agua del grifo hasta que terminaron de escuchar la grabación. Duró menos de diez minutos, pero Olive no dejó de sollozar en ningún momento. Cuando Malcolm y Anh fueron a buscarla, se sentaron junto a ella en el suelo. Anh también estaba llorando: unas lágrimas gordas y furiosas le resbalaban por las mejillas.

«Al menos tenemos una bañera que llenar», pensó Olive mientras le pasaba el rollo de papel higiénico que había acaparado hasta el momento.

—Es el ser humano más repugnante, detestable, vergonzoso e impresentable del mundo —dijo Malcolm—. Espero que en estos momentos esté sufriendo una diarrea explosiva. Espero que le salgan verrugas genitales. Espero que tenga que vivir cargando con la hemorroide más grande y dolorosa del universo. Espero que…

Anh lo interrumpió.

—¿Lo sabe Adam?

Olive negó con la cabeza.

—Tienes que decírselo. Y luego los dos tenéis que denunciar al imbécil de Benton y hacer que lo expulsen del mundo académico.

—No… No puedo.

—Ol, escúchame. Las palabras de Tom son acoso sexual. Es imposible que Adam no te crea… Por no hablar de que lo tienes *grabado*.

—No importa.

—¡Claro que importa!

Olive se enjugó las mejillas con las manos.

—Si se lo digo a Adam, no querrá seguir colaborando con Tom, y el proyecto en el que están trabajando es demasiado importante para él. Además, quiere trasladarse a Harvard el año que viene y…

Anh resopló.

—No, ni de coña.

—Sí. Me ha dicho que…

—Ol, he visto cómo te mira. Está loco por ti. Es imposible que quiera mudarse a Boston si tú no vas a… Y lo que tengo clarísimo es que no

pienso dejar que vayas a trabajar para ese baboso… ¿Qué? —Se volvió primero hacia Olive y después hacia Malcolm, que estaban intercambiando una larga mirada—. ¿Por qué os miráis así? ¿Y por qué estáis poniendo vuestra cara de broma interna?

Malcolm suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Vale, Anh, escucha con atención. Y, antes de que me lo preguntes: no, no me lo estoy inventando. Es la vida real. —Respiró hondo antes de empezar—. Carlsen y Olive nunca han sido novios. Empezaron a fingir que estaban saliendo para que te creyeras que a Olive ya no le gustaba Jeremy, aunque en realidad nunca le ha gustado. No sé muy bien qué sacaba Carlsen del acuerdo, se me olvidó preguntarlo. Pero, a mitad de la relación falsa, Olive empezó a sentir algo por Carlsen, procedió a mentirle al respecto y fingió estar enamorada de otro. Pero luego… —Le echó una mirada de reojo a Olive—. Bueno. No quería ser cotilla, pero, a juzgar por el hecho de que el otro día solo había una cama deshecha en esta habitación de hotel, estoy bastante convencido de que ha habido… novedades recientes.

Era tan dolorosamente preciso que Olive tuvo que enterrar la cara entre las rodillas. Justo a tiempo para oír a Anh decir:

—No es la vida real.

—Sí lo es.

—Qué va. Eso es una comedia romántica. O una novela juvenil mal escrita. Que *no* se venderá bien. Olive, dile a Malcolm que conserve su trabajo, porque nunca triunfará como escritor.

Olive se obligó a alzar la cabeza y nunca había visto a Anh con el ceño tan fruncido.

—Es verdad, Anh. Siento mucho haberte mentido. No quería hacerlo, pero…

—¿Has fingido que Adam Carlsen era tu novio? —Olive asintió—. Dios, *sabía* que ese beso había sido raro.

Olive levantó las manos en un gesto defensivo.

—Anh, perdóname…

—¿Has fingido que el puto Adam Carlsen era tu novio?

—Me pareció una buena idea y…

—¡Pero si te he visto besarlo! ¡En el aparcamiento del Edificio de Biología!

—Solo porque me obligaste a…

—¡Pero si te sentaste en su regazo!

—Una vez más porque *tú* me obligaste a… No fue el mejor momento de nuestra amistad, a todo esto…

—¡Pero si le pusiste protector delante de al menos cien personas!

—Solo porque *alguien* se empeñó. ¿Empiezas a distinguir ya el patrón?

Anh negó con la cabeza, como si de repente se sintiera horrorizada de sus propios actos.

—Es que… ¡se os veía tan bien juntos…! Me parecía obvio, por la forma en que Adam te miraba, que estaba loco por ti. Y al revés: tú a él lo mirabas como si fuera el único hombre de la Tierra y por eso… Siempre me daba la sensación de que te forzabas a contenerte con él y quería que supieras que podías expresar tus sentimientos si te apetecía… De verdad que pensaba que te estaba ayudando y… *¿Has fingido que Adam Carlsen era tu novio?*

Olive suspiró.

—Escucha, siento haberte mentido. Por favor, no me odies, solo…

—No te odio.

«Ah.»

—¿No… me odias?

—Claro que no. —Anh estaba indignada—. Me odio a mí un poquito por obligarte a hacer todo eso. Bueno, quizá la palabra no sea «odiar», pero sí me escribiría un correo con palabras contundentes. Y me siento muy halagada de que hicieras algo así por mí. A ver, fue un error, y ridículo, e innecesariamente enrevesado, y tú eres una máquina andante de clichés de comedia romántica y… Por Dios, Ol, qué idiota eres. Pero eres una idiota adorable, *mi* idiota. —Negó con la cabeza, incrédula, pero le dio un apretón en la rodilla a Olive con la mano y miró a Malcolm—. Un momento. ¿Lo tuyo con Rodrigues es real? ¿O estáis fingiendo que os acostáis para que un juez le conceda la custodia de sus ahijados porque acaban de quedarse huérfanos?

—Muy real. —Malcolm esbozó una sonrisa engreída—. Follamos como conejos.

—Fantástico. Bueno, Ol, ya hablaremos más de esto. *Mucho* más. Seguro que nos pasamos milenios hablando solo del mayor acontecimiento de relaciones falsas del siglo XXI, pero, por ahora, debemos centrarnos en Tom. Y que tú y Adam no estéis juntos no cambia nada. Sigo pensando que

él querría saberlo. Yo querría saberlo. Ol, si los papeles estuvieran invertidos, si tú fueras la que corre el riesgo de perder algo y a Adam lo hubieran acosado sexualmente…

—No me han acosado.

—Sí, Ol, claro que sí.

Anh la miró a los ojos con una expresión seria, abrasadora, y fue entonces cuando Olive se dio cuenta de la enormidad de lo que había sucedido. De lo que Tom había hecho.

Inhaló una bocanada de aire trémula.

—Si la situación fuera al revés, querría saberlo. Pero es distinto.

—¿Por qué es distinto?

«Porque yo estoy enamorada de Adam. Y él no está enamorado de mí.» Olive se masajeó las sienes para intentar pensar aun con aquel creciente dolor de cabeza.

—No quiero privarle de algo que le encanta. Adam respeta y admira a Tom y sé que Tom ha sacado a Adam de apuros en el pasado. Seguro que está mejor sin saberlo.

—Ojalá hubiera una forma de saber qué preferiría Adam —dijo Malcolm.

Olive resopló a modo de respuesta.

—Sí.

—Ojalá hubiera alguien que conociera *muy* bien a Adam y al que pudiéramos preguntarle —añadió Malcolm, esta vez en voz más alta.

—Sí —repitió Anh—, eso sería genial. Pero no lo hay, así que…

—*Ojalá* hubiera alguien en esta habitación que acabara de empezar a salir con el amigo más íntimo de Adam desde hace casi tres décadas —insistió Malcolm casi gritando, lleno de indignación pasivo-agresiva, y Anh y Olive intercambiaron una mirada de asombro.

—¡Holden!

—¡Podrías pedirle consejo a Holden!

Malcolm soltó un bufido.

—Con lo listas que sois unas veces y lo lentitas que sois otras.

Olive recordó algo de repente:

—Holden odia a Tom.

—¿Cómo? ¿Por qué lo odia?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Adam le quitó importancia diciendo que era una rareza de la personalidad de Holden, una manía suya, pero…

—Eh. La personalidad de mi hombre es perfecta.

—¿Y si hay algo más?

Anh asintió con brío.

—Malcolm, ¿dónde está Holden ahora para que Olive pueda ir a hablar con él?

—No lo sé. Pero… —le dio unos golpecitos a su móvil con una sonrisa de satisfacción— resulta que tengo su número aquí mismo.

〰〰〰〰〰〰〰〰

Holden (o Holden CuloBurbuja, como Malcolm lo había grabado en sus contactos) estaba a punto de terminar su charla. Olive llegó cuando le quedaban cinco minutos —estaba hablando de algo sobre cristalografía que ella ni entendía ni quería entender— y no se sorprendió en absoluto de lo hábil y carismático que resultaba el orador. Se acercó a él una vez que terminó de responder a las preguntas y Holden sonrió cuando la vio subir las escaleras del estrado, como si se alegrara realmente de verla.

—Olive. ¡Mi nueva compañera de piso política!

—Exacto. Sí. Oye, gran charla. —Se ordenó dejar de retorcerse las manos—. Quería preguntarte una cosa…

—¿Es sobre los ácidos nucleicos de la cuarta diapositiva? Porque no tengo ni idea de lo que he dicho sobre ellos. La figura la hizo mi doctoranda y ella es mucho más lista que yo.

—No. La pregunta es sobre Adam…

A Holden se le iluminó la cara.

—Bueno, en realidad, es sobre Tom Benton.

Y se le oscureció con la misma rapidez.

—¿Qué pasa con Tom?

Justo. ¿Qué pasa con Tom? Olive no tenía claro cómo abordar el tema. Ni siquiera estaba segura de qué quería preguntarle. Desde luego, podría haberle vomitado a Holden toda su historia vital y haberle rogado que le solucionara aquel lío, pero, por alguna razón, no le pareció buena idea. Se devanó los sesos unos instantes y al final se decidió por:

—¿Sabías que Adam está pensando en mudarse a Boston?

—Sí. —Holden puso cara de hastío y señaló las ventanas altas. Unas nubes grandes y oscuras amenazaban con estallar y derramar lluvia torrencial. El viento, ya frío en septiembre, sacudía un árbol solitario—. ¿Quién *no* querría dejar California para mudarse aquí? —preguntó con sarcasmo.

A Olive le gustaba la idea de que existieran diferentes estaciones en el año, pero se guardó la opinión para sí.

—¿Crees que…? ¿Crees que sería feliz aquí?

Holden la miró con intensidad durante un minuto.

—Mira, ya eras mi novia favorita de Adam, aunque tampoco es que haya habido muchas… Eres la única capaz de competir con los modelos computacionales desde hace más o menos una década, pero esa pregunta hace que te lleves la medalla de número uno de por vida. —Reflexionó sobre el asunto unos instantes—. Creo que Adam podría ser feliz aquí… a su manera, por supuesto. Feliz de una forma taciturna y sin entusiasmo. Pero sí, feliz. Siempre que tú también estés aquí. —Olive tuvo que contenerse para no soltar un bufido—. Siempre que Tom se comporte.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa con Tom? No… No quiero ser cotilla, pero en Stanford me dijiste que tuviera cuidado con él. ¿No te cae bien?

Holden suspiró.

—No es que no me caiga bien…, aunque no me cae bien. El problema es más bien que no me fío de él.

—Pero ¿por qué? Adam me ha contado lo que Tom hacía por él cuando las prácticas de vuestro director de tesis eran abusivas.

—Verás, ahí es donde entra en juego gran parte de mi desconfianza. —Holden se mordió el labio inferior con aire de preocupación, como si estuviera decidiendo si debía continuar y cómo hacerlo—. ¿Intercedió Tom en numerosas situaciones para salvarle el culo a Adam? Claro, eso es innegable. Pero ¿cómo llegaron a generarse siquiera esas situaciones? Nuestro director era una buena pieza, pero no se entrometía en nuestro trabajo. Cuando entramos en su laboratorio, ya estaba demasiado ocupado siendo famoso e imbécil como para saber lo que ocurría por allí en el día a día. Por eso hacía que los posdocs como Tom nos tutorizaran a los alumnos de posgrado como Adam y yo y, *de facto,* eran ellos los que dirigían el laboratorio. Y, sin embargo, se enteraba hasta de la última pequeña

metedura de pata de Adam. Cada pocas semanas venía, le decía a Adam que era un fracaso de ser humano por detalles sin importancia como cambiar de reactivos o romper un matraz, y entonces Tom, el posdoc de mayor confianza de nuestro director, intervenía a favor de Adam delante de todo el mundo y solucionaba el asunto. Era un patrón inquietantemente específico y solo se daba con Adam… que era, con mucho, el alumno más prometedor de nuestro programa. Destinado a la grandeza y todo ese rollo. Al principio, me hizo sospechar que Tom estaba saboteando a Adam a propósito. Pero durante los últimos años he empezado a preguntarme si no estaría buscando algo muy distinto…

—¿Se lo dijiste a Adam?

—Sí. Pero no tenía pruebas y Adam… Bueno, ya lo conoces. Es obstinada e inquebrantablemente leal y, además, estaba más que agradecido con Tom. —Se encogió de hombros—. Terminaron haciéndose inseparables y desde entonces son amigos íntimos.

—¿Te molestó?

—No es eso, no. Soy consciente de que puede parecer que estoy celoso de su amistad, pero la verdad es que Adam siempre ha sido una persona demasiado centrada en el trabajo como para tener muchos amigos. Me habría alegrado por él, de verdad. Pero Tom…

Olive asintió. Sí. *Tom*.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué esta… extraña venganza contra Adam?

Holden suspiró.

—Por eso ignoró Adam mis preocupaciones. Lo cierto es que no hay una razón obvia. En el fondo no creo que Tom odie a Adam. O, al menos, no creo que el asunto sea tan sencillo. Pero sí creo que Tom es inteligente y muy muy astuto. Que lo más seguro es que haya un componente de celos implicado y cierto deseo de aprovecharse de Adam, quizá para controlarlo o tener poder sobre él. Adam tiende a minimizar sus logros, pero es uno de los mejores científicos de nuestra generación. Tener influencia sobre él… es un privilegio y toda una proeza.

—Sí. —Olive asintió de nuevo. La pregunta, la que había ido a hacerle a Holden, empezaba a tomar forma en su mente—. Sabiendo todo esto, sabiendo lo importante que Tom es para Adam, si tuvieras pruebas de… de cómo es Tom en realidad, ¿se las enseñarías a él?

Holden no le preguntó ni cuál era la prueba ni qué demostraba exactamente, y eso lo honraba. Examinó el rostro de Olive con expresión atenta y reflexiva, y, cuando habló, sus palabras fueron cautelosas.

—No puedo responderte a esa pregunta. No creo que deba hacerlo. —Tamborileó con los dedos sobre el estrado, como si estuviera sumido en sus pensamientos—. Pero sí quiero decirte tres cosas. La primera seguro que ya la sabes: Adam es, ante todo y sobre todo, científico. Igual que yo y que tú. Y la buena ciencia solo tiene lugar cuando sacamos conclusiones basadas en todas las pruebas disponibles, no solo en las fáciles o en las que confirman nuestras hipótesis. ¿Estás de acuerdo? —Olive asintió y él continuó—: La segunda es algo de lo que puede que seas o no seas consciente, porque tiene que ver con la política y el mundo académico, cosas que no son fáciles de comprender del todo hasta que te encuentras aguantando reuniones de claustro de cinco horas una semana sí y otra no, pero el caso es el siguiente: la colaboración entre Adam y Tom beneficia más a Tom que a Adam. Por eso Adam es el investigador principal de la beca que les han concedido. Tom es…, bueno, reemplazable. No me malinterpretes, es un muy buen científico, pero la mayor parte de su fama se debe a que fue el niño mimado de nuestro antiguo director. Heredó un laboratorio que era una máquina ya bien engrasada y lo mantuvo en marcha. Adam creó su propia línea de investigación desde cero y… creo que tiende a olvidarse de lo bueno que es. Y menos mal, porque ya es bastante insufrible de por sí. —Resopló—. ¿Te imaginas que encima tuviera un ego desmesurado?

Olive se echó a reír, pero la carcajada produjo un ruido extrañamente húmedo. Cuando se llevó las manos a las mejillas, no se sorprendió de encontrárselas relucientes. Al parecer, llorar en silencio era su nuevo estado estándar.

—La última cosa —prosiguió Holden sin inmutarse por los lagrimones— es algo que no debes de saber. —Se quedó callado un momento—. Muchas instituciones han mostrado interés por reclutar a Adam en el pasado. *Muchísimas*. Le han ofrecido dinero, puestos de prestigio, acceso ilimitado a instalaciones y equipos. Harvard entre ellas; el de este año no ha sido su primer intento de traérselo. Pero sí es la primera vez que él *accede* a hacer las entrevistas. Y solo accedió una vez que tú decidiste venirte a trabajar al laboratorio de Tom. —Le dedicó una sonrisa dulce y luego

apartó la mirada para empezar a recoger sus cosas y volver a guardarlas en la mochila—. Saca las conclusiones que quieras, Olive.

Capítulo veinte

❤ HIPÓTESIS: La gente que me cabrea llegará a lamentarlo.

Tuvo que mentir.

De nuevo.

Se estaba convirtiendo en una costumbre y, mientras se inventaba una elaborada patraña para la secretaria del Departamento de Biología de Harvard (según la cual Olive era una doctoranda del doctor Carlsen que necesitaba localizarlo de inmediato para transmitirle un mensaje crucial en persona), se juró a sí misma que sería la última vez. Era demasiado estresante. Demasiado difícil. No valía la pena jugarse así la salud cardiovascular y psicofísica.

Además, se le daba fatal. Le dio la sensación de que la secretaria del departamento no se tragaba ni una sola palabra de lo que Olive le había dicho, pero debió de decidir que contarle adónde se había llevado a cenar a Adam el claustro de Biología no tenía nada de malo; según Yelp, se trataba de un restaurante de lujo que estaba a menos de diez minutos en Uber. Olive bajó la mirada hacia sus vaqueros rotos y sus Converse lilas y se preguntó si la dejarían entrar. Luego se preguntó si Adam se enfadaría. Luego se preguntó si estaría cometiendo un error y arruinándose la vida, arruinándole la vida a Adam y a su conductora de Uber. Se sintió muy tentada de cambiar su destino al hotel del congreso cuando el coche se detuvo junto a la acera y la conductora —Sarah Helen, según la aplicación— se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Ya hemos llegado.

—Gracias.

Olive hizo ademán de salir del asiento del copiloto y descubrió que no podía mover las piernas.

—¿Estás bien? —le preguntó Sarah Helen.

—Sí. Solo es…

—¿Vas a vomitarme en el coche?

Olive negó con la cabeza. No. Sí.

—¿A lo mejor?

—Ni se te ocurra o te machaco en la valoración.

Olive asintió y volvió a intentar moverse. Las extremidades seguían sin responderle.

Sarah Helen la miró con preocupación.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Solo… —Tenía un nudo en la garganta—. Tengo que hacer una cosa. Que no quiero hacer.

Sarah Helen dudó.

—¿Es una cosa de trabajo o de amor?

—Eh… Las dos.

—Uf. —Sarah Helen frunció la nariz—. Doble amenaza. ¿Puedes posponerlo?

—No, la verdad es que no.

—¿Puedes pedirle a alguien que lo haga por ti?

—No.

—¿Puedes cambiarte de nombre, cauterizarte las yemas de los dedos, entrar en el programa de protección de testigos y desaparecer?

—Pues no estoy segura. Pero no soy ciudadana estadounidense.

—Entonces seguro que no. ¿Puedes decir «A tomar por culo» y asumir las consecuencias?

Olive cerró los ojos y pensó en ello. ¿Cuáles serían exactamente las consecuencias si no hacía lo que tenía pensado hacer? Para empezar, Tom sería libre de seguir siendo un pedazo de mierda humana. Y Adam jamás se enteraría de que se estaban aprovechando de él. Se mudaría a Boston. Y Olive no tendría ninguna oportunidad de volver a hablar con él y todo lo que Adam había significado para ella terminaría…

En una mentira.

Una mentira después de muchas mentiras. De las muchas mentiras que había dicho, de las muchas verdades que podría haber contado, pero nunca llegó a contar, y todo porque le daba miedo la verdad, alejar de ella a las personas que quería. Todo porque temía perderlas. Todo porque no quería volver a quedarse sola.

Bueno, lo de las mentiras no le había funcionado demasiado bien. De hecho, en los últimos tiempos había sido una absoluta cagada. Había llegado la hora del plan B, entonces.

La hora de la verdad.

—No. No quiero asumir las consecuencias.

Sarah Helen sonrió.

—Entonces, amiga mía, será mejor que vayas a hacer tu cosa. —Apretó un botón y la puerta del pasajero se desbloqueó con un ruido seco—. Y más te vale hacerme una valoración perfecta. Por la psicoterapia gratuita.

Esta vez, Olive consiguió salir del coche. Le dio a Sarah Helen una propina del ciento cincuenta por ciento, respiró hondo y se encaminó hacia el restaurante.

〰〰〰〰〰〰〰〰

Localizó a Adam de inmediato. A fin de cuentas, él era grande y el restaurante no, así que la búsqueda fue bastante rápida. Eso por no hablar de que estaba sentado con unas diez personas que tenían mucha pinta de profesores de Harvard muy serios. Y, por supuesto, con Tom.

«Me cago en mi vida», pensó mientras pasaba junto a la ocupada recepcionista y se dirigía hacia Adam. Se imaginó que su trenca de color rojo chillón llamaría su atención y que entonces ella le haría un gesto para que mirara el móvil y le enviaría un mensaje de texto pidiéndole que por favor, por favor, *por favor,* le dedicara cinco minutos cuando terminara la cena. Se imaginó que decírselo esa noche sería la mejor opción: las entrevistas terminarían al día siguiente y así podría tomar la decisión teniendo la verdad a su disposición. Se imaginó que su plan podría funcionar.

Lo que *no* se imaginó fue que Adam la vería mientras charlaba con una profesora joven y guapa. *No* se imaginó que él dejaría de hablar de inmediato, que abriría los ojos como platos y separaría los labios; que murmuraría «Disculpen» sin dejar de mirar a Olive y se levantaría de la mesa ignorando las miradas curiosas que le lanzaban; que se encaminaría hacia la entrada, donde estaba Olive, con zancadas rápidas y largas y una expresión de preocupación en la cara.

—Olive, ¿estás bien? —le preguntó y…

«Oh.» Su voz. Y sus ojos. Y cómo levantó las manos como para tocarla, para asegurarse de que estaba intacta y de verdad estaba allí… Aunque, justo antes de rodearle los bíceps con los dedos, dudó y dejó caer las manos a los costados.

A Olive se le rompió un poco el corazón.

—Estoy bien. —Intentó sonreír—. Perdón… Siento interrumpirte justo ahora. Sé que es importante, que quieres trasladarte a Boston y que… esto es inapropiado. Pero es ahora o nunca, y no estaba segura de si tendría el valor de… —Estaba divagando. Así que respiró hondo y comenzó de nuevo—. Tengo que contarte una cosa. Me ha pasado una cosa. Con…

—Hola, Olive.

«Tom.» Cómo no.

—Hola, Tom. —Olive sostuvo la mirada de Adam y no se volvió hacia Benton. No se lo merecía—. ¿Nos das un minuto, por favor?

Atisbó la sonrisa untuosa y falsa de Tom por el rabillo del ojo.

—Olive, sé que eres joven y no sabes cómo funcionan estas cosas, pero Adam está aquí porque aspira a acceder a un puesto muy importante y no puede hacer…

—Vete —ordenó Adam con una voz grave y fría.

Olive cerró los ojos, asintió y dio un paso atrás. Nada. No pasaba nada. Adam estaba en su derecho de no hablar con ella.

—Vale. Lo siento, solo…

—Tú no. Tom, vete.

«Ah.» Ah. Pues vale.

—Tío —dijo Tom en tono divertido—, no puedes levantarte sin más de la mesa en medio de la cena de la entrevista y…

—Vete —repitió Adam.

Tom se echó a reír con descaro.

—No. No a menos que vengas conmigo. Somos colaboradores y, si te comportas como un gilipollas durante una cena con mi departamento por culpa de una alumna a la que te estás tirando, dará mala imagen de mí. Tienes que volver a la mesa y…

Una chica tan guapa como tú ya debería conocerse el percal. No me mientas y digas que no has escogido ese vestido tan corto en mi honor. Bonitas piernas, por cierto. Ya entiendo por qué Adam está malgastando el tiempo contigo.

Ni Adam ni Tom habían visto a Olive sacar su teléfono ni pulsar el botón de reproducción. Ambos se quedaron desconcertados un instante, confusos: estaba claro que habían oído las palabras, pero no estaban seguros de dónde salían. Hasta que la grabación se reinició.

Olive. No creerás que te he aceptado en mi laboratorio porque eres buena, ¿verdad? Una chica como tú, que se ha dado cuenta tan al principio de su carrera académica de que follarse a profesores famosos y con éxito es la única forma de salir adelante. Te has follado a Adam, ¿no? Los dos sabemos que también follarás conmigo por la misma razón.

—¿Qué cojones…?

Tom dio un paso al frente con la mano extendida para arrebatarle el teléfono a Olive. No llegó muy lejos, porque Adam lo empujó poniéndole una mano en el pecho y lo hizo retroceder varios pasos tambaleantes.

Adam seguía sin mirar a Tom. Tampoco miraba a Olive. Tenía la vista clavada en el móvil y algo oscuro, peligroso y aterradoramente sereno en la cara. Olive debería haber estado asustada. A lo mejor lo estaba, un poco.

¿Me estás diciendo que crees que han seleccionado tu patética propuesta para una charla debido a su calidad e importancia científica? Por aquí hay alguien que se tiene en muy alta estima, teniendo en cuenta que su investigación es inútil y poco original y que apenas es capaz de juntar dos palabras sin tartamudear como una idiota.

—Era él —susurró Adam. Lo dijo en voz baja, apenas un susurro engañosamente tranquilo. Su mirada resultaba indescifrable—. Era Tom. Llorabas por él.

Olive solo pudo asentir. De fondo, la voz grabada de Tom continuaba sin tregua. Hablando de lo mediocre que era Olive. De que Adam jamás la creería. Insultándola.

—Esto es ridículo. —Tom se acercó de nuevo, volvió a intentar quitarle el teléfono—. No sé muy bien qué problema tiene esta zorra, pero está claro que…

Adam explotó tan rápido que Olive ni siquiera lo vio moverse. En un momento estaba delante de ella y al siguiente inmovilizando a Tom contra la pared.

—Te mato —le dijo con los dientes apretados, poco más que un gruñido—. Si dices una sola palabra más sobre la mujer a la que quiero, si la miras, si *piensas* siquiera en ella, te *mato*.

—Adam… —Tom apenas tenía aire.

—Mejor dicho, te mataré de todos modos.

La gente corría hacia ellos. La recepcionista, un camarero, unos cuantos profesores de la mesa de Adam. Empezaba a formarse una multitud, gritaban confundidos e intentaban apartar a Adam de Tom… sin conseguirlo. Olive recordó a Adam empujando la camioneta de Cherie y estuvo a punto de echarse a reír en un momento de histeria. A punto.

—Adam —lo llamó. Su voz apenas resultó audible en el caos que los rodeaba, pero fue lo que consiguió captar su atención. Se volvió para mirarla y sus ojos contenían mundos enteros—. Adam, no lo hagas —susurró Olive—. No merece la pena.

Sin más, Adam dio un paso atrás y soltó a Tom. Un caballero de edad avanzada —seguro que decano de Harvard— empezó a increparlo, a pedirle explicaciones, a decirle lo inaceptable que resultaba su comportamiento. Adam lo ignoró, a él y a todos los demás. Se encaminó hacia Olive y…

Le sujetó la cabeza con ambas manos, le pasó los dedos por el pelo y la agarró con fuerza mientras bajaba la frente para posarla en la suya. Transmitía calor y olía a él, a *seguridad* y a *hogar*. Le enjugó con los pulgares el caos de lágrimas que le mojaba las mejillas.

—Lo siento. Lo siento mucho. No lo sabía y te pido perdón, perdóname, perdóname…

—No es culpa tuya —logró mascullar ella, pero Adam no pareció escucharla.

—Lo siento. Yo…

—Doctor Carlsen. —Una voz masculina retumbó con fuerza a su espalda y Olive notó que el cuerpo de Adam se tensaba junto al suyo—. Exijo una explicación.

Adam no prestó atención al hombre y siguió abrazando a Olive.

—*Doctor Carlsen* —repitió—, esto es *inaceptable*…

—Adam —susurró Olive—. Tienes que responderle.

Él exhaló y luego le dio un beso largo y prolongado en la frente antes de separarse de ella a regañadientes. Cuando Olive por fin pudo mirarlo bien, le pareció que volvía a ser casi el mismo de siempre.

Tranquilo. Enfadado con el mundo entero. A cargo de la situación.

—Mándame esa grabación inmediatamente —le murmuró a Olive. Ella asintió y Adam se volvió hacia el anciano que acababa de acercarse a ellos

—. Tenemos que hablar. En privado. ¿En su despacho? —El otro hombre pareció sorprendido y ofendido, pero asintió con rigidez. Detrás de él, Tom estaba armando un escándalo y Adam apretó la mandíbula—. Manténganlo alejado de mí.

Se volvió hacia Olive antes de marcharse, se agachó hacia ella y bajó la voz. Entonces la joven sintió el calor de su mano en el codo.

—Voy a ocuparme de esto —le dijo. Había un rescoldo de determinación y seriedad en su mirada. Olive nunca se había sentido más segura, ni más querida—. Y luego iré a buscarte y me ocuparé de ti.

Capítulo veintiuno

❤ HIPÓTESIS: El uso de lentillas caducadas provocará infecciones bacterianas o fúngicas que tendrán repercusiones durante años.

—Holden te ha enviado un mensaje.

Olive apartó la vista de la ventanilla y miró a Malcolm, que había desactivado el modo avión en cuanto habían tocado tierra en Charlotte para hacer escala.

—¿Holden?

—Sí. Bueno, técnicamente es de Carlsen.

Le dio un vuelco el corazón.

—Ha perdido el cargador del móvil y no puede escribirte, pero Holden y él ya están de regreso a San Francisco.

—Ah. —Asintió y notó una pequeña oleada de alivio. Eso explicaba el silencio de Adam. No se había puesto en contacto con ella desde la noche anterior. Estaba preocupada por si lo hubieran arrestado y se estaba planteando vaciar su cuenta de ahorros para contribuir a cubrir su fianza. Con nada más y nada menos que sus doce dólares con dieciséis centavos—. ¿Dónde hacen escala?

—No hacen escala. —Malcolm puso los ojos en blanco—. Vuelo directo. Llegarán a San Francisco diez minutos después que nosotros a pesar de que aún no han salido de Boston. Hay que comerse a los ricos.

—Te ha dicho Holden algo de…

Malcolm negó con la cabeza.

—Su avión está a punto de despegar, pero podemos esperarlos en San Francisco. Estoy seguro de que Adam tendrá novedades que contarte.

—Solo quieres enrollarte con Holden, ¿verdad?

Malcolm sonrió y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Qué bien me conoce mi kalamata.

Parecía imposible que hubiera estado fuera menos de una semana. Que todo el caos se hubiera desatado en el lapso de unos cuantos días. Olive se sentía aturdida, conmocionada, como si tuviera el cerebro agotado tras haber corrido un maratón. Estaba cansada y quería dormir. Tenía hambre y quería comer. Estaba enfadada y quería que Tom recibiera su merecido. Estaba ansiosa, tan crispada como un nervio dañado, y quería un abrazo. Preferiblemente de Adam.

En San Francisco, dobló su ahora inútil trenca para guardarla en la maleta y se sentó encima de esta última. Consultó el móvil para ver si tenía mensajes nuevos mientras Malcolm iba a comprar una botella de Coca-Cola Light. Tenía varios de Anh, que seguía en Boston y quería saber cómo estaba, y uno de su casero para informarla de que el ascensor estaba fuera de servicio. Puso los ojos en blanco, cambió a su correo electrónico académico y encontró varios mensajes sin leer marcados como importantes.

Tocó el signo de exclamación rojo y abrió uno.

Hoy, 17:15
DE: Anna-Wiley@berkeley.edu
PARA: Aysegul-Aslan@stanford.edu
CC: Olive-Smith@stanford.edu
ASUNTO: Re: Proyecto de cáncer de páncreas

Aysegul:

Gracias por ponerte en contacto conmigo. Tuve el privilegio de ver la charla de Olive Smith en la SBD (estábamos en el mismo panel) y me impresionó mucho su trabajo sobre herramientas de detección temprana del cáncer de páncreas. ¡Me encantaría tenerla en mi laboratorio el año que viene! ¿Concertamos una llamada de teléfono a tres pronto para charlar con más calma?

Saludos,
Anna

Olive ahogó un grito. Se tapó la boca con la mano e inmediatamente abrió otro correo electrónico.

Hoy, 15:19
DE: Robert-Gordon@umn.edu
PARA: Aysegul-Aslan@stanford.edu, Olive-Smith@stanford.edu
ASUNTO: Proyecto de cáncer de páncreas

Doctora Aslan, señora Smith:

Su trabajo sobre el cáncer de páncreas es fascinante y me gustaría tener la oportunidad de colaborar. Organicemos una reunión por Zoom.

R.

Había dos correos más. *Cuatro en total,* todos de investigadores oncológicos que respondían al mensaje de presentación de la doctora Aslan y decían que les encantaría tener a Olive en sus respectivos laboratorios. Sintió una oleada de felicidad tan violenta que casi se mareó.

—Ol, mira con quién me he encontrado.

Olive se levantó de golpe. Malcolm estaba allí, agarrado de la mano de Holden, y apenas un paso detrás de ellos…

Adam. Con aspecto cansado, y atractivo, y tan grande en la vida real como en su mente durante las últimas veinticuatro horas. Mirándola a los ojos. Olive recordó las palabras que él había dicho la noche anterior en el restaurante y sintió que se le calentaban las mejillas, que se le contraía el pecho y que el corazón se le salía de las costillas.

—Una cosita os digo —comenzó Holden sin siquiera decir hola—: nosotros cuatro, cita doble, esta noche.

Adam lo ignoró y se acercó a Olive.

—¿Cómo estás? —le preguntó en voz baja.

—Bien. —Por primera vez desde hacía días, ni siquiera era mentira. Adam estaba allí. Y tenía todos esos correos en la bandeja de entrada—. ¿Y tú?

—Bien —respondió él con una media sonrisa, y Olive tuvo la extraña sensación de que, al igual que ella, no estaba mintiendo.

El corazón se le aceleró aún más.

—¿Qué tal un chino? —los interrumpió Holden—. ¿Os gusta a todos la comida china?

—Por mí bien —murmuró Malcolm, aunque no parecía muy entusiasmado con la idea de tener una cita doble, seguramente porque no le apetecía sentarse frente a Adam durante toda la cena y revivir el trauma de las reuniones de su tribunal de control de tesis.

—¿Olive?

—Eh… Sí, me gusta la comida china.

—Perfecto. A Adam también, así que…

—No voy a salir a cenar fuera —respondió Adam.

Holden frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Tengo mejores cosas que hacer.

—¿Cómo qué? Olive también viene.

—Deja en paz a Olive. Está cansada y estamos ocupados.

—Tengo acceso a tu calendario de Google, imbécil. No estás ocupado. Si no quieres salir conmigo, al menos sé sincero.

—No quiero salir contigo.

—Mira que eres capullo. Después de la semana que acabamos de pasar. Y el día de mi *cumpleaños*.

Adam retrocedió ligeramente.

—¿Qué? No es tu cumpleaños.

—Sí es mi cumpleaños.

—Tu cumpleaños es el diez de abril.

—Ah, ¿sí?

Adam cerró los ojos y se rascó la frente.

—Holden, hemos hablado todos los días durante los últimos veinticinco años y he estado en al menos cinco fiestas de cumpleaños tuyas con temática de los Power Rangers. La última cuando cumpliste los diecisiete. —Malcolm intentó disimular la risa con una tos—. Sé cuándo es tu cumpleaños.

—Siempre has estado equivocado, pero soy demasiado majo y me daba cosa decírtelo. —Agarró a Adam del hombro—. Así que ¿chino para

celebrar la bendición de mi nacimiento?

—¿Por qué no tailandés? —sugirió Malcolm dirigiéndose a Holden e ignorando a Adam.

Holden emitió un quejido y empezó a decir algo sobre que en Stanford no había buenos larb, algo que a Olive en circunstancias normales le habría interesado escuchar si no fuera porque…

Adam estaba mirándola de nuevo. Desde varios centímetros por encima de la cabeza de Holden y Malcolm, la observaba con una expresión a medio camino entre la disculpa, el fastidio y… una intimidad profunda. Una sensación familiar que ya habían compartido antes. Olive sintió que algo se derretía en su interior y reprimió una sonrisa.

De repente, la cena le parecía una gran idea.

«Será divertido», dijo moviendo solo los labios mientras Holden y Malcolm discutían si no sería mejor ir a probar la hamburguesería nueva.

«Será insoportable», respondió él también, articulando en silencio con un aspecto resignado, sufrido y tan increíblemente *Adam* que Olive no pudo evitar soltar una carcajada.

Holden y Malcolm dejaron de discutir y se volvieron hacia ella.

—¿Qué?

—Nada —contestó Olive.

A Adam también se le estaba curvando la comisura de la boca.

—¿De qué te ríes, Ol?

Abrió la boca para soltar alguna excusa, pero Adam se le adelantó.

—Vale. Iremos. —Pronunció ese «iremos», en plural, como si Olive y él formaran un «nosotros», como si al final lo suyo nunca hubiera sido falso, y a ella se le cortó la respiración—. Pero entonces quedo excusado de cualquier otra salida relacionada con los cumpleaños durante el próximo año. Mejor dicho, durante los dos próximos años. Y veto la nueva hamburguesería.

Holden apretó el puño en señal de victoria y luego frunció el ceño.

—¿Por qué vetas las hamburguesas?

—Porque —dijo sosteniéndole la mirada a Olive— las hamburguesas saben a pies.

—Tendríamos que empezar por abordar lo obvio —dijo Holden mientras mordisqueaba los aperitivos de cortesía.

Olive se tensó en su asiento: no estaba segura de querer discutir el asunto de Tom con Malcolm y Holden antes de haberlo hablado con Adam a solas.

Al parecer, no debería haberse preocupado.

—Que es que Malcolm y Adam se odian.

Junto a ella, en el reservado, Adam frunció el ceño, confuso. Malcolm, que estaba sentado frente a Olive, se tapó la cara con las manos y gimió.

—Sé por fuentes fidedignas —continuó Holden sin inmutarse— que Adam se refirió a los experimentos de Malcolm como «chapuceros» y «un desperdicio de fondos de investigación» durante una reunión de tribunal y que Malcolm se ofendió por ello. Bien, Adam, le he explicado a Malcolm que lo más seguro es que solo tuvieras un mal día… Quizá alguno de tus doctorandos hubiera terminado un imperativo en erre en un correo o tu ensalada de rúcula no fuese lo bastante orgánica. ¿Tienes algo que decir a tu favor?

—Eh… —Adam frunció aún más el ceño y Malcolm se tapó aún más la cara. Holden esperó una respuesta sin darse por vencido y Olive se dedicó a observar cómo se desarrollaba toda la situación, preguntándose si no debería sacar el móvil y grabar la catástrofe—. No recuerdo esa reunión de tribunal. Aunque no me extrañaría haber dicho algo así.

—Genial. Ahora dile a Malcolm que no fue nada personal para que podamos pasar página y comer arroz frito.

—Por Dios —murmuró Malcolm—. Holden, por favor.

—Yo no voy a comer arroz frito —informó Adam.

—Pues come bambú crudo mientras la gente normal come arroz frito. Pero ahora mismo mi novio piensa que el novio de su BFF, que a su vez es mi BFF, se la tiene jurada, y eso me corta el rollo de las citas dobles, así que por favor.

Adam parpadeó despacio.

—¿BFF?

—Adam. —Holden señaló con el pulgar a un Malcolm con cara de estar pasándolo fatal—. Ahora, por favor.

Adam suspiró con fuerza, pero se volvió hacia Malcolm.

—No sé qué dije o hice, pero no fue nada personal. Me han dicho que puedo ser innecesariamente hostil. Y poco accesible.

Olive no llegó a ver la reacción de Malcolm. Porque estaba ocupada observando a Adam y la ligera curva de sus labios, que se convirtió en casi una sonrisa cuando se volvió hacia ella. Durante un segundo, el breve instante durante el que ella le sostuvo la mirada antes de que Adam apartara la vista, solo existieron ellos dos. Y esa especie de pasado que compartían, sus estúpidas bromas internas, la forma en que se metían el uno con el otro a la luz del sol de finales de verano.

—Perfecto. —Holden dio una palmada demasiado fuerte—. Rollos de huevo de entrante, ¿no?

Fue buena idea esa cena. Esa noche, esa mesa, ese momento. Sentada junto a Adam, oliendo el petricor, viendo las manchas oscuras en el algodón gris de su camiseta con botones en el pecho a causa de la tormenta que había empezado justo cuando llegaron al restaurante. Tendrían que hablar más tarde, mantener una conversación seria sobre Tom y muchas otras cosas. Pero, de momento, todo era como siempre lo había sido entre Adam y ella: como ponerse su vestido favorito, el que creía perdido en su armario, y descubrir que se sentía tan cómoda como siempre con él.

—Sí, yo quiero rollos de huevo. —Miró a Adam. Empezaba a tener el pelo largo de nuevo, así que Olive hizo lo que le resultó natural: estirar la mano y alisarle unos mechones—. Voy a arriesgarme y suponer que odias los rollos de huevo, como todo lo bueno del mundo.

La llamó «listilla» moviendo únicamente los labios justo cuando el camarero les sirvió el agua y dejó las cartas en la mesa. Tres cartas, para ser exactos. Holden y Malcolm cogieron una cada uno y Olive y Adam intercambiaron una mirada cómplice y divertida antes de coger la que quedaba para compartirla. Funcionó a la perfección: Adam la abrió de manera que la sección de verduras quedó de su lado, y la de la gran variedad de entrantes fritos, del de ella. A Olive le pareció tan oportuno que soltó una carcajada.

Adam dio unos toquecitos con el dedo índice en la sección de bebidas.

—Mira qué abominación —murmuró.

Tenía los labios cerca de la oreja de Olive y esta sintió una bocanada de aire caliente que le resultó íntima y agradable bajo el aire acondicionado.

Sonrió.

—Qué va.

—Terrible.

—Increíble, querrás decir.

—Desde luego que no.

—Este es mi nuevo restaurante favorito.

—Todavía no lo has probado.

—Será espectacular.

—Será horroroso…

Alguien se aclaró la garganta para recordarles que no estaban solos. Tanto Malcolm como Holden los estaban mirando: el primero con una expresión astuta y suspicaz, el segundo con una sonrisa cómplice.

—¿De qué va todo eso?

—Ah. —A Olive se le calentaron un poco las mejillas—. Nada. Es que tienen té de burbujas de calabaza.

Malcolm fingió una arcada.

—Puaj, Ol. *Asqueroso.*

—Cállate.

—Suena muy bien. —Holden sonrió y se apoyó sobre Malcolm—. ¿Nos pedimos uno para compartir?

—¿Perdona?

Olive intentó no reírse ante la expresión horrorizada de Malcolm.

—No le tires a Malcolm de la lengua con lo de las bebidas con sabor a calabaza —le dijo a Holden en un susurro exagerado.

—Oh, mierda.

Holden se llevó una mano al pecho fingiendo estar aterrorizado.

—Esto es un asunto serio. —Malcolm dejó caer su carta sobre la mesa —. Esos polvos con sabor a calabaza son la caspa de Satanás, presagio del apocalipsis, y saben como el culo… Y no en el buen sentido. —Junto a Olive, Adam asintió despacio, muy impresionado por la diatriba de Malcolm—. Un *pumpkin spice latte* contiene la misma cantidad de azúcar que cincuenta caramelos Skittles… y *ni rastro* de calabaza. Búscalo.

Adam miró a Malcolm con algo muy parecido a la admiración. Holden miró a Olive a los ojos y le dijo en tono conspirador:

—Tu novio y el mío tienen mucho en común.

—Cierto. Creen que odiar familias completas de alimentos inofensivos es un rasgo de la personalidad.

—Las especias con sabor a pastel de calabaza no son inofensivas. Son una bomba de azúcar radiactiva y potentísima que se cuela en todo tipo de productos y es la única responsable de la extinción de la foca monje del Caribe. Y tú —señaló a Holden con un dedo— estás en la cuerda floja.

—¿Qué…? ¿Por qué?

—No puedo salir con alguien que no respeta mi postura sobre esas especias.

—Para ser justos, no es una postura muy respetable… —Holden captó la mirada asesina de Malcolm y levantó las manos como para defenderse—. No tenía ni idea, cariño.

—Pues deberías.

Adam chasqueó la lengua, divertido.

—Sí, Holden. Esfuérzate un poco.

Se reclinó contra el respaldo del asiento y rozó el hombro de Olive con el suyo. Holden le enseñó el dedo corazón.

—Adam conoce y respeta la postura de Olive sobre las hamburguesas y ellos ni siquiera están… —Fuera lo que fuese lo que Malcolm había estado a punto de decir, tuvo la sensatez de contenerse—. Bueno, si Adam lo sabe, tú también tendrías que saber lo de las especias.

—Pero, a ver, ¿Adam no era gilipollas hasta hace diez segundos?

—Cómo cambian las cosas —murmuró Adam.

Olive alargó la mano para pellizcarlo en el costado, pero él la detuvo rodeándole la muñeca con una mano.

«Eres malo», le dijo sin hablar. Él se limitó a sonreír, con picardía, mirando a Malcolm y a Holden con demasiado regocijo.

—Venga ya. Ni siquiera es comparable —dijo Holden—. Olive y Adam llevan años juntos. Nosotros nos conocimos hace menos de una semana.

—No es verdad —lo corrigió Malcolm moviendo un dedo a un lado y a otro. Adam seguía sujetándole la muñeca a Olive—. Empezaron a salir alrededor de un mes antes que nosotros.

—No —insistió Holden—. Adam lleva siglos colgado de ella. Seguro que ha estudiado sus hábitos alimentarios en secreto, compilado diecisiete bases de datos y creado algoritmos de aprendizaje automático para predecir sus preferencias culinarias…

Olive se echó a reír.

—Qué va. —Bebió un sorbo de agua, aún sonriendo—. Acabamos de empezar a vernos. Al principio del semestre de otoño.

—Sí, pero ya os conocíais de antes. —Holden tenía el ceño fruncido—. Os conocisteis el año anterior a que empezaras el doctorado, cuando viniste a hacer la entrevista, y desde entonces no ha parado de suspirar por ti.

Olive negó con la cabeza y se rio al mismo tiempo que se volvía hacia Adam para compartir su diversión. Pero Adam ya la estaba mirando y no tenía cara de que le pareciera divertido. Tenía cara de… otra cosa. De preocupado, tal vez, o de arrepentido, o de resignado. ¿De miedo? Y, de pronto, el restaurante se sumió en el silencio. El repiqueteo de la lluvia contra las ventanas, el parloteo de la gente, el tintineo de los cubiertos… todo desapareció; el suelo se inclinó, tembló un poco y le pareció que el aire acondicionado estaba un pelín demasiado fuerte. En algún momento, Adam le soltó la muñeca.

Olive recordó el incidente del baño. Los ojos abrasados y las mejillas mojadas, el olor a reactivo y a piel masculina limpia. El borrón de una figura grande y oscura de pie frente a ella, con una voz profunda, tranquilizadora y divertida. El pánico de tener veintitrés años, estar sola y no tener ni idea de lo que debía hacer, de adónde debía ir, de cuál era la opción correcta.

«¿Es mi razón una razón suficiente para matricularse en la escuela de posgrado?»

«Es la mejor.»

De repente, después de aquellas palabras, las cosas le habían parecido bastante sencillas.

Al final había sido Adam. Olive no se había equivocado.

En lo que sí se había equivocado era en si la recordaba.

—Sí —dijo Olive. Ya no estaba sonriendo. Adam seguía sosteniéndole la mirada—. Supongo que así ha sido.

Capítulo veintidós

❤ HIPÓTESIS: Cuando se me da a elegir entre A (decir una mentira) y B (decir la verdad), inevitablemente acabaré eligiendo…

No. Esta vez no.

A Olive no le cabía la menor duda de que las anécdotas de Holden estaban muy aderezadas y de que eran el resultado de años de talleres de comedia, pero, aun así, no pudo evitar reírse más que nunca.

—Y me despierta una cascada cayéndome encima…

Adam puso los ojos en blanco.

—Fue una gota.

—Y ya empezaba a preguntarme por qué estaba lloviendo dentro de la cabaña cuando me doy cuenta de que viene de la litera de arriba y de que Adam, que tenía como trece años en ese momento…

—Seis. Tenía seis años y tú siete.

—… se había meado en la cama y la orina se estaba filtrando a través del colchón y cayéndome encima.

Olive se tapó la boca con las manos lo más rápido que pudo, pero no consiguió ocultar la gracia que le había hecho… Lo mismo que le había ocurrido cuando Holden les había contado que un cachorro de dálmata había mordido una vez a Adam en el culo por encima de los vaqueros o que en el anuario del instituto lo habían votado como «El que más hace llorar a la gente».

Al menos Adam no se mostró avergonzado, y ni por asomo tan disgustado como después de que Holden soltara lo de que llevaba años suspirando por ella. Lo cual explicaba… muchas cosas.

Todo, quizá.

—Tío. Seis años. —Malcolm negó la cabeza y se enjugó los ojos—. Estaba malo.

—Aun así, ¿no eras ya un poco mayor para tener un accidente?

Adam se limitó a clavar la mirada en Malcolm hasta que este bajó la vista.

—Bueno, a lo mejor no eras tan mayor —murmuró.

Junto a la caja registradora había un enorme cuenco de galletas de la suerte. Olive se fijó en él cuando salían del restaurante, soltó un chillido de alegría y metió la mano para sacar cuatro paquetes de plástico. Le dio uno a Malcolm y otro a Holden, y le tendió un tercero a Adam con una sonrisa maliciosa.

—Las odias, ¿no?

—No. —Aceptó la galleta—. Solo opino que saben a poliestireno.

—Y seguro que también tienen unos valores nutricionales similares —murmuró Malcolm mientras se adentraban en la fría humedad del inicio de la noche.

Resultaba sorprendente la gran cantidad de puntos en común que tenían Adam y él.

Ya no llovía, pero la calle brillaba bajo la luz de una farola; una brisa suave hacía crujir las hojas y esparcía las gotas de agua perdidas por el suelo. El aire le refrescó los pulmones a Olive, una sensación agradable después de las horas pasadas en el restaurante. Se bajó de nuevo las mangas y, sin querer, le rozó los abdominales a Adam con la mano. Le sonrió con una expresión juguetonamente arrepentida; él se sonrojó y desvió la mirada.

—«Quien se ríe de sí mismo nunca se queda sin cosas de las que reírse». —Holden se metió un trozo de galleta de la fortuna en la boca, asombrado por el mensaje que contenía—. ¿Me ha puesto en mi sitio? —Miró a su alrededor, indignado—. ¿Esta galleta de la fortuna acaba de ponerme en mi sitio?

—Eso parece —respondió Malcolm—. La mía dice: «¿Por qué no te regalas un buen rato en lugar de esperar a que lo haga otra persona?». Creo que mi galleta también acaba de ponerte en tu sitio, cielo.

—¿Qué le pasa a este lote de galletas? —Holden señaló a Adam y Olive —. ¿Qué dicen las vuestras?

Olive ya estaba abriendo la suya: mordisqueó una esquina y sacó el papel. Era muy banal y, sin embargo, le dio un vuelco en corazón.

—La mía es normal —informó a Holden.

—Mentira.

—No.

—¿Qué dice?

—«Nunca es demasiado tarde para decir la verdad.»

Se encogió de hombros y se dio la vuelta para tirar el envoltorio de plástico. En el último momento, decidió conservar la tira de papel y guardársela en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Adam, abre la tuya.

—No.

—Venga.

—No voy a comerme un trozo de cartón porque haya herido tus sentimientos.

—Eres un amigo de mierda.

—Según la industria de las galletas de la fortuna, tú eres un novio de mierda, así que…

—Dámela —intervino Olive, que le arrancó la galleta de la mano—. Yo me la como. Y la leo.

El aparcamiento estaba vacío salvo por el coche de Adam y el de Malcolm. Holden había ido directamente desde el aeropuerto hasta allí con Adam, pero Malcolm y él tenían pensado pasar la noche en el apartamento de Holden para sacar a pasear a Fleming, su perro.

—Adam te lleva a casa, ¿no, Ol?

—No hace falta. Está a menos de diez minutos a pie.

—Pero ¿y la maleta?

—No pesa, y… —Se quedó callada de golpe, frunció los labios durante un segundo mientras contemplaba las posibilidades y luego notó que sonreía, titubeante y decidida a la vez—. Bueno, sí, Adam me acompañará paseando a casa. ¿Verdad?

Él continuó en silencio e inescrutable un momento. Después dijo con calma:

—Por supuesto.

Se guardó las llaves en el bolsillo de los vaqueros y se echó la correa de la bolsa de viaje de Olive al hombro.

—¿Dónde vives? —le preguntó cuando Holden ya no podía oírlos.

Olive señaló en silencio.

—¿Estás seguro de que no te importa llevarme la bolsa? Tengo entendido que es fácil fastidiarse la espalda una vez que llegas a cierta edad.

Él la fulminó con la mirada y Olive se rio y echó a andar junto a él para salir del aparcamiento. No se oía ni un ruido en la calle, solo el de las suelas de sus Converse al pisar el cemento mojado y el del coche de Malcolm, que pasó a su lado unos segundos después.

—Oye —preguntó Holden desde la ventanilla del pasajero—. ¿Qué decía la galleta de la fortuna de Adam?

—Hum. —Olive miró la tira de papel con gran pompa—. No gran cosa. Solo «El doctor Holden Rodrigues es un pringado».

Malcolm aceleró justo en el momento en que Holden le enseñó a Olive el dedo corazón, lo que la hizo estallar en carcajadas.

—¿Qué dice en realidad? —preguntó Adam cuando por fin se quedaron solos.

Olive le pasó el papelito arrugado y guardó silencio mientras él lo estiraba para leerlo a la luz de la farola. No se sorprendió cuando lo vio apretar la mandíbula, ni cuando se metió la predicción en el bolsillo de los pantalones. A fin de cuentas, Olive sabía lo que decía.

«Puedes enamorarte: alguien te atrapará.»

—¿Podemos hablar de Tom? —le preguntó Olive mientras esquivaba un charco—. No tienes por qué contarme nada, pero si pudiéramos…

—Podemos. Debemos. —Lo vio tragar saliva—. Harvard va a despedirlo, por supuesto. Aún se están decidiendo el resto de las medidas disciplinarias; anoche se celebraron reuniones hasta muy tarde. —Le dirigió una mirada rápida—. Por eso no he podido llamarte antes. La coordinadora del Título IX de Harvard no tardará en ponerse en contacto contigo.

Bien.

—¿Y qué pasa con la beca?

Adam volvió a apretar la mandíbula.

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo… O no. No es que me importe mucho en este momento.

Aquello la sorprendió. Y luego ya no, dejó de sorprenderla cuando pensó que era imposible que las implicaciones profesionales de la traición de Tom fueran tan profundas como las personales.

—Lo siento, Adam. Sé que era tu amigo…

—No lo era. —Adam se detuvo en seco en plena calle. Se volvió hacia ella, con los ojos de un marrón claro y profundo—. No tenía ni idea, Olive. Creía que lo conocía, pero… —La nuez volvió a subirle y bajarle en la garganta—. No tendría que haber confiado en él respecto a ti. Perdón.

Lo pronunció, «respecto a ti», como si Olive fuera algo especial, singularmente valioso para él. Su tesoro más querido. Hizo que a Olive le entraran ganas de temblar, de reír y de llorar al mismo tiempo. Hizo que se sintiera feliz y confundida.

—Me daba… Me daba miedo que te enfadaras conmigo. Por fastidiar las cosas. Tu relación con Tom. Y quizá… quizá ya no puedas trasladarte a Boston.

El negó con la cabeza.

—Me da igual. Todo eso no podría importarme menos.

La miró a los ojos durante un largo momento, con los labios apretados como si estuviera tragándose el resto de sus palabras. Pero no siguió adelante, así que Olive asintió, se dio la vuelta y echó a andar de nuevo.

—Creo que he encontrado otro laboratorio. Para terminar mi estudio. Más cerca, así que no tendré que mudarme el año que viene. —Se colocó el pelo detrás de la oreja y le sonrió. Tenerlo al lado le resultaba intrínsecamente agradable, era algo físico e innegable. Sentía la vertiginosa felicidad que siempre acompañaba a su presencia a un nivel primario y visceral. De repente, Tom era lo último de lo que quería hablar con Adam —. La cena ha estado bien. Y, por cierto, tenías razón.

—¿Sobre el brebaje de calabaza?

—No, eso estaba *buenísimo*. Sobre Holden. Es insufrible.

—Terminas cogiéndole cariño, al cabo de una década o así.

—¿En serio?

—No. En realidad, no.

—Pobre Holden. —Soltó una pequeña carcajada—. A todo esto, no eras el único que se acordaba.

La miró.

—¿Qué se acordaba de qué?

—De nuestro encuentro. El del baño, cuando vine a hacer la entrevista.

Olive tuvo la impresión de que tal vez a Adam le hubieran fallado las piernas un instante. O tal vez no. Aun así, percibió un atisbo de incertidumbre en su forma de respirar hondo.

—¿De verdad?

—Sí. Solo que tardé bastante en darme cuenta de que eras tú. ¿Por qué no me dijiste nada?

Sentía mucha curiosidad por saber qué se le había estado pasando a Adam por la cabeza en los últimos días, semanas, años. Empezaba a imaginarse bastantes cosas, pero otras… otras tendría que aclarárselas él.

—Porque te presentaste como si no nos hubiéramos conocido nunca. —Olive se percató de que quizá se estuviera poniendo un poco colorado. O quizá no. A lo mejor era imposible distinguirlo bajo el cielo sin estrellas y las débiles luces amarillas—. Y yo llevaba… Yo llevaba mucho tiempo pensando en ti. Años. Y no quería…

Olive se hacía una idea de lo que quería decir. Se habían cruzado en los pasillos, habían compartido innumerables simposios y seminarios de investigación del departamento. Ella no le había dado ninguna importancia, pero ahora… ahora se preguntaba qué importancia le habría dado *él*.

«Llevaba años hablando sin parar de esa “chica increíble”, pero le preocupaba lo de estar en el mismo departamento», había dicho Holden.

Y Olive había presupuesto tantas cosas… Se había equivocado tanto…

—Bueno, no tenías por qué mentir —dijo, sin pretender acusarlo de nada.

Adam se ajustó la correa de la bolsa de viaje en el hombro.

—No he mentido.

—Yo diría que sí. Por omisión.

—Cierto. ¿Estás…? —Apretó los labios—. ¿Estás enfadada?

—No, en realidad, no. No es una mentira tan horrible.

—¿No?

Olive se mordisqueó la uña del pulgar unos instantes.

—Yo las he dicho mucho peores. Y tampoco te comenté lo de nuestro encuentro, ni siquiera después de caer en la cuenta de que eras tú.

—Aun así, si te sientes…

—No estoy enfadada —repitió Olive, con suavidad pero decidida. Lo miró, deseando que lo entendiera. Intentando averiguar cómo decírselo. Cómo *demostrárselo*—. Estoy… otras cosas. —Sonrió—. Contenta, por ejemplo. De que te acordaras de mí, de aquel día.

—Eres… —Un silencio—. Eres muy memorable.

—Ja. Qué va. No era nadie… Solo formaba parte de una enorme hornada entrante. —Resopló y bajó los ojos hacia el suelo. Los pasos de Olive tenían que ser mucho más rápidos que los de él para seguir el ritmo de las largas piernas de Adam—. Lo pasé fatal el primer año. Fue muy estresante.

Él le lanzó una mirada de soslayo, sorprendido.

—¿Recuerdas tu primera charla del seminario?

—Sí, ¿por qué?

—Tu presentación relámpago, la llamaste «presentación turboascensor». Pusiste una imagen de *Star Trek: La nueva generación* en las diapositivas.

—Uf, sí. Es verdad. —Dejó escapar una risa suave—. No sabía que fueras trekkie.

—Tuve una fase. Y en el pícnic de ese año, cuando nos llovió. Te pasaste horas jugando al pilla pilla con los hijos de no sé quién. Te adoraban. Tuvieron que arrancarte físicamente de encima al más pequeño para poder meterlo en el coche.

—Los hijos de la doctora Moss. —Lo observó con curiosidad. Se levantó una ligera brisa y a Adam se le alborotó el pelo, pero no pareció importarle—. No pensé que te gustaran los niños. Más bien todo lo contrario, en realidad.

Él enarcó una ceja.

—No me gustan los jóvenes de veinticinco años que actúan como niños pequeños. Si de verdad tienen tres años, no me molestan.

Olive sonrió.

—Adam, el hecho de que supieras quién era… ¿tuvo algo que ver con tu decisión de fingir que salías conmigo?

Una decena de expresiones le atravesaron el rostro mientras buscaba una respuesta, y Olive no fue capaz de descifrar ni una sola.

—Quería ayudarte, Olive.

—Lo sé. Me lo creo. —Se frotó la boca con los dedos—. Pero ¿era tu única intención?

Adam apretó los labios. Exhaló. Cerró los ojos y, durante una milésima de segundo, pareció que le estuvieran arrancando los dientes y el alma. Luego dijo, resignado:

—No.

—No —repitió ella, pensativa—. Vivo aquí, por cierto.

Señaló el edificio alto de ladrillos de la esquina.

—Vale. —Adam miró a su alrededor para examinar la calle—. ¿Te subo la bolsa?

—Pues… Quizá más tarde. Tengo que decirte una cosa. Antes.

—Muy bien.

Se detuvo frente a ella y Olive levantó la vista hacia él, hacia los rasgos de su rostro apuesto y familiar. Lo único que se interponía entre ellos eran la brisa fresca y la distancia que Adam había considerado conveniente mantener. Su obstinado y temperamental novio falso. Maravilloso, perfectamente excepcional. Deliciosamente único en su especie. Olive sintió que se le desbordaba el corazón.

Respiró hondo.

—El caso es, Adam…, que fui idiota. Y me equivoqué. —Estaba nerviosa y empezó a toquetearse un mechón de pelo; luego bajó una mano hasta posársela en la tripa y… vale. Vale. Iba a decírselo. Iba a hacerlo. Ya —. Es como… Es como una prueba de hipótesis estadística. Un error de tipo I. Da miedo, ¿verdad?

Él frunció el ceño. Olive se dio cuenta de que Adam no tenía ni idea de adónde quería llegar con eso.

—¿Error de tipo I?

—Un falso positivo. Pensar que está ocurriendo algo cuando no está ocurriendo.

—Sé lo que es un error de tipo I…

—Sí, claro. Es solo que… En las últimas semanas, lo que me aterrorizaba era llegar a malinterpretar una situación. Llegar a convencerme de algo que no era cierto. Ver algo que no estaba ahí solo porque quería verlo. La peor pesadilla de una científica, ¿no?

—Cierto. —Arrugó más la frente—. Por eso en los análisis se establece un nivel de significancia que es…

—Pero el problema es que el error de tipo II también es malo.

Lo miró a los ojos con intensidad, vacilante y urgente a la vez. Estaba asustada, muy asustada por lo que estaba a punto de decir. Pero también eufórica, porque él fuera a saberlo al fin. Decidida a sacárselo de dentro.

—Sí —convino Adam despacio, confundido—. Los falsos negativos también son malos.

—Ese es el problema de la ciencia. Nos inculcan que los falsos positivos son malos, pero los falsos negativos son igual de aterradores. —Tragó saliva—. No ser capaz de ver algo, aunque lo tengas delante de las narices. Cegarte a propósito solo porque tienes miedo de ver demasiado.

—¿Estás diciendo que la formación estadística de los universitarios es insuficiente?

Olive soltó una carcajada, repentinamente acalorada pese al frescor oscuro de la noche. Empezaban a escocerle los ojos.

—Tal vez. Pero también… Creo que *yo* he sido insuficiente. Y no quiero seguir siéndolo, ya no.

—Olive. —Dio un paso hacia ella, apenas unos centímetros. No se acercó tanto como para agobiarla, pero sí como para que sintiera su calor—. ¿Estás bien?

—Me han… pasado muchas cosas, antes de que te conociera siquiera, y creo que me han hecho un poco de lío. Casi siempre he vivido con miedo a estar sola y… Ya te las contaré si quieres. Pero antes tengo que descubrir por mí misma por qué escudarme en un montón de mentiras me pareció mejor idea que admitir siquiera una pizca de verdad. Creo que… —Respiró hondo, temblorosa. Sintió una lágrima, una única lágrima, deslizándosele por la mejilla. Adam la vio y pronunció su nombre en voz baja—. Creo que en algún momento del camino me olvidé de algo. Me olvidé de mí misma.

Fue ella la que se acercó más. La que le puso una mano en el dobladillo de la camiseta, la que tiró con suavidad y se aferró a él, la que empezó a tocarlo y a llorar y sonreír al mismo tiempo.

—Quiero decirte dos cosas, Adam.

—¿Qué puedo…?

—Por favor. Deja que te las diga.

A Adam no se le daba nada bien aquello. Quedarse ahí parado, estático, mientras a ella se le llenaban cada vez más los ojos de lágrimas. Olive se dio cuenta de que Adam se sentía inútil, de que tenía las manos cerradas en puños junto a los costados, y ella… lo amó aún más por eso. Por mirarla como si fuera el principio y el fin de todos sus pensamientos.

—Lo primero es que te he mentido. Y mi mentira no fue solo por omisión.

—Olive…

—Fue una mentira de verdad. De las malas. De las estúpidas. Te dejé… No, te *hice* creer que sentía algo por otra persona cuando en realidad… no era así. Nunca ha sido así.

Adam subió una mano para acariciarle la cara.

—¿Qué has…?

—Pero eso no importa mucho.

—Olive. —La acercó hacia sí y la besó en la frente—. No te preocupes. No sé por qué estás llorando, pero lo arreglaré. Lo solucionaré. Lo…

—Adam —lo interrumpió con una sonrisa húmeda—. No importa mucho porque lo que realmente importa es la segunda cosa.

Ahora estaban muy cerca. Sentía su olor y su calor, sus manos sujetándole la cara, los pulgares que se movían de un lado a otro para enjugarle las mejillas.

—Cariño —murmuró él—. ¿Qué es la segunda cosa?

Olive seguía llorando, pero nunca había sido tan feliz. Así que lo dijo, seguro que con el peor acento que Adam hubiera escuchado en su vida.

—*Ik hou van jou*, Adam.

Epílogo

❤ RESULTADOS: Los minuciosos análisis de los datos recogidos, teniendo en cuenta los posibles factores de confusión, el error estadístico y el sesgo del experimentador, muestran que cuando me enamoro… en realidad las cosas no salen tan mal.

Diez meses después

—Ponte ahí. Estabas justo ahí.

—¿Ah, sí?

Adam le estaba siguiendo la corriente. Un poco. Esa expresión deliciosamente sufrida se había convertido en la favorita de Olive a lo largo del último año.

—Un poco más cerca de la fuente de agua. Perfecto.

Dio un paso atrás para admirar su obra y le guiñó un ojo mientras cogía el móvil para sacarle una foto rápida. Pensó durante un instante en sustituir con ella su actual fondo de pantalla —un selfi que se habían sacado juntos en el Joshua Tree National Park hacía unas semanas, Adam con los ojos entornados para protegerse del sol y Olive dándole un beso en la mejilla—, pero luego lo pensó mejor.

Su verano había estado lleno de rutas de senderismo, helados deliciosos y besos nocturnos en el balcón de Adam, riendo, compartiendo historias no contadas y contemplando las estrellas, mucho más brillantes que las que Olive había pegado una vez en el techo de su dormitorio subiéndose a una escalera. En menos de una semana empezaría a trabajar en un laboratorio de investigación oncológica de Berkeley, lo que le supondría llevar un horario más ajetreado y estresante y perder algo de tiempo en el desplazamiento. Y, sin embargo, se moría de ganas.

—Quieto ahí —ordenó—. Pon cara de hostil e inaccesible. Y di *pumpkin spice latte*.

Adam puso los ojos en blanco.

—¿Qué piensas hacer si entra alguien?

Olive echó un vistazo en torno al Edificio de Biología. El pasillo estaba silencioso y vacío, y las tenues luces nocturnas hacían que el pelo de Adam pareciera casi azul. Era tarde, y verano, y, para rematar, fin de semana: no iba a entrar nadie. Y, aunque se equivocara, lo de Olive Smith y Adam Carlsen ya era agua pasada.

—¿Como quién?

—Como Anh. A lo mejor aparece para ayudarte a recrear la magia.

—Creo que está con Jeremy.

—¿Jeremy? ¿El tío del que estás enamorada?

Olive le sacó la lengua y miró el teléfono. Feliz. Se sentía muy feliz y ni siquiera sabía por qué. Aunque sí lo sabía.

—Bien. Falta un minuto.

—Es imposible que sepas la hora exacta. —El tono de Adam era paciente e indulgente—. No al minuto.

—Error. Esa noche hice una electrotransferencia. He mirado mis registros de laboratorio y reconstruido tanto el cuándo como el dónde en un gráfico con barras de error. Soy una científica minuciosa.

—Ah. —Adam se cruzó de brazos—. ¿Cómo te salió la electrotransferencia?

—Eso no es lo importante. —Sonrió—. Por cierto, ¿qué hacías aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Hace un año. ¿Por qué andabas paseándote de noche por el departamento?

—No me acuerdo. A lo mejor tenía que cumplir con una fecha de entrega. O quizá me iba a casa. —Se encogió de hombros y recorrió el pasillo con los ojos hasta posarlos en la fuente de agua—. A lo mejor tenía sed.

—A lo mejor. —Dio un paso hacia él—. A lo mejor albergabas la secreta esperanza de conseguir un beso.

Adam le lanzó una mirada larga y divertida.

—A lo mejor.

Olive dio otro paso, y otro, y otro. Y entonces la alarma sonó, una vez, justo cuando llegó a colocarse delante de él. Otra intrusión en su espacio personal. Pero en esa ocasión, cuando se puso de puntillas, cuando le rodeó el cuello con los brazos, las manos de Adam la atrajeron más hacia sí.

Había pasado un año. Exactamente un año. Y a esas alturas el cuerpo de Adam le resultaba tan familiar que se sabía de memoria la anchura de sus hombros, el roce de su barba incipiente, el olor de su piel, todo; incluso sentía la sonrisa que tenía dibujada en los ojos.

Olive se recostó contra él, dejó que Adam soportara su peso y luego se movió hasta colocarle la boca casi a la altura de la oreja. Le acercó los labios al oído y susurró con suavidad:

—¿Puedo besarle, doctor Carlsen?

Nota de la autora

Escribo historias ambientadas en el mundo académico porque el mundo académico es lo único que conozco. Puede resultar un entorno muy insular, absorbente y aislante. Durante la última década, he tenido excelentes mentoras (sí, en femenino) que me han apoyado de manera constante, pero podría nombrar decenas de casos en los que me he sentido como un fracaso con piernas que intentaba abrirse camino a trompicones por la ciencia. Pero eso, como sabe todo el que ha pasado por ella, es la escuela de posgrado: un empeño estresante, con mucha presión y competitivo. El mundo académico tiene su propia forma de romper el equilibrio entre la vida laboral y la personal, de desgastar a la gente y de hacerla olvidar que vale más que el número de artículos que publica o la cantidad de becas que es capaz de acumular.

Coger lo que más me gusta (escribir historias de amor) y darle un trasfondo académico CTIM ha sido sorprendentemente terapéutico. Mis experiencias no han sido las mismas que las de Olive (yo no he tenido falsos novios académicos, bu), pero aun así he conseguido verter muchas de mis frustraciones, alegrías y decepciones en sus aventuras. Al igual que Olive, a lo largo de los últimos años me he sentido sola, decidida, impotente, asustada, feliz, acorralada, insuficiente, incomprendida, entusiasta. Escribir *La hipótesis del amor* me ha proporcionado la oportunidad de darle un giro humorístico, a veces autocomplaciente, a esas experiencias y de darme cuenta de que podía relativizar mis propias desventuras… ¡A veces incluso reírme de ellas! Por eso —y sé que no debería decirlo— este libro significa tanto para mí como mi tesis doctoral.

Vale, es mentira. Significa mucho más.

Si no estás familiarizado con ella, unas palabras sobre un asunto que aparece con bastante frecuencia en el libro: el Título IX es una ley federal estadounidense que prohíbe cualquier tipo de discriminación por razón de género en todas las instituciones que reciben financiación federal (es decir,

la mayoría de las universidades). Obliga legalmente a los centros educativos a reaccionar y poner remedio a situaciones de mala conducta que van desde entornos laborales hostiles hasta el acoso y la agresión. Los centros educativos incluidos en el Título IX cuentan con coordinadores cuyo trabajo consiste en gestionar las denuncias y las infracciones y en educar a la comunidad de la institución sobre sus derechos. El Título IX ha sido y es fundamental para garantizar la igualdad de acceso a la educación y para proteger a los alumnos y empleados contra la discriminación por razón de género.

Por último: las organizaciones de mujeres CTIM que Anh menciona en el libro son ficticias, pero la mayoría de las universidades albergan secciones de organizaciones similares. Para consultar recursos reales de apoyo a las mujeres del mundo académico CTIM, visita awis.org. Para consultar recursos que apoyan específicamente a las mujeres CTIM negras, indígenas y de color, visita sswoc.org.

Agradecimientos

En primer lugar, permitidme decir: asgfgsfasdgfadg. No puedo creerme que exista este libro. En serio, afgjsdfafksjfadg.

En segundo lugar, permitidme también decir que este libro no existiría si aproximadamente doscientas personas no me hubieran apoyado durante los dos últimos años. *Entra la música de los créditos finales.* En un orden muy desorganizado, debo dar las gracias a:

Thao Le, mi maravillosa agente (tu MD me cambió la vida para bien); Sarah Blumenstock, mi fantástica correctora (que no es ese tipo de correctora); Rebecca y Alannah, mis primeras betas (¡y gracias Alannah por el título!); mis gremlins, por ser gremaliciosos y por defender siempre el c.p.; Papá Lucy y Jen (gracias por todas las lecturas y el SM y la ayuda infinita), Claire, Court, Julie, Katie, Kat, Kelly, Margaret y mi mujer, Sabine (¡ALIMONE!) (así como Jess, Shep y Trix, mis gremlins honorarios). Mis amigas de Qué Difíciles Son Las Palabras, por el apoyo quejumbroso: Celia, Kate, Sarah y Victoria. Mis chicas TM, que creyeron en mí desde el principio: Court, Dani, Christy, Kate, Mar, Marie y Rachelle; Caitie, por ser la primera persona de la vida real que me hizo sentir que podía hablar de todo esto; Margo Lipschultz y Jennie Conway, por sus valiosas críticas sobre los primeros borradores; Frankie, por las indicaciones más oportunas; Psi, por inspirarme con su preciosa escritura; las Berkletes, por las cagadas y los nudos; Sharon Ibbotson, por su inestimable aportación editorial y sus ánimos; Stephanie, Jordan, Lindsey Merril y Kat, por la lectura beta de mi manuscrito y por ayudarme a arreglarlo; Lilith, por la impresionante ilustración y la increíble portada, así como los chicos de Penguin Creative; Bridget O’Toole y Jessica Brock por ayudarme a hacer que la gente piense que quizá quiera leer este libro; toda la gente de Berkley que ha ayudado a poner este manuscrito en forma entre bastidores; Rian Johnson, por hacer La Cosa que me inspiró a hacer Todas Las Cosas.

La verdad es que nunca me vi como una persona que fuera a escribir algo más que artículos científicos. Y seguramente nunca lo habría hecho si no hubiera sido por todos los autores de fanficción que publicaban obras increíbles en internet y me animaron a que yo también empezara a escribir. Y no me cabe duda de que no habría tenido las agallas de empezar a escribir ficción original si no hubiera sido por el apoyo, el ánimo, el aliento, las críticas comunitarias que recibí de los fandoms de Star Trek y Star Wars/Reylo. A todos los que han dejado un comentario o una felicitación en mis piezas de *fanfiction*, a los que me han dado las gracias en las redes sociales, a los que se han puesto en contacto por MD, a los que me han dibujado ilustraciones o me han hecho un mood board, a los que me han dado aliento para seguir adelante, a los que se han tomado la molestia de leer algo que he escrito: gracias. De verdad, muchas gracias. Os debo mucho.

Por último, y, seamos realistas, también por eso menos importante: un agradecimiento poco entusiasta a Stefan, por todo el amor y la paciencia. Más te vale no estar leyendo esto, hípster pretencioso.

Título original: *The Love Hypothesis*

Esta edición está publicada mediante un acuerdo con Berkley, un sello del Grupo Editorial Penguin Random House

Edición en formato digital: 2022

Copyright © 2021 by Ali Hazelwood
© de la traducción: Ana Isabel Sánchez, 2022
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-19-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuarto
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos